

Sara Shepard

Twisted

Agradecimientos

Moderadora

PaolaS

Staff de Traducción

alexiiia ☪

clau12345

Dyanna

Dani

Emii_Gregori

Flochi

florenciacampanelli

Josez57

Karla Pierce

kathesweet

Kazenbr

kiki1

Mery St. Clair

miakalol

Momy

Nadia

PaolaS

Paovalera

Susanauribe

tally Alexandra

Vannia

Staff de Corrección

BrendaCarpio

Caamille

kathesweet

larita

Loo!*

luchita_c

Marina012

V!an*

Recopilación

Caamille

Diseño

Abril.



Pretty Little Liars

Twisted

Sara Shepard



Índice

• Sinópsis	5	• Capítulo 19	134
• Prólogo	6	• Capítulo 20	140
• Capítulo 1	14	• Capítulo 21	146
• Capítulo 2	22	• Capítulo 22	152
• Capítulo 3	30	• Capítulo 23	158
• Capítulo 4	37	• Capítulo 24	166
• Capítulo 5	44	• Capítulo 25	172
• Capítulo 6	54	• Capítulo 26	180
• Capítulo 7	59	• Capítulo 27	185
• Capítulo 8	66	• Capítulo 28	194
• Capítulo 9	74	• Capítulo 29	199
• Capítulo 10	79	• Capítulo 30	204
• Capítulo 11	85	• Capítulo 31	209
• Capítulo 12	90	• Capítulo 32	214
• Capítulo 13	96	• Capítulo 33	218
• Capítulo 14	103	• Capítulo 34	221
• Capítulo 15	109	• Capítulo 35	225
• Capítulo 16	114	• Epílogo	229
• Capítulo 17	120	• Ruthless #10	230
• Capítulo 18	127	• Sobre la autora	231

Sinopsis

*Traducida por PaolaS
Corregido por Caamille*

Ha pasado un año desde que las notas de tortura de A se detuvieron y el misterio de la desaparición de Alison DiLaurentis fue puesto finalmente a descansar. Ahora son Seniors en la Escuela Secundaria; Aria, Spencer, Hanna y Emily son mayores, pero no son más sabias. Las Pretty Little Liars tienen secretos cada vez más retorcidos que podrían destruir la vida perfecta en la que han trabajado tan duro por reconstruir.

Aria está celosa de la nueva estudiante de intercambio de su novio. Spencer se está poniendo algo demasiado cómoda con su pronto-a-ser-hermanastro. Una foto escandalosa de Hanna podría arruinar la campaña de su padre en el Senado. Emily hará cualquier cosa para conseguir una beca de natación.

Lo peor de todo: en las pasadas vacaciones de primavera, en Jamaica, hicieron algo imperdonable. Las chicas están desesperadas por olvidar esa fatídica noche, pero deben saber mejor que nadie que todos los secretos salen a la luz... con el tiempo.

Noveno libro de la saga Pretty Little Liars.



Prólogo

Algunas amistades nunca mueren

Traducido por kiki1
Corregido por Marina012

¿Alguna vez has conocido a alguien con nueve vidas? Como el temerario que se rompió siete huesos de su cuerpo el verano pasado, pero que de alguna manera llevó a su equipo de lacrosse a la victoria. O la chica hipócrita que se sentaba a tu lado en geometría, y que aún cuando hacía trampa en los exámenes y apuñalaba a sus amigas por la espalda, la perra siempre caía airosamente de pie. *Rrrr.*

Las relaciones también pueden tener nueve vidas, ¿qué tal el novio con el que peleabas y te reconciliabas por dos años consecutivos? ¿O la cómplice mejor amiga a la que perdonabas una y otra vez? Nunca estuvo verdaderamente muerta para ti, ¿cierto? Pero quizás sería mejor que lo *estuviera*.

Cuatro bonitas chicas de Rosewood se encuentran enfrentando a una vieja amiga-enemiga que creían había ardidado... literalmente. Pero ya deberían saber que en Rosewood nada realmente termina. De hecho, algunas amiguitas perdidas hace tiempo viven para obtener exactamente lo que quieren.

Venganza.

—¡La última en saltar compra la cena! —Spencer Hastings anudó las tiras de su bikini Ralph Lauren y salió corriendo al borde de las rocas con vista al más hermoso océano turquesa que jamás había visto. Eso decía bastante, considerando que la familia Hastings había estado prácticamente en cada isla del Caribe, incluso en las diminutas que requerían un avión privado para llegar.

—¡Justo detrás de ti! —dijo Aria Montgomery, quitándose sus sandalias hawaianas y enrollando su largo cabello azul-negro en un moño. No se molestó en quitarse los brazaletes que tenía en cada brazo, ni los pendientes de plumas que colgaban en los lóbulos de sus orejas.



—¡Fuera de mi camino! —Hanna Marin posó sus manos sobre sus estrechas caderas, bueno, *esperanzadoramente* todavía eran estrechas después del enorme plato de almejas fritas que había comido en la bienvenida-a-Jamaica con pescado frito de esa tarde.

Emily Fields levantó su trasero, dejando su camiseta en una enorme roca plana. Mientras llegaba al borde y miraba con atención hacia abajo, una oleada de mareo la golpeó. Se detuvo en seco y se cubrió la boca hasta que el sentimiento pasó.

Las chicas saltaron del acantilado y golpearon la cálida agua tropical exactamente al mismo tiempo. Salieron a la superficie, riéndose, ¡*todas* habían ganado y perdido! y mirando fijamente Los Acantilados, el costoso centro vacacional jamaicano por encima de sus cabezas. El enyesado edificio rosa, donde se encontraban los cuartos, el estudio de yoga, el club de baile y el spa, cubría las nubes, y varias personas estaban en sus sombreados balcones o tomando cócteles en la cubierta. Las palmeras se bambolearon, y las aves de la isla graznaron. El más débil tintineo de un tambor de acero en la interpretación de *Redemption Song* de *Bob Marley* flotaba a través del aire.

—El paraíso —susurró Spencer. Las demás murmuraron de acuerdo.

Éste era el retiro ideal para las vacaciones de primavera, totalmente opuesto a Rosewood, Pensilvania, donde las cuatro chicas vivían. Seguro, el suburbio de Filadelfia era como una tarjeta postal, resplandeciente de espesos bosques exuberantes, lujosas mansiones, senderos idílicos de caballo, pintorescos graneros antiguos y propiedades derrumbadas del siglo diecisiete, pero después de lo que sucedió hace unos pocos meses, las chicas necesitaban un cambio de ambiente. Necesitaban olvidar que Alison DiLaurentis, la chica que solían admirar y adorar, la chica que todas querían ser, casi las había matado.

Sin embargo, olvidarlo era imposible. Aunque habían pasado dos meses desde que ocurrió, los recuerdos las abrumaban, las visiones se levantaban como fantasmas. Por ejemplo, cuando Alison las tomó de las manos y le dijo a cada una que no era su hermana gemela, Courtney, como sus padres habían afirmado, sino que era su mejor amiga de la tumba. O cuando Ali las invitó a su casa familiar en Poconos, diciendo que sería la reunión perfecta. Cómo, poco después de que habían llegado, Ali las condujo hacia un dormitorio del piso superior y les rogó que se dejaran hipnotizar así como lo había hecho la noche que desapareció en séptimo grado. Luego ella cerró la puerta, le echó llave desde afuera, y deslizó una nota por debajo para decirles exactamente quién era... y quién no era.

Su nombre era Ali, bien. Pero resultó que no habían sido del todo amigas de la *verdadera* Ali. La chica que escribió esa nota en la casa de Poconos no era la misma



chica que había sacado de la oscuridad a Spencer, Aria, Emily y Hanna en el Evento de Caridad de Rosewood a principios del sexto grado. Ni era la chica con quien habían intercambiados vestido, chismeado, competido, y aplastado por un año y medio. Ésa había sido Courtney todo el tiempo, fingiendo ser Ali, metiéndose en su vida poco después de que el sexto grado había comenzado. Ésta Ali, la *verdadera* Ali, era una desconocida. Una chica que las odiaba con cada gramo de su ser. Una chica que era A, la malvada emisora de mensajes que había matado a Ian Thomas, que había incendiado el bosque detrás de la casa de Spencer, que había hecho arrestar a las chicas, que había asesinado a Jenna Cavanaugh por saber demasiado, y mató a su hermana gemela Courtney, la Ali de *ellas*, la fatídica noche de pijamas del séptimo grado de las chicas. Y que planeó acabar con ellas después.

Tan pronto como las chicas leyeron la última horrible oración de la carta, sus narices se llenaron con el olor del humo, la verdadera Ali había remojado la casa con gasolina y había encendido un fósforo. Ellas habían escapado justo a tiempo, pero Ali no había sido tan afortunada. Cuando la cabaña estalló, Ali aún estaba dentro.

¿O *no*? Había muchos rumores de que ella había salido viva. Toda la historia ahora era pública, incluyendo la gemela cambiada, y aunque ella era una asesina a sangre fría, algunas personas todavía estaban fascinadas con la verdadera Ali, de todos modos. Había afirmaciones de avistamientos de Ali en Denver, o en Minneapolis, o en Palm Springs. Sin embargo, las chicas intentaban no pensar en eso. Tenían que seguir adelante. Ya no tenían nada que temer.

Dos figuras aparecieron por la parte superior del acantilado. Uno era Noel Kahn, el novio de Aria; el otro era Mike Montgomery, su hermano y el novio de Hanna. Las chicas nadaron hacia los escalones esculpidos en la roca.

Noel le dio a Aria una mullida toalla grande que tenía cosido LOS ACANTILADOS, NEGRIL, JAMAICA en hilo rojo.

—Estás tan sexy en ese bikini.

—Sí, claro. —Aria agachó su cabeza y miró sus pálidas extremidades. Seguramente no estaba tan buena como las diosas rubias que bajaron a la playa y pasaron todo el día frotándose aceite bronceador en sus largas piernas y brazos. ¿Había atrapado a Noel viéndolas, o era sólo su paranoia celosa sacando lo mejor de ella?

—Lo digo en serio. —Noel pellizcó el trasero de Aria—. Te mantendré nadando desnuda en este viaje. Y cuando vayamos a Islandia, nos meteremos desnudos en esas piscinas geotérmicas.

Aria se sonrojó.



Noel la codeó.

—*Estás emocionada con Islandia, ¿no?*

—¡Por supuesto! —Noel había sorprendido a Aria con boletos para que ella, él, Hanna y Mike fueran a Islandia este verano, todos los gastos pagados por la súper-rica familia Kahn. Aria ciertamente no podía decir que no, había pasado unos idílicos tres años en Islandia después de que Ali, *su* Ali, desapareciera. Pero sentía una extraña resistencia acerca del viaje, una extraña premonición de que no debería ir. Por qué, no estaba segura.

Después de que las chicas se pusieron sus coloridos vestidos de playa y, en el caso de Emily, una camiseta demasiado grande de Urban Outfitters con las palabras MERCI BEAUCOUP impresa por el frente, Noel y Mike se dirigieron a una mesa en el tejado del restaurante tropical. Toneladas de chicos también estaban pasando sus vacaciones de primavera parados en la barra, coqueteando y tirando dardos. Un montón de chicas en mini vestidos y tacones altos de tiras reían en una esquina. Enormes chicos bronceados en pantalones cortos, polos ajustados, y sin calcetines Pumas chocaban sus botellas de cerveza y hablaban de deportes. El aire tenía un pulso eléctrico, centelleando con la promesa de enganches ilícitos, recuerdos de borrachos, y chapuzones nocturnos en la piscina de agua salada del centro vacacional.

El aire latía con algo más, también, algo que las cuatro chicas notaron instantáneamente. La emoción, ciertamente... excepto también por un indicio de peligro. Parecía ser una de esas noches que podrían salir asombrosamente bien... o terriblemente mal.

Noel se levantó.

—¿Bebidas? ¿Qué queremos?

—Red Stripe —contestó Hanna. Spencer y Aria asintieron aprobatoriamente.

—¿Emily? —le preguntó Noel.

—Sólo un ginger ale —dijo Emily.

Spencer tocó su brazo.

—¿Estás bien? —Emily no era una gran fiestera, pero era extraño que ni siquiera festejara en vacaciones.

Emily puso su mano en su boca. Luego se levantó torpemente de la mesa y giró hacia el pequeño cuarto de baño de la esquina.



—Sólo tengo que...

Todos la observaron mientras pasaba por los chicos de la pista de baile y empujaba rápidamente la puerta rosada del cuarto de baño. Mike hizo una mueca.

—¿Es eso la venganza de Montezuma¹?

—No lo sé... —dijo Aria. Habían tenido cuidado de no beber agua del grifo aquí. Pero Emily no había sido ella misma desde el incendio. Había estado enamorada de Ali. Tener a la chica que pensaba era su mejor amiga y tiempo después volviera para romper su corazón, y tratar de matarla, debió haber sido doblemente devastador.

El teléfono celular de Hanna vibró, rompiendo el silencio. Lo sacó de su bolso de playa de paja y gimió.

—Bueno, es oficial. Mi papá se postuló para el Senado. Esos estúpidos de su cuerpo administrativo de campaña ya están pidiendo una reunión conmigo cuando regrese.

—¿En serio? —Aria envolvió su brazo alrededor de los hombros de Hanna—. ¡Hanna, eso es asombroso!

—¡Si él gana, serás una Primera Hija! —dijo Spencer—. ¡Estarás en las revistas de sociedad!

Mike arrastró su silla más cerca de Hanna.

—¿Puedo ser tu agente personal de Servicio Secreto?

Hanna tomó un montón de tostoncitos de plátano de un tazón sobre la mesa y las metió en su boca.

—No seré la Primera Hija. *Kate* lo será. —La hijastra de su papá y su nueva esposa ahora eran su verdadera familia. Hanna y su madre eran las rechazadas.

Mientras Aria golpeaba juguetonamente la mano de Hanna, los brazaletes en su muñeca se sacudieron.

—Eres mejor que ella, y lo sabes.

Hanna rodó sus ojos despectivamente, aunque estaba agradecida de que Aria tratara de darle ánimos. Eso era lo único bueno que había quedado del desastre Ali: las cuatro eran mejores amigas otra vez, su vínculo incluso era más fuerte que en séptimo grado.

¹ **Montezuma:** Hace referencia a una serie de problemas gastrointestinales que afectan a los extranjeros que visitan México.



Habían jurado permanecer como amigas para siempre. Nada jamás se interpondría entre ellas otra vez.

Noel regresó con las bebidas, y todos chocaron sus vasos y dijeron:

—¡Sí, *mon!* —Imitando el acento Jamaicano. Emily regresó tambaleándose desde el cuarto de baño, todavía luciendo mareada, pero sonriendo alegremente mientras sorbía su ginger ale.

Después de la cena, Noel y Mike fueron a una mesa de hockey de aire en la esquina y comenzaron a jugar. El DJ manipuló la música, y Alicia Keys estalló en el estéreo. Varias personas se contorsionaban en la pista de baile. Un chico con cabello ondulado castaño y un físico pulido captó la mirada de Spencer y la invitó a unirse a él.

Aria le dio un codazo.

—¡A por ello, Spence!

Spencer se dio media vuelta, sonrojándose.

—¡*Uch*, tétrico!

—Parece la perfecta cura para Andrew —incitó Hanna. Andrew Campbell, el novio de Spencer, había terminado la relación hace un mes, aparentemente, la dura experiencia de Spencer con Ali y A fue “demasiado intensa” para manejar. *Cobarde*.

Spencer contempló al chico en la pista de baile otra vez. Admitiéndolo, estaba lindo en sus pantalones cortos caquis y botas sin cordones. Luego ella divisó la insignia en su polo. EQUIPO PRINCETON. Princeton fue su principal opción de universidad.

Hanna se iluminó, notando el polo, también.

—¡Spence! ¡Es una señal! ¡Ustedes podrían terminar siendo compañeros de habitación!

Spencer apartó la mirada.

—No es como si yo fuese a entrar.

Las chicas intercambiaron una mirada sorprendida.

—Por supuesto que entrarás —dijo Emily quedamente.

Spencer agarró su cerveza y tomó un saludable trago, ignorando sus inquisitivas miradas. La verdad es que había dejado que su tarea escolar decayera hace pocos meses, ¿no lo haría cualquiera, después de que su supuesta mejor amiga tratara de



matarlas? La última vez que ella consultó con su consejero escolar su posición en la clase, había caído al vigésimo séptimo lugar. Nunca nadie llegaría con ese lugar a Ivy.

—Prefiero quedarme con ustedes —dijo Spencer. Ella no quería pensar en escuela en sus vacaciones.

Aria, Emily, y Hanna se encogieron de hombros, luego levantaron sus vasos otra vez.

—Por nosotras —dijo Aria.

—Por la amistad. —Hanna estuvo de acuerdo.

Cada una de las chicas dejó que sus mentes fueran a un lugar zen, y por primera vez en días ni siquiera pensaron en su horrible pasado. Ninguna de las notas de la A apareció en sus mentes. Rosewood se sentía como si fuese un sistema solar diferente.

El DJ puso una vieja canción de Madonna, y Spencer se levantó de su asiento.

—Bailemos, chicas.

Los demás comenzaron a levantarse, también, pero Emily agarró el brazo de Spencer fuertemente, moviéndola de regreso a su asiento.

—No se muevan.

—¿Qué? —Spencer la miró—. ¿Por qué?

Los ojos de Emily eran enormes, su mirada estaba fijada en algo por la escalera de caracol.

—*Miren.*

Las chicas voltearon y entrecerraron los ojos. Una delgada chica rubia en un traje de playa amarillo brillante había aparecido en el rellano. Tenía unos ojos azules espectaculares, delineados labios rosas y una cicatriz sobre su ceja derecha. Incluso de donde estaban sentadas podían divisar más cicatrices en su cuerpo: la piel arrugada de sus brazos, las laceraciones de su cuello, la carne seca en sus piernas desnudas. Pero pese a las cicatrices, irradiaba belleza y confianza.

—¿Quién es? —murmuró Aria.

—¿La conoces? —preguntó Spencer.

—¿No lo pueden ver? —susurró Emily, con su voz temblando—. ¿No es obvio?

—¿Qué se supone que estamos mirando? —dijo Aria suavemente, inquieta.



—Esa chica. —Emily se volvió hacia ellas, con su cara pálida, y sus labios sin color—.
Es... *Ali*.



DIEZ MESES DESPUÉS

Capítulo 1

Una muy pequeña fiesta

*Traducido por Clau12345**Corregido por Marina012*

Un mesero gordinflón con las manos impecablemente arregladas levantó una bandeja humeante, mostrándole un queso pegajoso a Spencer Hastings.

—¿Brie al horno?

Spencer seleccionó una galleta y le dio un gran mordisco. *Delicioso*. No todos los días una empresa de catering servía Brie al horno en su propia cocina, pero esa noche de sábado en particular, su madre daba una fiesta para dar la bienvenida a una nueva familia al vecindario. La Sra. Hastings no había tenido un estado de ánimo apropiado para jugar a ser anfitriona durante los últimos meses, sin embargo, había tenido un arranque de entusiasmo social.

Como por una señal, Verónica Hastings irrumpió en la sala en una nube de Chanel N° 5, con grandes aretes fijos en sus orejas y deslizando un gran anillo de diamante en su dedo derecho. El anillo era una adquisición reciente... su madre había cambiado todas las piezas de joyería que el padre de Spencer le había comprado para obtener un grupo nuevo de adornos. Su cabello rubio ceniza colgaba recto y liso hasta la barbilla, sus ojos se veían enormes gracias al maquillaje aplicado por expertos y llevaba un equipado vestido negro de tubo que mostraba sus tonificados brazos gracias a los Pilates.

—Spencer, tu amiga está aquí para revisar el vestuario —dijo la Sra. Hastings a toda prisa mientras ponía un par de platos usados en el lavavajillas y le daba a la isla de la cocina otro spray con Fantastik, a pesar de que había tenido todo un equipo recorriendo la casa una hora antes—. Tal vez deberías ver si necesita algo.



—¿Quién? —Spencer arrugó la nariz. No le había pedido a nadie que trabajara en el evento de esta noche. Por lo general, su mamá contrataba a estudiantes de Hollis College, la universidad en el camino, para hacerlo.

La Sra. Hastings dejó escapar un suspiro de impaciencia y miró su reflejo perfecto en la puerta de acero inoxidable del refrigerador.

—Emily Fields. Coordiné con ella en el estudio.

Spencer se puso rígida. ¿Emily estaba aquí? Ciertamente *ella* no la había invitado.

No podía recordar la última vez que había hablado con Emily, tenía que ser hace meses. Pero su madre, y el resto del mundo, todavía pensaban que eran amigas cercanas. La portada de la revista *People* era la culpable, la cual salió a la venta poco después de que la verdadera Ali tratara de matarlas, e hizo aparecer a Spencer, Emily, Aria y Hanna enredadas en un abrazo de cuatro chicas. MUY BONITAS, PERO DEFINITIVAMENTE NO MENTIRASAS, decía el titular. Recientemente, un periodista había llamado a la casa de los Hastings para solicitar una entrevista de reencuentro con Spencer... el aniversario de aquella terrible noche en el Poconos era el próximo sábado y el público querría saber cómo les iba un año más tarde. Spencer lo había rechazado. Estaba segura de que las otras también.

—¿Spence?

Spencer se dio la vuelta. La Sra. Hastings se había ido, pero la hermana mayor de Spencer, Melissa, estaba en su lugar, su cuerpo envuelto en un elegante cinturón gris impermeable. Un par de delgados pantalones de J. Crew le cubrían las largas piernas.

—Hey. —Se acercó Melissa y le dio un gran abrazo y Spencer recibió una bocanada enorme de... ¿qué más? Chanel No. 5. Melissa era un clon de su mamá, pero Spencer trataba de no poner eso en su contra.

—¡Es tan bueno verte! —Melissa cantó como si fuera una tía perdida que no veía a Spencer desde que era una niña, a pesar de que habían ido a esquiar en Bachelor Gulch, Colorado, hace dos meses.

Entonces, alguien salió de atrás de ella.

—Hola, Spencer —dijo el hombre a la derecha de Melissa. Parecía extraño en saco, corbata y pantalones de color caqui con la arruga de las piernas planchada a la perfección, Spencer estaba acostumbrada a verlo en un uniforme del Departamento de Policía de Rosewood con una pistola en el cinturón. Darren, también conocido como Oficial Wilden, había sido el detective a cargo de la investigación del asesinato de



Alison DiLaurentis. Había interrogado a Spencer sobre la desaparecida Ali, quien en realidad había sido *Courtney*, innumerables veces.

—H-Hey —dijo Spencer mientras Wilden colocaba los dedos alrededor de Melissa. Los dos habían estado saliendo por casi un año, pero todavía parecían una pareja dispareja. Si Melissa y Wilden se hubiesen registrado en eHarmony, el servicio no los conectaría ni en un billón de años.

En su anterior vida, Wilden había sido un chico malo de Rosewood Day, la escuela privada de la ciudad a la que todo el mundo asistía, del tipo que escribía mensajes sucios en las paredes del baño y fumaba marihuana a la vista de la profesora de gimnasia. Melissa, por su parte, era la perfecta buena niña, reina del Baile de Bienvenida, cuya idea de emborracharse era comer media trufa rellena de crema de licor irlandés. Spencer también sabía que Wilden se había criado en una comunidad Amish en Lancaster, Pennsylvania, pero se escapó cuando era adolescente. ¿Había ya compartido *ese* jugoso chisme con su hermana?

—Vi a Emily cuando llegué —dijo Wilden—. ¿Irán a ver esa loca película hecha para la televisión el próximo fin de semana?

—Uh... —Spencer pretendió enderezar su blusa, sin querer responder a la pregunta. Wilden se refería a *Pretty Little Killer*, un cursi docudrama de cable sobre la historia del verdadero regreso del Ali, la masacre y la muerte. En una vida paralela, ellas cuatro *probablemente* verían la película juntas, analizando las chicas elegidas para interpretarlas, gimiendo por encima del diálogo inexacto y haciendo muecas ante la locura de Ali.

Pero no ahora. Después de Jamaica, su amistad comenzó a desintegrarse. Hoy, Spencer no podía ni siquiera estar en la misma habitación con alguna de sus viejas amigas sin sentirse inquieta y ruborizarse.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Spencer, alejando la conversación de su pasado—. No es que me *importe*, por supuesto. —Le dio a Melissa una especie de sonrisa. Las hermanas habían tenido sus problemas en el pasado, pero habían tratado de dejarlo todo atrás después del incendio del año pasado.

—Oh, pasamos por aquí para recoger un par de cajas que dejé en mi antigua habitación —dijo Melissa—. Luego vamos a Cocinas y Más Allá. ¿Te conté? ¡Estoy renovando mi cocina otra vez! Quiero que tenga un tema más mediterráneo. ¡Y Darren va a vivir conmigo!

Spencer le levantó una ceja a Wilden.



—¿Y tu trabajo en Rosewood? —Melissa vivía en una casa de lujo restaurada, en el Rittenhouse Square, en Filadelfia, un regalo de sus padres por graduarse de Penn—. Vas a tener que hacer un largo viaje desde Filadelfia a diario.

Wilden sonrió.

—Renuncié a la policía el mes pasado. Melissa me consiguió un empleo permanente como guardia en el Museo de Arte de Filadelfia. Voy a correr las escaleras de mármol como Rocky todos los días.

—Y proteger valiosas pinturas. —Melissa le recordó.

—Oh. —Wilden se sobó el cuello—. Sí. Correcto.

—Entonces, ¿para quién es esta fiesta? —Wilden tomó dos vasos del mesón de granito de la cocina y sirvió para él y Melissa un poco de Pinot noir.

Spencer se encogió de hombros y miró a la sala.

—Una nueva familia que se mudó a la casa de enfrente. Creo que mi mamá está tratando de causar una buena impresión.

Wilden se enderezó.

—¿La casa de los Cavanaugh? ¿Alguien compró ese lugar?

Melissa chasqueó la lengua.

—Ellos deben haber conseguido una oferta increíble. Yo no podría vivir allí, ni que me lo regalaran.

—Creo que están tratando de hacer borrón y cuenta nueva —murmuró Spencer.

—Bueno, salud por eso. —Melissa inclinó la copa hacia su boca.

Spencer miró los patrones rayados en las baldosas del piso travertino. *Era* una locura que alguien comprara la vieja casa de los Cavanaughs... los dos niños Cavanaugh habían muerto mientras vivían allí. Toby se suicidó poco después de haber regresado a la escuela Rosewood del reformatorio. Jenna había sido estrangulada y tirada en una zanja detrás de la casa... por Ali, la *verdadera* Ali.

—Entonces, Spencer. —Wilden se dirigió a ella de nuevo—. Has estado guardando un secreto.

La cabeza de Spencer alzó, su presión arterial saltando.



—¿D-disculpa? —Había instintos de detective en Wilden. ¿Podría saber que estaba ocultando algo? Ciertamente él no sabía nada de Jamaica. Nadie podía saber qué tanto había vivido ella.

—¡Entraste a Princeton! —exclamó Wilden—. ¡Felicitaciones!

El aire lentamente llenó los pulmones de Spencer de nuevo.

—Oh. Sí. Me enteré hace un mes.

—No podía dejar de presumir de eso, Spence. —Melissa sonrió—. Espero que no te importe.

—Y el ingreso temprano, también. —Wilden levantó las cejas—. ¡Sorprendente!

—Gracias. —Pero la piel de Spencer se sentía susceptible, como si hubiese pasado demasiado tiempo al sol. Le había tomado un esfuerzo hercúleo volver a su camino hacia las calificaciones más altas de la clase y asegurar un puesto en Princeton. No estaba exactamente orgullosa de todo lo que había hecho, pero lo había logrado.

La Sra. Hastings irrumpió de nuevo en la cocina y colocó sus manos sobre los hombros de Spencer y Melissa.

—¿Por qué no están ustedes dos circulando? ¡He estado hablando sobre mis brillantes hijas durante los últimos diez minutos! ¡Quiero demostrarlo!

—Mamá —se quejó Spencer, aunque secretamente se sentía feliz de que su madre estuviera orgullosa de *ambas*, no sólo de Melissa.

La Sra. Hastings sólo dirigió a Spencer hacia la puerta. Por suerte, la Sra. Norwood, una mujer con la que su madre solía jugar al tenis, les cerró el paso.

Cuando vio a la Sra. Hastings, sus ojos se abrieron de par en par. Le agarró las muñecas de la Sra. Hastings.

—¡Verónica! ¡Me muero por hablar contigo! ¡Has jugado muy bien, cariño!

—¿Disculpa? —dijo la Sra. Hastings mientras le ofrecía una amplia y falsa sonrisa.

La Sra. Norwood bajó la barbilla con timidez y le guiñó un ojo.

—¡No pretendas que no está pasando nada! ¡Ya supe sobre Nicholas Pennythistle! ¡Buen partido!

La Sra. Hastings se puso pálida.



—¡O-oh! —Sus ojos revolotearon a sus dos hijas—. Uh, no he dicho exactamente...

—¿Quién es Nicolás Pennythistle? —interrumpió Melissa, con su voz aguda.

—¿Una *conquista*? —espetó Spencer.

La Sra. Norwood se dio cuenta al instante de su metedura de pata y regresó a la sala. La Sra. Hastings enfrentó a sus hijas. Una vena sobresalió prominentemente en su cuello.

—Um, Darren, ¿nos disculpas un momento?

Wilden asintió con la cabeza y se dirigió a la habitación principal. La Sra. Hastings se hundió en uno de los taburetes y suspiró.

—Miren, se los iba a contar esta noche después de que todos se fueran. Estoy saliendo con alguien nuevo. Su nombre es Nicholas Pennythistle, y creo que es serio. Me gustaría conocerlo bien.

La boca de Spencer cayó.

—¿No es un poco pronto? —¿Cómo podía estar teniendo citas de nuevo? El divorcio sólo se había terminado hace unos meses. Antes de Navidad, ella todavía estaba abatida por la casa en chándal y zapatillas.

La Sra. Hastings olfateó defensivamente.

—No, no es demasiado pronto, Spencer.

—¿Papá sabe? —Spencer veía a su padre casi todos los fines de semana, asistían juntos a exposiciones de arte y a ver documentales en su nuevo Penthouse en la ciudad. Recientemente, Spencer había visto indicios de una mujer en el apartamento, un cepillo de dientes extra en su cuarto de baño, una botella de Pinot grigio en la nevera, y pensó que estaba viendo a alguien. También se había sentido demasiado pronto. Pero ahora su mamá estaba viendo a alguien, también. Irónicamente, Spencer era la única persona en su familia que no salía con nadie.

—Sí, su padre lo sabe —dijo la Sra. Hastings sonando exasperada—. Se lo dije ayer.

Una camarera dio un paso atrás en la cocina. La Sra. Hastings metió la copa por más champagne.

—Chicas me gustaría que fueran a cenar en el *Goshen Inn* conmigo, Nicholas y sus hijos mañana en la noche, así que hagan espacio en sus agendas. Y vistan algo bonito.



—¿Hijos? —chirrió Spencer. Esto estaba poniéndose cada vez peor. Se imaginó pasando la noche con dos pequeños mocosos con grandes mechones de pelo rizado y una afición por torturar a los animales pequeños.

—Zachary tiene dieciocho años y Amelia quince —respondió la Sra. Hastings quebradiza.

—Bueno, creo que es maravilloso, mamá —dijo Melissa, sonriendo alegremente—. ¡Por supuesto que debes seguir adelante! ¡Bien por ti!

Spencer sabía que tenía que decir algo en este sentido, pero no le vino nada a la mente. Ella fue quien expuso el romance entre su padre y la madre de Ali, y que Ali y Courtney eran medio hermanas de Melissa y ella. No era que hubiese querido, A le hizo hacerlo.

—¡Ahora mézclense niñas! ¡Es una fiesta! —La Sra. Hastings tomó los brazos de Melissa y Spencer las empujó dentro de la sala de estar.

Spencer se tambaleó en el espacio que estaba lleno de gente del vecindario, el club de campo y la asociación de padres del Rosewood Day. Un grupo de niños que Spencer conocía desde que estaban en el jardín de niños estaban reunidos alrededor de la gran ventana que daba hacia la bahía al lado de la casa, bebiendo copas de champagne no tan secretamente. Naomi Zeigler chilló mientras Mason Byers le hacía cosquillas. Sean Ackard estaba sumergido en una profunda conversación con Gemma Curran. Pero Spencer no se sentía como para hablar con ninguno de ellos.

En su lugar, se dirigió hacia la barra, podría como mínimo tomarse un trago en esta situación, y al instante su talón quedó atrapado en el borde de la alfombra. Sus piernas salieron de debajo de ella y de repente estaba en el aire. Alargó la mano de uno de los cuadros de crudo pesado en la pared y se estabilizó a sí misma antes de estrellar su nariz contra al suelo, pero muchas personas voltearon y la miraron directamente.

Emily atrapó la mirada de Spencer antes de que pudiera apartarla. Le ofreció un pequeño intento de saludo. Spencer se devolvió a la cocina. Ellas *no* se estaban hablando en estos momentos. Ni nunca.

La temperatura de la cocina se sentía aún más caliente de lo que había estado unos momentos antes. La mezcla de olores de los aperitivos fritos y los quesos picantes importados hizo que Spencer se sintiera mareada. Se inclinó sobre la isla, respirando profundamente. Cuando volvió a mirar a la sala una vez más, los ojos de Emily estaban bajos. *Bien.*



Pero alguien más estaba mirando en su lugar. Wilden había visto claramente el intercambio silencioso con Emily. Spencer casi podía ver los engranajes de la década de ex detective girando en su cabeza: ¿Qué pudo haber causado que esa imagen de portada de revista de su perfecta amistad se estrellase y ardiera?

Spencer cerró la puerta de la cocina y se retiró al sótano, con una botella de champagne con ella. *Qué pena, Wilden.* Era un secreto que ni él ni nadie sabría nunca.



Capítulo 2

Pieles, amigos y risas lejanas

Traducido por clau12345
Corregido por BrendaCarpio

—Por favor, no uses un gancho de alambre —dijo una señora de pelo canoso bruscamente mientras se despojaba de una zanga de Burberry y la colocaba en los brazos de Emily Fields. Así, sin ni siquiera un gracias, la mujer se deslizó hacia el centro de la sala de la casa de los Hastings y se sirvió un canapé. *Snob.*

Emily colgó el abrigo, que olía a una mezcla de agua de colonia, cigarrillos y perro mojado, en un gancho, colocándole una etiqueta de control y lo colocó suavemente en el armario de roble del estudio del Sr. Hastings. Los dos Labradoodles de Spencer, Rufus y Beatrice, jadeaban al otro lado de la puerta para perros, frustrados por haber sido acordonados por la fiesta. Emily les dio unas palmaditas en la cabeza y menearon sus colas. Por lo menos *ellos* estaban felices de verla.

Mientras regresaba a su posición en la mesa del guardarropa, miró con cautela alrededor de la habitación. Spencer estaba de nuevo en la cocina y no había vuelto a salir. Emily no estaba segura de si sentirse aliviada o decepcionada.

La casa Hastings era la misma de siempre: pinturas antiguas de familiares colgadas en el vestíbulo, pomposas sillas y sofás franceses en la sala de estar y pesadas cortinas doradas cubriendo las ventanas. En el pasado, cuando estaban en sexto y séptimo grado, Emily, Spencer, Ali y las demás habían pretendido que la habitación era una recámara en Versalles. Ali y Spencer solían pelear por quién sería María Antonieta, y Emily casi siempre quedaba relegada a ser una Dama de Honor. Una vez, mientras Ali hacía de María Antonieta, le había obligado a darle un masaje en los pies. —Tú sabes que me encantan. —Había bromeado.

La desesperación arrojó a Emily como una gran ola de mar. Era doloroso pensar en el pasado. Si tan sólo pudiera meter en una caja los recuerdos y enviarlos por correo al Polo Sur y estar libre de ellos para siempre.

—Estás encorvada —susurró una voz.



Emily levantó la vista. Su madre se paró frente a ella, con el ceño fruncido y las comisuras de los labios arrugados en una mueca. Llevaba un vestido azul que llegaba a un lugar poco atractivo entre las rodillas y las pantorrillas, y un bolso de imitación de piel de serpiente bajo el brazo que parecía como si llevara una barra de pan francés.

—Y sonrío —agregó la Sra. Fields—. Te vez miserable.

Emily se encogió de hombros, ¿qué se suponía que debía hacer, sonreír como una loca? ¿Ponerse a cantar?

—Este trabajo no es precisamente divertido —señaló.

Las ventanas de la nariz de la Sra. Fields resoplaban.

—la Sra. Hastings es muy amable en darte esta oportunidad. Por favor, no abandones esto como has hecho con todo lo demás.

Ouch. Emily se escondió detrás de una cortina de cabello de color rubio rojizo.

—No voy a renunciar.

—Entonces, simplemente haz tu trabajo. Haz algo de dinero. Dios sabe que cada pequeña cosa cuenta.

La Sra. Fields se marchó, poniéndole una cara alegre a los vecinos. Emily se desplomó en la silla, conteniendo las lágrimas. *No abandones esto como has hecho con todo lo demás.* Su madre se había puesto furiosa cuando Emily renunció al equipo de natación el junio pasado, sin ninguna explicación, para pasar el verano en Filadelfia. Tampoco se había reincorporado al equipo de Rosewood Day en el otoño. En el mundo de la natación competitiva, faltar algunos meses significa problemas, especialmente durante la etapa de selección para la beca escolar. Perder dos temporadas era la perdición.

Sus padres estaban devastados. *¿No te das cuenta de que no podemos pagarte la universidad si no consigues una beca? ¿No te das cuenta de que estás tirando tu futuro por un caño?*

Emily no sabía cómo responder esas preguntas. No había manera de que pudiera contarles por qué había abandonado el equipo, no mientras estuviera con vida.

Finalmente, se había reunido con sus viejos compañeros de equipo un par de semanas atrás esperando que algún caza talentos estudiantil se apiadara de ella y le diera una oportunidad de última hora. Un reclutador de la Universidad de Arizona se había interesado en ella el último año, por lo que Emily se aferraba a la idea de que todavía



la quisiera para su equipo. Pero el día de hoy, también había tenido que dejar atrás ese sueño.

Sacó su teléfono de su bolso y revisó una vez más el correo de rechazo del reclutador. *Siento tener que decirlo... simplemente no hay suficiente espacio... buena suerte.* Apenas leyó esas palabras, su estómago comenzó a revolverse.

De repente, la habitación comenzó a oler a ajo asado y Altoids de Canela. El cuarteto de cuerdas que se encontraba en un rincón de la habitación sonaba horriblemente fuera de tono. Las paredes parecían cerrarse hacia Emily. ¿Qué iba a hacer el año que viene? ¿Conseguir un trabajo y vivir en su casa? ¿Ir a la universidad comunitaria? Tenía que salir de Rosewood, si se quedaba allí, los terribles recuerdos se la tragarían hasta que no quedara nada de ella.

Una niña alta y de pelo negro se acercó al gabinete de la vajilla llamando su atención. *Aria.*

El corazón de Emily comenzó a latir. Spencer había actuado como si hubiese visto un fantasma cuando cruzaron miradas, pero tal vez Aria reaccionaría diferente. Mientras la observaba mirando los adornos en el gabinete, actuando como si los objetos de la habitación fueran más importantes que la gente, algo que siempre hacía cuando se quedaba sola en las fiestas. Emily fue superada por la nostalgia. Salió de detrás de la mesa y se acercó a su vieja amiga. Si tan sólo pudiera correr hacia Aria y preguntarle cómo estaba. Decirle lo que había sucedido con la beca de natación. Solicitar un muy necesario abrazo. Si tan sólo no hubiesen ido a Jamaica juntas, ella podría.

Para su sorpresa, Aria levantó la vista y se centró en Emily. Sus ojos se abrieron. Sus labios fruncidos.

Emily se enderezó y le ofreció una pequeña sonrisa.

—H-hey.

Aria se estremeció.

—Hey.

—Puedo tomar esto por ti, si quieres. —Emily hizo un gesto hacia el abrigo morado de Aria, que todavía estaba fuertemente anudado alrededor de su cintura. Emily había estado con Aria cuando lo compró en una tienda de segunda mano en Filadelfia el año pasado, poco antes de irse a las vacaciones de primavera juntas. Spencer y Hanna le habían dicho a Aria que el abrigo olía a señora mayor, pero ella lo había comprado de todas maneras.



Aria puso sus manos en los bolsillos del abrigo.

—Está bien.

—El abrigo se ve muy bien en ti —agregó Emily—. El morado siempre ha sido tu color.

Un músculo en la mandíbula de Aria se movió. Parecía que quería decir algo, pero cerró la boca con fuerza. Entonces, sus ojos se iluminaron con algo al otro lado de la sala. Noel Kahn, su novio, se precipitó hacia Aria y la envolvió con sus brazos.

—Te estaba buscando.

Aria le dio un beso en señal de saludo y se alejó sin decir ni una palabra a Emily.

Un grupo de personas en el centro de la sala estallaron en carcajadas. El Sr. Kahn, que se tambaleaba como si hubiera bebido demasiado, comenzó a tocar en el piano de los Hastings la parte derecha del “Danubio Azul”. De repente, Emily no podía soportar ver la fiesta por más tiempo. Se precipitó por la puerta principal justo antes de que las lágrimas comenzaran a caer.

Afuera, el aire era demasiado caluroso para febrero. Caminó por el costado de la casa hacia el patio trasero de los Hastings, con lágrimas bajando en silencio por sus mejillas.

La vista en el patio trasero de Spencer era tan diferente ahora. El histórico granero que había estado en la parte trasera de la propiedad se había ido. La verdadera Ali lo había quemado el año pasado. Sólo quedaba el polvo negro y la zona quemada. Emily dudaba que algo volviera a crecer en ese lugar otra vez.

Al lado estaba la vieja casa DiLaurentis. Maya St. Germain, con quien Emily había tenido algo en tercer año de secundaria, aún vivía allí, aunque no se habían visto nunca más. En el patio del frente, el Santuario de Ali, el que había estado allí por tanto tiempo hasta que Courtney, *su* Ali, muriera en la vieja casa DiLaurentis también se había ido. El público estaba todavía obsesionado. Los periódicos reseñaban el aniversario del incendio de Alison DiLaurentis, y por otro lado estaba la horrible película biográfica de Alison, *Pretty Little Killer*, pero nadie quería elogiar a un asesino.

Pensando en ello, Emily se metió la mano en el bolsillo de sus pantalones vaqueros y sintió la borla de seda que había llevado con ella durante el último año. Sólo sentirla la tranquilizaba.



Un pequeño llanto resonó y Emily se volteó. A sólo veinte metros de distancia, casi completamente integrada con el tronco del gigante olmo de la casa Hastings, se encontraba una adolescente con un pequeño bebe.

—¡Shhh! —susurró la niña. Entonces, miró a Emily con una sonrisa de disculpa—. Lo siento. Vine aquí para mantenerla calmada, pero no está funcionando.

—Está bien. —Emily se secó los ojos secretamente. Miró el pequeño bebé—. ¿Cómo se llama?

—Grace. —La niña levantó al bebé en sus brazos—. Saluda, Grace.

—¿Es... *tuya*? —La chica parecía de la misma edad que Emily.

—Oh Dios, no. —La niña se echó a reír—. Es de mi mamá. Pero ella está en el interior, cotorreando, así que estoy de niñera. —Sacó algo de la gran pañalera en su hombro—. ¿Te importaría cargarla por un segundo? Tengo que conseguir la botella, pero está en el fondo.

Emily parpadeó. No había cargado a un bebé en mucho tiempo.

—Bueno, está bien...

La chica le dio el bebé, que estaba envuelto en una manta de color rosa y olía a talco. Su boca roja se abrió y las lágrimas aparecieron en sus ojos.

—Está bien —le dijo Emily al bebé—. Puedes llorar. No me importa.

Una arruga se formó en la pequeña frente de Grace. Cerró la boca y miró fijamente a Emily con curiosidad. Sentimientos tumultuosos se apresuraron hacia Emily. Sus recuerdos pulsando cerca, listos para liberarse, pero rápidamente los empujó en el fondo.

La niña levantó la cabeza de la bolsa de pañales.

—¡Hey! Eres natural. ¿Tienes hermanitos o hermanitas?

Emily se mordió el labio.

—No, sólo mayores. Pero he sido niñera un montón de veces.

—Está demostrado —sonrió—. Soy Chloe Roland. Mi familia acaba de mudarse aquí desde Charlotte.

Emily se presentó.



—¿A qué escuela vas?

—Rosewood Day. Voy al último año.

Emily sonrió.

—¡Ahí es donde voy!

—¿Te gusta? —preguntó Chloe, buscando el biberón.

Emily sostuvo la espalda de Grace. ¿Le *gustaba* el Rosewood Day? Tanto que la escuela le recordaba a *su* Ali, y a A. Cada rincón, cada habitación mantenía un recuerdo que prefería olvidar.

—No sé —dijo, y sin darse cuenta dejó escapar un fuerte resoplido.

Chloe vio el rostro de Emily lleno de lágrimas.

—¿Está todo bien?

Emily se secó los ojos. Su cerebro evocó las palabras *estoy bien* y *no importa*, pero no pudo decirlas.

—Me acabo de enterar que no obtuve una beca de natación para entrar en la universidad —dijo abruptamente—. Mis padres no pueden permitirse el lujo de mandarme sin ella. Es mi culpa. Yo... yo me salí de natación este verano. El equipo no me quiere ahora. No sé qué voy a hacer.

Nuevas lágrimas cayeron en cascada por el rostro de Emily. ¿Desde cuándo iba por ahí lloriqueando sobre sus problemas con niñas que no conocía?

—Lo siento. Estoy segura de que no querías escuchar eso.

Chloe resopló.

—Por favor. Es más de lo que cualquier *otro* me ha dicho en esta fiesta. Así que nada, ¿eh?

—Sí.

Chloe sonrió.

—Mi papá es un gran donador de la Universidad de Carolina del Norte, su alma mater. Él podría ser capaz de ayudar.

Emily levantó la vista.



—UCN tiene una gran escuela de natación.

—Tal vez podría hablar con él acerca de ti.

Emily miró fijamente.

—¡Pero no me conoces!

Chloe pasó a Grace más alto en sus brazos.

—Pareces agradable.

Emily miró a Chloe más de cerca. Tenía un rostro redondo agradable, brillantes ojos de color avellana y el cabello largo y castaño brillante el color de un pudín de chocolate. Sus cejas parecían que no habían sido hechas desde hace tiempo, no tenía mucho maquillaje, y Emily estaba bastante segura de que había visto el vestido que Chloe llevaba puesto en The Gap. Le agradó al instante por no esforzarse tanto.

La puerta de entrada a la casa de los Hastings se abrió y unos pocos invitados salieron al porche. Una chispa de miedo atornilló el pecho de Emily. *¡Guardarropa!*

—M-me tengo que ir —exclamó, dando vueltas—. Se supone que debo estar trabajando en el guardarropa. Probablemente voy a ser despedida ahora.

—¡Fue un placer conocerte! —Saludó con la mano Chloe, y luego hizo la gracia de onda, también—. ¡Y, hey! Si necesitas dinero, ¿puedes cuidar a la niña por nosotros la noche del lunes? Mis padres no conocen a nadie todavía, y tengo una entrevista en la universidad.

Emily se detuvo en la hierba helada.

—¿Dónde vives?

Chloe se echó a reír.

—*De acuerdo.* Eso sería de gran ayuda, ¿eh? —Señaló hacia la casa de enfrente—. Allí.

Emily se quedó mirando la gran casa victoriana y se tragó un suspiro. La familia de Chloe se había mudado a la vieja casa de los Cavanaugh.

—Um, seguro. Sí —dijo adiós y salió corriendo hacia la casa. Al pasar por la línea gruesa de los arbustos que separaban la propiedad de los Hastings de la de los DiLaurentis oyó una risita aguda.

Se detuvo de repente. ¿Alguien la miraba? ¿Se estaba riendo? La risa se desvaneció en los árboles. Emily se arrastró hasta la acera, tratando de sacudirse el sonido de su



cabeza. Estaba oyendo cosas. Nadie la miraba ahora. Esos días desaparecieron hace afortunadamente mucho, mucho tiempo.

¿Cierto?



Capítulo 3

Solo otra perfecta familia politica

*Traducido por Emii Gregori
Corregido por BrendaCarpio*

Aquella misma noche del sábado, Hanna Marin se sentó con su novio, Mike Montgomery, en un viejo almacén de botellas de vidrio convertido en un estudio de fotografía en el centro de Hollis. El espacio industrial de techos altos estaba lleno de luces calientes, múltiples cámaras, y varios escenarios diferentes. Un paño azul, una escena de otoño, y una pantalla cubierta con una gran y ondeante bandera estadounidense, que Hanna encontraba insoportablemente maloliente.

El padre de Hanna, Tom Marin, estaba de pie en medio de la multitud de consejeros políticos, ajustándose la corbata y articulando sus líneas. Era candidato para el Senado de los EE.UU. del próximo noviembre, y hoy estaba rodando su primera campaña política en la cual se introduciría en Pennsylvania como el senador que era. Su nueva esposa, Isabel, estaba de pie junto a él, ablandando su corto cabello marrón, alisando su político traje rojo de esposa poderosa, para completarlo con hombreras, *ugh* e inspeccionando su piel anaranjada en un espejo de mano Chanel.

—En serio —le susurró Hanna a Mike, quién estaba ayudándose con otro sándwich del carrito de alimentos—. ¿Por qué nadie le dice a Isabel que deje el Mystic Tan? Se parece a un Oompa Loompa.

Mike se rió disimuladamente, apretando la mano de Hanna mientras su hermanastra, Kate, se deslizaba por delante. Lamentablemente, Kate no era un clon de su madre. Parecía que había gastado todo el día en el salón consiguiendo que su cabello castaño destacara, con pestañas postizas pegadas, y dientes blanqueados de modo que luciera absolutamente perfecta para la gran campaña de su padre. *Padrastro*, no es que Kate alguna vez notara la diferencia. Y no es que el padre de Hanna alguna vez lo hiciera, tampoco.

Entonces, como si sintiera que Hanna estaba pensando cosas repugnantes sobre ella, Kate se pavoneó más.

—Ustedes deberían estar ayudando, saben. Hay muchas cosas que hacer.



Hanna tomó un sorbo apático de la lata de Coca-Cola Light que había robado del refrigerador. Kate había tomado para sí misma ser la pequeña asistente de su padre como un interno impaciente en *The West Wing*.

—¿Cómo qué?

—Como que podrías ayudarme a repasar mis líneas —sugirió Kate de modo mandón. Ellaapestaba a su loción de cuerpo favorita de Jo Malone Fig & Cassis, que para Hanna olía como una mohosa ciruela dejada en el bosque demasiado tiempo—. Tengo tres sentencias en el anuncio, y quiero que sean perfectas.

—¿Tienes líneas? —exclamó Hanna, y luego instantáneamente se arrepintió. Eso era exactamente lo que Kate quería que dijera.

Mientras Hanna lo predijo, los ojos de Kate se ampliaron con una falsa compasión.

—Oh, Hanna, ¿quieres decir que no tienes *ninguna*? ¿Me pregunto por qué pasó *eso*?
—Ella giró alrededor y se acercó de nuevo al set. Sus caderas se balancearon. Su brillante cabello rebotaba. Sin duda había una enorme sonrisa en su rostro.

Temblando de furia, Hanna agarró un puñado de papas fritas de la taza a su lado y las metió en su boca. Eran agrias y cebolleras, no eran sus favoritas, pero no le importaba. Hanna había estado peleando con su hermanastra desde que Kate volvió a entrar en la vida de Hanna el año pasado y se convirtió en una de las chicas más populares en Rosewood Day. Kate aún seguía siendo mejor amiga de Naomi Ziegler y Riley Wolfe, dos perras que han tenido rencor hacia Hanna desde que su Ali, alias Courtney, las abandonó a principios de sexto grado. Después de que Hanna se reunió con sus viejas amigas, el aumento de la popularidad de Kate no le molestaba tanto, pero ahora que, Spencer, Aria, y Emily no se hablaban, Hanna no podía dejar que Kate llegara a ella.

—Olvídala. —Mike tocó el brazo de Hanna—. Parece como si tuviera una bandera Americana empujada sobre su culo.

—Gracias —dijo Hanna rotundamente, pero no servía mucho de ayuda.

Hoy, sólo se sentía... disminuida. Innecesaria. Sólo había espacio para una brillante hija adolescente, y ésa era la chica que había recibido tres sentencias completas para decir en cámara.

En ese momento, el celular de Mike produjo un sonido metálico.

—Es de Aria —murmuró, escribiéndole de regreso—. ¿Quieres que le diga hola?



Un tipo bajito con gruesas gafas chifladas, una camisa rosa de rayas y pantalones grises golpeó sus manos, sorprendiendo a Hanna y Mike.

—De acuerdo, Tom, estamos listos para ti. —Era Jeremiah, el asesor de campaña número uno del Sr. Marin... o como Hanna le gustaba llamarlo, su chico cabrón. Jeremiah estaba junto a su padre a todas horas del día, haciendo lo que fuera necesario. Hanna estaba tentada a hacer un ruido de azote cuando él estaba cerca.

Jeremiah fue de un lado a otro, posicionando al padre de Hanna delante de la pantalla azul.

—Haremos unos pocos rodajes de usted hablando de cómo es el futuro de Pennsylvania —dijo con una voz nasal de niña. Cuando él bajó su cabeza, Hanna pudo ver el punto creciente de su calvicie en la coronilla—. Asegúrate de hablar sobre todo el buen trabajo comunitario que hiciste en el pasado. Y definitivamente habla de tu promesa sobre poner fin a la bebida adolescente.

—Absolutamente —dijo el Sr. Marin, en un tono presidencial.

Hanna y Mike intercambiaron una mirada y lucharon por no reírse. Irónicamente, la causa del Sr. Marin era la abolición de la bebida adolescente. ¿No podía haberse enfocado en algo que no tuviera un impacto directo en la vida de Hanna? ¿Darfur, tal vez? ¿Un mejor trato para los empleados de Wal-Mart? ¿Qué divertido sería una fiesta sin barriles?

El Sr. Marin repasó sus líneas, sonando robusto, confiado y con un buen humor de vota por mí. Isabel y Kate sonrieron y se dieron un codazo entre sí con orgullo, lo que le hizo a Hanna querer vomitar. Mike dio su opinión eructando ruidosamente durante una de las tomas. Hanna lo adoró por ello.

Luego, Jeremiah guió al Sr. Marin al fondo de la bandera americana.

—Ahora vamos a ver el segmento familiar. Uniremos eso al final del comercial... todos te verán como el hombre de familia que eres. Y a la magnífica familia que tienes. — Hizo una pausa para guiñar el ojo hacia Isabel y Kate, quienes rieron tontamente.

Hombre de familia mi culo, Hanna pensó. Es curioso como nadie había mencionado que Tom Marin se había divorciado, se mudó a Maryland, y se olvidó de su antigua esposa y de su hija por tres largos años. Interesante, también, que nadie se hubiera planteado que su padre se mudó, junto a Kate e Isabel, a la casa de Hanna el año pasado, mientras que la madre de Hanna comenzaba a trabajar en el extranjero, cerca de arruinar la vida de Hanna. Por suerte, habían sido expulsados por la madre de Hanna al regresar de Singapur, encontrando una McMansion en Devon que no era tan



fría como la casa de Hanna en la cima de Mt. Kale. Pero su presencia aún persistía: Hanna todavía tenía el olor del perfume Fig & Cassis de Kate cuando caminaba por el pasillo o se hundía en el sofá.

—¡De acuerdo, familia! —El director, un español de cabello largo llamado a Sergio, chasqueó las luces—. ¡Todo el mundo contra la bandera! ¡Preparen sus líneas!

Kate e Isabel obedientemente entraron en los focos calientes y se posaron junto al Sr. Marin. Mike empujó el costado de Hanna.

—¡*Anda!*

Hanna vaciló. No es que no quisiera estar delante de una cámara, siempre fantaseaba sobre convertirse en una presentadora famosa o en una modelo de pasarela, pero ella no quería estar en un comercial con su hermanastra como si fueran una gran familia feliz.

Mike le empujó de nuevo.

—Hanna, *anda*.

—Bien —gimió Hanna, deslizándose de la mesa y pisando fuerte hacia el set.

Varios de los asistentes de los directores se volvieron y la miraron confusos.

—¿Quién *eres?* —preguntó Sergio, sonando como la oruga que fuma narguile en *Alicia en el País de las Maravillas*.

Hanna se rió incómodamente.

—Uh, soy Hanna Marin. La hija *biológica* de Tom.

Sergio rascó su greña de rizos largos.

—Los únicos miembros de la familia en mi hoja se llaman Isabel y Kate Randall.

Hubo una larga pausa. Varios de los asistentes se miraron incómodos. La sonrisa de Kate se ensanchó.

—¿Papá? —Hanna se volvió hacia su padre—. ¿Qué está pasando?

El Sr. Marin tiró el micrófono a uno de los asistentes que tenía roscado bajo su chaqueta.

—Bueno, Hanna, es sólo eso... —Estiró el cuello y encontró a su asistente.



Rápidamente, Jeremiah corrió hacia el set y le entregó a Hanna una mirada exasperada.

—Hanna, a nosotros nos gustaría si tú sólo miraras.

¿Nosotros?

—¿Por qué? —chirrió Hanna.

—Estamos tratando de cuidarte de más gente entrometida de la prensa, Hanna —dijo el Sr. Marin suavemente—. Estuviste mucho en el centro de atención el año pasado. No sabía si querías traer más atención a ti misma.

O tal vez *él*/no quería atraer la atención de nuevo hacia ella. Hanna entrecerró sus ojos, notando que su padre estaba preocupado por los errores que ella había cometido en el pasado. Como cuando había sido atrapada robando en Tiffany y luego robó y destrozó el coche de su novio Sean Ackard. Como la segunda A, la verdadera Ali, había enviado a Hanna a The Preserve, una institución mental para adolescentes con problemas. Y, con la cereza en la cima, algunas personas creían que Hanna y sus amigas habían asesinado a Ali, *su* Ali, la chica que había desaparecido en el séptimo grado.

También estaba lo que había sucedido en Jamaica, de lo cual el Sr. Marin no sabía nada. Es que nadie debía saber sobre eso, nunca.

Hanna dio un gran paso atrás, sintiendo como si el suelo se hubiera desprendido debajo de ella. Su padre no quería que ella se asociara con su campaña. No encajaba en su retrato de familia sana. Era su *antigua* hija, su desecho, una chica llena de escándalos que no quería recordar nunca más. De repente, una vieja nota de A destelló en su mente: *¡Incluso papá no te ama!*

Hanna giró sobre sus talones y caminó de nuevo hacia Mike. Qué se jodan. Ella no quería estar en el estúpido comercial de su padre, de todos modos. La gente en la política tenía el cabello feo, sonrisas pegadas, y un horrible sentido para la moda, excepto por los Kennedys, por supuesto, pero ellos eran la excepción que demostraba la regla.

—Vamos —gruñó ella, agarrando su bolso de la silla vacía.

—Pero, Hanna... —Mike la miró con sus redondos ojos azules.

—Vámonos.

—Hanna, espera —llamó su padre detrás de ella.



Sigue caminando, se dijo Hanna. Déjale ver lo que se está perdiendo. No hables con él nunca más.

Su padre llamó su nombre una vez más.

—Vamos, regresa —dijo, su voz goteaba por la culpa—. Hay espacio para todos nosotros. Puedes incluso decir unas pocas líneas, si lo deseas. Podemos darte algunas líneas de Kate.

—¿Qué? —gritó Kate, pero alguien la hizo callar.

Hanna se dio la vuelta y vio los ojos de su padre, suplicándole.

Después de la frustración de un momento, le entregó su bolso a Mike y caminó de regreso al set.

—Tom, no creo que esto sea una buena idea —advirtió Jeremiah, pero el Sr. Marin sólo le restó importancia. Cuando Hanna dio un paso hacia las luces, él le dio una gran sonrisa, pero ella no se la devolvió. Se sintió como la perdedora bromeando con el profesor, haciendo que todos jugaran en el recreo. Su padre sólo le estaba pidiendo que regresara ya que le hacía parecer un idiota si la excluía.

Sergio repasó sus líneas con la familia, dividiendo las líneas de Kate entre las dos hijas. Cuando la cámara se volvió hacia Hanna, tomó una respiración profunda, deshaciéndose de las vibraciones negativas a su alrededor, y metiéndose en su personaje.

—Pennsylvania necesita un líder fuerte que trabaje para *ti* —dijo, tratando de parecer natural, apisonando sus esperanzas marchitas. Sergio disparó una toma tras otra hasta que las mejillas de Hanna dolían de tanto sonreír. Una hora más tarde, todo había terminado.

Tan pronto como las luces se apagaron y Sergio lo declaró concluido, Hanna corrió hacia Mike.

—Salgamos de este infierno.

—Estuviste realmente bien, Han —dijo Mike, saltando de la mesa.

—Él tiene razón —dijo una segunda voz.

Hanna echó un vistazo. Uno de los asistentes de Sergio estaba a unos pocos metros, con dos grandes maletas negras llenas de equipos en sus manos. Él era probablemente un poco mayor que Hanna. Su cabello estaba cortado de una manera desordenada, sin embargo, ingeniosamente dispuesta, y llevaba jeans ceñidos, una chaqueta de cuero



curtida, y un par de gafas de sol de aviador, que estaban apoyadas sobre su cabeza. Sus ojos beige miraron a Hanna arriba y abajo como si estuviera de acuerdo con lo que veía.

—Totalmente balanceada —agregó—. Con una tonelada de presencia. Pateaste en el culo a esa otra chica.

—Uh, gracias. —Hanna intercambió una mirada de sospecha con Mike. ¿Elogiar a los clientes era el trabajo de este tipo?

El hombre buscó en su bolsillo y le entregó una tarjeta comercial.

—Eres realmente hermosa. Podrías ser una modelo de alta costura si quisieras. — Señaló la tarjeta—. Me encantaría fotografiarte para mi catálogo. Incluso podría ayudarte a elegir algunas fotos para los agentes. Llámame si te interesa.

Levantó la maleta más alta y salió del estudio, sus zapatillas golpearon suavemente el piso polvoriento de madera. Hanna se quedó mirando la tarjeta comercial que le había regalado. *Patrick Lake, Fotógrafo*. En la parte de atrás estaba su número de teléfono, página web y página de Facebook.

La puerta del estudio se cerró de golpe. El resto del equipo recogió sus maletas. Jeremiah abrió una pequeña bolsa gris que contenía dinero para la insignificante campaña del Sr. Marin y le entregó a Sergio un fajo de billetes. Hanna giró la tarjeta comercial de Patrick Lake en sus manos, de repente sintiéndose un poco mejor. Cuando levantó la vista, Kate estaba mirando, con su frente arrugada y sus labios fruncidos. Claramente, había oído la conversación entre Hanna y Patrick.

¿Qué te parece, perra? Hanna pensó vertiginosamente, deslizando la tarjeta en el bolsillo. Ella pudo no haber ganado la batalla por su papá, pero todavía podía ganar la guerra de la chica más bonita.



Capítulo 4

Y ahora llegaron de Helsinki...

*Traducido por Dyanna
Corregido por BrendaCarpio*

—¿Ésta es tu nueva colonia hecha de potpurri? —Aria Montgomery le susurró a su novio, Noel Kahn, cuando se agachó para besarle.

Noel se recostó en el sofá, mirándose ofendido.

—Estoy usando Gucci Sport. Como siempre lo he hecho.

Aria olió otra vez. Él definitivamente olía a lavanda.

—Creo que accidentalmente lo cambiaste por la loción de baño de la abuela.

Noel olió sus manos e hizo una mueca, entrecerrando sus suaves ojos marrones.

—Es el jabón de manos del lavado. ¡No puedo evitar que tu mamá ponga esa mierda femenina en el baño! —Él se deslizó sobre Aria y tapó su nariz con sus manos. —Tú amas esto, ¿no?

Aria se rió. Era un domingo por la tarde, ella y Noel estaban solos en la casa de la mamá de Aria, recostados sobre el sofá en la sala de la familia. Desde el divorcio de sus padres, la sala había sufrido un cambio de imagen para adaptarse a los gustos de Ella y sus aventuras. Estatuas de dioses hindú del viaje de Ella a Bombay del verano pasado se alineaban en la estantería, mantas de la india de su estancia en la colonia artística de Nuevo México el pasado otoño, cubrían los sofás y las sillas, y las toneladas de velas aromáticas de té verde, olor del cual el padre de Aria, Byron, nunca le había gustado, parpadeaban por todas partes. Cuando Aria se había fijado en Noel en sexto y séptimos grado, ella solía soñar despierta sobre Noel viniendo a su casa y descansando sobre el sofá con ella, justo como esto. Bueno, menos las malignas miradas de la figurita de muchas manos de Ganesh en la esquina.

Noel le daba besitos a Aria en los labios. Aria sonreía y le devolvía el beso, mirando sus rasgos bien definidos; su largo, ondulado, cabello negro, y labios de color rosa. Él respiró y la besó profundamente, pasando sus manos de arriba a abajo sobre la



longitud de la columna vertebral. Despacio, desabotonó la chaqueta de Aria con estampado de leopardo.

—Eres tan hermosa —él susurró. Entonces, sacó su camiseta sobre su cabeza, tirándola al suelo, y alcanzando la cremallera en los pantalones de Aria—. Nosotros deberíamos ir a tu dormitorio.

Aria puso su mano sobre la suya, deteniéndolo.

—Noel, espera.

Noel gruñó y salió de ella.

—¿Es en serio?

—Lo siento —protestó Aria, abotonándose el suéter de nuevo. —Es sólo...

—¿Sólo qué? —Noel se agarró del borde de la mesa de café, de repente su postura estaba rígida.

Aria miró hacia afuera de la ventana, que ofrecía una vista perfecta de los bosques del Condado de Chester. Ella no podía explicar por qué estaba tan indecisa a tener sexo con él. Ellos habían estado saliendo desde hace más de un año. Y no es que fuera una mojigata. Había perdido su virginidad con Oskar, un chico en Islandia, cuando tenía dieciséis años. El año pasado, se había enganchado con Ezra Fitz, que pasó a ser su profesor de Inglés. Ellos no habían dormido juntos, pero probablemente lo habrían hecho eventualmente si A no los hubiera chantajeado.

¿Entonces, por qué se refrenaba con Noel? Es verdad, que era inconcebible que Noel saliera con ella. Aria solía chocar con Noel en sexto y séptimo grado, bordeando lo vergonzoso. Ali solía burlarse de ello constantemente. —Es probablemente mejor que Noel y tú no salgan —dijo—. Él ha tenido muchas otras novias, con mucha más *experiencia*. ¿Y tú como cuantos novios has tenido? Oh verdad, cero.

A veces Aria todavía tenía la sensación de que no era lo suficientemente buena para él, no era lo suficientemente popular, no tenía bastante busto, no era el tipo de chica que sabía qué tenedor usar en la cena o cómo maniobrar a un caballo en un salto. Ella ni siquiera sabía el *nombre* adecuado de esos saltos. Entonces, a veces Aria tenía la sensación de que Noel no era lo suficientemente bueno para *ella*, como cuando habían viajado juntos a Islandia el verano pasado. Había insistido en comer sólo en Burger King y el pagaba las latas de Budweiser con dólares de EE.UU.

Ella tocó la rígida espalda de Noel.



—Sólo quiero que esto sea especial.

Se dio la vuelta.

—¿No piensas que sería especial?

—Lo hago, pero... —Aria cerró los ojos. Era tan difícil de explicar.

Noel inclinó sus hombros defensivamente.

—Tú has estado diferente últimamente.

Aria frunció el ceño.

—¿Desde cuándo?

—Desde... un tiempo, supongo. —Noel se deslizó sobre el sofá y se puso su camiseta de nuevo—. ¿Es que hay algún otro chico? ¿Hay algo que no me estás diciendo?

Un escalofrío recorrió la espalda de Aria. Ella guardaba secretos a Noel. Por supuesto que sabía acerca de Ali, A, y lo que había sucedido en Poconos, todo el mundo lo sabía. Pero no sabía de la cosa imperdonable que había hecho en Islandia. No sabía nada de Jamaica, o bien, e incluso había estado allí cuando sucedió, no *ahí*, por supuesto, pero estaba durmiendo en una habitación cercana. ¿Todavía querría él estar con Aria si supiera cualquiera de estas cosas?

—Por supuesto que no hay otro chico. —Aria lo abrazó por detrás—. Sólo necesito un poco más de tiempo. Todo está bien, lo prometo.

—Bueno, es mejor que te cuides —dijo Noel en una voz un poco más juguetona—. Voy a encontrar a una estudiante de primer año caliente para que satisfaga mis necesidades.

—No podrías —amenazó Aria, abofeteándolo ligeramente.

Noel torció la boca.

—Tienes razón. Todas las chicas de primer año son unas zorras, de todos modos.

—No es que eso alguna vez te hayas detenido.

Noel se volvió, enterrando la cabeza bajo el brazo de Aria, y le dio un golpe.

—¡Espero que te cuentes en la categoría de zorras, mujer!

Aria chilló.



—¡Para! —Se cayó otra vez en el sofá y comenzaron a besarse de nuevo.

—¡Ejem!

Aria saltó y vio a su madre de pie en la puerta. El largo cabello negro de Ella estaba enrollado en la parte superior de su cabeza, llevaba una larga túnica suelta de caftán y polainas negras. Había un ceño de regaño en su rostro.

—Hola Aria —dijo de manera uniforme—. Hola Noel.

—H-hey, Ella —dijo Aria, con el rostro enrojecido. A pesar de la actitud liberal de su madre sobre la mayor parte de las cosas, Ella era todavía bastante estricta sobre el no dejar a Aria estar en la casa sola con Noel. Aria no le había dicho exactamente a Ella que ella y Noel estarían aquí hoy—. L-lo lamento —Aria tartamudeó—. Nosotros solamente... hablábamos. Lo juro.

—Uh-huh. —Ella frunció sus labios manchados de zarzamora a sabiendas. Luego, sacudió su cabeza, y se marchó a la cocina—. ¿Qué estás haciendo para la cena? —preguntó por encima del hombro—. Estoy haciendo ravioles de nabo crudos para Thaddeus y para mí. Están invitados a quedarse.

Aria miró a Noel, quien enfáticamente negó con la cabeza. Thaddeus era el novio de Ella, ellos se habían conocido en la galería de arte donde Ella trabajaba. Era un foodist, lo que significaba que Ella se había convertido en uno, también. A Aria le gustaba cocinar sus pastas, muchas gracias.

Entonces, el teléfono de Noel, que estaba posado sobre la mesa de café, dejó escapar un fuerte ruido de sirena.

Noel se desenredó de Aria, comprobando la pantalla, frunciendo el ceño.

—Mierda. Lo olvidé. Tengo que recoger a alguien en el aeropuerto en una hora.

—¿Quién? —Se sentó Aria y puso su chaqueta sobre sus hombros.

—Sólo un estudiante perdedor de intercambio que viene para este semestre. Mis padres me lanzaron la bomba ayer después de la fiesta de los Hastings. Va a ser tan lamentable.

Aria dejó caer su mandíbula.

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¡Los estudiantes extranjeros de intercambio son tan interesantes! —En cuarto grado, una chica llamada Yuki había venido de intercambio desde Japón, y se hospedó con la familia de Lanie Iler. La mayoría de los niños pensaban que era extraña, pero Aria encontró a Yuki fascinante, ella escribía su



nombre con caracteres extraños, hacía formas de origami en sus pruebas de ortografía, y tenía el cabello más negro y liso que Aria había visto en su vida.

Noel metió sus pies en sus mocasines raídos de conducción.

—¿Estás bromeando? Va a apear. ¿Sabes de dónde es él? ¡Finlandia! Probablemente será un fenómeno, como uno de esos chicos que usan vaqueros de chicas y actúan en obras de teatro.

Aria sonrió para sí misma, recordando como Noel había llamado *Finlandia* las primeras pocas semanas después de que su familia había regresado de Islandia.

—Este chico probablemente sea un gran idiota. —Noel se dirigió hacia el pasillo.

—¿Quieres compañía? —gritó Aria detrás de él mientras éste se detenía en la parte baja de las escaleras.

—¡Nah! —Noel onduló su mano—. Te ahorraré del fenómeno finlandés y sus zapatos de madera.

Es holandés, quiso decir Aria. Rápidamente se puso su abrigo junto con sus botas.

—En serio. No me importa.

Noel se mordió el labio, pensando.

—Si insistes. Pero no digas que no te lo advertí.

El aeropuerto de Filadelfia estaba repleto de familias transportando maletas, empresarios corriendo para alcanzar los aviones y viajeros desaliñados quitándose los zapatos en la línea de seguridad. La plataforma de llegada decía que el avión de Helsinki acababa de aterrizar. Noel sacó una pequeña tarjeta cuadrada de su mochila y la desdobló. HUUSKO, decía en letras rojas y grandes.

—Ése es su apellido —dijo Noel cansado, mirando el cartel como si se tratara de un decreto para su ejecución—. ¿No suena como una marca de ropa interior para abuelitas? ¿O tal vez algún tipo de propagación de carne no identificada?

Aria se echó a reír.

—Eres terrible.

Noel se dejó caer de mal humor en uno de los bancos cerca de la puerta de seguridad y miró hacia la línea de personas serpenteando hacia el detector de metales.



—Éste es nuestro último año, Aria. La única oportunidad que tendremos de relajarnos antes de la universidad. La última cosa que quiero es a algún perdedor pegado a mí. Juro que mi mamá hizo esto para torturarme.

Aria hizo un *mmm* de simpatía. Entonces, notó algo en la televisión. ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE LA ASESINA DE ROSEWOOD, decía el titular de letras amarillas en la pantalla.

Una reportera morena estaba de pie delante de la vieja casa de DiLaurentis, el viento hacía que su cabello volara alrededor de su rostro. —Hace un año este sábado, Alison DiLaurentis, cuyo asesinato múltiple conmocionó a una nación entera, murió en un terrible incendio en las montañas de Poconos —anunció—. Ha pasado un año desde los extraños acontecimientos, pero la ciudad de Rosewood aún no se recupera.

Las imágenes de Jenna Cavanaugh y Ian Thomas, dos de las verdaderas víctimas de Ali, brillaban sobre la pantalla. Luego hubo un retrato de séptimo grado de Courtney DiLaurentis, la chica que había tomado el verdadero lugar de Ali en el sexto grado, la chica a quien Ali realmente mató durante la pijamada en séptimo grado. —Muchos aún están desconcertados ya que el cuerpo de la Srta. DiLaurentis nunca fue encontrado entre los escombros. Algunos han especulado con la Sra. DiLaurentis sobrevivió, pero los expertos han afirmado que no hay posibilidad de eso.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Aria.

Noel tapó los ojos de Aria con las manos.

—No deberías ver esto.

Aria se liberó.

—Es difícil no hacerlo.

—¿Has estado pensando mucho en esto?

—Más o menos.

—¿Quieres ver la película juntos?

—Oh Dios, no —gimió Aria. Noel se estaba refiriendo a *Pretty Little Killer*, una biografía que condensaba los acontecimientos del año pasado en dos TV-ready horas. Esto iba más allá de mal gusto.

De repente, un flujo de gente salía a través de la puerta de inmigración. Muchos eran altos, rubios y pálidos, sin duda del vuelo de Helsinki. Noel se quejó.



—Aquí vamos. —Agitó el signo HUUSKO.

Aria miró a través de la multitud.

—¿Cuál es su nombre, de todos modos?

—¿Klaudius? —murmuró Noel—. Algo así.

Hombres mayores arrastraban sus maletas por delante, mientras ellos hablaban en sus iPhones. Tres chicas larguiruchas se rieron juntas tontamente. Una familia con un niño rubio, de pelo muy claro que luchaba por abrir un cochecito de bebé. Nadie se miraba como un Klaudius.

Entonces, una voz flotó sobre la muchedumbre de viajeros.

—¿Sr. Kahn?

Aria y Noel estaban de puntillas, tratando de localizar el altavoz. En ese momento, Aria se dio cuenta de un chico con un dibujo, rostro alargado, labios carnosos, granos en las mejillas y en la frente, y una manzana de Adán, que sobresalía por lo menos una pulgada de su cuello. Éste era Klaudius, bien. Él incluso llevaba un pequeño instrumento que podría ser una grabadora. Pobre Noel.

—¿Sr. Kahn? —llamó la voz de nuevo, pero el chico que Aria pensó que era Klaudius no había abierto la boca.

La multitud se apartó. Una figura con un sombrero de cazador, una pequeña chaqueta y unas botas forradas de piel, surgió.

—¡Hola! ¡Eres tú! Yo soy tu nuevo intercambio. ¡Klaudia Huusko!

Klaudia. La boca de Noel se abrió, pero no salió ningún sonido. Aria se quedó mirando la figura delante de ellos, casi ahogándose con su goma de mascar. El estudiante de intercambio de Noel ciertamente no era alto y desgarbado, picado de viruelas, que tocaba flauta. En cambio, Klaudia era una chica. Una rubia, de ojos azules, de voz ronca, senos grandes, que llevaba jeans ajustados, un sueño húmedo escandinavo.

Y ella estaría viviendo al final del pasillo de Noel.



Capítulo 5

Conociendo a los Pennythistles

*Traducido por tally alexandra
Corregido por larita*

—Spencer. —La Sra. Hastings se inclinó sobre la mesa del restaurante —. No toques el pan. Es de mala educación empezar a comer antes de que todos estén sentados.

Los dedos de Spencer soltaron la esponjosa y cremosa pieza de ciabatta de regreso dentro del cesto. Si ella se moría de hambre antes de que los otros llegaran, sería culpa de su madre.

Era domingo por la noche, y Spencer, Melissa y su madre estaban sentadas en el Goshen Inn, un atestado restaurante dentro de una casa vieja del año 1700 que supuestamente una vez fue una pensión para los soldados casaca roja. La Sra. Hastings se mantuvo parlotando acerca de cómo de agradable era el entorno, aunque Spencer pensaba que el restaurante era tan lúgubre como una casa funeraria. Tenía definitivamente una elegancia Colonial Filadelfia, con montones de armas de la Guerra Revolucionaria montadas en la pared, tricornos metidos en cajas de cristal y velas en antiguas linternas de vidrio sobre las mesas. Y cómo la clientela lucía tan vieja como la decoración, el cuarto olía como a una desagradable mezcla de sótano mohoso, filet mignon ligeramente quemado y Vick VapoRub.

—¿Qué hace este tipo Nicholas, de cualquier forma? —Spencer dobló y desdobló la servilleta de tela en su regazo.

La Sra. Hastings se puso rígida.

—Él es el Sr. Pennythistle hasta próximas noticias.

Spencer se rio disimuladamente. *Sr. Pennythistle* sonaba como el nombre de un payaso pornográfico.

—Yo sé lo que hace —ofreció Melissa—. No hice la conexión en la fiesta, pero nosotros lo estamos estudiando en la clase de empresarios. Es el mayor promotor de bienes raíces en el área. El Donald Trump de Main Line.

Spencer hizo una mueca.



—¿Así que el destruye tierras de cultivo y santuarios de vida salvaje para construir feas colonias?

—Creó Applewood, Spence —Melissa borboteó felizmente—. Tú sabes, esas hermosas casas vacacionales en el campo de golf.

Spencer giró el tenedor entre sus manos, nada impresionada. Siempre que ella conducía alrededor de Rosewood, parecía que un nuevo condominio estaba surgiendo. Aparentemente era culpa de este tal Nicholas.

—Chicas, *shh* —soltó bruscamente la Sra. Hastings, con sus ojos dirigidos a la entrada. Dos personas caminaban hacia su mesa. Uno era un alto y corpulento, un hombre que lucía como si pudiera haber sido un jugador de rugby en una vida pasada. Tenía su cabello canoso pulcramente peinado, ojos de un azul acero, una regia nariz sesgada e indicios de papada. Su chaqueta azul marino y pantalón caqui parecían recién planchados, y usaba cadenas de oro gemelas estampadas con las diminutas iniciales *NP*, en sus manos había tres rosas color rojo sangre, de tallo largo y sin espinas.

Una chica de aproximadamente 15 años estaba con él. Una diadema de terciopelo retenía su corto y ondulado cabello negro, ella vestía un jersey gris que parecía un uniforme de sirvienta. Había un gesto áspero en su rostro, como si hubiera estado resfriada por días.

La Sra. Hastings se levantó con torpeza, golpeando su rodilla en la parte inferior de la mesa haciendo que sus vasos de cristal se tambalearan.

—¡Nicholas! ¡Es tan bueno verte! —Se ruborizó alegremente cuando él le dio una de las flores. Luego hizo un ademán hacia la mesa—. Éstas son mis hijas, Melissa y Spencer.

Melissa se paró también.

—Un placer conocerlo —dijo, estrechando la mano de Nicholas, er... el Sr. Pennythistle. Spencer dijo hola también, pero sin tanto entusiasmo. Adular no era para nada su estilo.

—Es muy agradable conocerlas a ambas —dijo el Sr. Pennythistle en una voz sorprendentemente amable y suave. Él le entregó una rosa a cada chica también. Melissa canturreó con deleite, pero Spencer sólo la giró en sus dedos sospechosamente. Había algo acerca de todo esto que se parecía mucho a *The Bachelor*.

Luego el Sr. Pennythistle hizo un gesto hacia la chica que lo acompañaba.



—Y ésta es mi hija, Amelia.

Amelia, cuya rosa roja se asomaba de la parte superior de su fea bolsa de mensajero, sacudió la mano de todos aunque no parecía muy feliz sobre esto.

—Me gusta tu diadema —dijo Spencer, intentando ser sincera. Amelia la miró completamente, sus labios apretados en una fina línea sus ojos sondeando el cabello rubio de Spencer, su elegante suéter de cachemira gris y sus botas Fray negras. Después de un momento dejó escapar un bufido y se alejó, como si Spencer fuera la pasada de moda y no ella.

—Zachary se nos unirá pronto —dijo el Sr. Pennythistle mientras se sentaba—. Tuvo una reunión grupal de Avanzados que se alargó.

—Comprensible. —La Sra. Hastings soltó su vaso de agua. Se volvió hacia las chicas—. Ambos, Zachary y Amelia van a St. Agnes.

El cubo de hielo que Spencer había estado chupando se deslizó por su garganta. St. Agnes era la escuela más pretenciosa en Main Line, tanto así que hacía que Rosewood Day pareciera un reformatorio. Spencer había conocido a una chica llamada Kelsey de St. Agnes este verano, mientras ella estaba en un acelerado programa AP en Penn. Al principio ellas habían sido mejores amigas, pero después...

Spencer inspeccionó a Amelia cuidadosamente. ¿Amelia conocería a Kelsey? ¿Habría escuchado lo que le pasó a ella?

Entonces, hubo un largo silencio. La mamá de Spencer seguía respirando de su rosa, mirando alrededor y sonriendo torpemente. La inofensiva música clásica sonaba suavemente sobre los altavoces. El Sr. Pennythistle ordenó cortésmente un coñac Delamain a la camarera. Sin dejar de hacer esas pequeñas toses irritante de la parte superior de su garganta. *Sólo escupe la flema ya*, quería soltar Spencer.

Finalmente Melissa aclaró su garganta.

—Éste un restaurante encantador, Sr. Pennythistle.

—¡Oh, absolutamente! —dijo el Sr. Pennythistle, claramente agradeciendo que alguien había roto el hielo.

—Realmente es una buena decoración de la Guerra Revolucionaria —agregó Spencer—. ¡Esperemos que la comida no sea de esa fecha, también!



La Sra. Hastings soltó una falsa carcajada, pero la detuvo tan pronto como notó la confusa y casi herida mirada en la cara de su novio. Amelia arrugó su nariz como si hubiera olido algo podrido en el aire.

—Oh, Spencer no lo decía en serio —dijo rápidamente la Sra. Hastings—. ¡Era sólo una broma!

El Sr. Pennythistle tiró de su cuello almidonado.

—Éste ha sido mi restaurante favorito por años. Tienen una lista de vinos premiados.

Whoop-de-doo, Spencer miró a su alrededor, deseando poder estar sentada en la mesa de las risueñas señoras de sesenta y tantos años de la esquina, al menos *ellas* parecían divertidas. Le echó un vistazo a Melissa, esperando se compadeciera de ella, pero Melissa estaba halagando al Sr. Pennythistle como si fuera el Dalai Lama.

Después de que la mesera entregara sus bebidas, el Sr. Pennythistle se giró hacia Spencer. De cerca tenía pequeñas arrugas alrededor de sus ojos y delgadas cejas fuera de control.

—¿Así que éste es tu último año en Rosewood Day?

Spencer asintió.

—Así es.

—Ella está muy involucrada —presumió la Sra. Hastings—. Está en el campo Varsity de hockey, y estuvo en el elenco como Lady Macbeth en la producción de último grado de Macbeth. Rosewood Day tiene un programa de teatro de primer nivel.

La ceja del Sr. Pennythistle se arqueó hacia Spencer.

—¿Cómo van tus calificaciones este semestre?

La pregunta atrapó a Spencer con la guardia baja. *Curioso, ¿o no?*

—Están... bien. Pero ya tomé la decisión de entrar a Princeton, así que este período no importa mucho.

Ella dijo *Princeton* con entusiasmo, segura de que eso impresionaría al Sr. Pennythistle y a su petulante hija. Pero el Sr. Pennythistle sólo se acercó más.

—A Princeton no le gustan los vagos, sabes. —Su bondadosa voz se volvió afilada—. Ahora no es momento de que descanses en tus laureles.



Spencer retrocedió. ¿Qué fue ese tono de reprimenda? ¿Quién se creía que era, su padre? Era la Sra. Hastings quien le había dicho a Spencer que se relajara este semestre ella había trabajado duro después de todo.

Spencer miró a su madre, pero ella estaba asintiendo también.

—Es cierto, Spence. Tal vez no deberías relajarte tanto.

—He escuchado que las universidades están mirando tus notas finales mucho más estos días —dijo en acuerdo Melissa. *Traidora*, pensó Spencer.

—Le he dicho eso a mi hijo también. —El Sr. Pennythistle abrió la lista de vinos del restaurante, la cual era del tamaño de un diccionario—. Él ira a Harvard —lo dijo en una arrogante voz que parecía insinuar *la cual es mucho, mucho mejor que Princeton*.

Spencer agachó su cabeza y arregló su tenedor, cuchillo y cuchara de manera que estuvieran exactamente paralelas una con la otra sobre la mesa. Organizar usualmente la calmaba, pero no hoy.

Luego el Sr. Pennythistle se giró hacia Melissa.

—Escuché que obtuviste un MBA de Wharton. ¿Estás trabajando para los fondos de cobertura Brice Langley, cierto? Impresionante.

Melissa, quien había escondido su rosa detrás de su oído, se ruborizó.

—Tuve suerte, supongo. Tuve una muy buena entrevista.

—Debe haber sido más que suerte y una buena entrevista —dijo el Sr. Pennythistle encantado—. Langley sólo contrata lo mejor de lo mejor. Amelia y tú tienen mucho de qué hablar. Ella quiere entrar a finanzas también.

Melissa sonrió radiante a Amelia, y Su Alteza en realidad devolvió la sonrisa. *Genial*. Así que éste sería como cualquier otro evento familiar al que Spencer había asistido: Melissa era la estrella, la chica de oro y Spencer sería la rara de segundo plano que nadie estaba seguro de cómo manejar.

Bueno, había tenido suficiente. Murmurando una excusa, se levantó y colocó su servilleta en la parte posterior de su silla. Ella se abrió camino a los baños en el área del bar de la parte trasera del restaurante.

El baño de mujeres. El cual estaba pintado de rosa y tenía un pomo antiguo de bronce, estaba cerrado, así que Spencer se dejó caer en un cómodo taburete en el bar para esperar. El cantinero, un chico guapo a mediados de sus veinte años, sacudió y colocó una servilleta de papel estampada con Goshen Inn frente a ella.



—¿Puedo ofrecerte algo?

Las brillantes botellas de alcohol detrás de la barra le guiñaron tentadoramente. Ni la madre de Spencer ni el Sr. Pennythistles podían verla desde este ángulo.

—Um, sólo café —ella decidió en el último minuto, no queriendo presionar su suerte.

El cantinero hizo girar la jarra y le sirvió una taza. Como él estaba ubicado frente a ella, notó una imagen en la pantalla de la televisión. Una reciente foto de Ali, la *verdadera* Ali, la que había intentado matar a Spencer y a las otras, abarcando la esquina superior derecha. En la parte inferior se publicaba un titular que decía: DILAURENTIS EN POCONOS. ANIVERSARIO DEL INCENDIO: ROSEWOOD RECUERDA. Spencer se estremeció. Lo último que quería hacer era recordar a la verdadera Ali intentando quemarlas vivas.

Unas pocas semanas después de que esto pasara, Spencer tomó la consiente decisión de buscar el lado bueno, o al menos superar la terrible experiencia. Ellas finalmente habían concluido, y podrían comenzar el proceso de olvidar. Ella había sido quien había propuesto el viaje a Jamaica a sus amigas, ofreciéndose a ayudar a pagar el pasaje de Emily y Aria.

—Será una manera de comenzar de nuevo, olvidar todo —ella instó, extendiendo los folletos de viaje a través de la mesa de la cafetería durante el almuerzo—. Nosotras necesitamos un viaje que podamos recordar siempre.

Las famosas últimas palabras. Ellas nunca olvidarían el viaje, pero no de la manera que esperaban.

Alguien se quejó a unos pocos metros. Spencer miró, esperando ver a un viejo a mitad de un ataque al corazón, pero en vez de eso vio a un chico joven, con cabello castaño ondulado, hombros anchos, y las más largas pestañas que nunca había visto.

Miró a Spencer e hizo un gesto hacia el iPhone en su mano.

—¿Tú no sabes qué hacer cuando esta cosa se traba, o sí?

Una comisura de la boca Spencer se curvó en una sonrisa.

—¿Cómo sabes que tengo un iPhone? —contestó.

El chico bajó su teléfono y le dio una larga y curiosa mirada.

—No te ofendas, pero no luces como el tipo de chica que anda por ahí con nada menos que lo mejor y lo último.



—Oh, ¿en serio? —Spencer presionó una mano sobre su pecho, luciendo ofendida—. No deberías juzgar un libro por su cubierta, sabes.

El chico se levantó y arrastró su taburete hacia ella. De cerca, era aún más lindo de lo que pensó al principio: sus pómulos estaban bien definidos, su nariz terminaba con un bonito bulto al final, y un hoyuelo en su mejilla derecha aparecía cuando sonreía. A Spencer le gustaba su blanca, incluso, cuadrada dentadura, la camisa blanca desabotonada y sin meter en sus pantalones y sus Converse All-Stars. El estudiante desaliñado era su look favorito.

—Bien, tienes razón —dijo—. Te pregunté porque pareces la única persona por aquí que en realidad posee un celular. —Miró disimuladamente a la multitud de ancianos alrededor de la barra. Había una mesa entera de viejos en scooters. Uno de ellos hasta tenía un tubo de oxígeno bajo su nariz.

Spencer rió disimuladamente.

—Cierto, ellos son más de un grupo rotatorio de línea.

—Ellos probablemente aún usen la operadora para hacer una llamada. —Él empujó su celular en la dirección de Spencer—. Hablando en serio, lo reinicio o ¿qué?

—No estoy segura... —Spencer miró la pantalla. Estaba congelada en la radio por la 610 AM, la estación local de deportes—. Oh, yo la escucho todo el tiempo.

El chico la miró con escepticismo.

—¿Tú escuchas la radio de deportes?

—Me tranquiliza. —Spencer le dio un sorbo a su café—. Es agradable escuchar a las personas hablando sobre deportes en vez de política. —O *Alison*, agregó silenciosamente en su cabeza—. Además soy una fan de los Phillies.

—¿Escuchas la Serie Mundial? —preguntó el muchacho.

Spencer se inclinó hacia él.

—Podría haber *ido* a las Serie Mundial. Mi papá tiene boletos de temporada.

Él frunció el ceño.

—¿Y por qué no fuiste?

—Los doné a una organización que ayuda a los niños sin hogar.

El chico se burló.



—O eres extremadamente caritativa o te sientes realmente culpable por algo.

Spencer se estremeció y después se enderezó.

—Lo hice porque eso se ve bien en las solicitudes para la universidad. Pero si tú juegas tus cartas correctamente, tal vez podría llevarte a la siguiente temporada.

Los ojos del muchacho brillaron.

—Espero que ellas lo hagan.

Spencer sostuvo su mirada por un momento, su pulso acelerándose. Él estaba definitivamente flirteando, y a ella definitivamente le gustaba. No había sentido mucho de esta chispa por nadie desde que había terminado con Andrew Campbell el año pasado.

Su compañero tomó un trago de su vaso de cerveza. Cuando el puso el vaso de regreso en la barra, Spencer rápidamente tomó un portavaso y lo puso debajo de éste, luego limpió el borde del vaso con una servilleta para que no goteara.

El chico la vio con asombro.

—¿Siempre limpias los vasos de personas que no conoces?

—Es un mal hábito —admitió Spencer.

—Todo tiene que ser así, ¿no?

—Me gusta hacer las cosas a mi manera. —Spencer apreció el doble sentido. Entonces, alzó su mano—. Soy Spencer.

La sacudió, su agarre era fuerte.

—Zach.

El nombre resonó en la mente de Spencer. Percibió los pómulos altos, su forma educada de hablar y sus de pronto familiares ojos azul acero.

—Espera. ¿Zach como Zachary?

Su labio se curvó.

—Sólo mi papá me llama así. —Luego se retiró, de pronto sospechoso—. ¿Por qué preguntas?

—Porque estoy teniendo una cena contigo esta noche. Mi mamá y tu papá están... — Abrió sus manos, era demasiado raro decir *saliendo*.



Le tomó un momento a Zach digerir lo que ella decía.

—¿Tú *eres* una de sus hijas?

—Síp.

La miró.

—¿Por qué luces familiar?

—Conocía a Alison DiLaurentis —admitió Spencer, señalando hacia la televisión. La historia sobre la muerte de Ali estaba *todavía* en la pantalla. ¿No había noticias más importantes para obsesionarse?

Zach juntó sus dedos.

—*Correcto*. Mis amigos y yo pensamos que tú eras la más ardiente.

— ¿En serio? —chilló Spencer. ¿Aún comparada con Hanna?

—Wow. —Zach pasó sus dedos por su cabello—. Esto es loco. En realidad no tenía muchas ganas de estar en esta cena. Pensé que las hijas de su novia serían...

—¿Más presumidas? —proporcionó Spencer—. ¿Más dulces?

—Algo así. —Zach sonrió culpable—. Pero tú eres... atractiva.

Spencer sintió otro aleteo.

—Tú no estás mal tampoco. —Luego apuntó a su vaso de cerveza, recordando algo—. ¿Has estado aquí todo el tiempo? Tu papá dijo que estabas en un grupo de estudio.

Zach agachó su cabeza.

—Necesitaba despejarme antes de entrar ahí. Mi papá es algo agobiante para mí. —Él alzo una ceja—. ¿Así que ya te reuniste con él? ¿Está mi hermana ahí también? ¿Están siendo demasiado fastidiosos?

Spencer rió.

—Mi mamá y mi hermana son igual de molestas. Todos estaban tratando de impresionarse entre ellos.

El cantinero puso el billete de Zach bocabajo en la barra. Spencer notó que en el reloj de la pared deban las 6:45. Se había ido desde hace casi 15 minutos.

—Deberíamos regresar, ¿no lo crees?



Zach cerró sus ojos y gimió.

—¿Tenemos que hacerlo? Y si en lugar de eso huimos. Nos escondemos en Philly. Tomamos un avión a Paris.

—O tal vez Nice —sugirió Spencer.

—La Riviera podría funcionar —dijo Zach entusiasmado—. Mi papá tiene una villa en Cannes. Podríamos ocultarnos ahí.

—Sabía que había una razón para esta reunión —se burló Spencer, empujando a Zach juguetonamente en el brazo.

Zach la tomó de su espalda, dejando que su mano se quedara en su piel. Él se inclinó hacia adelante y humedeció ligeramente sus labios. Por un momento, Spencer pensó que él planeaba besarla.

Sus pies apenas tocaban el suelo mientras ella iba de regreso al comedor. Pero al pasar a través del arco, algo hizo que se diera la vuelta. La cara de Ali apareció en la pantalla de la televisión otra vez. Por un momento la fotografía pareció venir a la vida como si Ali estuviera mirando afuera dentro de la pequeña y caja cuadrada, viendo sólo hacia donde Spencer se encontraba. Su sonrisa parecía aún más siniestra de lo usual.

El comentario de Zach de pronto zumbó a través de sus oídos. *O eres extremadamente caritativa o te sientes realmente culpable por algo.* Tenía razón: El otoño pasado, Spencer había donado sus entradas para la Serie Mundial porque sentía que no merecía ir, no después de lo que había hecho. Y en los primeros momentos después de que la habían aceptado en Princeton, había considerado declinar, sin estar segura de que merecía eso tampoco, hasta que se dio cuenta cuán loco sonaba eso.

Y era loco pensar que la chica en la pantalla era más que una simple imagen también. Ali se había ido para bien. Spencer miró directamente a la pantalla de la televisión y entrecerró los ojos. *Más tarde, perra.* Y luego enderezando sus hombros, se giró y siguió a Zach a la mesa.



Capítulo 6

Oh, esas inseguras chicas lindas

*Traducido por Dani
Corregido por larita*

—¡Sorpresa! —susurró Mike el lunes por la tarde mientras se deslizaba en un asiento del auditorio al lado de Hanna—. ¡Nos conseguí Tokyo Boy!

Abrió una larga bolsa de plástico llena de rollitos de sushi.

—¿Cómo supiste? —dijo Hanna, tomando un par de palillos. No había comido nada en el almuerzo, habiendo creído que todo en la cafetería de Rosewood Day era incomible. Su estómago estaba gruñendo con fuerza.

—*Siempre* sé lo que quieres —bromeó Mike, apartando un mechón de cabello negro de sus ojos.

Comieron el sushi tranquilamente, sobresaltándose al escuchar a una de segundo año ensayar una canción de *West Side Story* sobre el escenario. Normalmente, el salón de estudio estaba en un aula en el ala más vieja de Rosewood Day, pero había aparecido una filtración en el techo la semana pasada, así que de algún modo terminaron en el auditorio, al mismo tiempo que las chicas de tercer año tenían ensayo del coro. ¿Cómo se suponía que alguien pudiera hacer la tarea entre el horrible canto?

A pesar de las malas voces, el auditorio era uno de los lugares favoritos de Hanna en la escuela. Un donante rico había pagado para que el lugar luciera tan engalanado como cualquier teatro en Broadway, y los asientos eran de terciopelo afelpado, el techo era alto y adornado con ornamentados diseños de yeso, y las luces del escenario definitivamente hacían que parte de las chicas más macizas del coro se vieran por lo menos cinco libras más delgadas. Antes cuando Hanna era mejor amiga de Mona Vanderwaal, las dos solían entrar a hurtadillas al escenario después de la escuela y fingían que eran actrices famosas en musicales de Tony Winning. Desde luego, eso era antes de que Mona se volviera loca y tratara de atropellarla.

Mike ensartó un rollo California y se lo metió completo en la boca.

—Entonces. ¿Cuándo es tu gran presentación en la televisión?



Hanna lo miró fijamente sin comprender.

—¿Ah?

—¿El comercial para tu papá? —le recordó Mike, masticando.

—Oh, eso. —Hanna comió un pedazo de wasabi, y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas—. Estoy segura de que mis líneas fueron editadas inmediatamente.

—Eso no puede ser verdad. Te veías genial.

Sobre el escenario, un puñado de chicas ahora estaban tratando de lograr una armonía. Era como escuchar a una pandilla de gatos gimiendo.

—El comercial será todo sobre mi papá, Isabel y Kate —dijo Hanna entre dientes—. Eso es exactamente lo que mi papá quiere. Su perfecto núcleo familiar.

Mike se quitó un pedazo de arroz de la mejilla.

—Realmente no dijo eso.

Su optimismo estaba poniendo nerviosa a Hanna. ¿Cuántas veces le había contado a Mike sobre los problemas con su padre? ¿Cuántas veces él había estado muy cerca y en persona con Kate? Aunque, ésa era la cosa con los chicos: a veces, tenían la profundidad emocional de una pulga.

Hanna tomó una profunda inhalación y miró fijamente las cabezas de los estudiantes del salón de estudio en frente de ellos.

—La única forma en que vaya a terminar en un comercial es si lo hago por mí misma. Tal vez debería llamar a ese fotógrafo.

Los palillos de Mike cayeron sobre su regazo.

—¿Ese presumido que estaba babeando sobre ti en la sesión de fotos? ¿Hablas en serio?

—Su nombre es Patrick Lake —dijo Hanna severamente. Había dicho que ella era increíble en cámara, y había hablado pestes de Kate justo en frente de ella. Esa parte fue su favorita.

—¿Por qué dirías que es un presumido? —preguntó después de un momento—. Es totalmente profesional. Quiere tomarme fotos y reunirme con una agencia de modelos. —Había buscado en google a Patrick en su iPhone durante el almuerzo, mirando sus fotos en Flickr y enlaces en Facebook. En su página web, Patrick enlistaba que había tomado fotos para varias revistas Main Line al igual que una introducción



de moda en el *Philadelphia Sentinel*. Además, compartía su primer nombre con Patrick Demarchelier. El fotógrafo de modas favorito de Hanna.

—Más como profesional de mala muerte. No quiere que te conviertas en modelo, Hanna. Quiere acostarse contigo.

Hanna quedó boquiabierta.

—¿No crees que sea capaz de firmar con una agencia de modelaje?

—Eso no es lo que dije.

—Sí que lo hiciste. —Hanna orientó su cuerpo lejos de Mike, sintiendo una ráfaga de rabia—. Así que básicamente, cualquiera que se acerque a mí sólo quiere tener sexo conmigo, ¿cierto? No soy lo suficientemente linda para que me tomen en serio.

Mike cerró sus ojos como si repentinamente tuviera migraña.

—¿Podrías escucharte? Sólo chicas lindas llaman la atención y así eres *tú*. Si fueras una perra, él no andaría detrás de ti. Pero ese tipo era desagradable. Me recordó a ese extraño artista que tuvo una cosa por Aria en nuestro viaje a Islandia.

Hanna se puso rígida, sabiendo inmediatamente sobre que artista estaba hablando Mike, se había dejado caer a su lado en un bar en Reykjavik y había considerado a Aria como su nueva musa.

—Déjame mandarle un mensaje a Aria —continuó Mike, sacando su teléfono—. Apuesto a que te dirá lo mismo.

Hanna tomó su mano.

—No le vas a mandar un mensaje a tu hermana sobre esto —dijo precipitadamente—. Ya no somos realmente amigas, ¿está bien?

Mike bajó su teléfono, sin siquiera estremecerse.

—Ya me lo había imaginado, Hanna —dijo uniformemente—. Sólo no creí que *te* tomaría tanto admitirlo.

Hanna tragó, sorprendida. Había pensado que simplemente no se había dado cuenta. Probablemente también querría saber *por qué* Hanna y Aria no estaban hablando, pero no le podía decir eso.

De repente, Hanna no podía soportar estar en la misma habitación con Mike. Cuando se levantó y recogió su bolso del piso, Mike tocó su codo.



—¿Dónde vas?

—Al baño —respondió Hanna altaneramente—. ¿Tengo *permitido* ir?

Los ojos de Mike se volvieron fríos.

—Vas a llamar a ese fotógrafo, ¿no es así?

—Tal vez. —Tiró su cabello castaño por sobre su hombro.

—Hanna, no lo hagas.

—No me puedes decir que tengo que hacer.

Mike arrugó la bolsa de Tokyo Boy en sus manos.

—Si lo haces, puedes olvidarte de que vaya a ir a algún otro evento de campaña de tu papá.

Hanna no lo podía creer. Mike nunca antes había pronunciado un ultimátum. Todo el tiempo que habían estado saliendo, la había tratado como una reina. Ahora, lucía como si alguien hubiera olvidado su lugar.

—En ese caso... —Hanna se apresuró hacia el pasillo—. ¿Qué tal si simplemente olvidamos todo?

La piel alrededor de la boca de Mike se arrugó. Obviamente había estado fingiendo. Pero antes de que pudiera protestar, Hanna ya había salido por la puerta.

Pasó por delante de la oficina, de la enfermería y de Steam, la cafetería elegante de la escuela, la que siempre olía como granos de café quemados a esta hora del día, finalmente deteniéndose frente a las puertas dobles del Área Común. Tenía una pequeña alcoba donde podías hacer una llamada telefónica sin que los profesores se dieran cuenta. Hanna sacó su teléfono de su bolso y marcó el número de Patrick.

El teléfono sonó tres veces, y una aturdida voz respondió.

—¿Patrick? —dijo Hanna en su voz más profesional—. Es Hanna Marin. Nos encontramos en la sesión de fotos de mi padre el sábado.

—¡Hanna! —Patrick repentinamente sonaba mucho más despierto—. ¡Estoy tan feliz de que llamas!

En menos de un minuto, todo estaba arreglado: Hanna se encontraría con Patrick en Filadelfia mañana después de la escuela, y él tomaría algunas fotos de prueba de ella para su portafolio. Sonaba perfectamente respetable, hablando con ella sin siquiera el



menor tono de coqueteo. Cuando colgaron, Hanna sostuvo el teléfono entre sus palmas, su corazón latía con fuerza. *Toma eso, Mike*. Patrick no era inmoral. Iba a convertir a Hanna en una estrella.

Cuando dejó caer su teléfono dentro de su bolso, vio una sombra parpadear en la esquina. Reflejada en la puerta de vidrio del Área Común había una chica rubia. *Ali*.

Hanna se dio la vuelta rápidamente, medio esperando ver a Ali de pie en un casillero detrás de ella, pero sólo era un póster de la foto de la escuela de Ali en séptimo grado sobre la pared.

Había fotos más pequeñas de Jenna Cavanaugh e Ian Thomas, y luego una foto más grande de la verdadera Ali después de su regreso como su gemela muerta. **TODO LO QUE HIZO FALTA FUE UN FÓSFORO ENCENDIDO**, decía el titular bajo las imágenes. Más abajo había detalles del programa hecho para la televisión, *Pretty Little Killer*.

Increíble. Incluso Rosewood Day lo estaba promocionando con bombos y platillos. Hanna sacó el póster y lo hizo una bola en sus manos.

De repente, una molesta voz familiar de Jamaica hizo eco en su oído: *chicas, siento como si las hubiera conocido desde siempre. Pero eso es imposible, ¿cierto?* Seguido por una risita misteriosa.

—No —susurró Hanna, sacándose la voz de su cabeza. No la había escuchando en un largo tiempo, no desde justo después de que había regresado del viaje. No iba a dejar que la voz, o la culpa, volvieran a invadir su mente.

Un trío de chicas vestidas en chaquetas North Face y botas Ugg cruzaron el Área Común. Un profesor de inglés revoloteaba por el pasillo con libros bajo el brazo. Hanna despedazó la foto de Ali hasta que quedaran miles de satisfactorias piezas. Las botó en la papelería. Allí. Ali se había ido.

Al igual que la verdadera Ali. De eso, Hanna estaba absolutamente segura.



Capítulo 7

Tocon

*Traducido por Emii Gregori
Corregido por V!an**

El lunes por la noche, Emily puso rápidamente su Volvo familiar en la entrada de la casa Roland y tiró el freno de emergencia. Sus manos sudaban. Ella no podía creer que estaba a punto de entrar a la casa donde Jenna y Toby habían vivido.

En la yarda lateral estaba el tronco cortado que solía ser la vieja casa del árbol de Toby, el sitio de la horrible travesura que había cegado a Jenna. Allí estaba el gran ventanal por el que Ali y las otras espionaron a Jenna cuando no tenían nada mejor que hacer. Ali era despiadada con Jenna, metiéndose con su voz aguda, su piel pálida, o cómo traía sándwiches de atún para almorzar y luego tenía aliento de atún para el resto del día. Pero sin que ellas lo supieran, Ali y Jenna compartían un secreto: Jenna sabía que Ali tenía una gemela. Es por eso, que al final, la verdadera Ali la mató.

De repente, la puerta de roble pintada de rojo se azotó al abrirse, y apareció Chloe.

—Hey, Emily, ¡entra!

Emily entró tentativamente. La casa olía como a manzanas, las paredes estaban pintadas con rojos y naranjas profundos, y enjoyada con tapices indios colgados en el gran espacio debajo de las escaleras. Los muebles eran un desajuste de las sillas Stickle, raídos divanes tapizados como los años sesenta, y una mesa de café hecha de una gran losa de arce rizado. Fue como entrar en una tienda de chatarras extravagante.

Siguió a Chloe al cuarto de atrás, que tenía grandes puertas de piso-a-techo abriéndose hacia el patio.

—Aquí está Gracie —dijo Chloe, apuntando al bebé en un columpio en la esquina—. Gracie, ¿recuerdas a tu mejor amiga Emily?

El bebé hizo un sonido arrullador y volvió a masticar una jirafa de goma. Emily sintió que algo se elevaba dentro de su pecho, un sentimiento que no estaba lista para afrontar. Ella lo empujó de nuevo.



—Hola, Grace. Me gusta tu jirafa. —A ella le dio un abrazo, y ésta chirrió.

—¿Quieres venir a mi habitación un segundo? —llamó Chloe desde las escaleras—. Sólo tengo que conseguir un par de cosas para mi entrevista. Grace estará bien en su columpio por un minuto.

—Sí, claro. —Emily caminó por la sala de estar. El viejo reloj en el vestíbulo sonaba las siete—. ¿Dónde están tus padres?

Chloe esquivó un montón de cajas en el pasillo del segundo piso.

—Aún en el trabajo. Ambos son abogados... siempre súper ocupados. Oh, le dije a mi padre sobre ti, por cierto. Te ayudará con lo de las becas. Dice que UCN aún busca buenos nadadores.

—Eso es *increíble*. —Emily quería abrazar a Chloe, pero ella aún no la conocía lo suficiente.

Chloe la empujó a su habitación, la cual estaba decorada con posters de jugadores de fútbol famosos. Una camisa de David Beckham pateando una pelota. Una captura de Mía Hamm a mitad de camino en el campo, con sus abdominales luciendo increíbles. Chloe tomó un cepillo de paleta del tocador y lo pasó a través de su larga cabellera.

—Dijiste que dejaste de nadar este verano, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te importa si te pregunto qué pasó?

Emily se sorprendió por la franqueza de la pregunta. Ciertamente no podía decirle la verdad Chloe.

—Oh, sólo tuve algunas cosas con las que tratar.

Chloe se acercó a la ventana y observó el exterior.

—Yo jugaba fútbol hasta el año pasado, en caso de que no lo averiguaras. —Hizo un gesto alrededor de los carteles—. Pero entonces, de repente, lo odié. No podía soportar ir al campo. Mi padre estaba, como, “¿qué te pasa? ¡Amas el fútbol desde que eras una niña!”. Pero no podía explicarlo. Simplemente no quise jugar más.

—¿Cómo están tus padres sobre ello ahora?

—Mejor. —Chloe abrió su armario. La ropa estaba colgada de forma ordenada en los estantes, y había un montón de juegos de mesa de la vieja escuela, Clue, Monopolio, Ratonera, apilados desordenadamente en el estante superior—. Pero tomó mucho



tiempo para que ellos llegaran allí. Sin embargo, otras cosas sucedieron, y eso lo puso en perspectiva.

Cerró la puerta del closet nuevamente. De repente, Emily notó la escritura a lápiz descolorida en la pared izquierda del armario. *Jenna*. Las líneas en la pared determinaban la altura, la fecha, y la edad.

Emily se hundió hasta el fondo en la cama. Esta debe haber sido alguna vez la habitación de Jenna.

Chloe vio lo que Emily estaba mirando y se estremeció.

—Oh. Sigo queriendo pintar sobre eso.

—¿Entonces tú... lo sabes? —preguntó Emily.

Chloe apartó de su boca un pedazo de cabello castaño.

—Discutí con mis padres sobre comprar este lugar... me preocupaba que hubiera una mala vibra aquí. Pero me convencieron de que todo estaría bien. Esto es, como, el mejor vecindario o algo así, y no querían dejar pasar la buena oferta de la casa. —Tiró el suéter rojo sobre su cabeza, luego miró hacia Emily—. Los conocías, ¿verdad? ¿A los niños que vivían aquí?

—Uh-huh. —Emily bajó sus ojos.

—Me lo imaginé. —Chloe mordió su labio inferior—. Te reconocí, en realidad. Pero no sabía si querías hablar de ello.

Emily balanceó sus pies, sin saber qué decir. Por supuesto que Chloe la reconoció. Todos lo hicieron.

—¿Estás bien? —preguntó Chloe suavemente, hundiéndose a su lado en la cama—. Ese tipo de cosas con tu vieja amiga sonaba horrible.

Los faros de la calle en el exterior proyectan largas sombras en la habitación. El aroma de lavanda y spray para el cabello flotaba a través de la nariz de Emily. *¿Estaba bien?* Después de que había dicho su adiós, después de que había entendido que la Ali con la cual se habían reconciliado no era la Ali que había amado, ella era tan buena como podría ser. La Ali que había regresado era peligrosa, psicótica, fue una bendición que se fuera.

Pero entonces sucedió lo de Jamaica.



Emily había estado tan emocionada por ir. Spencer hizo los planes, recogiendo el Resort The Cliffs en Negril y reservando masajes, clases de yoga, viajes de buceo, y cenas al atardecer en las cuevas. Ésta iba a ser la escapada perfecta, un lugar ideal para deshacerse de todas las cosas horribles que habían sucedido. Emily había esperado que el aire tropical curara la gripe del estómago que no había sido capaz de patear, también.

La primera tarde había sido perfecta, el agua caliente, la bienvenida con pescado frito en el almuerzo, el suave sol. Pero entonces ella había visto a esa chica en la escalera de la cubierta superior esa primera noche.

Cuando la chica entró por la puerta, con su cabello rubio resoplando y su vestido camal amarillo revoloteando alrededor de sus piernas, la visión de Emily entró en un túnel. La chica era lo único que ella miraba. Su rostro ovalado, nariz puntiaguda y un marco un poco más grueso, no se parecía en nada a Ali, pero Emily sólo... *lo sabía*. En el fondo de su mente, de alguna manera sabía que ella y Ali se encontrarían de nuevo, y allí estaba ella. Viva. Mirándola fijamente.

Se había girado hacia sus amigas.

—Ésa es Ali —susurró.

Ellas sólo se limitaron a mirarla.

—¿De qué estás hablando? —dijo Spencer—. Ali está muerta, Em.

—Ella murió en el incendio, ¿recuerdas? —insistió Aria. Miró a Emily con desconfianza, como si estuviera preocupada de que Emily pudiera hacer una escena.

—¿Lo hizo? —Emily recordó aquella noche en Poconos, la culpa y la ansiedad aumentando dentro de ella—. ¿Y si se escapó? Nadie encontró su cuerpo.

Hanna se dirigió hacia la chica de amarillo. Se había movido del rellano en la escalera y se dirigía hacia el bar.

—Em, no se parece en nada a ella. Tal vez tienes fiebre.

Pero Emily no iba a renunciar tan fácilmente. Observó mientras la chica pedía su bebida, disparándole uno de los camareros una sonrisa de yo-soy-Ali-y-soy-fabulosa. ¿Cuántas veces había acariciado Emily esa sonrisa? ¿*Anhelado* por ella? Su corazón se aceleró aún más.



—Si Ali sobrevivió al incendio, se habría sometido a cirugía reconstructiva para las quemaduras —susurró—. Eso podría ser porque ella luce totalmente diferente. Y por eso tiene esas marcas en los brazos.

—Emily... —Aria agarró las manos de Emily—. Estás haciendo esto por nada. *No* es Ali. Tienes que superarla.

—¡*Ya* la superé! —rugió Emily.

Emily se reincorporó rápidamente al presente, metiendo la mano en el bolsillo de sus pantalones de pana y sintiendo la borla de seda de color naranja. Si alguna vez alguien le preguntaba, si alguien la reconoció, le diría que la había encontrado en el jardín de la casa DiLaurentis de Poconos después de la explosión, a pesar de que no era la verdad.

De repente, Chloe se levantó de un salto.

—¡Mamá! ¡Papá! ¿Qué *están* haciendo aquí?

Una joven pareja apareció en el pasillo. El padre de Chloe, un hombre atlético y de cabello oscuro con la piel lisa, impecable, llevaba un traje gris y zapatos de cuero lustrados. Su madre, quien llevaba una angular melena marrón y lentes de montura oscura estilo hippie, tenía una apretada falda haz, una brillante blusa rosada, y tacones puntiagudos de charol. Había algo nervioso sobre ellos, como si hubieran estado reservando puestos de trabajo todo el día pero asistiendo a citas independientes y a lecturas de poesía por la noche. Fue un cambio agradable que estos tipos aficionados a los caballos invadieran Rosewood.

—Vivimos aquí, ¿recuerdas? —bromeó el padre de Chloe. Entonces, notó a Emily y sonrió—. ¿Hola...?

—Hola, soy Emily Fields. —Emily dio un paso adelante y ofreció su mano.

—La chica del guardarropa, ¿no? —preguntó la Sra. Roland, estrechando la mano de Emily después. Llevaba un enorme anillo de diamantes que Emily reconoció de la fiesta.

—Y la nadadora —agregó el Sr. Roland.

—Y la niñera mientras voy a mi entrevista en Villanova —les dijo Chloe—. Ella es maravillosa con Grace, lo prometo.

El Sr. Roland se inclinó en la barandilla.



—En realidad, Chloe, no creo que realmente necesitemos una niñera. Ambos estaremos esta noche. —Se volvió hacia Emily—. Aún así te pagaremos por la molestia, por supuesto.

—Oh, está bien —dijo Emily rápidamente—. Fue agradable venir. —Tan pronto como lo dijo, notó que era verdad. Había pasado el otoño pasado y el invierno encerrada en su habitación sin nadie con quien hablar. Preocupada. Introspectiva. Se sentía como si estuviera despertando de una larga siesta.

—¡Insistimos! —exclamó la Sra. Roland—. Henry, buscaré tu cartera.

La madre de Chloe se retiró a la habitación principal, y Chloe y su padre comenzaron a bajar las escaleras. Emily les siguió.

—¿Qué período del almuerzo tienes? —preguntó Chloe sobre su hombro.

—El primero los martes y jueves, el segundo los lunes, miércoles, y viernes —contestó Emily.

—¡Tengo el almuerzo al segundo los miércoles y viernes, también! —Chloe tomó su abrigo del armario—. ¿Quieres que comamos juntas? Si no estás ocupada, por supuesto.

—Me gustaría —suspiró Emily. Últimamente, había estado almorzando fuera del campus... a los estudiantes de último año se les permite salir la hora. Pero estaba terriblemente solitaria.

Hicieron un plan para encontrarse en frente al Steam el miércoles. Luego Chloe salió corriendo a su entrevista, y Emily afrontó al Sr. Roland de nuevo. Había sacado una cartera de cuero liso.

—En serio. Usted no tiene que pagarme.

Sr. Roland agitó su mano en su oferta.

—Entonces, Chloe me contó sobre tu enigma de natación. ¿Vas realmente a la competencia nivel universitario?

—Desde luego.

Se detuvo en ella por un momento, estudiando su rostro.

—Bien. Tengo mucha influencia en la UCN. Si me das tu tiempo, puedo ponerte en contacto con el reclutador. Sé que todavía están buscando chicos para completar el equipo.



Emily apretó su mano contra su pecho.

—Muchas *gracias*.

—El placer es mío. —El Sr. Roland le entregó un billete de veinte. Sus penetrantes ojos azules centellaron—. ¿Esto es suficiente?

Emily lo apartó.

—Eso es demasiado.

—Por favor. —El Sr. Roland colocó el billete en su mano y cerró su puño. Luego, mientras la conducía hacia la puerta, su mano serpenteó por su brazo, lo deslizó por su hombro, y lo apoyó en su cadera.

Emily se detuvo, con la boca abierta. Quería decirle al Sr. Roland que se detuviera, pero los nervios alrededor de sus labios se sentían paralizados.

Luego, el Sr. Roland se alejó tranquilamente y sacó su BlackBerry.

—Bien, te veo luego, Emily. Estaré en contacto. —Habló como si nada inadecuado acabara de suceder. De repente, Emily no estaba segura. ¿*Había* sucedido?

Salió tambaleándose de la casa, se deslizó por la calzada, y se apoyó contra su coche. La noche estaba tranquila y fría. El viento soplaba, haciendo temblar las ramas del árbol. Luego, algo cambió a lo largo de la frontera de la casa Hastings y la antigua casa DiLaurentis. Emily saltó. ¿Era que una persona escondida? ¿Quién?

Beep. Emily saltó. Era su celular, oculto en su bolso. Lo buscó y miró la pantalla. UN NUEVO MENSAJE. Emily parpadeó sorprendida. El remitente era Spencer Hastings. Rápidamente pulsó LEER.

Nos vemos frente al buzón de Ali. Tengo algo para ti.



Capítulo 8

¡Tienes correo!

Traducido por Dyanna
Corregido por V!an*

Aria se sentó con las piernas cruzadas en el estudio de su padre, escuchando un archivo podcast llamado *Encontrando tu zen interior* que había descargado del ordenador de Ella. —Imagina tu tercer ojo. —La grave voz de un hombre susurró en sus oídos—. Deje que su pasado flote en la brisa. En este momento, *ahora*.

El pasado sopla lejos en la brisa, Aria repetía silenciosamente, dispuesta a creer ella misma que era verdad. Después de Jamaica, había escuchado toneladas de grabaciones de relajación. Pero ninguno de ellos hizo efecto. Tal vez no tenía un tercer ojo. O tal vez el pasado era solamente demasiado pesado para volar lejos.

—¡Maldición! —dijo a su lado su hermano Mike, agarrando el control del PlayStation. Estaba jugando el Gran Turista, y cada vez que estrellaba su Lamborghini Murciélago en una chicane, juraba violentamente y golpeando el control contra el sofá. *Esto* seguramente no ayudaba a Aria a encontrar su tercer ojo, definitivamente.

—Espero que no conduzcas así en la vida real —murmuró Meredith, la novia de su padre, cuando pasaba por el pasillo. Lola, su bebé, estaba atada a una correa de BabyBjörn que enrolla alrededor de sus brazos y se conecta a su espalda. Esto se veía como un instrumento de tortura.

—Cierren la boca, las dos —espetó Mike.

—¿Tienes algo en mente, Speed Racer? —preguntó Aria.

—No —dijo Mike agitadamente—. Estoy bien.

Pero Aria sabía que algo estaba pasando con él definitivamente. Por un lado, Mike había conseguido un paseo con ella esta mañana, en lugar de esperar a que Hanna lo recogiera. Luego, cuando caminaba desde biología hacia fotografía, Aria se dio cuenta de que el pequeño sofá en vestíbulo donde Mike y Hanna se acurrucaban entre periodos estaba evidentemente desocupado.

Cuando el juego terminó, Mike se recostó con su control remoto.



—Entonces, has conocido a la diosa nórdica, ¿verdad?

Aria lo miró con cautela.

—¿Discúlpame?

Mike puso los ojos.

—*Duh*. Klaudia, estoy seguro que es una escandinava *zorra del sexo*.

—Escandinava no es una lengua —gimió Aria.

Mike llegó hasta la mesa de café y tomó un puñado de palomitas de maíz de Smartfood del tazón de cerámica.

—Tienes que decirme todo sobre ella. Tómale una fotografía en las duchas del gimnasio...

Aria enrolló los auriculares de su iPod alrededor del aparato, tratando de no reaccionar de manera exagerada.

—No creo que ella lo apreciaría. De todos modos, nadie usa las duchas después de gimnasia.

—¿No lo hacen? —Mike parecía decepcionado, y Aria contuvo una carcajada. ¿Por qué todos los chicos tienen una fantasía secreta de un grupo de chicas desnudas retozando bajo una ducha comunal de la escuela? ¡Como si las chicas alguna vez lo *hicieran!*

—Bueno, lo que sea —dijo Mike, sin inmutarse—. Obtendré una invitación de Noel para una pijamada y tomaré fotos allí. Apuesto a que Klaudia camina por la casa desnuda las veinticuatro horas de los siete días. He oído que los finlandeses hacen eso. Ellos son unos enormes adictos al sexo, también, no hay nada más que hacer allí.

—Mike, ew. —Aria arrojó un pedacito de maíz hacia él. — ¿Y qué piensa Hanna de tu nueva pequeña obsesión?

Mike se encogió de hombros y no respondió.

A-ha.

—¿Ocurrió algo contigo y Hanna? —presionó Aria.

Mike comenzó una nueva carrera, esta vez conduciendo un Ferrari.

—No podía creerlo cuando Klaudia salió del coche de Noel esta mañana —dijo—. Este tipo enserio que se sacó la lotería. Pero no me cuenta nada. Está actuando como si no



se diera cuenta de que Klaudia es una nena, pero vamos. Tendría que estar ciego para no querer eso.

Aria hizo una bola con sus puños.

—¿Se te ha olvidado que Noel es mi novio?

Uno de los hombros de Mike se levantó.

—No es un crimen apreciar la vista. Esto no quiere decir que vaya a ocurrir algo entre ellos.

Aria se recostó en el sofá y se quedó mirando la grieta que crecía alrededor de la lámpara en el techo. Todo esto de Klaudia hizo sentir irritada e inestable. Klaudia *era* una diosa nórdica del sexo, con cabello rubio platinado, labios llenos y carnosos, ojos azul violeta, y el cuerpo de una modelo de traje de baño de *Sport Illustrated*. Todo el mundo la había mirado fijamente ayer mientras caminábamos por la terminal internacional hacia el reclamo del equipaje. Varios tipos parecían estar a punto de caer sobre una rodilla y proponerle matrimonio, o al menos, una noche de sexo salvaje.

Cuando Klaudia había ido a esperar su equipaje, Aria empujó a Noel.

—¿Sabías que Klaudia era una chica? —Quizás por eso Noel no había querido que Aria lo acompañara al aeropuerto. Tal vez había visto las fotos de la estudiantes de intercambio y quería unos minutos a solas con ella.

—¡Por supuesto que no! —Noel parecía sincero—. ¡Estoy tan sorprendido como tú!

Antes de que Aria pudiera decir algo más, Klaudia volvió arrastrando dos maletas de gran tamaño sobre ruedas y llevada dos bolsos sobre sus hombros.

—¡Uf, traigo tanto! —dijo con un acento pesado. Aria frunció el ceño. Ella había conocido a algunos finlandeses durante sus años en Islandia, y su inglés era un millón de veces mejor que el de Klaudia. Con su voz ronca y su entrega bubbleheaded, ella sonaba como si hubiera crecido en una fábrica de barbies finlandesas.

Noel y Aria ayudaron a Klaudia a traer su basura al coche. Después de que ellos cargaron esto, Klaudia dio un cortés asentimiento de cabeza y dijo gracias. Entonces, ella se giró hacia Noel y le dio un doble beso en las mejillas, al estilo europeo, diciendo. —Estoy tan feliz de que nosotros seamos compañeros de habitación. —En vez de corregir a Klaudia, sobre el cadáver muerto de Aria ellos se quedarían en la misma habitación, Noel solamente se sonrojó y se rió. Como si él pensara que fuera gracioso.



Aria sacudió sus hombros, dejando que ese recuerdo del pasado se lo llevara el viento. Ella sólo dejaba que su mente celosa corriera desenfrenada. Había pensado que Noel sentía algo por Ali, la *verdadera* Ali, la chica que había regresado a Rosewood y trató de matarlos, pero no había sido verdad, también había estado esa noche de Jamaica: Aria había vuelto la espalda por un minuto durante la cena, y de repente Noel estaba en el bar con una chica rubia sexy sobre él.

—Jesús —susurró, sintiendo el viejo tirón de los celos en su estómago.

Se dirigió a la barra para terminar con el flirteo, pero cuando la compañera de Noel se volvió, Aria se encontró frente a la cara de la chica que Emily había visto en la puerta. La que había pensado que era Ali.

La chica sonrió ampliamente.

—Hey, Aria. Soy Tabitha.

Un escalofrío se retorció la espalda de Aria.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Tú novio me lo dijo. —Le palmeó el hombro a Noel en broma—. No te preocupes, es un buen chico. Él no es como el resto de los tramposos.

Aria se estremeció. Tabitha deliberadamente le guiñó un ojo a Aria, casi como si supiera la historia de la vida de Aria. Byron había engañado a Ella con Meredith. Y Aria había engañado, también a Sean Ackard con Ezra Fitz, ¿pero cómo podría Tabitha saber eso? Ciertamente Noel no le habría dicho. Y aunque mucha información había salido sobre Aria en la prensa, ninguna de las historias mencionaba nada sobre sus padres o su asunto con Ezra.

Aria miró fijamente con cautela las quemaduras de arriba y abajo de los brazos de la chica. Claramente, Tabitha había sido afectada por algún tipo de desastre masivo. Algo horrible tal vez un incendio. Pero eso no significaba que Emily tuviera razón.

Conduciendo por la antigua calle DiLaurentis aún llenaba a Aria de aquel sentimiento de visitar un viejo cementerio. La vieja casa de Mona Vanderwaal estaba a principio de la calle, las ventanas oscuras, la puerta cerrada, con un papel que decía “SE VENDE” que caía en una yarda delantera. La casa Hastings estaba iluminada como un pastel de cumpleaños, pero Aria no podía dejar de mirar el patio trasero y los bosques diezmados, que tardarían años en recuperarse del incendio que la verdadera Ali había causado. Aria nunca olvidaría correr frenéticamente a través del humo esa noche de enero y encontrarla atrapado abajo de un tronco. Cuando había sacado a la chica a un lugar seguro, se había dado cuenta de que era Ali.



Pero no era *su* Ali. No era la Ali que había escogido para ser su nueva mejor amiga. No era la Ali que ellas habían adorado, resentido y querido. Ésta era la verdadera Ali, que había sido encerrada en la reserva desde sexto grado.

Aria sacudió los recuerdos lejos cuando un faro al otro lado de la vieja entrada DiLaurentis. Una figura que estaba al lado del viejo buzón de Ali, saltaba de un pie a otro en un claro esfuerzo por mantenerse caliente. Ella no era Hanna, aunque sí Emily.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Aria.

Emily parecía tan sorprendida como lo estaba Aria.

—Spencer me envió un mensaje. ¿Te envió un mensaje, también?

—No, Hanna lo hizo.

—¿Yo hice qué?

Ellas se volvieron y vieron salir a Hanna de su Pirus, su pelo castaño enredado en un moño. Aria levanto su teléfono.

—Tú me dijiste que viniera aquí.

—No, no lo hice. —Hanna parecía confundida—. Estoy aquí porque Emily *me* envió un mensaje.

Emily frunció el ceño.

—No te envié un mensaje.

Sonó un crack detrás de ellas, y todo el mundo se dio vuelta. Spencer interrumpió a través de los arbustos que separaban a su casa de la DiLaurentis.

—¿Les dijiste a todas que vinieran, Aria?

Aria dejó escapar una risa incómoda.

—No le dije a *nadie* que viniera.

—Sí, lo hiciste. —Spencer empujó su teléfono en el rostro de Aria. *Reúnete conmigo al frente del buzón de Ali. Tengo algo que mostrarte.*

Una nube pasó por delante de la luna, tapando la luz. La nieve acumulada en el césped brillaba extrañamente, endureciéndose sobre el hielo. Aria intercambió una mirada de preocupación con los demás. Su estómago se retorció con la familiaridad de ello, era una mirada que habían compartido entre ellas muchas, muchas veces antes.



—Estaba de niñera por la calle de abajo. —La voz de Emily tembló—. Cuando llegó mi mensaje, miré el buzón de Ali y vi a alguien aquí. Pensé que eras tú, Spencer, ya que tú me escribiste el mensaje.

—No era yo —dijo Spencer con una voz ronca.

Las chicas se miraron fijamente las unas a las otras durante un momento. Aria podría decir que todas estaban pensando lo mismo. La peor cosa posible.

—Bien, ja, ja. —Spencer se giró y enfrentándose al oscuro patio trasero de los DiLaurentis—. ¡Muy gracioso! ¡Puedes salir ahora, perdedor! ¡Sabemos sobre ti!

Nadie respondió. Nada se movía en el patio o en el bosque más allá. El corazón de Aria comenzó a palpar con fuerza. Se sentía como si algo o alguien estuviera al acecho, observando, esperando, preparando el golpe. El viento sopló, y Aria de repente cogió un olorcillo de humo y gas. Esto era el mismo horrible olor que ella había oído la noche que Ali incendió los bosques. El mismo olor de la noche en que la casa se había incendiado en Poconos.

—Me voy. —Aria alcanzó las llaves—. No estoy de humor para esto.

—Espera —gritó Emily—. ¿Qué es eso?

Aria se volvió. Un trozo de papel atascado en el antiguo buzón DiLaurentis, batiéndose en el viento.

Emily se acercó y lo sacó.

—¡Eso no es tuyo! —chilló Hanna—. ¡Es probable que sólo sea correo basura que se olvidaron de recoger!

—¿El correo basura que tiene nuestros nombres en él? —Emily saludó con la mano un sobre blanco en sus rostros. Efectivamente, decía SPENCER, EMILY, ARIA, y HANNA en el frente en grandes letras.

—¿Qué demonios? —susurró Spencer sonando más molesta que asustada.

Hanna tomó el sobre de Emily. Todo el mundo se reunió cerca, más cerca de lo que habían estado las unas de las otras en meses. Aria inhaló el perfume Michael Korsí azucarado de Hanna. El cabello rubio sedoso de Spencer chocó contra su mejilla. La respiración de Emily olía como goma de mascar Doublemint.

Spencer encendió el flash de su iPhone y lo dirigió hacia el contenido del sobre. En su interior había un papel doblado, aparentemente cortado de una revista. Aparentemente cuando lo rasgaron, este mostraba la foto de la verdadera Ali cuando



había vuelto de la reserva el año pasado. PRETTY LITTLE KILLER, se leía en la escritura sofisticada en la parte inferior. ESTE SABADO. 8 P.M.

En el frente había un resplandeciente, océano azul cristalino rodeado por acantilados rocosos. En la punta de un acantilado había un hotel con una enorme piscina, sillas de salón, tiki huts y una azotea cubierta con un restaurante.

Hanna jadeó.

—¿Eso es...?

—No puede ser —susurró Spencer.

—Eso *es*. —Emily señaló el modelo de mosaico de piña en el fondo de la piscina—. Los Acantilados.

Aria dio un paso hacia atrás de la postal como si estuviera en llamas. Ella no había visto una imagen de los acantilados en casi un año. Había borrado cada foto de las vacaciones de esa primavera. Se había des etiquetado a sí misma en las fotos de Mike y Noel de Facebook en la playa, la cena, en un Kayak en el océano, o buceando en los arrecifes. Aquellas en donde pretendía que estaba teniendo un buen momento. Escondiendo la oscura, horrible verdad.

La simple vista de esa área la ponía enferma. Un recuerdo se formó en su mente, preciso y definido: Tabitha estando en la barra, sonriéndole a Aria. Mirándola como si ella supiera exactamente quién era... y cuáles eran exactamente sus secretos.

—¿Quién podría haber enviado esto? —susurró Hanna.

—Esto es sólo una coincidencia —dijo Spencer de manera convincente—. Alguien está molestándonos. —Miró a su alrededor otra vez por si alguien estuviera escondiéndose en los arbustos o riéndose en el viejo porche DiLaurentis, pero todo estaba en silencio. Se sentía como si ellas fueran las únicas personas que estuvieran afuera en kilómetros de distancia.

Entonces, Hanna volvió la postal y entornó los ojos con esfuerzo por el mensaje allí.

—Oh, Dios mío.

—¿Qué? —preguntó Spencer. Hanna no contestó, solamente sacudió su cabeza frenéticamente y le entregó la postal.

Una a una, cada chica leyó la inscripción en la parte posterior. Aria se enfocó en las letras mayúsculas. Su estómago se retorció y su mente comenzó a girar.



He oído que Jamaica es hermoso en esta época del año. Lástima que las cuatro NUNCA podrán volver allí.

¡Las extrañé! —A



Capítulo 9

Problemas en el paraíso

*Traducido por tally alexandra y PaolaS
Corregido por kathesweet*

Las palabras en la tarjeta postal eran borrosas ante los ojos de Spencer. El viento soplaba y las ramas de los árboles arañaban un lado de la antigua casa de los DiLaurentis. Sonaba como gritos.

—¿Esto es... real? —susurró Emily. El aire era tan frío que su aliento salía en blancas e inquietantes inhalaciones.

Spencer miró hacia la tarjeta otra vez. Quería desesperadamente decir que esto era una broma, al igual que las otras innumerables notas falsas de A que había recibido desde la muerte de Ali. Habían llegado a su buzón de correo, dirigidas a Spencer Hastings o Spencer Histings o incluso aún más impresionante Spencer Montgomery. La mayoría de las notas eran inofensivas, decían simplemente *Te estoy vigilando* o *Conozco tus secretos*. Otras eran notas de simpatía, aunque, curiosamente aún firmadas por A. Otras notas eran más inquietantes, peticiones de dinero con amenazas si sus demandas no eran satisfechas. Ella había llevado ese tipo de notas de A al departamento de policía de Rosewood y ellos se habían encargado de ellas. Hecho y hecho.

Los labios de Aria se abrieron ligeramente. Una mirada de culpa paso a través de su cara.

—Lo hicimos *todas* —aclaró Spencer rápidamente—. Todas nosotras fuimos parte de esto.

Hanna cruzó sus brazos sobre su pecho.

—Está bien, está bien. Pero nadie más estaba ahí. Nosotras nos aseguramos de eso.

—Eso puede no ser verdad. —Los ojos de Emily brillaron con la luz artificial del iPhone.

—Ni siquiera lo digas —advirtió Spencer—. No puede ser... *ella*. No puede ser.



Hanna volteó la tarjeta y miró la imagen de la playa otra vez. Frunció el ceño.

—Tal vez esto no es lo que creemos. Muchas cosas pasaron en Jamaica. Tal vez quien sea que escribió esto puede estar hablando acerca de otra cosa. Como por ejemplo que Noel robó esas pequeñas botellas de ron del bar y las llevó a nuestro cuarto.

—Claro, como si alguien se preocupara por todo eso un año más tarde —dijo Aria sarcásticamente—. Ésa no sería razón suficiente para que nosotras no pudiéramos regresar nunca a Jamaica. *Sabemos* de qué se trata esto.

Todas se quedaron en silencio de nuevo. Un perro ladró unas casas más abajo. Un témpano de hielo eligió ese preciso momento para caer del alero del garaje de los DiLaurentis y estrellarse en el suelo, rompiéndose en millones de pedazos.

—Para —interrumpió Spencer, cerrando sus ojos. Si se permitía pensar acerca de esto, el remordimiento y la paranoia caerían sobre ella como fuertes corrientes oceánicas, tirándola hacia abajo, ahogándola—. Alguien está jugando con nosotras ¿de acuerdo? —Arrebató la postal del agarre de Hanna, metiéndola en el bolsillo de su grueso abrigo de lana—. No estaré completamente atemorizada de nuevo. Ya hemos pasado por eso.

—Entonces, ¿qué se supone que haremos? —Aria alzó las manos.

—Ignoraremos la nota —determinó Spencer—. Pretenderemos que nunca llegó.

—Pero alguien *sabe*, Spencer. —La voz de Emily era suplicante—. ¿Qué si A fue a la policía?

—¿Con qué evidencia? —Spencer las miró a todas—. No había nadie ¿recuerdan? No hay nada que nos vincule a excepción de lo que recordamos. *Nadie* lo vio. Nadie ni siquiera la *conocía*. Nadie la buscó el resto del tiempo. Tal vez Hanna tiene razón, tal vez esto es sobre algo más. O tal vez alguien se ha dado cuenta de que no somos tan cercanas como solíamos ser y pensó que tendría algo que ver con Jamaica.

Spencer paró y pensó sobre cómo Wilden la había visto con curiosidad en la fiesta de la noche pasada. Alguien pudo haber notado que su amistad se había desintegrado.

—No seré intimidada por esto —dijo—. ¿Quién está conmigo?

Las chicas cambiaron el peso de un pie a otro. Emily jugó con el brazalete de plata que había comprado para remplazar el viejo brazalete de tela que Ali había hecho para ella. Aria metió sus manos en los bolsillos y mordió fervientemente su labio inferior.

Entonces, Hanna se enderezó.



—Yo estoy contigo. Lo último que necesito es otra A. Eso es tan del año pasado.

—Bien. —Spencer consideró a las demás—. ¿Qué hay de ustedes?

Emily dio una patada a un montón de nieve sucia en la acera.

—Simplemente no lo sé.

Aria también tenía una mirada ambivalente en su rostro.

—Es una extraña coincidencia...

Spencer dio una palmada con los brazos a sus costados.

—Crean lo que quieran, pero no me arrastren a ello, ¿de acuerdo? Esta estúpida A no es parte de mi vida. Si ustedes son inteligentes, no la harán parte de la suya tampoco.

En ese momento, giró sobre sus talones y echó a andar hacia su casa, con sus hombros rectos y la cabeza bien alta. Era ridículo pensar que había una nueva A o que alguien sabía lo que habían hecho. Su secreto estaba bien guardado. Además, todo iba tan bien para Spencer en estos momentos. No iba a dejar que A arruinara su último año... y *definitivamente* no iba a permitir que A la alejara de Princeton.

Su resolución se mantuvo estable durante unos diez pasos más. Cuando llegó a la brillante luz de su porche, un recuerdo parpadeó, sin ser invitado en su mente: después de la cena de la primera noche en Jamaica, Spencer fue a usar el baño. Cuando salió del compartimiento, una chica estaba sentada en el mostrador frente al espejo, con un frasco de metal en su mano. La rubia que Emily juraba era Ali.

En un primer momento, Spencer quiso dar marcha atrás y cerrar bien la puerta de nuevo. Había algo extraño en ella, tenía una sonrisa en su cara como si estuviera involucrada en una enorme broma de mal gusto.

Pero antes de que Spencer pudiera escapar, la chica le sonrió.

—¿Quieres un poco? —Extendió la botella hacia Spencer. El líquido se derramaba—. Es este ron casero increíble que una anciana me vendió en la disco de aquí. Va a hacer volar tu mente.

La música de la banda de tambores de acero tocando en la barra vibraba a través de las delgadas paredes. El olor de los plátanos fritos cosquilleaba en la nariz de Spencer. Spencer se detuvo un momento. Algo en esto parecía peligroso.

—¿Qué, tienes miedo? —desafió la chica, como si hubiera leído la mente de Spencer.



Spencer se enderezó. Agarró el frasco y tomó un sorbo. El sabor de la melaza inmediatamente calentó su pecho.

—Esto es realmente bueno.

—Te lo dije. —La muchacha tomó el frasco de nuevo—. Soy Tabitha.

—Spencer —respondió.

—Estabas sentada con las personas de la esquina, ¿verdad? —preguntó Tabitha. Spencer asintió con la cabeza—. Tienes suerte. Mis amigas me abandonaron. Cambiaron sus reservaciones a The Royal Plantain en el camino sin decírmelo. Cuando traté de conseguir una habitación allí, estaban todas ocupadas. Es una mierda.

—Eso es terrible —murmuró Spencer—. ¿Peleaste con ellas o algo así?

Tabitha se encogió de hombros con aire de culpabilidad.

—Fue más bien por un chico. *Sabes* de eso, ¿verdad?

Spencer parpadeó. Inmediatamente, pensó en la pelea más grande en la que se había metido por un chico. Había sido con Ali, su Ali, sobre Ian Thomas, quien tanto le gustaba. La noche que Ali desapareció en el séptimo grado, Ali salió de la granja, y Spencer la siguió. Ali se dio la vuelta y le dijo a Spencer que Ian y ella tenían una relación secreta juntos. La única razón por la que Ian besó a Spencer, agregó, se debía a que Ali le había pedido que lo hiciera, él hacía todo lo que ella quería. Spencer había empujado a Ali, fuerte.

Había una sonrisa en el rostro de Tabitha como si se refiriera a esa historia exactamente. Pero no había manera de que pudiera saberla... ¿no? Una sobrecargada bombilla parpadeó, y de repente Spencer se dio cuenta de que los labios de Tabitha se curvaban en las esquinas, al igual que Ali. Sus muñecas eran tan delgadas, y ella sólo podía imaginar esos dedos largos, cuadrados lidiando con las manos de Spencer en el camino fuera de su granero.

El teléfono de Tabitha sonó, tocando el coro del Aleluya, asustándolas a las dos. Echó un vistazo a la pantalla, luego corrió hacia la puerta.

—Lo siento, tengo que tomar esto. ¿Nos vemos más tarde?

Antes de que Spencer pudiera responder, la puerta se cerró. Ella se quedó en el cuarto de baño, mirando su reflejo.

No estaba segura de lo que la hizo sacar su teléfono y hacer una búsqueda en Google acerca de los hoteles en Jamaica. Y se dijo que era sólo el fuerte ron casero que le hacía



latir el corazón mientras examinaba los complejos hoteleros de Los Acantilados. Pero cuando Google terminó la búsqueda de los resultados, Spencer comenzó a aceptar el sentimiento de preocupación en la boca del estómago. Algo estaba mal aquí.

No existía un complejo de The Royal Plantain cerca. De hecho, no había ningún hotel llamado The Royal Plantain, o algo así, en toda Jamaica. Quién quiera que fuera Tabitha, era una mentirosa.

Spencer miró su reflejo una vez más. Parecía como si hubiese visto un fantasma.

Tal vez lo había hecho.



Capítulo 10

Nace una estrella

*Traducido por Kazenbrr
Corregido por kathesweet*

La tarde siguiente, después de que el tren SEPTA R5 se detuviera en todas las estaciones locales posibles, Hanna finalmente arribó a Filadelfia. Tan pronto como las puertas metálicas se abrieron, colgó su bolso sobre su hombro y se subió a las escaleras eléctricas. Dos chicas con sudaderas de la universidad Bryn Mawr y jeans de corte de bota, la miraron.

Por un momento, Hanna se tensó, pensando en la postal en el antiguo buzón de Ali, que había encontrado la noche anterior. Y luego se dio cuenta. Ellas la reconocían por los reportes noticiosos del año anterior. Era una reacción que ocurría más de lo que a Hanna le gustaba.

Alzó la nariz, e hizo su mejor pose de celebridad. Después de todo, iba a su primera sesión de fotos ¿Qué era lo que *ellas* hacían en la ciudad? ¿Buscar descuentos en imitaciones en el Sótano de Filene?

Una figura alta con una cámara alrededor de su cuello esperaba de pie a fuera del McDonald's dentro de la estación. El corazón de Hanna saltó. Patrick se *veía* como el siguiente gran fotógrafo, usaba un abrigo de color verde militar con una capucha forrada de piel, jeans de corte estrecho y botas lustrosas.

Patrick se dio vuelta y notó que Hanna se acercaba. Levantó la cámara digital, de lente largo, que colgaba de su cuello y la apuntó hacia ella. Por un momento, Hanna quiso cubrir su rostro con sus manos, pero en vez de eso, enderezó sus hombros y le dio una gran sonrisa. Tal vez esto era una prueba, una sesión de acción de una modelo en una sucia estación de tren, rodeada de turistas con sobrepeso y cangureras.

—Llegaste —dijo Patrick mientras Hanna se acercaba.

—¿Pensaste que no lo haría? —bromeó Hanna, tratando de controlar su emoción.

Él la miró de arriba abajo.

—Lindo atuendo. Te vez más ardiente que Adriana Lima.



—Gracias. —Hanna puso sus manos en su cintura y se movió de izquierda a derecha. Por supuesto que era un gran atuendo, había agonizado toda la mañana pensando en el vestido rosa de vuelos, la chaqueta de motocicleta, las botas de ante y los brazaletes y collares con acentos dorados; probando un millón de combinaciones antes de encontrar el atuendo perfecto. Sus piernas descubiertas probablemente se congelarían, pero valdría la pena.

—Entonces terminaremos con algunas tomas en mi estudio en Fishtown. ¿Te molestaría eso? Sería maravilloso para mi portafolio. Y, como dije, puedo ayudarte a escoger fotos para mostrar a los representantes.

—Suena perfecto.

Mientras subían las escaleras, Patrick presionó su brazo contra Hanna, señalando un pedazo de hielo en el piso.

—Con cuidado.

—Gracias —dijo Hanna, evitando el hielo. Patrick quitó su mano tan pronto ella había cruzado sana y salva.

—Y, ¿siempre has querido ser fotógrafo? —preguntó Hanna mientras caminaban sobre la calle Market en dirección a la Casa de Gobierno. Estaba helando afuera, y todos caminaban con la cabeza baja y las capuchas arriba. Nieve sucia se apilaba en la acera.

—Desde que era pequeño —admitió Patrick—. Era el chico que nunca iba a ningún lado sin una cámara desechable. ¿Recuerdas ésas? ¿O eres demasiado joven?

— Claro que me acuerdo —dijo Hanna—. Tengo 18 años ¿Cuántos tienes tú?

—Veintidós —dijo Patrick, como si eso fueran *muchos* años más. Señaló hacia la izquierda, hacia otra sección de la ciudad—. Fui al Colegio Moore de Artes. Acabo de graduarme.

—¿Te gustó? Estoy pensando en ir a F.I.T o Pratt para diseño de moda. —Acababa de mandar sus solicitudes hacía unas semanas.

—Me encantó. —Patrick esquivó un carrito de hot dogs que estaba justo en medio de la acera. El olor de salchichas grasosas llenaba el aire—. Te encantara Nueva York, pero no creo que vayas ahí por la universidad. Una de las agencias de modelos te contratará, estoy seguro.

Hanna sentía que tenía hadas bailando en su estómago.



—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó casualmente, como si no le importara la respuesta.

—Cuando estaba en la escuela, trabajé como asistente en muchas sesiones de fotos de moda. —Patrick se detuvo en una luz roja—. Tienes ese look único que los editores y diseñadores adoran.

—¿De verdad? —Si tan sólo Hanna pudiera recopilar lo que él había dicho y ponerlo en su Twitter. O, mejor aún, ponerlo en la página de Facebook de Kate.

—¿Y cómo lograste que te dieran el trabajo del comercial de mi papá? —preguntó Hanna.

Patrick sonrió tímidamente.

—Le estaba haciendo un favor a un amigo. Normalmente no hago comerciales, especialmente de política. En realidad no sigo a los políticos.

—Yo tampoco —dijo Hanna, aliviada. Ni siquiera estaba segura de las opiniones de su padre acerca de los grandes temas. Si él ganaba la elección y alguien quería entrevistarla, bien, para eso estaban los asesores de medios.

—Él parece ser un buen hombre —gritó Patrick sobre el ruido de un autobús que iba pasando—. ¿Pero qué sucede con tu hermana? Parecía muy rígida.

—Hermanastra. —Hanna corrigió rápidamente.

—Ah. —Patrick sonrió, sus ojos negros arrugándose un poco—. Debí adivinar que realmente no tenían relación alguna.

Llegaron a la casa de gobierno, y Patrick empezó a trabajar, dirigiendo a Hanna para que posara en la sombra de una gran entrada en arco.

—Muy bien, piensa en una chica que quiere hacer algo con tantas ganas que casi lo puede saborear —dijo, apuntándole con el lente de la cámara—. Tienes hambre, lo deseas, y no te detendrás por nada. ¿Puedes hacerlo?

Oh, por supuesto. Hanna ya estaba *en* ese marco mental. Posó contra la pared, dándole a Patrick la mirada más determinada que podía darle.

—Maravilloso —dijo Patrick. *Clic, clic*—. Tus ojos se ven increíble. ¿Has hecho esto antes?

—Algunas veces. —La sesión de fotos para *People*, antes del escándalo de Poconos, cuenta, ¿verdad?



Patrick la miró a través del lente una vez más.

—Muy bien, barbilla arriba un poco. Dame algo sensual.

Hanna trató de hacer que sus ojos parecieran que iban a devorarlo. *Clic, clic.*

Una multitud de turistas se había concentrado y murmuraban entre ellos.

—¿Para qué revista haces esto? —preguntó una mujer de mediana edad con voz reverente.

—*Vogue* —respondió Patrick sin titubear. La multitud reía y murmuraba; algunos se acercaban para tomar fotos de Hanna ellos mismos. Ella se sentía como una estrella.

Después de unas tomas más en la Campana de la Libertad, Patrick sugirió que fueran a su estudio. El sol ya estaba bajo en el cielo cuando llegaron a Fishtown. Él subió alegremente las escaleras de una hermosa casa y abrió la puerta dejando a Hanna pasar primero.

—Espero que no te molesten las escaleras.

Cuando Patrick abrió la puerta pintada de negro en el cuarto piso, Hanna dejó salir un *¡oh!* de sorpresa. El estudio era una gran habitación cubierta de fotografías de todas formas y tamaños. Las largas ventanas tenían vista hacia la calle. Un Mac de pantalla plana brillaba en una esquina. Había una pequeña estufa en el lado derecho, y en el mostrador había contenedores de químicos para un cuarto oscuro. Pero no olía como el salón de fotografía en Rosewood Day, la habitación olía como la vela favorita de Hanna: Té Chino de Delirium & CO.

—¿Vives aquí? —preguntó Hanna.

—No, sólo trabajo. —Patrick dejó caer su mochila en el piso—. Lo comparto con otros fotógrafos. Espero que ninguno nos moleste mientras terminamos.

Él puso un CD de Bossa Nova y acomodó algunas luces, y posicionó a Hanna en el marco. Instantáneamente, Hanna empezó a moverse un poco al sonido de la música.

—Bien —murmuró Patrick—. Mueve tu cuerpo. Justo así. —*Clic. Clic.*

Hanna bajó el cierre de su chaqueta de piel y se movió siguiendo el ritmo de la canción, sus ojos empezaron a doler un poco de tanto que entornaba la mirada. Las luces se reflejaban en su piel, y en un momento de ímpetu, Hanna se quitó la chaqueta y reveló el delgado vestido debajo.



—Lindo —murmuró Patrick, tomando más fotografías—. Ahora, mueve tu cabello. ¡Bien!

Hanna hizo lo que le decían, haciendo que su cabello cayera sobre sus hombros y sus ojos se tornaron seductores. Un tirante de su vestido se deslizó, revelando su sujetador, pero no se detuvo a acomodarlo. Los pómulos de Patrick estaban sonrojados, sus labios empezaban a hipnotizarla. Ella adoraba como él la hacía sentir, como la chica más hermosa sobre la tierra. Deseaba que todos pudieran ver esto.

Con la música sensual, las luces calurosas, y las poses glamorosas, un recuerdo no deseado entró en la mente de Hanna. Cuando Ali regresó a Rosewood el año anterior y confesó que era en realidad su amiga perdida, Ali había tomado su mano y le había dicho a Hanna lo hermosa que se había vuelto. —Digo, eres despampanante, Han —murmuró Ali, su voz llena de admiración.

Había sido la cosa más maravillosa que Hanna había escuchado. Desde que se había reinventado, Hanna había soñado con Ali regresando de entre los muertos para que pudiera ver que Hanna ya no era la fea y la regordeta agregada al grupo de Ali. Pero, al final, el comentario no significó nada. Era sólo una mentira para hacer que Hanna confiara en ella.

Un sonido hizo que Hanna se diera la vuelta. Una chica rubia en un vestido amarillo estaba detrás de ella. Era la misma chica que Emily había señalado anteriormente. Ella no se parecía en nada a Ali salvo por el cabello rubio y el brillo descarado en sus ojos, pero cuando se acercó, miró a Hanna como si la conociera.

—He escuchado que ese telescopio es maravilloso. —Su aliento tenía una ligera esencia de ron.

—Oh, sí —dijo Hanna, moviéndose a un lado—. ¿Quieres ver?

La chica se acercó y miró por el telescopio, y luego se presentó como Tabitha Clark, añadiendo que era de Nueva Jersey y que ésta era su primera vez en el resort.

—Mi primera vez, también —dijo Hanna rápidamente—. Es genial. Fuimos al acantilado esta tarde. Y mañana voy a tomar una clase de yoga —continuó Hanna, hablando nerviosamente. Hanna no podía evitar mirar las quemaduras en los brazos de la chica. ¿Qué le había pasado?

Tabitha se lamio sus labios rosados.

El mundo empezó a girar. Era posible que Tabitha reconociera a Hanna por los reportes en las noticias, y había muchas cosas que se habían publicado sobre ella en la prensa, cómo Mona la había golpeado con su automóvil, cómo la habían atrapado



robando en una tienda, cómo habían jurado que habían visto un cuerpo en el bosque. Pero el pasado de regordete patito feo de Hanna se había mantenido como un oscuro secreto. No había fotos de esos días en los blogs o revistas de chismes. Hanna los revisaba religiosamente. ¿Cómo podía Tabitha saber su pasado de patito feo?

Cuando Hannah miró a la chica nuevamente, sus facciones se habían reacomodado. De repente, había más que el brillo-de-Ali en sus ojos. Su boca como arco de Cupido se veía justo como la de Ali. Era como si Ali resplandeciera a través de la piel de Tabitha.

—¿Hanna? —La voz de Patrick la sacó de su recuerdo.

Hanna parpadeó, luchando por liberarse de la memoria. La voz de Tabitha aún hacía eco en sus oídos. *Apuesto a que siempre fuiste hermosa ¿no es así?*

Patrick la miró incómodamente.

—Tal vez quieras... —Señaló su clavícula.

Hanna miró hacia abajo y vio que su vestido rosa había caído y que la mitad de su seno izquierdo se estaba saliendo de su sostén.

—Oops —dijo, levantando el vestido.

Patrick bajó su cámara.

—No reaccionabas. ¿Todo está bien?

La imagen de Tabitha estaba en la mente de Hanna. Pero no podía pensar en ello. Se lo prometió a sí misma. No dejaría que el mensaje de A de la noche anterior abriera esa caja de Pandora.

Hanna enderezó sus hombros y movió sus manos.

—Disculpa. Todo está bien ahora, lo prometo. —La nueva canción de los Black Eyed Peas empezó a sonar, y ella giró un dedo para indicarle a Patrick que subiera el volumen del estéreo—. Continuemos.

E hicieron justo eso.



Capítulo 11

Emily tiene un fanático

*Traducción SOS por kathesweet
Corregido por luchita_c*

—¡Diez series de cien en un minuto treinta, déjenlo en sesenta! —Raymond, el entrenador durante todo el año del equipo de Emily, gritó hacia un carril en la esquina de la piscina el martes. Raymond había sido el entrenador de Emily desde que ella era una niña, y nunca se había separado de su uniforme estándar de Adidas, sandalias de ducha y chándal negro brillante. También tenía vello grueso en los brazos, de alguien que solía afeitarse con regularidad sus brazos para las competencias de natación, y los hombros anchos de un nadador de espalda.

El reloj marcó los sesenta. Raymond se dobló hacia adelante.

—Listo... ¡vamos!

Emily empujó la pared, su cuerpo apretado como un dardo aerodinámico, sus piernas dando patadas de delfín frenéticamente. El agua era fría sobre su piel, y podía escuchar el sonsonete de la vieja estación de radio en la oficina del entrenador. Sus músculos se relajaron mientras pasaba a través del agua. Se sentía bien nadar otra vez después de unas largas vacaciones.

Hizo un giro al otro lado de la pared y la empujó otra vez. Los otros chicos en el carril chapoteaban detrás de ella. Todos eran nadadores serios también, chicos que habían esperado obtener becas para escoger universidades. Algunos estudiantes de último año en el equipo ya habían sido reclutados, ellos orgullosamente le habían llevado a Raymond sus cartas de aceptación tan pronto como las obtuvieron.

Nadando con fuerza, Emily trató de dejar su mente en blanco, Raymond decía que eso la ayudaría a nadar más rápido. Pero seguía pensando en la postal en el buzón de Ali. ¿Quién la envió? ¿Alguien había visto lo que hicieron? Nadie había presenciado lo que habían hecho en Jamaica. No había habido parejas besándose en la arena, ni caras mirando fuera de las ventanas, ni el equipo del hotel limpiando la parte trasera de la cubierta. O A había hecho una suposición, o bien era la persona a la que Emily más temía.



Emily tocó la pared para terminar, respirando fuertemente.

—Buen tiempo, Emily —dijo Raymond desde la esquina de la piscina—. Es bueno verte de nuevo en el agua.

—Gracias. —Emily se limpió los ojos y miró alrededor de la piscina. Éste no había cambiado desde que Emily empezó a ir a los seis años. Allí estaban las graderías amarillas y brillantes en la esquina y un gran mural de jugadores de polo acuático. Frases motivacionales cubrían las paredes, y placas doradas de records de natación se alineaban en el pasillo más allá de las puertas. Cuando Emily era pequeña, había mirado con deseo los records, esperando que un día ella rompiera uno de ellos. El año pasado, había roto *tres*. Pero este año no...

El silbato de Raymond sonó fuerte y agudo, y Emily se separó de la pared para el segundo recorrido de cien metros. Las vueltas pasaron volando, los brazos de Emily se sentían fuertes, sus giros firmes y seguros, su tiempo disminuyendo poco a poco. Cuando la serie estuvo terminada, Emily notó que alguien la estaba video grabando desde las gradas. Él bajó la cámara y encontró sus ojos. Era el Sr. Roland.

Caminó hasta el carril de Emily.

—Hola, Emily. ¿Tienes un segundo?

Un nadador giró justo al lado de Emily, enviando un penacho de agua en el aire. Emily se encogió de hombros y salió de la piscina. Se sintió desnuda en su traje de baño, con los brazos desnudos y las piernas desnudas, especialmente al lado del traje de paño gris y los mocasines negros del Sr. Roland. Y ella todavía no podía hacer caso omiso de la noche anterior. ¿Él había querido tocar su cadera, o fue sólo un accidente?

Emily agarró su toalla y se fijó otra.

—Envié tus tiempos al reclutador y entrenador de la UCN. Su nombre es Marc Lowry. Me pidió que me detuviera aquí y observara tu práctica. Espero que eso esté bien. — Levantó la videocámara y sonrió tímidamente.

—Uh, está bien. —Emily cruzó sus brazos sobre sus senos.

—Realmente tienes una forma hermosa. —El Sr. Roland miró un cuadro pausado en la videocámara—. Lowry también está muy impresionado por tus tiempos. Pero se pregunta por qué están en los tiempos del año pasado, no los de este año.

—Tuve que tomarme algo de tiempo libre el verano pasado y el otoño —dijo Emily inquieta—. No fui capaz de competir con el equipo de mi escuela.



Una arruga se formó en el entrecejo del Sr. Roland.

—¿Y eso por qué?

Emily se giró.

—Simplemente... cosas personales.

—No quiero ser molesto, pero el reclutador va a preguntar —la picó el Sr. Roland gentilmente.

Emily jugueteó con un lazo flojo de su toalla. Fue a partir de las Nacionales de Natación Junior, en la que había competido el año pasado antes de que fuera a Jamaica. Incluso entonces, había sentido como si algo estuviera mal con ella. Se había sentido temblorosa en el vestuario, entonces, casi se desmayó en la silla plegable esperando por su turno.

Sus tiempos habían sido decentes, sólo uno o dos décimas de segundo más lentos que sus mejores tiempos, pero ella se había sentido exhausta después, como si alguien hubiera llenado sus brazos y piernas de arena. Esa noche, se fue a casa y durmió quince horas seguidas.

Mientras el tiempo pasó, se sintió peor, no mejor. Cuando le dijo a su madre que iba a tomarse un tiempo libre de la natación para ir a un internado en Filadelfia, la Sra. Fields la había mirado como si le hubiera brotado un globo ocular extra. Pero Emily había jugado la carta de Ali, que ella necesitaba un descanso de Rosewood, demasiadas cosas malas habían sucedido aquí, y su madre la dejó. Se había quedado con su hermana Carolyn, que estaba tomando parte en un programa de verano en Penn antes de que fuera a Stanford en el otoño. Ella le había confiado a Carolyn un secreto también, y sorprendentemente Carolyn lo había mantenido. Aunque no felizmente.

Cuando Emily volvió a la escuela el siguiente año y le dijo a su mamá que no iba a seguir nadando en el equipo de la escuela, la Sra. Fields había estado muy furiosa. Se había ofrecido a llevar a Emily a la sicóloga de deporte, pero Emily fue firme: no iba a nadar esta temporada.

—Tienes que superar a Alison —insistió la Sra. Fields.

—Esto no es sobre Alison —contestó Emily con lágrimas en los ojos.

—¿Entonces, sobre qué es? —demandó la Sra. Fields.

Pero Emily no pudo decirle. Si lo hacía, su madre nunca le hablaría de nuevo.



El Sr. Roland dobló sus manos en su regazo, esperando por la respuesta de Emily.

Emily se aclaró la garganta.

—¿Podemos dejarlo en que me tomé un permiso personal de ausencia? Yo... yo estaba siendo acechada el año pasado por alguien que pensaba que era mi mejor amiga. ¿Quizás usted escuchó sobre esto? ¿Alison DiLaurentis?

Las cejas del Sr. Roland se elevaron.

—¿Esa fuiste... *tú*?

Emily asintió sombríamente.

—Lo siento. No tenía idea. Sabía que compramos la casa donde una de las chicas asesinadas vivió, pero... —El Sr. Roland presionó su mano sobre sus ojos—. Creo que eso es todo lo que necesitas decir. Lowry entenderá.

Al menos el desastre de Ali era bueno para algo.

—Estoy completamente comprometida con la natación ahora —prometió Emily.

—Bien. —El Sr. Roland se levantó—. Parece que lo estás. Si estás en juego, probablemente puedo tenerlo a él o a uno de los de su equipo de reclutamiento aquí para este sábado.

Emily hizo una revisión mental de su horario.

—En realidad, tengo una reunión este sábado.

—Razón de más para que venga. —El Sr. Roland escribió algo en su BlackBerry—. Él te verá en acción. Es perfecto.

—Muchas gracias —murmuró Emily. Sintió la urgencia de envolver sus brazos alrededor del Sr. Roland, pero se resistió.

—Cualquier amigo de Chloe, es mi amigo. —El Sr. Roland se giró hacia la salida—. Es bueno verte reuniéndote con gente tan rápidamente. Es bueno verte, Emily.

Se colocó el maletín bajo su brazo y caminó alrededor de los charcos hacia la puerta a los vestuarios. De repente, Emily se sintió un millón de veces mejor. Lo que sea que pensó que había experimentado en la casa de los Roland ayer, estaba todo en su cabeza.

Alguien suspiró detrás, y Emily se giró. Su mirada se precipitó hacia la larga fila de ventanas que llevaban al exterior. El sol se había puesto, pintando el cielo de azul



medianoche y bañando el paisaje en una silueta. Y entonces, vio algo al lado de su Volvo en el aparcamiento. ¿Era una *persona*? ¿Escondiéndose, mirando hacia la ventana del pasajero?

Otro giro en el agua salpicó sus piernas, y dio un paso atrás de la orilla de la piscina. Cuando miró hacia la ventana otra vez, el cielo de repente estaba de un tono negro, como si alguien hubiera puesto una cortina sobre éste. Emily no pudo ver nada más.



Capítulo 12

Cena finlandesa

*Traducido por Nadia.
Corregido por luchita_c*

El martes en la noche, Aria tocó el timbre de la casa de los Kahn, una mansión de ladrillos con columnas blancas, un garaje para seis autos, varios pórticos y torretas, un patio de once acres que había sido el sitio de muchas fiestas infames. Esta noche, los Kahn eran anfitriones de otra fiesta, aunque Aria dudaba que incluyera tragos bebidos desde el cuerpo de otra persona o relaciones pasajeras en la cabina de fotos de los Kahn. Era un tradicional bufete sueco para recibir a Klaudia a los Estados Unidos, y considerando el número de autos en la larga entrada circular, lucía como si los Kahn hubieran invitado a todos en Rosewood y varias otras ciudades.

La Sra. Kahn abrió la puerta de golpe y le dio una sonrisa radiante.

—¡*Tervetuloa*, Aria! —dijo jovialmente—. ¡Ésa es la palabra finlandesa para bienvenida!

—Uh, *tervetuola* —repitió Aria educadamente, intentando hacer la correcta entonación e intentando no mirar estúpidamente el conjunto de la Sra. Kahn. Normalmente, la madre de Noel era el epítome de la elegancia ecuestre: pantalones de montar de Ralph Lauren, sweaters de cashmir, botas de Tod, y diamantes en sus dedos y en sus orejas que probablemente valían más que las casas de los padres de Aria combinadas.

—¿No es divino mi conjunto? —cacareó la Sra. Kahn, girando para que su falda se abriera—. ¡Es el traje tradicional finlandés! ¿Alguna vez has visto algo tan colorido? Soy mitad finlandesa, sabes. ¡Quizás mis ancestros se vestían de esta manera!

Aria asintió y sonrió estúpidamente, aunque dudaba que los finlandeses se vistieran así a menos que tuvieran que hacerlo. ¿Quién querría lucir como un personaje de un cuento de hada de los hermanos Grimm?

Entonces, Klaudia apareció en vestíbulo.



—¡Aria! ¡Estamos tan felices que hayas llegado! —Noel estaba justo detrás de ella. Klaudia echó un brazo alrededor de los hombros de Noel como si fueran una pareja.

—Uh, no me lo perdería. —Aria miró intencionadamente a Noel, pensando que él se separaría de Klaudia y caminaría por el vestíbulo hacia ella, su *novia*. Pero sólo se quedó de pie junto a Klaudia con una sonrisa estúpida en su rostro. Klaudia se volvió y murmuró algo en el oído de Noel. Noel le dijo algo, y ambos rieron suavemente.

Aria sintió punzadas en su piel.

—¿Algo gracioso?

—Es... no importa. —Noel evitó la pregunta de Aria.

Esta noche, Klaudia lucía un vestido sweater que era al menos dos tallas muy pequeño. Su cabello rubio se derramaba por su espalda, y tenía un húmedo, lustroso brillo de labios que atraía los ojos a su boca. Cada chico en la fiesta la miraba, incluido el Sr. Shay, el veterano profesor de biología de Rosewood Day que Aria pensaba era legalmente ciego.

Pero luego Noel se movió alrededor del nudo de admiradores y deslizó su brazo alrededor de Aria.

—Me alegra que estés aquí. —Eso hizo que Aria se sintiera ligeramente mejor, especialmente porque Klaudia estaba mirando.

—¡Ooh, delicioso! —Klaudia chirrió cuando llegó a la mesa. Cerca de diez chicos se apuraron para ayudarla, como si fuera una niña incapaz de prepararse su propio plato. Mason Byers se ofreció para servirle sopa. Philip Gregory preguntó si Klaudia quería algo de salchicha. Preston Wallis y John Dexter, que se habían graduado de Rosewood Day pero estaban yendo a Hollis e inclusive algunos de los amigos más cercanos de Noel, sacaron servilletas para Klaudia y se sirvieron una copa de sidra.

Las chicas eran una historia diferente, sin embargo. Naomie Zeigler y Riley Wolfe le daban miradas asesinas desde la isla de la cocina. Lanie Iler, que estaba de pie cerca de Aria en la línea de la comida, se inclinó hacia Phi Templeton, que no era tan tonta como solía serlo cuando Aria, Ali y las otras se burlaban de ella en séptimo grado, y murmuró.

—Sabes, ni siquiera es *tan* bonita.

—Está en mi clase de inglés —contestó Phi, poniendo sus ojos en blanco—. Apenas sabe leer en inglés. Pensé que la gente de Europa era, como, fluida.



Aria escondió una sonrisa. Hubiera pensado que la obsesionada con los monopatines Phi sería más sensible al burlarse de otros.

—Si James sigue mirándola, voy a patearle el trasero. —Lanie continuó a través de sus dientes, atravesando una salchicha y dejándola caer en su plato. James Freed era su nuevo novio.

Alguien dio un golpecito en el hombro de Aria y ella se volvió. Klaudia estaba justo detrás de ella, mirando a Aria con sus grandes ojos azules.

—Halo, Aria —dijo—. ¿Te como?

Al principio, Aria pensó que iba en serio, era el tipo de cosa que una villana de cuento de hadas podía decir. Luego Klaudia miró nerviosamente a la multitud.

—Tanta gente, ¡sólo te conozco a ti!

—¡Qué hermosa idea! —La Sra. Kahn apareció de la nada y apoyó una mano en el hombro de Aria—. ¡Ustedes dos definitivamente deberían comer juntas! Amarías a Aria, Klaudia.

—Oh. —Aria toqueteó nerviosamente la amplia manga de su blusa de seda. ¿No preferiría Klaudia comer con su séquito? Pero no podía decirle que no con la Sra. Kahn de pie ahí.

Después de servirse un poco más de goulash vegetariano en su plato, Aria llevó a Klaudia al asiento de la ventana. Estuvieron calladas por un momento, absorbiendo la fiesta. Las chicas populares de Rosewood Day se habían ido a la larga mesa en el rincón del desayuno, aún dándole a Klaudia, y Aria por asociación, una mala mirada. Un grupo cercano de adultos que Aria no reconocía estaban superándose unos a otros con donde sus hijos habían ido a la universidad. A través de la arcada hacia la sala de estar, Aria vio a Spencer y a un chico que no reconocía, pero supo que no debía saludar.

La postal la perseguía. Aún sentada allí, en la cocina de Noel, miraba su celular continuamente, temiendo un nuevo mensaje.

¿Podía ser que A hubiera vuelto de verdad? ¿Qué si A realmente sabía la cosa horrible que ella había hecho?

Aria se volvió hacia Klaudia, intentando sacudirse los terribles pensamientos de su mente.

—¿Qué te parece Rosewood Day?



Klaudia limpió su boca con la servilleta.

—Tan grande. ¡Me pierdo tanto! Y gente da indicaciones, y yo... ¡oof! —Pretendió secarse el sudor de su frente—. ¿Mi vieja escuela en Helsinki? ¡Seis salones! ¡Treinta personas en nuestra clase! ¡Nada como esto!

—Sé lo que quieres decir. —Aria tragó un mordisco de puré de remolacha y nabo—. La escuela secundaria a la que fui en Reykjavik sólo tenía cien estudiantes. Conocí a todos en un par de semanas.

Klaudia bajó su tenedor.

—¿Fuiste a la escuela en Reykjavik?

—Sí. —¿Noel no te contó *nada* acerca de ella?—. Viví allí por casi tres años. Me encantó.

—¡Yo voy allí! —La sonrisa de Klaudia se ensanchó—. ¡Para el festival Ondas de Radio de Islandia!

—¡Yo fui también! —El festival Ondas de Radio de Islandia fue el primer concierto al que Aria había ido. Se había sentido tan adulta paseándose por el lugar, pasando tiendas hippie que vendían tatuajes temporales y atrapa sueños, e inhalando los olores de la exótica cocina vegetariana y pipas de agua. Durante uno de los muchos shows de las bandas islandesas, había conocido a tres chicos: Asbjorn, Gunnar y Jonas, y Jonas la había besado durante el bis. Ahí fue cuando Aria supo que mudarse a Islandia era lo mejor que le había pasado jamás.

Klaudia asintió excitadamente, su rubio cabello rebotando.

—¡Tanta música! Mi favorito era Metric.

—¡Los vi en Copenhague! —dijo Aria. Nunca hubiera pensado que Klaudia fuera una chica Metric. La música era una de esas cosas de las que Aria no había sido capaz de hablar con nadie en la forma que lo hacía en Islandia, todos los Típicos Rosewood, como ella los llamaba, nunca se aventuraban a escuchar algo que no estuviera en la lista de los Más Descargados de iTunes.

—¡Me encantó! ¡Tanto, *tanss!* —Ella entrecerró los ojos, intentando pensar en la palabra inglesa, y luego movió su cabeza hacia atrás y adelante como si estuviera bailando.

Luego, dejando su plato de papel en la repisa de la ventana, Klaudia sacó su iPhone y revisó las fotos.



—Ésta es Tanja. —Señaló a una chica que se parecía mucho a Sofía Coppola—. Mejores amigas. Vamos al concierto de Reykjavik juntas. La extraño tanto. Nos mandamos mensajes cada noche.

Klaudia revisó rápidamente más fotos de sus amigos, la mayoría chicas rubias; su familia, una delgada madre sin maquillaje, un padre alto y arrugado que ella dijo era ingeniero, y un hermano menor que tenía el cabello desordenado; su casa, una moderna caja que le recordaba a Aria la casa que habían alquilado en Reykjavik; y su gato, Mika, que acunaba en sus brazos como un bebé en la misma manera que Aria acunaba a su propio gato, Polo.

—¡Extraño tanto a mi Mee-mee! —exclamó, llevando la foto a sus labios y dándole un beso al gato.

Aria rió. Klaudia pasó a la siguiente foto en su colección, una foto de sus amigos en ropa de esquí en la cima de una montaña.

—¡Oh! ¡Ésta es Kalle! —lo dijo como *Kah-lee*—. ¡Esquiamos cada fin de semana! ¿Con quién esquiaré ahora?

—Yo esquiaré contigo. —Aria se ofreció, sorprendiéndose a sí misma.

Los ojos de Klaudia se iluminaron.

—¿Tú esquías?

—Bueno, no... —Aria tomó lo que restaba de su goulash en su tenedor—. De hecho, nunca he esquiado en mi vida.

—¡Yo enseño! —Klaudia rebotó en su asiento—. ¡Vamos pronto! ¡Tan fácil!

—Okay. —Si lo pensaba, Noel había mencionado que su familia estaba pensando en hacer un viaje de esquí el largo fin de semana al final de la semana. Seguramente Klaudia estaba invitada también—. Pero me gustaría enseñarte algo también.

—¿Qué tal eso? —Klaudia señaló la bufanda rosa de mohair alrededor del cuello de Aria—. ¿Tú *neuloa*? —Rotó sus manos, haciendo la pantomima del tejido.

Aria inspeccionó la bufanda.

—Oh, la tejí hace años. No es muy buena.

—¡No, es hermosa! —exclamó Klaudia—. ¡Enséñame! ¡Yo hago regalos para Tanja y Kalle!



—¿Quieres aprender a tejer? —Aria repitió. Nadie, ni siquiera Ali y las otras, habían pedido a Aria que les enseñara, siempre había sido la cosa rara de Aria. Pero Klaudia no parecía pensar que era raro.

Concertaron encontrarse el jueves en la tienda de artículos de esquí para que Aria pudiera comprar el equipo apropiado. Mientras se levantaban para ver los postres, Aria notó que Noel la miraba desde el otro lado del cuarto con una sonrisa sorprendida en su rostro. Aria lo saludó, y también lo hizo Claudia.

—Él tu novio, ¿no es cierto? —preguntó Klaudia.

—Sí —respondió Aria—. Por más de un año.

—¡Ooh, serio! —Los ojos de Klaudia brillaron. Pero no había nada de envidioso en su conducta.

El Sr. Kahn apareció en la puerta. Aria no lo había visto en semanas. Siempre estaba viajando por negocios importantes. Ahora, estaba vestido en un taparrabos marrón, que lucía como piel de oso, botas negras y un enorme gorro con cuernos. Lucía como Pedro Picapiedra.

—¡Estoy listo para la fiesta! —gritó, levantando un garrote en su mano izquierda.

Todos vitorearon. Las chicas de Rosewood Day en la esquina se rieron disimuladamente. Aria y Klaudia intercambiaron una mirada horrorizada. ¿Lo decía *en serio*?

—¡Sálvame! —susurró Klaudia, escondiéndose detrás de Aria.

Aria explotó en risitas.

—¡Esos cuernos! ¿Y qué hay del garrote?

—¡No sé! —Klaudia apretó su nariz—. ¡Y la falda de la Sra. Kahn huele como *hevonpaskaa!*

Aria no sabía exactamente lo que significaba la palabra, pero el solo sonido hizo que se doblara de risa. Podía sentir las miradas de las maliciosas chicas a través del cuarto, pero no le importó. De repente, se sintió tan agradecida de que Klaudia estuviera allí. Por primera vez en casi un año, Aria tenía alguien con quien reír de nuevo. Alguien que realmente la entendía en la manera en que una Típica Rosewood no podía.

Por un momento, inclusive hizo que se olvidara de A.



Capítulo 13

Seducción y secretos

*Traducido por Karla Pierce
Corregido por Loo!**

Spencer se detuvo detrás de la línea del Smorgasbord de los Kahn, observando la propagación de los alimentos. Alguna de esta mierda lucía como vómito de gato. ¿Y quién en su sano juicio bebería leche agria?

Dos manos agarraron sus hombros.

—¡Sorpresa! —dijo Zac Pennythistle, agitando una botella de color ámbar descorchada en su cara. En el interior había un líquido verdoso que olía como a quitaesmalte.

Spencer levantó una ceja.

—¿Qué *es* eso?

—Licor tradicional de Finlandia. —Sirvió un poco en dos vasos de unicel que había en pila sobre la mesa—. Lo robé del carrito de bar, cuando nadie me veía.

—¡Chico malo! —Spencer le sacudió su dedo—. ¿Siempre eres tan perverso?

—Es por eso que soy la oveja negra de mi familia —bromeó Zach, bajando sus ojos hacia ella, lo cual hizo que el interior de Spencer se revoliera. Estaba encantada, Zach había aceptado su invitación de esta noche a la fiesta del Smorgasbord.

Desde la cena en el Goshen Inn el domingo, no podía parar de pensar en sus divertidas bromas coquetas.

Incluso después de que se sentaron en la mesa con el resto de la familia, continuaron con su rodaje a otro aspecto vivaz y sonrisas secretas.

Derivaron a través de la sala de estar y se instalaron en las escaleras del Kahn. La fiesta se estaba volviendo insoportable, con un montón de niños de Rosewood Day saltando al ritmo de polka a lo largo de la enorme sala de estar del Kahn, con algunos adultos ya arrastrando sus palabras.



—Por lo general no vinculo a los chicos de Harvard como la oveja negra de la familia —dijo Spencer a Zach, continuando con su antigua conversación.

Zach se echó hacia atrás, frunciendo el ceño.

—¿Dónde oíste que iba a Harvard?

Spencer parpadeó.

—Tu papá lo dijo en la cena. Antes de encontrarte en el bar.

—Por supuesto que lo hizo. —Zach tomó un largo trago de su aguardiente—. Para ser sincero, no estoy completamente seguro de que Harvard y yo hayamos estado hechos el uno para el otro. Tengo el ojo puesto en Berkeley o Columbia. No es como si él/lo supiera, claro.

Spencer levantó su vaso.

—Bueno, aquí es para conseguir lo que quieres.

Zach sonrió.

—*Siempre* consigo lo que quiero —dijo significativamente, lo que envió más escalofríos a su columna vertebral. Algo pasaría entre ellos esta noche. Spencer lo podía sentir.

—¿Es licor? —chilló una voz indignada. La hermana de Zach, Amelia, surgió de la esquina con un plato lleno de comida.

Spencer suspiró y cerró los ojos.

¿Amelia aún *quería* estar aquí? Un horrible ceño se había apoderado de su rostro tan pronto como se detuvo en la puerta del Kahn. Cuando la Sra. Kahn puso una danza folklórica tradicional de Finlandia, Amelia había hecho una mueca y tapado sus oídos.

—¿Quieres algo? —Zach empujó su vaso hacia Amelia—. Sabe como a empanadas de menta. ¡Tus favoritas!

Amelia se alejó, haciendo una cara.

—No gracias. —Su idea de conjunto de fiesta era un Brooks Brothers de rayas con botones escondido muy bien en una falda de tubo de mezclilla hasta la rodilla. Lucía exactamente igual que la Sra. Ulster, la maestra sustituta de Spencer en Calculo II.

Amelia se recargó contra la barandilla y fulminó con la mirada a los residentes de Rosewood.



—Así que, ¿son estas personas tus amigos? —dijo *amigos* como si hubiera dicho *infesta de chinches de cama en los colchones*.

Spencer estudió a la multitud. La mayoría de los alumnos de último grado de Rosewood Day habían sido invitados, así como un puñado de amigos de la sociedad de Kahn.

—Bueno, todos ellos van a mi escuela.

Amelia hizo un desdeñoso *uch*.

—Lucen realmente tontos. Especialmente las niñas.

Spencer se estremeció. Aparte de Kelsey, no tenía que pasar el rato con chicas de su edad de St. Ages. Pero había estado en un par de sus partidos de vuelta en la secundaria; cada pandilla se nombraba con el nombre de alguna princesa o reina europea, estaban las reinas Sofias de España, las princesas Olgas de Grecia, y las Carlotas de Mónaco, hija de la Princesa Carolina. Hola, ¿Lisiada?

Zach se terminó el resto de su trago y puso su vaso en las escaleras.

—¡Oh! La mayoría de esas chicas lucen como si pudieran tener algunos secretos sucios bajo la manga.

—¿Cómo puedes decirlo? —bromeó Spencer.

—Todo consiste en observar a la gente, darte cuenta de lo que hacen. Como cuando te vi en el restaurante el domingo, sabía que estabas en el bar porque estabas escapando de alguien. Tomando un respiro.

Spencer le dio una bofetada juguetona.

—Eres un gran mentiroso.

Zach cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Quieres apostar? Es un juego que a veces hago, lo llamé “Ella no es la que aparenta ser”. Te apuesto que puedo descubrir más secretos de los que tú puedes.

Spencer se estremeció un momento por el nombre del juego. Por alguna razón, le recordaba la postal que recibieron anoche. A pesar de que a Spencer parecía no importarle, destellos de ansiedad amenazaban con detonar en su interior. ¿Podía alguien saber sobre Jamaica? Mucha gente había estado en el complejo, Noel, Mike, el grupo de chicos de California con los que iban a surfear, algunos chicos enfiestados de Inglaterra, y por supuesto el staff, pero Spencer y los otros habían mirado de arriba



abajo por la oscura playa después de que todo había pasado y no había un alma. Era como si fueran las últimas personas sobre la tierra. A menos...

Cerró los ojos y alejó sus pensamientos. No había un *a menos*. Y no había una nueva A. la postal había sido sólo una gran coincidencia, una conjetura afortunada.

Un montón de chicas del personal del periódico de Rosewood Day revoloteaban en la sala con platos de albóndigas, papas y sardinas. Spencer se giró de nuevo hacia Zach.

—Jugaré a tu pequeño juego de secretos. Pero te das cuenta que conozco a esta gente, ¿cierto? Tengo una ventaja por ser local.

—Entonces, vamos a tener que elegir personas que no conozcas realmente. —Zach se inclinó hacia adelante y miró alrededor del cuarto. Apuntó hacia la Sra. Byers, la mamá de Mason, quien vestía de pies a cabeza con Kate Spade—. ¿Sabes algo sobre ella?

Amelia, que los había estado mirando a ambos, se quejó.

—¿Ella? ¡Es tan simple como los demás que vinieron! Mamá de Soccer, conduce un Lexus. Ronca.

Zach casqueó su lengua.

—Estás muy equivocada. *Luce* como tu lujosa ama de casa de ciudad, pero a ella le gusta el amigo de su hijo menor.

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó incrédulamente Spencer.

—Observa. —Zach apuntó hacia como la Sra. Byers llenaba la copa entusiastamente para Ryan Zeiss, uno de los compañeros de Lacrosse de Mason. Su mano se quedó sobre los hombros de Ryan por un largo rato. *Muy* largo.

—¡Whoa! —susurró Spencer. No era de extrañarse que la Sra. Byers siempre se ofreciera voluntaria como madre acompañante del equipo de viaje.

Después era el turno de Spencer. Miró alrededor del cuarto, tratando de localizar a su víctima. La Sra. Zeigler, la refinada madre de Naomi, se deslizó alegremente por el piso de ajedrez blanco y negro. *Bingo*.

—Ella se hace tratamientos de Botox a escondidas —dijo Spencer apuntando.

—¡Oh! Por faaaaavor —Amelia rodó sus ojos—. *Todas* estas mujeres tienen Botox. Algo que sus hijas probablemente harán, también.

—... bajo sus brazos —añadió Spencer, recordando cómo, algunos años atrás, la Sra. Zeigles siempre tenía manchas visibles de sudor en sus camisetas cada vez que



levantaba sus brazos para aplaudir un gol de campo del hockey. Esta temporada de hockey, como siempre, esas manchas de sudor habían desaparecido mágicamente.

—Lindo —silbó Zach.

Anduvieron a lo largo del cuarto, revelando más secretos. Zach apuntó hacia Liam Olsen y dijo que él le era infiel a su novia, Devon Arliss. Spencer se centró en un carácter gótico y dijo que ella era una fanática de Justin Bieber y le daba un beso francés a su foto cada noche. Zach dijo que Imogen Smith lucía como el chico que secretamente había tenido una enfermedad de transmisión sexual, y Spencer dio la hipótesis de que Beau Baxter, su ardiente, co-estrella solitaria en *Macbeth*, tenía relaciones con mujeres mayores. Y luego Amelia apuntó a medias a alguien entre la multitud.

—Bueno, *ella* luce como la chica que se engancha con sus profesores.

Spencer miró hacia quien ella estaba hablando y casi se quedó sin aliento. Era Aria. Después de que las chicas empezaran a salir de nuevo, Aria les había contado a ella y a las demás acerca de su relación con Ezra Fitz, su profesor de inglés. ¿Cómo pudo Amelia saber *eso*?

Entonces, Amelia giró de nuevo sus pequeños y brillantes ojos hacia ella.

—Así que, ¿cuál es *tu* secreto?

—Uh... —Un escalofrío recorrió la espina de Spencer. Repentinamente, Amelia lucía muy intuitiva, como si ya lo supiera. *Jamaica. Cómo entré a Princeton. Lo que le hice a Kelsey.* Definitivamente había algunas cosas que Spencer había hecho de las cuales no se sentía muy orgullosa.

Zach rodó sus ojos.

—No le respondas. Todos tenemos secretos que no queremos compartir, incluyéndome.

Poco después, Amelia se alejó de la fiesta para hablar con un par de chicas de rayas dulces que reconoció. La fiesta se convirtió en un gigantesco y obstruido baile de borrachos finlandés, con la música polka cursi a todo volumen y Aria y la nueva estudiante de intercambio bailando raro en el centro.

Un vaso y medio de aguardiente después, Spencer y Zach seguían jugando a “Ella no es la que aparenta ser”

—Sean Ackard es un masturbador serial —planteó Spencer, apuntándolo.



—La mujer que viste de pies a cabeza de Gucci compra toda su ropa de diseñador en Canal Street en Nueva York —contrarrestó Zach.

—Celeste Richards ama el olor de sus propios pedos —se rió Spencer.

—Aquella nueva chica irlandesa es actualmente un travesti —se lamentó Zach.

—Lori, Kendra y Madison ¡Están en orgías! —chilló Spencer refiriéndose a las tres maestras solistas de la obstrucción con poco entusiasmo de la esquina.

Reía tan fuerte que las lágrimas corrían libremente por sus mejillas, probablemente corriendo su rímel. Ella y Zach se movieron cerca de los escalones de nuevo, sus piernas se tocaban, sus manos se rozaban con frecuencia, sus cabezas recostadas ocasionalmente en el hombro del otro.

Eventualmente, la fiesta empezaba a acabarse, y todos empezaban a irse a casa. Los dos fueron por Amelia y la montaron de vuelta al coche de Zach. Spencer tomó el control del Ipod de Zach y criticó a St. Vincent cantando a lo largo “Actor Out of Work.” Amelia estaba sentada atrás y puso mala cara.

Zach se detuvo en la acera de los Hastings y tiró del freno de mano. Spencer se giró hacia él, ambos tristes por debido a que la noche había terminado y nerviosa porque este era el momento que ella había estado esperando toda la velada, el beso de buenas noches. Seguramente Zach iba a salir del coche y la acompañaría hasta su puerta, lejos de su hermana.

—Sabes, nunca pensamos la apuesta por tu pequeño juego de secretos —dijo Spencer en una sedosa voz—. Y creo que yo gané, definitivamente descubriré más secretos que tu.

Zach alzó una ceja.

—*Au contraire*. Creo que merezco el premio. —Se inclinó cerca de ella, y el corazón de Spencer latió con fuerza.

Amelia se quejó en voz alta y se sobresalió del asiento trasero.

—Chicos, ¿podrían dejar de coquetear? ¿Se dan cuenta de que son como una pareja romántica a punto de convertirse en hermanastros, verdad? Si ustedes se enganchan, eso sería prácticamente incesto.

Zach se puso rígido y se alejó de Spencer.

—¿Quién dijo algo de engancharse?



Ouch. Spencer le tiró a Amelia el peor fulgor que pudo. Qué forma de arruinar el momento.

Cuando se giró de nuevo a Zach, él le picoteó con cortesía la mejilla.

—Llámame. Tenemos que desayunar en el Rosewood Country Club. Mucha gente tiene secretos ahí.

—Uh, absolutamente —dijo Spencer, tratando de no sonar decepcionada.

Caminó hacia la puerta de enfrente, evitando las manchas de nieve y hielo en la acera. Mientras buscaba sus llaves, su móvil vibró. Lo sacó, esperando que fuera un texto de Zach.

No puedo esperar a verte sin mi hermana la próxima vez, tal vez. O, aún mejor, Quería besarte. Espero que suceda pronto.

Pero era un mensaje de un remitente anónimo en su lugar. El aguardiente drenó inmediatamente de la cabeza de Spencer, dejando una sensación de sobriedad al instante.

Miró alrededor, buscando dos ojos mirando a través de los arbustos, una figura se movió a través de los árboles. Pero no era nada.

Tomó un largo respiro y presionó LEER.

Hey Spence. Todos tienen secretos, en efecto. ¿Y qué crees? Yo sé los tuyos. —A



Capítulo 14

Mejores amigas por siempre

*Traducido por Susanauribe
Corregido por Loo!**

La tarde del miércoles, Emily se paró frente a Steam. Como siempre, cada banco del café estaba ocupado. Naomi Zeigler, Riley Wolfe y Kate Randall tenían su reunión debajo de la gran poster Italiano de *La Dolce Vita*. Kirsten Cullen y Amanda Williamson estaba en el mostrador y discutían sobre que magdalena querían compartir.

Estudiantes barrían el vestíbulo, dirigiéndose al almuerzo o a su siguiente clase. Primero, Emily miró a Hanna por entre la multitud. Ella tenía una sonrisa distante en su rostro, pareciendo ignorar a las personas alrededor de ella. Luego, casi un segundo después, Spencer rodeó la esquina, hablándole ruidosamente a Scott Chin, uno de sus coeditores del anuario.

—Tuve un tiempo grandioso ayer en el bufet escandinavo de los Kahn, ¿tú no? —dijo ella.

Y después, posiblemente porque Emily estaba pensando en ella, Aria se pavoneó por el vestíbulo, brazo con brazo con esa nueva estudiante de intercambio de Finlandia que estaba viviendo con Noel Kahn.

Ninguna mirada a Emily. La horrible nota de A en el buzón del correo de Ali parecía a tropecientas millas de distancia de sus pensamientos. ¿Por qué Emily no podía olvidarse de eso también?

—¡Hey, Emily!

Chloe emergió del coágulo de estudiantes. Emily saludó.

—¡Hey!

Mientras Chloe corría hacia ella, Emily sintió una oleada feliz. Éste era su primer almuerzo juntas, pero desde que Emily había visitado a Chloe el lunes, ellas se habían vuelto amigas en Facebook, comentando en las publicaciones de cada una, y habían tenido una prolongada conversación en IM anoche antes de dormirse, chismeando



sobre las personas de sus clases, profesores a evitar, y un rumor duradero sobre cómo en la habitación de suministros A/V era donde parejas calientes iban a tener sexo.

Chloe miró a Emily de arriba a abajo, una sonrisa de satisfacción en su rostro.

—Ahora, ¿dónde he visto ese atuendo antes? —Hizo un ademán hacia el uniforme de Rosewood Day, falda plisada y una blusa blanca, luego tocó su blazer azul idéntico—. Es tan bizarro ir a una escuela que impone uniformes. Parecemos como miembros de un culto.

—Lo tuve que sufrir por doce años. —Emily se quejó. Luego ella se volteó hacia la cafetería—. ¿Lista?

Chloe asintió y Emily siguió a la multitud de chicos en la cafetería, que se estaba llenando rápidamente con estudiantes. Mientras caminaban por las líneas de comida, Emily le dio a Chloe un breve repaso.

—El sushi es bueno pero no comas pollo teriyaki, sale de latas.

—Lo tengo.

Emily seleccionó una ensalada César y un paquete de pretzel y los puso en la bandeja.

—El bar de pasta está bien, pero por alguna razón sólo chicos de la banda y la orquesta comen pasta. Nadie más.

—¿Qué hay de pretzel suaves? —Chloe señaló hacia el estante de pretzels.

—Los pretzels están bien —dijo Emily vagamente. En verdad, el gran pretzel suave solía ser la firma de Ali en la hora del almuerzo en séptimo grado. Una vez que se volvieron parte de la camarilla de Ali; Emily, Aria y Spencer comían pretzels también y muchas chicas de sus clases las copiaron.

Un olor achicharrado venía de la cocina luego, recordando a Emily el fuego en Poconos. Aunque las llamas habían alcanzado la cima de los árboles, incluso aunque los policías habían jurado una vez y otra vez que no había forma de que Ali hubiera sobrevivido la explosión, Emily tenía un sentimiento horrible de que Ali había escapado. La noche después que eso pasó, ella había tenido un sueño sobre encontrar a Ali en los bosques detrás de la cabaña de sus padres, cubierta de quemaduras. Ali había abierto sus ojos y la había mirado justo a ella. —Acabas de cavar tu propia tumba, Emily —dijo riéndose, alcanzado a Emily con garras de felino.

—¿Vienes? —Chloe llamó, mirando a Emily inquisitivamente.



Emily miró abajo. Se había parado en la línea de la cafetería, pérdida en sus pensamientos.

—Por supuesto —dijo, salió disparada hacia la caja registradora.

Encontraron un asiento junto a las ventanas. Pura nieve blanca blanqueaba los campos de práctica.

Chloe sacó su celular y lo empujó a través de la mesa hacia Emily.

—Mira esta foto de Grace. Mi mamá me la envió esta mañana.

En la pantalla estaba una foto de Grace con Cheerios sobre todo su rostro.

—Adorable —susurró Emily—. Debes querer comértela todos los días.

—Lo hago —Chloe sonrió—. Ella es tan regordeta y tierna. Es tan divertido tener una hermana pequeña.

—¿Fue ella... planeada? —Emily espetó, sorprendiéndose a sí misma. Ella apretó sus ojos cerrados—. Lo siento. Eso fue muy molesto.

—Nah, todo el mundo lo pregunta. —Chloe tomó una mordida de su pretzel—. Ella fue y no fue deseada. Mis padres siempre querían que tuviera una hermana, pero fue muy difícil para ellos que mi madre se quedara embarazada de nuevo. Cuando Grace llegó, ambos estaban asombrados. Ella salvó a mis padres, aunque estaban teniendo problemas antes de esto. Ahora, todo está genial.

—Oh. —Emily fingió fascinación con un trozo de pollo en su ensalada, no queriendo hacer contacto visual—. ¿Cómo eran tus padres antes de Grace?

—Oh, la mierda usual. —Chloe metió una pajilla en su lata de ginger ale—. Riñas, rumores de engaños. Mi mamá es la clásica sobre-hablada, entonces oía mucho más de lo que debería.

—¿Pero ahora todo está bien? —Los pocos bocados que Emily había comido se sintieron como acero en su estómago. Y la agarrada de cadera del Sr. Roland flotó de nuevo en su mente.

Chloe se encogió de hombros.

—Parece estarlo.

Una figura se cernió sobre ellos y Emily miró hacia arriba. Ben, su viejo novio de natación, las miró de reojo.



—Hey, Emily, ¿quién es tu amiga?

Chloe sonrió inocentemente.

—Chloe Roland. Soy de Carolina del Norte.

Ella extendió su mano y Ben hizo un gran lio de estrecharla. Su mejor amigo, Seth Cardiff, se acercó por detrás y comenzó a reírse.

—Chicas lucen muy cómodas juntas —bromeó Ben.

—Voy a votar por ustedes en Mejor Pareja —bromeó Seth.

—Muy gracioso —espetó Emily—. Déjanos en paz.

Ben miró a Chloe.

—Sabes sobre ella, ¿cierto? ¿Sabes en lo que está? —Él hizo un movimiento de follar con sus caderas.

—*Vete* —dijo entre dientes Emily.

Los dos chicos se disolvieron en ruidos de sonidos sucios y vagaron lejos. Emily miró por la ventana, su corazón furioso en sus oídos.

—¿Qué era eso? —preguntó Chloe.

—Él es mi ex —dijo Emily rotundamente—. Como que no me ha perdonado del todo por algo.

—¿Qué?

Emily se volteó y miró mientras Ben y Seth trastabillaban fuera de la cafetería, periódicamente empujándose uno al otro hacia la pared. Ella no quería decirle a Chloe sobre su pasado tan rápido, pero no había forma de no hacerlo ahora.

—Rompí con él el año pasado para salir con una chica.

Una mirada sorprendida cruzó el rostro de Chloe, pero desapareció rápidamente.

—Dios, ¿creo que fue una gran volada para su virilidad, eh?

—Uh, *sí*. Me atormentó por meses. —Emily miró a Chloe, sorprendida por su temperamental reacción. Era tan bien que alguien no se enloqueciera por una vez—. ¿Crees que es extraño que saliera con una chica?



—Hey, si se siente bien, hazlo. —Chloe lanzó su último pretzel en su boca—. Ése es mi lema. ¿Así que esta chica era especial?

Emily pensó en Maya St. Germain, su enamoramiento del año pasado y sonrió.

—Ella lo fue en el momento. En verdad me ayudó a ver qué quería y qué no. Pero ahora no hablamos mucho, ella está viendo a alguien más, un estudiante de segundo año. No fue el amor de vida o algo así.

Eso, por supuesto, fue Ali, *su* Ali. ¿Era loco estar enamorada de una chica muerta? Su Ali seguía para ella. Y cuando Courtney volvió, confesó a Emily que ella era su amiga verdadera y besó a Emily apasionadamente en los labios. Emily había estado en el cielo. Ahora, aunque sabía, lógicamente, que su Ali había muerto la noche de la pijamada del séptimo grado, seguía esperando para que esa chica volviera una vez más.

Eso la hizo pensar en esa fatídica primera noche en Jamaica. Cuando Emily estaba de camino vuelta del baño después de otra sesión de vómito, y una mano cogió su brazo.

—¡Hey! —Una chica dijo en una brillante y familiar voz.

Emily la miró. Era la chica que había visto antes, la que ella pensó que era Ali.

—¿H-Hola?

—Soy Tabitha. —La chica extendió su mano, que estaba cubierta de cicatrices—. Te vi mirando a través de la habitación. ¿Vas a mi escuela?

—N-no creo. —Emily la apretó. Pero ella no podía dejar de mirar. ¿Tabitha *lucía* como Ali, o no hacía?

Tabitha ladeó su cabeza.

—¿Quieres una foto? Dura más.

Emily arrancó sus ojos.

—Lo siento. Sólo siento que te conociera de alguna parte.

—Tal vez lo haces. —Tabitha le guiñó un ojo—. Tal vez nos conocimos en una vida pasada. —Una canción de Ke\$ha sonó del estéreo. Tabitha alzó sus ojos—. ¡Amo a Ke\$ha! —exclamó, agarrando la mano de Emily más fuertemente—. ¡Baila conmigo!

¿*Bailar* con ella? Era una de las cosas de esta chica que le recordaba a Ali, pero ahora estaba actuando como ella también. Sin embargo, Emily no podía resistirse. Sintiendo hipnotizada, dejó que Tabitha la guiara la pista de baile y le diera vueltas



alrededor de ella. En mitad de la canción, Tabitha movió su brazo y tomó una foto de ambas con su móvil. Prometió enviársela a Emily después, pero nunca lo hizo.

Un empaque de pajilla rebotó fuera de la nariz de Emily. Chloe se rió por la bajo en la mesa.

—¡Te tengo, cadete espacial!

Era suficiente para sacar a Emily de su estado.

—Eso es todo. —Agarró su propia pajilla y peló el envoltorio—. Vas a caer.

Ella tiró el envoltorio a la oreja de Chloe. Chloe contraatacó tirando su servilleta al hombro de Emily. Emily lanzó un crutón a Chloe, y Chloe la apedreó con un M&M. Retachó en la frente de Emily y desapareció bajando por la camisa de Imogen Smith.

Imon se volteó y les lanzó una mirada fulminante. James Freed se paró en una mesa cercana y sonrió.

—¡Lo buscaré, Imongen! —Imogen tenía una de las tetas más grandes de la clase.

La monitora de la cafetería, una mujer anciana llamada Mary, irrumpió sobre Emily y Chloe.

—¡Sin lanzar comida! ¿Voy a tener que separarlas a ustedes dos?

Sus gafas colgaban de una cadena en su cuello. Ella usaba una sudadera con gatitos al frente.

—Perdón —susurró Emily. Luego ella y Chloe se miraron y estallaron en risitas. Le recordaba a Emily un sentimiento que había tenido hace mucho, cuando ella, Ali y las otras acostumbraban a reírse de esa forma sólo en la cafetería.

De repente, se dio cuenta lo que era ese sentimiento: felicidad.



Capítulo 15

Hanna Marin, modelo a seguir

Traducido por Paovalera
Corregido por Caamille

—Está bien, todo el mundo, ¡busquen sus asientos! —gritó Jeremiah desde el fondo de la habitación de la sede de campaña del Sr. Marin, una gran oficina en un edificio de lujo que también servía a cirujanos plásticos, firma de diseño de interiores, y muchas oficinas de psiquiatras. Sus lentes estaban sucios y tenía bolsas bajo sus ojos. Lo que Jeremiah necesitaba, pensó Hanna, era un largo y grandioso día en el spa.

Hanna trató de no ser empujada por los miembros del staff, consejeros, y líderes de grupos llenando la habitación. Era miércoles por la tarde, y se habían reunido allí para ver el resultado final del comercial de su padre.

El elevador repicó y Kate e Isabel entraron, ambas con sonrisas amplias y cabello brillante. Isabel se veía naranja y ridícula como siempre, pero Kate se veía fresca y linda con un vestido rojo de Rachel Pally y tacones de plataforma de Kate Spade. Tan pronto como vio a Hanna le lanzó una disimulada sonrisa de autosuficiencia.

—¡Oye, Hanna! ¿Emocionada por ver el resultado final?

Hanna giró sus ojos a Kate y a su dulce y presumido entusiasmo. *Seeh, seeh, seeh*, Kate estaba a punto de ser la estrella de un comercial político. Unos días atrás, le habría molestado, pero ya no.

—Claro. —Hanna llevó su bufanda de seda de Love Quotes que compró esa tarde en Otter, su tienda favorita, hacia atrás de sus hombros. Todas las modelos en *Full Frontal* llevaban ese tipo de bufandas—. Cualquier publicidad es buena para mi carrera de modelaje.

La dura sonrisa de Kate se fue.

—¿Qué carrera de modelaje?

—Oh, ¿no lo sabías? Un fotógrafo me descubrió en la grabación de mi papá —dijo Hanna concienzudamente, como si fuera algo regular—. Hicimos unas tomas en Philly.



Fue demasiado genial. Él enviará mi portafolio a un agente en New York. El está muy bien conectado.

Los ojos de Kate iban de un lado a otro, sus mejillas estaban coloradas. Lucía como si fuera a explotar.

—Oh —dijo finalmente, su voz sonó forzada—. Bueno, buena suerte con eso. —Luego se alejó, sus hombros estaban rígidos, su trasero apretado. *Anotación.*

El padre de Hanna apareció por las puertas, todos aplaudieron. Caminó hacia el frente de la habitación y sacudió sus manos para conseguir silencio.

—¡Gracias a todos por venir! No puedo esperar para ver el comercial. Pero primero, déjenme presentarles a algunas personas que me ayudaron a hacerlo realidad...

Luego procedió a nombrar a aproximadamente cincuenta billones de personas, desde el editor del video, hasta la señorita que limpió la oficina. Hanna miró alrededor, esperando encontrarse a Patrick allí, pero Sergio era el único representante por la sesión de fotos. Su enamoramiento con Patrick se había incrementado en las últimas 24 horas.

Le envió muchos mensajes mientras estaba en clases, y él respondía inmediatamente, diciendo que sus fotos eran tan hermosas como ella. Ya había tenido visiones de los dos conquistando New York, el creciente fotógrafo de modas y su novia supermodelo.

Luego, el papá de Hanna saludó a Jeremiah, quien saludó humildemente. Le dio una mirada de agradecimiento-por-confiar-en-mí a Isabel. *Ja.* Isabel sonrió agradecida, sus ojos húmedos con lágrimas. Hanna podía ver las líneas de su ropa interior marcadas en su falda.

Las luces se apagaron y el televisor apareció. El Sr. Marin estaba parado frente a la corte de Rosewood, luciendo a la moda con su traje azul, corbata blanca con rojo y un pin de la bandera americana. Habían tomas de él hablando con los ciudadanos, saludando con su mano enérgicamente, inspeccionando un sitio de construcción, y hablando en un salón de clases de niños sobre los peligros del alcohol. Una orquesta inspiradora sonaba de fondo, y un anunciante insistía confiadamente que Tom Marin era la decisión correcta para Pennsylvania. *Rah, rah, rah.*

Seguido, estaba la escena familiar, frente a la bandera ondeante. Hanna se adelantó un poco en su silla, sorprendida de ver su propia imagen en la pantalla. La cámara incluso se detuvo en ella por un momento. ¿Alguien había cometido un error? ¿Éste era el corte final?



La cámara se movió hacia Kate, quien dijo sus líneas fuerte y directamente, como si estuviera guiando el recital de Pledge of Allegiance. El rostro de Hanna apareció nuevamente, fijándose en ella.

—Todos merecemos una mejor vida —dijo la Hanna en la pantalla, mirando directamente a los lentes, sus ojos brillando, el hoyo en su mejilla izquierda prominente. Se veía natural.

No tenía doble mentón. Sus dientes no estaban torcidos. Su cabello estaba de un lindo color, no simple marrón. Muchas personas en la audiencia se voltearon y le dieron enormes sonrisas.

El comercial concluyó con el logo de Tom Marin llenando la pantalla. Cuando la televisión se apagó, todos aplaudieron. Algunos se pusieron de pie y le dieron palmadas de reconocimiento al papá de Hanna en la espalda. Un corcho de champán saltó, y uno de los ayudantes comenzó a llenar los vasos. El resto de sus ayudantes se voltearon y comenzaron a tipiar en sus Blackberrys.

—¿Sorprendida, Hanna?

Hanna saltó y miró alrededor. Jeremiah se había acercado y ahora estaba mirando hacia ella bajo su nariz.

—Sí, pero de una buena forma —admitió.

—Bueno, no fue *mi* decisión —dijo Jeremiah presuntuosamente—. Digamos que perdí la votación.

Dos mujeres que Hanna no reconoció se pusieron a su lado y tocaron los brazos de Hanna. Ambas estaban en traje de falda y tacones altos y negros.

—¡Aquí estás! —Una de ellas se acercó mucho al rostro de Hanna, su aliento olía a Tic Tacs de canela—. Hanna, soy Pauline Weiss de Consultora Weiss.

—Y yo soy Tricia McLean de Wright Focus Groups. Es un placer conocerte. —La otra mujer deslizó una tarjeta de presentación en la mano de Hanna.

—¿H-Hola? —Hanna miró a ambas mujeres sintiéndose abrumada.

—Nosotras manejamos los grupos de concentración —explicó Pauline. Tenía dientes grandes y una masa extraña en su mejilla—. ¡Y ellos te amaron! ¡Fuiste una gran influencia en los posibles votantes de Tom!

—Fuiste fresca y real —continuó Tricia. Era al menos 15 centímetros más baja que Pauline y con forma de pelota de bolos—. ¿Has hecho trabajo para la televisión antes?



Hanna pestañeó.

—Um, un poco. —¿Los micrófonos que le pusieron en el rostro durante el juicio de asesinato de Ian contaba? ¿Qué hay sobre los reporteros que acampaban frente a su casa cuando la prensa la había acusado a ella y sus amigas como las Pretty Little Liars?

—El público te reconoció de *People* —dijo Tricia—. Captaste su atención instantáneamente, lo que es *excelente* para un candidato.

—¡Todos simpatizan con lo que tuviste que atravesar el año pasado, Hanna! —exclamó Pauline—. Atraerás el voto emocional.

Hanna miró fijamente a ambas consejeras.

—¿Pero qué hay de mis... errores? —preguntó, mirando a Jeremiah, quien estaba tras ellas, espiando.

—La gente dice que eso da más de qué hablar de ti. —Tricia pausó para chequear su tabla de anotaciones. Leyó directo de una hoja de papel—. Todos tenemos incidentes en nuestro pasado de lo que no estamos orgullosos, y el objetivo es aprender de esos errores y convertirnos en mejores personas.

—El público piensa que estás arrepentida y eres humilde —agregó Pauline—. Funciona perfectamente con la campaña de tu padre contra los adolescentes que beben. Eres el ejemplo de lo que *no* hay que hacer. ¡Incluso estábamos discutiendo que tú participarás en la campaña!

—Wow. —Hanna se hundió devuelta a su silla. ¿Un ejemplo? ¿Dar charlas? ¿Estaban hablando en serio?

El padre de Hanna apareció detrás de ellas.

—Supongo que te dieron la noticia. —Envolvió sus brazos alrededor de sus hombros, y muchos flashes de cámaras parpadearon—. ¿Es asombroso verdad? ¡Parece que eres justo lo que faltaba en mi equipo!

Sacudió los hombros de Hanna nuevamente. Hanna sonrió maniáticamente, sintiendo que estaba teniendo una experiencia sobrenatural. ¿Realmente estaba diciéndole esas cosas a ella? ¿Realmente estaba *agradecido* de que fuera su hija?

—¿Uh, papá?

Kate estaba parada tímidamente detrás de las consejeras.

—¿Qué hay sobre mis líneas? ¿El grupo dijo algo sobre mí?



Pauline y Tricia sonrieron.

—Ah. Sí.

Se miraron una a la otra nerviosamente. Finalmente, Tricia habló.

—Bueno, la gente pensó que fuiste un poco... rígida. No muy sincera querida.

—Con un buen entrenador puedes aprender a estar cómoda frente a la cámara — agregó Pauline.

—¡Pero *me* siento cómoda frente a la cámara! —chilló Kate—. ¿*No lo estoy*, papá?

Todos mordieron sus labios nerviosamente y miraron sus ojos, incluyendo el padre de Hanna.

—¿Por qué *ella* le agradaría a alguna persona? —Kate apuntó a Hanna con su dedo—. ¡Robó el auto de alguien! ¡Fue acusada de matar a su mejor amiga!

—Pero *no* mató a su mejor amiga —dijo el padre de Hanna con una voz insistente que nunca lo había escuchado usar con Kate—. No hay nada malo con necesitar un entrenador, cariño. Estoy seguro de que con algo de práctica lo harás perfecto.

Eran muy deliciosas para ser palabras. Kate cerró su boca de un golpe y se alejó, su cabello desaliñado. Hanna estaba a punto de regodearse. ¿Cómo podría resistirse? cuando su teléfono repicó. Sonrió apenada y las mujeres consejeras.

—Discúlpenme.

Se alejó del salón de conferencias hasta la oficina de su padre, que contenía un gran escritorio de madera, una caja de seguridad gris, un pizarrón lleno de notas, etiquetas y volantes. Quizás el mensaje era de Patrick, diciendo que su portafolio estaba listo. O quizás de su adorado público, diciéndole lo mucho que la amaban.

Pero en su lugar, el mensaje era de alguien anónimo. La sangre de Hanna se congeló. *No*. Esto no podía estar pasando de nuevo. No ahora.

¿Lo que ocurre en Jamaica, se queda en Jamaica? No lo creo.

¿Qué dirá papi sobre esto? —A



Capítulo 16

¡Qué lindo troll es Aria!²

*Traducido por Josez57
Corregido por Caamille*

—¡Bienvenido a Rocky Mountain High! —dijo un hombre alto y flaco en un jersey azul de lana y pantalones anchos mirando hacia Aria y Klaudia, pavoneándose a través de falsos decorados de nieve de la tienda de esquí de puertas dobles—. ¿Hay algo en que pueda ayudarlas?

—Estamos bien —dijo Aria, paseando entre bastidores y bastidores llenos de abrigos.

Era jueves después de la escuela, y Aria y Klaudia fueron de compras para el viaje de de esquí con los Kahn en Nueva York este fin de semana. Pero ahora que estaba dentro de la tienda, que estaba decorada con carteles de esquiadores y snowboarders zigzagueando, dejando una estela de polvo y volteando salvajemente en el aire, se preguntó si esto era realmente una buena idea. Honestamente, Aria había encontrado a la aventura de esquiar... sin sentido. Te subes a una góndola hasta la cima de una colina grande, te deslizas a una velocidad que puede ser mortal, y luego lo haces otra vez. Y, oh sí, eso es afuera por debajo del punto de congelación.

—¿Está *segura* de que no necesita ayuda? —preguntó el vendedor, los ojos fijos en Klaudia.

Hoy, llevaba un mini vestido color rosa, medias grises, y botas de peluche que de alguna manera hacían que sus piernas se vieran bien formadas y largas. Ese tipo de botas de hecho siempre hacen que las piernas de Aria se vieran como troncos de árboles.

Klaudia miró desde su iPhone, y bateó las pestañas al muchacho de ventas.

—¡Oh! Sé cómo puedes ayudarme. Hay una chaqueta en la parte posterior en espera por Klaudia Huusko. ¿Puedes ir a buscarla?

—¿Klaudia Huusko? —repitió el hombre—. ¿Eres tú? ¿De dónde eres?

² **Título original:** What a cute little peikko Aria is! Peikko es troll o gnomo en finlandés.



Klaudia le sonrió.

—Si me traes la chaqueta, te lo diré.

El hombre saludó, dio media vuelta y se dirigió derecho a la trastienda. Aria miró Klaudia.

—¿De verdad ordenaste una chaqueta?

—No. —Klaudia rió—. ¡Pero ahora nos dejará en paz! ¡Estará dando vueltas allí por horas!

—Genial. —Aria le dio a Klaudia un choque de manos.

—De acuerdo. —Klaudia se encogió de hombros y dirigió a Aria a la parte trasera de la tienda.

Rápidamente seleccionó una chaqueta rellena de plumas color púrpura, calzas como los pantalones de esquí negro, a juego algo morado, guantes de esquí acolchados, un paquete de calcetines gruesos de Wigwam, y gafas de color naranja con una cinta gruesa. Riendo, colocó las gafas sobre los ojos de Aria, a continuación, puso un par color azul para ella.

—¿Sexy? *Ja*.

Aria miró su reflejo en el espejo. Se veía como un bicho.

—*Ja* —ella asintió. Entonces, vio en un estante de sombreros de bufón usados sólo por los nerds de la banda o de teatro de Rosewood Day—. Esos son sexys.

—Oh, *ja* —dijo Klaudia. Galoparon hacia el estante de sombreros, probando cada uno de ellos en poses sexys frente al espejo. Cada sombrero de bufón, afelpadas coronas de rey, y los casquetes de gran tamaño eran peor que el anterior.

—¡Sonríe! —exclamó Klaudia, usando su iPhone para tomar una foto de Aria en un gorro polar y un pasamontañas de color naranja que la hacía parecer como un ladrón.

—¡Di patata! —Aria tomó una foto con su propio teléfono cuando Klaudia se puso un gorro de lana con orejas de oso. Sorprendentemente, incluso *eso* la hacía parecer linda.

Sacaron más y más sombreros fuera de los bastidores, tomaron fotografías con calcetines largos en sus manos, en botas de cordones que parecían que podían luchar en la tundra helada, y con sombreros de cazador de pieles que se le caían sobre los ojos. Entonces, Klaudia señaló algo en una percha.



—Prueba esto. A Noel le va a encantar.

Era un traje para la nieve de color amarillo brillante con un trasero acolchado. Aria frunció el ceño.

—¿A Noel le gustaría eso? ¡Esto sólo hará que me parezca a un plátano enorme!

—¡Pensará que eres un serio conejito! —insistió Klaudia.

—Pero es... amarillo —murmuró Aria.

—¡Esto los unirá como pareja! —Las cejas de Klaudia hicieron una severa V—. ¿Qué tienen en común? ¿Por qué no hacen lo mismo?

A Aria se le levantaron los pelos en punta de la parte posterior de su cuello.

—¿Noel te *dijo* eso? —Una imagen de los dos sentados en la sección Kahn, intercambiando historias de relaciones flotaba en su mente. Quizás Noel le había confesado que él y Aria eran un poco incompatibles. Tal vez incluso había dicho que Aria era *excéntrica*, la palabra que Ali siempre utilizaba cuando dijo que Noel nunca iría por Aria ni en un millón de años.

¿O que si Noel le dijo a Klaudia que Aria no había dormido con él? ¿Le *diría* a ella algo así?

—No me dice nada. —Klaudia empujó su pelo rubio blanco detrás de las orejas—. ¡Sólo intento ayudarte en lo que veo! ¡Al igual que el Dr. Phil!

Aria miró un par de raquetas de nieve desiguales en la pared. Klaudia sonreía tan genuinamente, como si realmente pensara que estaba dando un buen consejo.

Tal vez lo era. Aria y Noel eran bastante diferentes. Ella asistió a su juego de lacrosse como local, pero siempre prestaba atención hasta la mitad del juego. No quería volver a ver las últimas películas de Jason Statham con él, y ella a veces encontraba sus interminables fiestas de mis-padres-están-fuera-de-la-ciudad tediosas. Noel intentó mucho más duro con Aria: fue a las lecturas de poesía con ella, a pesar de que las encontraba intolerables. La llevó a sus restaurantes étnicos favorito, a pesar de que generalmente se ordenaba los elementos en el menú más estrechamente relacionados con una hamburguesa o nuggets de pollo. Incluso apoyó la aplicación de Aria a la Escuela de Diseño de Rhode Island en lugar de Duke, donde ya había conseguido una beca de lacrosse.

Tal vez Aria no había dado suficiente. Tal vez no había sido una buena novia. El incidente en Islandia pasó por su mente otra vez, y cerró los ojos.



—Está bien —aceptó Aria, reuniendo el traje para la nieve en sus brazos—. Voy a probarlo. Pero si hace parecer mi trasero enorme, no lo voy a comprar.

—¡Increíble! —exclamó Klaudia.

Entonces, los ojos de Klaudia se abrieron como platos a algo a través de la tienda.

—Ya vuelvo —murmuró, yendo hacia un abrigo largo negro con una capucha de piel que parecía casi idéntico al que llevaba. Aria se volvió hacia el vestuario, entonces, se dio cuenta de que había un iPhone en equilibrio sobre el perchero. Tenía una gran bandera de Finlandia sobre el estuche.

—¿Klaudia? —llamó Aria. El teléfono tenía que ser suyo.

Pero Klaudia estaba demasiado ocupada tratando de encontrar el abrigo de su talla. Aria cogió el teléfono. Emitió un sonido de tintineo, sorprendiéndola. Tapó la pantalla para que se callara. Una burbuja de texto de Tanja, la amiga de Klaudia, apareció. El texto estaba escrito en finés, pero Aria reconoció su nombre por los mensajes previos de Klaudia. Eh.

Miró a través de la tienda. Klaudia se había probado uno de los abrigos y se estaba inspeccionando en el espejo. Miró hacia abajo a través del teléfono de Klaudia. Se sentía pesado en sus manos. Sólo debía apagarlo. Los amigos no leen los mensajes de textos de otros amigos.

Pero a medida que se deslizó en el vestuario, su nombre en la pantalla la perseguía. ¿Qué era lo que Klaudia y su amiga estaban diciendo de ella? ¿Es bueno o malo? *Sólo un vistazo*, decidió. Movié el dedo por el iPhone para desbloquearlo. El hilo de texto entre Klaudia y Tanja apareció, bloques y bloques de palabras con acentos y *salidas* con barras a través de ellos. Aria examinó rápidamente el finlandés, al ver el nombre de Noel. Luego Noel de nuevo. Y *otra vez*. Pero tal vez eso era natural, ellos *vivían* bajo un mismo techo. Tal vez Aria escribiría sobre su huésped de intercambio, también.

Finalmente, encontró su nombre en la parte inferior. *Aria es Peikko*, Klaudia escribió.

¿*Peikko*? Aria sonó en su boca, *Pee-ko*. Sonaba tan lindo, como un personaje de Disney. ¿Qué puede significar? ¿Alegre? ¿Muchachito? ¿El mejor amigo de siempre?

Entusiasmada, se lo anotó en un cuaderno que guardaba dentro de su bolso. Después de un momento, decidió copiar las oraciones que Klaudia y Tanja hablaban sobre Noel, también. Tal vez Klaudia había escrito sobre uno de los hábitos lindos y un poco vergonzosos de Noel que Aria ya conocía. Podría ser algo que ella y Klaudia podían reírse juntas. *Oye, vi accidentalmente tu texto sobre Noel. ¿No es una locura que él mire por la tarde iCarly?*



—¿Aria?

Era Klaudia. Aria miró a través de la rendija de la puerta del vestidor y la vio sólo a unos pocos metros.

—Uh, oye —dijo Aria. El iPhone se sentía como una granada en sus manos. Rápidamente pulsó el botón de la pantalla de inicio, abrió la puerta del vestuario, y lo empujó hacia fuera—. He encontrado esto en el suelo. No quería que alguien lo pisara.

—Oh. —Klaudia miró confusamente a Aria, pero luego se encogió de hombros y se lo guardó en su bolsillo—. ¿Te probaste el traje de esquiar?

—Recién lo voy a intentar. —Aria cerró la puerta. Se quedó mirando su reflejo, esperando que la culpa no se notara en su cara, pero lucía como siempre: con ondulado cabello negro, ojos azul hielo, y el mentón marcada. El deseo de saber lo que significaba *peikko* pulsó dentro de ella. Tal vez Klaudia podía enseñarle finlandés y las dos podrían utilizarlo como un código secreto en contra de los Típicos Rosewood.

Buscó su propio teléfono en el bolso y copió los textos en finlandés en Babel Fish. La pequeña rueda giraba lentamente, procesando los resultados. Cuando apareció una nueva página, la boca Aria se quedó boquiabierta.

Noel se merece algo mejor, decía la traducción al español de los textos de Klaudia. *Él es un americano tan caliente y sexy, y necesita una chica de verdad.*

¿Cómo tú? Tanja escribió. Klaudia respondió con una sonrisa con guiño.

El estómago de Aria borboteaba. No había leído eso. Babel Fish había cometido un error. Tragando saliva, escribió *Aria es peikko*. La página se cargaba aún más lento esta vez.

—¿Aria? —sonó la voz Klaudia desde el otro lado del vestuario—. ¿Te queda bien? ¿El súper traje de esquí de conejo?

—Eh... —Aria miró frenéticamente al traje para la nieve que colgaba del gancho de la esquina. Era tan amarillo que casi la cegó. ¿Por qué *había* Klaudia escogido eso por ella? ¿Debido a que Noel podría apreciar el esfuerzo... o porque la hacía lucir como un cartel de neón fosforescente? ¿Porque era un súper chico americano caliente y necesitaba una novia adecuada, no una que odia el esquí, y que es una fenómeno artístico?

No pienses de esa manera, se dijo. Klaudia había estado bien. Tenía que haber otra explicación.



Pero entonces, la última página traducida apareció. Aria leyó la línea poco a poco, su boca de repente se seco completamente. Aria es una... *troll*.

Las manos de Aria se apoderaron de su teléfono.

Aria es Peikko, significaba *Aria es un troll*.

—¿Estás bien? —llamaba Klaudia desde el exterior, su voz todavía amable y alegre.

Aria se pasó las manos a lo largo de la cara y miró fijamente otra vez el teléfono. De repente, se hizo un fuerte sonido pregonando, que casi la hizo caer. UN NUEVO MENSAJE DE TEXTO ANÓNIMO, decía la pantalla.

El mareo se apoderó de ella. *Por favor, no*, Aria pensó. Pero cuando abrió el texto, vio que era exactamente lo que temía.

Cuidado, Aria. Creo que tienes algo de competencia. Las dos sabemos que Noel tiene una afición por las rubias después de todo. ¡Mwah! —A



Capítulo 17

Baila como si nadie estuviera mirando

*Traducido por Momy
Corregido por Brenda Carpio*

—¡Ahí hay uno! —gritó Spencer, que apuntaba a un espacio vacío en el lado de la calle Walnut en el centro de Filadelfia.

Zach asintió con la cabeza, arrancó el volante de su Mercedes a la derecha, y se detuvo delicadamente detrás de un abollado Ford Explorer.

—¿Soy un genio aparcando o qué?

—El mejor —dijo Spencer.

Eché un vistazo a Zach por el rabillo del ojo.

Esta noche vestía jeans oscuros, una camisa a rayas Paul Smith con botones, zapatos brillantes wingtips y unas gafas de sol de aviador en la cabeza. Se había rociado con una picante colonia amaderada y se había peinado el pelo de manera que dejaba ver todos los ángulos de los finos huesos de su cara. Cada momento que Spencer pasaba con Zach se volvía más y más lindo.

Y esta noche, ella lo tenía para ella sola.

Era jueves, una noche de escuela, pero Zach se escapaba al Club Shampoo en Filadelfia para ver a su DJ favorito e invitó a Spencer a venir.

Cuando él la había recogido esta tarde, estaba encantada de ver que Amelia no estaba mirándola desde el asiento delantero.

—Ella tenía práctica de flauta —dijo Zach tan pronto como Spencer abrió la puerta, como si estuviera leyendo su mente—. ¡Somos *libres*!

Un bajo pulsante asaltó las orejas de Spencer, tan pronto como salió del coche. Se enderezó su vestido negro ceñido, giró los tobillos en los tacones ultra largos Elizabeth and James que había robado del armario de Melissa años atrás, y siguió a Zach hacia el grupo de personas que esperaban detrás de las cuerdas de terciopelo en la puerta.



Al cruzar las calles manchadas con la lluvia de la ciudad para unirse a la línea, su teléfono celular sonó. Ella lo sacó de su bolsito de lentejuelas y se quedó mirando la pantalla.

Aria: *Acabo de enterarme de A. ¿y tú?*

Las palabras enviaron un cuchillo en el pecho de Spencer. ¿Debería haberle dicho a las demás acerca de su nota de A?

No estoy prestando atención a A, Spencer escribió. Tú tampoco deberías.

Aria respondió de inmediato. *¿Qué pasa si A sabe?*

Un coche tocó la bocina, casi atropellando a Spencer. Dio un salto alejándose, sin dejar de mirar su teléfono. ¿Debería responder? ¿Debería preocuparse? ¿O era exactamente lo que quería A?

—¿Spencer?

Cuando levantó la vista, Zach estaba de pie en la parte delantera de la línea. El guardia había destrabado la cuerda y abrió la puerta para él.

—¡Voy! —Spencer puso el teléfono en el bolso. No podía hacer frente a A ahora mismo.

La música vibraba en los oídos de Spencer, mientras se metía en el espacio oscuro, industrial. Vagos contornos de los cuerpos estaban en el bar y giraban en la pista de baile, iluminada por luces de neón y luces intermitentes redondas, lámparas con movimientos de balanceo. Zach tenía razón sobre que los jueves por la noche eran el día para salir. Shampoo estaba lleno, y el aire era húmedo y sudoroso. Cuatro camareros trabajaban de manera eficiente, sirviendo bebidas tan rápido que apenas miraban lo que estaban haciendo. Chicas guapas apenas vestidas se volvían para sonreír a Zach, pero Zach ni siquiera las notaba. Sus ojos estaban de lleno en Spencer. La hacía *desmayarse*.

—Dos mojitos —dijo Zach a un camarero, con la entonación española adecuada. Sus bebidas llegaron rápidamente, y encontraron una mesa en la esquina. Era casi demasiado fuerte como para hablar, así que por un tiempo Spencer y Zach se sentaron y observaron a la multitud. Más chicas miraban a Zach mientras pasaban, pero Zach actuaba como si no existieran. Spencer se preguntó si todo el mundo asumía que ellos eran novios. Tal vez lo *serían* después de esta noche.

Por último, Zach se inclinó tan cerca de Spencer que sus labios casi tocaban su frente.



—Gracias por venir conmigo esta noche. Necesitaba desahogarme, mi padre ha sido incansable últimamente.

Spencer tomó un sorbo de mojito, que sabía como de verano.

—¿Él es *tan* malo?

Uno de los hombros de Zach estaba rosa. Las luces iluminaban su cara.

—Él quiere que seamos clones de él, haciendo exactamente lo que quiere en todo momento. La cosa es que nunca voy a ser como él. Por muchas razones.

Esta última parte parecía más para sí mismo que para ella.

—Tu padre parece intenso. —Spencer estuvo de acuerdo, pensando en cómo el Sr. Pennythistle la había interrogado acerca de sus calificaciones en el restaurante.

—Intenso no es ni la mitad de lo que es. Si no me voy a la Universidad de Harvard, como él quiere, probablemente voy a ser repudiado. Se supone que debo hablar con un tipo llamado Douglas cuando vayamos a Nueva York este fin de semana. Él está en la junta de admisiones de Harvard. Pero estoy pensando en faltar.

Spencer asintió con la cabeza, tomando la referencia de viajar a Nueva York para el fin de semana largo. Ella y su mamá se iban a Nueva York, también. La Sra. Hastings y el Sr. Pennythistle asistirían a una gala organizada por uno de los amigos de bienes raíces del Sr. Pennythistle. La idea de veinticuatro horas en Nueva York con Zach sonaba delicioso.

—¿Qué pasa con tu hermana? —Spencer salió fuera del camino mientras una despedida de soltera ruidosa, con globos de pene y una niña con un largo velo, detrás, andaba a través del estrecho espacio—. ¿Ella tiene que ir a Harvard, también?

Zach hizo una mueca.

—Mi papá es mucho más fácil con ella. Ella es tranquila, comedida, siempre correcta, por lo menos en torno a él, por lo que la adora. Pero yo, todo lo que hago está mal.

Spencer se quedó con el vaso. Ciertamente podían relacionarse.

—Esa es la manera en que las cosas solían ser, con mi familia, también.

—¿Sí? ¿Cómo?

Spencer se encogió de hombros.



—Todo lo que hacía no era lo suficientemente bueno. Hice un casting para la obra de la escuela, pero Melissa sería extra en una película que se rodaría cerca. Yo me saco una A en un examen, y Melissa obtiene una puntuación perfecta en su SAT.

Zach la miró en la penumbra.

—Ustedes parecían estar bien en la cena.

—Estamos mejor ahora, a pesar de que probablemente nunca será perfecto. Somos muy diferentes. Y haber pasado por lo de Alison DiLaurentis juntas realmente cambió las cosas. Alison casi mató a Melissa, también.

Era extraño pronunciar esas palabras tan abiertamente y sin esfuerzo en un lugar público. La admisión parecía asustar a Zach, también, porque él tomó un sorbo de su vaso grande y la miró largo y tendido.

—No me quiero entrometer en la cosa de Alison, pero ¿estás bien?

La puerta del club abrió sus puertas, trayendo un soplido aire helado. La piel se estremeció en los brazos desnudos de Spencer, pero no era del todo del frío. Los mensajes de Aria volvieron a su mente.

—Estoy bien —dijo en voz baja. Pero mientras miraba alrededor del club, una lanza de desesperación la atravesó. Fue en un lugar como este donde la joven que Spencer pensaba que era Courtney dijo que ella era realmente la mejor amiga perdida de Spencer. Entonces, la verdadera Ali admitió que sabía desde hace mucho tiempo que ella y Spencer eran en realidad medias hermanas, pero ella nunca había sabido cómo decirselo a Spencer cuando eran amigas.

Ali había hecho tantas promesas. *Vamos a empezar de nuevo. Voy a ser la hermana que siempre has querido.* Por supuesto, Spencer había caído. Ella había querido una hermana que realmente se preocupara por ella desde que tenía memoria. Alguien con quien ella tuviera algo en común, alguien con quien pudiera compartir secretos y divertirse. Con Ali el año pasado, sentía que le había tocado el premio gordo, hasta que la verdadera Ali reveló su verdadera identidad y trató de matarla. Dejar ir el sueño había sido muy duro, y su nube negra la había seguido en todas partes. Dolía incluso cuando veía chicas que eran obviamente hermanas, riendo juntas en el bar o alquilando un kayak para dos personas. Después de que había compartido una copa con Tabitha en el baño, ella volvió a su mesa. Sus amigos se habían dispersado, Aria estaba discutiendo con Noel en el bar, Hanna estaba por el telescopio en el otro lado del restaurante, y Emily no estaba a la vista.

Después de un rato, alguien tocó su brazo, y se volvió. Era Tabitha de nuevo.



—Lamento molestarte, pero tengo que preguntarte algo. —Tabitha se sentó en el borde de la mesa—. ¿No crees que nos parecemos?

Spencer la miró, el nerviosismo corriendo por su cuerpo.

—No lo creo.

—Bueno, *yo* sí. —Sonrió Tabitha—. Creo que nos vemos como hermanas perdidas de hace mucho tiempo.

Spencer puso un pie tan rápido debajo de la silla que esta se volcó. Tabitha se quedó donde estaba, con una sonrisa de gato Cheshire en su rostro. ¿Por qué dijo eso? ¿Podía saber? La historia de amor escandaloso de la Sra. DiLaurentis con el Sr. Hastings era algo que no había sido liberado al público. Spencer no estaba segura de si la policía lo sabía.

El traqueteo de una coctelera de Martini la sobresaltó de la memoria. Miró a su alrededor.

—*Jesús*—susurró para sí. ¿No había prometido *no* pensar en Jamaica esta noche?

El DJ puso una canción rápida, electrónica y Spencer se levantó y agarró la mano de Zach.

—Vamos a bailar.

Zach levantó las cejas, mirando divertido.

—Sí, señora.

La pista de baile estaba llena de cuerpos sudorosos, pero a Spencer no le importaba. Llevó a Zach hasta la mitad de la habitación y empezó a balancearse. Zach giraba, también, cerrando los ojos y sintiendo la música con su cuerpo. A diferencia de la mayoría de los chicos, que se movían como el monstruo de Frankenstein, Zach bailó como un profesional.

No se molestó cuando otros chicos lo golpearon, tampoco, pero se encogió de hombros y continuó. Abrió los ojos azul claros y se encontró con la mirada de deseo de Spencer, y le guiñó un ojo.

Spencer echó la cabeza hacia atrás y rió. Él era el chico más sexy que había conocido. La tensión entre ellos se quebraba por todo lo alto que podía ir.

Ella se inclinó a su oído.

—Esto es impresionante.



—Lo sé —respondió Zach—. Tú eres una gran bailarina.

—Tú también.

El ritmo se volvió más lento, y Zach y Spencer se acercaron más y más el uno al otro hasta que sus caderas se tocaban. El corazón de Spencer resonó en su pecho como el badajo de una campana. Cuando abrió los ojos, todo lo que podía ver eran los hermosos labios de Zach. Él abrió los ojos y la miró, también. Ella se movió una pulgada más cerca. Zach, también. *Aquí va...*

Tomando una respiración profunda, Spencer agarró la parte posterior de su cuello y plantó sus labios sobre los de Zach. Olía como una picante crema para la cara y sabía a azúcar y limón. Sus labios estaban rígidos por un momento, pero luego se abrieron y la dejó entrar. El estómago de Spencer hizo piruetas. La electricidad se desprendió de su piel. Pasó sus manos por el cabello suave de Zach, deseando que pudieran caer en la cama.

Pero entonces Zach se apartó. La luz fluorescente bailó en su rostro. Él parecía confundido. Molesto. Spencer dio unos pasos hacia atrás, también, sintió el aumento de calor inmediatamente en sus mejillas. Se sentía como si todo el mundo la miraba, y se reían de ella.

Zach agarró el brazo de Spencer y tiró de ella en una sala de estar justo al lado de la pista de baile. Se instaló en el sofá de terciopelo afelpado debajo de las copas anchas y ondulantes. Era el tipo de lugar en que las parejas caían, pero de repente el momento se sentía cargado en todos los sentidos equivocados.

—Creo que has entendido mal —dijo Zach—. Tal vez te he engañado.

—Está bien —espetó Spencer, mirando fijamente a la bola de discoteca brillante en el centro de la pista de baile—. Entonces, ¿qué es? ¿Tienes novia o algo así? ¿Estás asustado porque nuestros padres están saliendo?

—No es nada de eso. —Zach cerró sus ojos—. En realidad, Spencer... creo que soy gay.

Spencer dejó caer su mandíbula. Se quedó mirando las cejas gruesas de Zach y sus hombros fuertes, no creyéndolo. No parecía gay. Le gustaba el béisbol. Y la cerveza. Y parecía que *ella* le gustaba.

—No tenía intención de darte una idea equivocada. —Zach agarró las manos de Spencer y la apretó con fuerza—. He estado divirtiéndome mucho contigo, y no quiero que nada entre nosotros termine. Es que... nadie lo sabe. Sobre todo, mi padre.



La canción se transformó en una mezcla acelerada de algo del elenco de Glee, y un grupo de chicas gritaron. Spencer miró suavemente a Zach, sus delgadas manos entre las suyas. Algo en su interior terminaba.

—Tu secreto está a salvo conmigo —dijo ella, apretando sus manos duras. El orgullo, la chica que siempre consigue lo que quiere, dentro de ella todavía se sentía decepcionada y avergonzada, pero también se sintió halagada porque Zach la encontró divertida como ella lo veía a él. Si sus padres seguían saliendo, quizá Zach terminaría siendo el perfecto casi-hermano que Spencer siempre había querido. Tal vez debería haber buscado un hermano en vez de una hermana desde el principio.

Zach se puso de pie y tiró de Spencer, también.

—Me alegro de que lo arregláramos. Ahora, ¿dónde estábamos?

Spencer se echó el pelo rubio por encima del hombro. Se sentía ligera y libre mientras desfilaban entre la multitud, pero una presencia detrás de ella la hizo detenerse y girar. Allí, bajo la señal de salida brillante, había una figura oscura, encapuchada mirando fijamente.

Spencer dio un paso atrás, con el corazón saltando en la garganta. Una fracción de segundo después, la figura dio la vuelta y se fundió en la multitud anónima, no detectable, pero aún peligrosamente cerca.



Capítulo 18

Las amigas se cuentan todo

*Traducido por Dani
Corregido por Brenda Carpio*

El SUV de los Roland ya se había ido cuando Emily entró en su camino de entrada ese mismo jueves por la noche. Cuando fue a tocar el timbre, advirtió que la puerta principal no estaba completamente cerrada.

—¿Hola? —Emily la abrió, empujándola ligeramente y entró al recibidor. Estaban viendo dibujos animados en la sala de estar. Grace estaba en su columpio para bebés en la esquina, su cabeza caía hacia el lado y sus ojos estaban cerrados. Los padres Roland habían agendado una salida de última hora, y Emily se había ofrecido ayudar para cuidar a Grace.

—¿Emily? —Chloe la llamó de la cocina—. ¿Eres tú?

—¡Hey, Chloe! —Emily caminó hacia ella—. ¡Siento llegar tarde!

—¡Está bien! ¡Estoy haciendo nachos!

Emily pasó a través de la sala de estar hacia la cocina grande y brillante. Cajas de Cheerios, botellas vacías, montones de Pampers sin abrir, y un contenedor de toallitas húmedas para bebés cubrían la mesa. Una bolsa de Tostitos y un frasco de salsa de queso estaban situados sobre el mostrador con una botella abierta de champaña. Chloe notó a Emily mirando.

—¿Quieres un vaso?

Emily echó un vistazo al bebé que dormía en la sala de estar.

—Pero ¿qué hay sobre Grace? —En todo lo que podía pensar era en esos programas de televisión que representaban oficiales de policía atrapando a niñeras borrachas y llevándolas a la cárcel.

—Un vaso no hará daño. —Las extremidades de Chloe se movieron con bastante flexibilidad como si ya hubiera tomado un vaso o dos antes de que Emily llegara. Vertió champaña en dos vasos alargados—. Y de todos modos, tenemos que brindar.



—¿Por qué?

—Por ser amigas. —Chloe sonrió casualmente—. Es increíble llegar a una nueva escuela e inmediatamente crear lazos con alguien.

Emily sonrió. Siempre había sido propensa a rituales de amistad cursis, collares de Mejores Amigas, lenguaje secreto, complicadas bromas internas, y había pasado tanto, tanto tiempo desde que alguien quisiera compartir uno con ella.

—Un vaso —cedió, tomando el vaso de champaña.

Las chicas brindaron y bebieron. El microondas sonó, y Chloe sacó el plato de nachos, y llevaron los platos, vasos, y una botella de champaña a la sala de estar así podrían mantener un ojo en Grace.

—Entonces, ¿dónde están tus padres? —preguntó Emily después de haberse instalado sobre el sillón.

—En una cena romántica. —Chloe mordió una patata—. Mi mamá dice que tienen que reavivar su relación.

Emily frunció el ceño.

—Pensé que dijiste que las cosas estaban bien entre ellos.

—Lo estaban... pero las cosas han sido diferentes desde que nos mudamos aquí. —Una mirada ausente invadió el rostro de Chloe—. Juraría que es por esta casa. Tiene una mala sensación.

Emily miró inexpresivamente la cubierta de un gran libro llamado *Roma* sobre la mesa de café, su corazón latiendo con fuerza entre sus oídos.

—¿Cuándo mencionaste a uno de tus padres engañando, era tu mamá o tu papá?

Chloe limpió una macha de queso de su barbilla.

—Mi papá. Pero nunca descubrí si era verdad o no. —Entonces, le dio a Emily una divertida mirada—. De todos modos, ¿por qué te interesan tanto mis padres?

—¡No me interesan! —Calor subió por el rostro de Emily—. O, quiero decir, *sí* me interesan, pero... —Su voz se desvaneció.

—Deberíamos estar hablando acerca de *nuestras* relaciones, no de la de ellos. —Chloe pronunció un poco mal sus palabras—. Te contaré un secreto mío si me cuentas uno tuyo.



—Ya te conté el mío —dijo Emily—. ¿Salí con una chica? ¿Recuerdas?

—Sí, pero no me diste detalles. —Chloe cruzó los brazos sobre su pecho, esperando.

Emily trazó una larga línea sobre la mesa de madera con su índice.

—¿Qué pasa si tú empiezas?

—Está bien. —Chloe golpeó ligeramente sus labios, pensando—. Salí con alguien con quien no se suponía que lo hiciera. Mi entrenador de fútbol.

—¿En serio?—Emily casi deja caer la patata pegajosa que estaba sosteniendo.

—Sí. Su nombre era Maurizio. Era de Brasil. Todas estaban enamoradas de él, pero una noche nos encontramos a solas en la sala de prácticas, y... —Chloe cerró sus ojos—. Fue bastante caliente.

—Wow. —Emily respiró—. ¿Todavía están juntos?

—De ningún modo. —Los aros estilo candelabro de Chloe chocaron contra su rostro cuando negó con su cabeza—. Descubrí que tenía una novia en Rio. Aparentemente ella quería patear mi trasero. Honestamente, ésa fue la razón principal del por qué dejé el fútbol. No podía manejar estar a su alrededor.

Emily comió en silencio por un momento. Grace, todavía en su columpio para bebé al lado del sillón, abrió sus ojos y chupó suavemente su chupón, no impresionada por las noticias.

—Entonces. —Chloe cruzó sus piernas—. ¿Alguna vez has tenido un novio además de ese perdedor de natación? ¿O cortaste el rollo con los chicos para bien?

El champaña quemó en el estómago de Emily.

—Um, tuve un novio después de él, Isaac. Pero no funcionó. —Una punzada de tristeza la superó, y bajó sus ojos.

Chloe cambió de posición.

—¿Desearías que hubiera funcionado?

Grace empezó a agitarse, y Emily acarició su cabecita suave y blanda. *Ésa* era una pregunta cargada.

—Sí y no, supongo. —Las siguientes palabras que salieron de su boca la sorprendieron—. Sin embargo, no era el amor de mi vida. Ali lo fue. Bueno, la chica que conocí como Ali en séptimo grado lo era.



La boca de Chloe cayó abierta.

—¿Tú y Ali estuvieron... juntas?

Emily tomó una inhalación profunda.

—No exactamente. Tenía un gran enamoramiento por ella. Estuve devastada cuando desapareció. Tenía esta fantasía donde ella estaba totalmente bien, y soñaba que regresaba todo el tiempo. Y entonces... lo *hizo*.

Toda la historia salió en avalancha de ella, justo hasta que la verdadera Ali la besó.

—Pero todo fue un acto —susurró Emily, sus ojos llenándose de lágrimas.

—¡Oh Dios mío! —También habían lágrimas en los ojos de Chloe—. Lo siento mucho.

Por alguna razón, la empatía de Chloe abrió una compuerta dentro de Emily. Y mientras más temblaban los hombros de Emily, más no estaba completamente segura de que estuviera llorando *sólo* por Ali. Tal vez era por Jamaica, también. Cuando Tabitha y Emily bailaron, repentinamente todo se había sentido bien, justo como el momento cuando la verdadera Ali la besó. Pero entonces, algo en la muñeca de Tabitha había atrapado su atención. Era una pulsera hecha de hilo azul desteñido.

Emily se detuvo completamente en la pista de baile y la miró fijamente. Lucía exactamente igual a la pulsera que Ali había hecho para Emily, Spencer, y las otras el verano después de que accidentalmente hubieran dejado ciega a Jenna Cavanaugh. Ali ceremoniosamente les había pasado las pulseras, haciendo prometer a las chicas que las usarían, y mantendrían la Cosa de Jenna en secreto, hasta el día en que murieran.

Alarmas se dispararon en su cabeza. Tomó un gran paso lejos de Tabitha. No había forma en que pudiera haber puesto sus manos en esa pulsera. A menos...

Tabitha se detuvo, también.

—¿Qué está mal? —Bajó la vista y comprendió lo que Emily estaba mirando fijamente. Una perpleja sonrisa se desplazó sobre su rostro, como si supiera precisamente lo que asustó tanto a Emily.

Ahora, Grace comenzó a llorar. Emily gentilmente la sacó de su columpio y la sostuvo en sus brazos.

—Está bien —dijo suavemente, su voz ronca por las lágrimas.

El llanto de Grace se convirtió en quejidos amortiguados.

—Eres tan buena con ella —dijo Chloe—. Es asombroso.



Esas pocas palabras amables rompieron dolorosamente a través de Emily. Levantó la vista, de repente incapaz de mantener algo en su interior por más tiempo.

—Tengo que decirte algo —susurró—. Tuve un bebé este verano.

La mano de Chloe se congeló medio extendida hacia su boca.

—¿Qué?

—Quedé embarazada de mi último novio, Isaac. Y... tuve una niña —repitió Emily, echando un vistazo hacia Grace. Las palabras se sentían tan surrealistas saliendo de su boca. No había planeado decírselo a nadie, nunca—. Ése es el por qué no nadé este otoño, no estaba lista para eso, después de todo. Es el por qué ahora estoy luchando por una beca.

Chloe pasó una mano por su cabello.

—Wow —susurró—. ¿Está bien el bebé? ¿Tú *estás* bien?

—El bebé está bien. En cuanto a mí... —Emily se encogió de hombros—. No lo sé.

Los ojos de Chloe pasaron de aquí para allá.

—¿Qué piensan tus padres?

—Mis padres no lo saben. Pasé el verano en Philadelphia, básicamente escondiéndome. Mi hermana mayor sabía, pero me odia por eso.

—¿Tienes a alguien en quién confiar? —preguntó Chloe, agarrando el hombro de Emily—. ¿Un consejero, un doctor, alguien con quién puedas hablar?

—No realmente. —Emily cerró sus ojos, su pecho apretado—. En realidad ya no quiero hablar más sobre eso, de verdad. Siento haberte agobiado con esto.

Chloe empujó a Emily hacia ella, con cuidado de no hacer llorar a Grace.

—Estoy tan contenta de que me contaras. Y no diré nada, lo juro. Puedes decirme lo que sea, ¿está bien? Lo prometo.

—Gracias. —Los ojos de Emily se volvieron a llenar de lágrimas. Enterró su cabeza en el suave cabello de Chloe, el que olía como el spray para el cabello Nexxus y una variedad de geles para estilizar.

Grace se acurrucó entre ellas, en silencio y contenta. Se sentía tan bien abrazar a alguien. De *contarle* a alguien. Incluso más que un collar de mejores amigas o un



brindis con champaña, esto se sentía como más significativo que cualquier ritual de amistad.

Bang.

Emily abrió sus ojos con un sobresalto. Su boca se sentía pegajosa e hinchada. Estaba en un sillón desconocido. Al exterior de las ventanas, vio los grandes pinos distintivos de la isla central de la calle en que Ali y Spencer vivían.

La habitación olía fuertemente a jabón de vainilla. Se sentó, desorientada. Ruidos de pasos resonaron en la cocina. Un gabinete se abrió y se cerró. Las tablas del suelo crujieron, y una figura entró en la sala de estar y se sentó al lado de Emily. El olor de vainilla parecía multiplicarse. Era Ali. *Su* Ali. Emily estaba segura de eso.

En silencio, Ali se inclinó hacia Emily, casi como si fuera a hacerle cosquillas como a veces hacía en medio de la noche. Una milésima de segundo más tarde, un par de labios tocaron los suyos. Emily le devolvió el beso, fuegos artificiales explotando en su estómago.

Pero la barbilla de Ali se sentía áspera, no suave. Emily abrió sus ojos, devolviéndose a la realidad.

Era el rostro de un hombre presionándose contra el suyo, no el de Ali. Olía como cigarrillos, alcohol y, más prominentemente, a pudín de vainilla. Su peso era más del doble que el de Ali, presionando contra su estómago y aplastando sus pechos.

Emily se alejó de un tirón y chilló. La figura retrocedió, entonces prendió la luz. La bombilla dorada mostró el cabello canoso del Sr. Roland. Desde luego Emily no estaba en la casa de los DiLaurentis, todavía estaba en la casa de Chloe; había estado haciendo de niñera.

—Despierta, dormilona —dijo el Sr. Roland. Su sonrisa era como un farol de calabaza, todo de aspecto salvaje y travieso.

Emily se encogió detrás del sillón.

—¿Qué está *haciendo*?

—Sólo despertándote. —Se lanzó hacia ella otra vez.

Emily retrocedió de un salto.

—¡Detente!

El Sr. Roland bajó sus cejas y miró hacia la escalera.



—*Shhhh*. Mi esposa está allí arriba.

Emily miró fijamente a través de la habitación. No sólo la Sra. Roland estaba arriba, sino también estaba Chloe. Agarró su abrigo del respaldo de la silla y se fue de la casa sin siquiera ponerse sus zapatos.

—Emily, ¡espera! —El Sr. Roland gritó-susurró detrás de ella—. ¡Tú paga! —Pero no regresó.

Estaba mortalmente quieto afuera, el aire crujía por el frío. Emily se apresuró hacia su coche, cayó en el asiento del conductor, e hiperventiló. *Era sólo un sueño*, se repitió a sí misma. Miró hacia la calle. Si *un coche pasaba en los próximos diez segundos, fue sólo un sueño*. Pero era después de medianoche; ningún coche pasó.

Beep.

El teléfono de Emily se iluminó el interior del bolsillo de su chaqueta. La correa del cinturón de seguridad se soltó de sus manos. ¿Qué pasa si era Chloe? ¿Qué si ella había visto? Sacó el teléfono. Era algo peor: un mensaje anónimo. Temblando, abrió el mensaje.

¡Traviesa, traviesa! ¿Simplemente no amas ser mala, Asesina? XOXO —A.

—¿*Asesina?* —susurró Emily, sus manos temblaban incontrolablemente. Miró hacia la oscura, calle vacía. Ése era el nombre secreto de Ali para ella. Un nombre que muy, muy pocas personas sabían.



Capítulo 19

Una foto vale mil lágrimas

*Traducido por Nadia.
Corregido por larita*

El viernes por la mañana, después de apretujarse en un lleno tren SEPTA, Hanna resopló en su camino hacia el estudio fotográfico de Patrick en el cuarto piso. Él le había enviado una nota anoche diciendo que quería verla lo antes posible. Afortunadamente, tenía el día libre en la escuela por el fin de semana largo, lo que significaba que ni siquiera tenía que inventar una excusa para la oficina.

A la luz del día, el edificio de Patrick no parecía tan encantador como lo había parecido la otra noche. La escalera olía como huevos podridos. Alguien había dejado un par de zapatillas embarradas fuera a su puerta. Detrás de otra puerta, una pareja estaba gritándose. La puerta se cerró de golpe en el lobby, seguida por una risa alta, tintineante. Hanna se dio vuelta de repente, su corazón golpeando. Pero no había nadie ahí.

Oyó la voz de Tabitha de nuevo, fuerte y clara: *apuesto que no siempre fuiste tan hermosa, ¿no es cierto?*

Hanna apretó sus manos sobre sus oídos y corrió apresurada hacia el piso de Patrick. Música latía suavemente dentro de su estudio. Ella tocó el timbre, y Patrick abrió la puerta inmediatamente, casi como si hubiera estado mirándola por la mirilla.

—¡Señorita Hanna! —sonrió, su cabello oscuro cayendo sobre sus ojos.

—Hey. —Hanna entró al cuarto, respirando profundamente. La risa espeluznante aún resonaba en sus oídos... como lo hacía la nota de A que había recibido en la función de su padre.

—Luces hermosa hoy —dijo Patrick, parándose cerca de ella.

Las entrañas de Hanna dieron un salto.

—Gracias —murmuró.



Se quedaron allí por un momento, el corazón de Hanna golpeando cada vez más rápido. Se moría por besarlo, pero no quería parecer una estudiante de secundaria demasiado ansiosa.

—Así que, um... ¿dónde están mis fotos? —preguntó en la voz más informal que pudo usar.

—¿Hmm? —Patrick le dio una mirada aturdida.

—Ya sabes, ¿esas cosas que tú tomaste con tu cámara el otro día? —bromeó Hanna, haciendo la pantomima de tomar una foto. Estaba ansiosa por enviarlas a las agencias. IMG era su primera opción, y luego quizás Next o Ford.

—¡Oh! —Patrick frotó una mano a través de su espeso cabello. —Sí. Por supuesto. Iré a buscarlas.

Se paseó hacia el cuarto siguiente. *Artistas*, pensó Hanna con una sonrisa de adoración. Siempre tan distraídos y perdidos en su propio mundo.

El teléfono de Hanna comenzó a sonar. La llamada era de Emily.

Suspirando, presiono su oreja contra el teléfono.

—¿Qué?

—He estado recibiendo más notas de A —dijo Emily con un chillido—. ¿Tú?

Una bocina sonó fuerte afuera. Patrick se chocó contra algo en el otro cuarto y dejó salir un alto *mierda*.

—Um, quizás —respondió Hanna.

—¿Son acerca de...? —Emily aclaró su garganta.

Hanna supo exactamente lo que Emily quería decir.

—Sí.

—¿Qué vamos a hacer, Hanna? ¿Alguien sabe!

Hanna hizo una mueca. Si A sabía, realmente sabía...

Justo en ese momento, Patrick emergió del cuarto trasero. Hanna apretó el teléfono con ambas manos.

—Tengo que irme. —Presionó el botón FIN como si estuviera matando una araña.



—¿Todo bien? —preguntó Patrick desde la puerta.

Hanna se sobresaltó.

—Por supuesto. —Dejó caer el teléfono dentro de su bolso de cuero y se volvió para enfrentarlo. Extrañamente, Patrick no tenía nada en sus brazos. No había fotos, ni cámara digital, ni portafolio de cuero, nada.

Patrick fue hacia el sofá de cuero en la esquina y se dejó caer allí. Palmeó el asiento junto al suyo.

—Ven y siéntate junto a mí, Hanna.

Las planchas del piso crujieron cuando Hanna cruzó el cuarto. Se deslizó en el sofá, y Patrick se le acercó.

—Eres bellísima, ¿lo sabes?

El estómago de Hanna dio otro salto. Inclino su cabeza tímidamente.

—Apuesto que le dices eso a todas tus modelos.

—No, no lo hago. —Volvió el mentón de Hanna hacia él y miró profundamente en sus ojos—. Para decirte la verdad, no soy tan bueno con las chicas. Viene de la escuela, era algo así como un perdedor. Y tú... bueno, tú eres la chica popular que me gustaba pero no podía tener.

El interior de Hanna se derritió.

—También solía ser una perdedora —murmuró—. Solía ser tan fea y no podía soportar mirarme al espejo.

Patrick acunó su rostro en sus manos.

—Dudo que *alguna vez* hayas sido fea.

Luego, se inclinó y la besó. Hanna también se inclinó, mareada con anticipación. Pero cuando sus labios se tocaron, algo se sintió... equivocado. El beso era baboso y frenético. Patrick sabía a césped, y sus manos se sentían como pesadas patas en su cuerpo, no gentiles y dulces como las de Mike siempre habían sido. Mientras la apoyaba en el sofá, una imagen de Mike apareció en la mente de Hanna, y sintió una punzada de anhelo.

Ella empujó el pecho de Patrick.

—Uh, ¿podemos mirar las fotos ahora? Me muero por ver tu trabajo.



Patrick rió ligeramente.

—Preocupémonos por eso después —dijo, luego enterró su rostro en el cuello de Hanna.

Una sensación amarga se hinchó en el estómago de Hanna. El peso de Patrick la presionó contra el sofá.

—Pero podemos hacer esto más tarde, ¿no es cierto? —dijo, aún intentando sonar ligera y sin preocupaciones—. ¿Puedo ver las fotos, por favor? *¿Por favor?*

Patrick continuó manoseándola. De repente, Hanna notó como sus labios comenzaban a hacer ruidos sonoros. Su cabello lucía grasoso, y había una salpicadura de caspa en sus hombros. Un horrible pensamiento la atravesó: ¿qué pasaba si Mike tenía razón sobre él?

Ella se levantó del sofá de un salto.

—Patrick, quiero mis fotos. Ahora.

Patrick se enderezó y cruzó sus brazos sobre su pecho. Con una expresión cruel en sus labios, él instantáneamente pasó de ser un fotógrafo enamorado a algo mucho más siniestro.

—Así que te gusta provocar, ¿eh?

Hanna pestañeó.

—Sólo pienso que debemos mantener estas cosas en lo profesional. Me pediste venir aquí a mirar mis fotos. Pensé que las ibas a enviar hoy.

—Vamos, Hanna. —Patrick puso sus ojos en blanco—. ¿Realmente eres *tan* ingenua?

Con un movimiento envolvente, se inclinó hacia adelante y sacó un gran sobre de manila de debajo del sofá. Abrió el cierre con cordón y reveló seis brillantes fotos de Hanna. No eran las fotos de ella en Liberty Bell o el Ayuntamiento, sino seis fotos casi idénticas de ella en su estudio. El viento estaba en su cabello, había una expresión lujuriosa en su rostro, y su vestido había caído de su pecho para revelar la mayor parte de su corpiño strapless de encaje.

No eran del tipo de semidesnudos provocativos de Annie Leibowitz para *Vanity Fair*; tampoco. La luz era estridente. Ciertas partes de Hanna estaban fuera de foco, y la composición no era artística en lo más mínimo. Lucía como mal porno.

Hanna se sobresaltó, mareada de repente.



—¿Qué *son* éstas? ¿Dónde están las otras? ¿Las buenas?

—Las otras no importan. —La sonrisa de Patrick se hizo más y más ancha—. *Éstas* son una mina de oro. Para mí, al menos.

Hanna retrocedió, su corazón hundiéndose.

—¿Q-qué quieres decir?

—Vamos, Hanna. ¿Realmente tengo que decírtelo? ¿Qué haría papi si las viera? ¿Si su *competidor* las viera? Tengo amigos en altas esferas. Esta sería una historia genial en TMZ. Y luego... *¡poof!* —Patrick chasqueó sus dedos—. ¡Adiós, campaña para el Senado!

El cuerpo de Hanna se sintió sofocantemente caliente, luego frígidamente frío.

—¡No lo harías!

—¿No lo haría? Ni siquiera me *conoces*, Hanna.

Hanna languideció contra la isla, sus esperanzas y sueños escapándose de su cuerpo como un globo pinchado. Todo lo que él había dicho, todas sus gentiles alabanzas, todo había sido un ardid.

—Por favor no se las muestres a nadie. Haré lo que sea.

Patrick puso un dedo bajo su mentón y llevó sus ojos al cielorraso, como si pretendiera pensar.

—No lo haré si reúnes diez mil dólares para el fin de esta semana. ¿Qué tal eso?

La mandíbula de Hanna cayó.

—¡No tengo tanto dinero!

—Por supuesto que sí, chica rica. —Los ojos de Patrick brillaron—. Sólo tienes que ser creativa sobre dónde buscar. Lo quiero en efectivo en un sobre de manila. Dáselo a un tipo llamado Pete que trabaja en el puesto de flores en la Estación de la Calle Trece. Si no lo haces, serás el enlace de la semana. El pequeño asistente de papi tendrá que trabajar muy duro para sacar esto de Internet. Y dudo que el público confíe en un hombre cuya hija adolescente se saca la ropa para extraños.

Hanna lo miró. Su mirada fue de nuevo a las fotos. De repente, toda la situación estuvo odiosamente clara para ella.



—T-tú no eres un fotógrafo de verdad, ¿no es cierto? No tienes contactos en Nueva York. ¡Sólo lo dijiste para engatusarme! ¡Me *mentiste!*

Patrick rió y sostuvo sus palmas en alto.

—Atrapado. —Luego bajo su rostro hasta el de Hanna—. Supongo que no eres la única que es buena para mentir, Srta. Marin.

Hanna no esperó a oír otra palabra. Retrocedió y corrió hacia la puerta, cerrándola de un golpe. El edificio parecía más abandonado de lo que había parecido hacía veinte minutos. La pareja todavía peleaba abajo. El techo de chapa lucía a punto de colapsar. Cuatro pisos más abajo, Hanna pensó que oía la más ligera risita una vez más, como si alguien hubiera oído todo.

—Eso *es* —gritó Hanna. Quienquiera que fuera esa perra de A, Hanna iba a derribarlo o derribarla y decirle que *se callara*. Corrió hacia la parte más baja de las escaleras, sus brazos latiendo fuerte, sus dedos apenas rozando la baranda dilapidada.

Pero una vez que llegó al lobby, estaba vacío. La puerta frontal se movió en sus bisagras, la única indicación de que alguien había estado allí. A se había escapado de nuevo.



Capítulo 20

Nada como el aire fresco de montaña

Traducido por Susanauribe
Corregido por larita

La Range Rover de los Kahn, equipada con cadenas de nieve y pesados skis, giraba en la circular entrada del Hotel Whippoorwill en Lenape Mountain. Botones y mozos en gruesas chaquetas acolchadas se apresuraron al coche y empezaron a retirar sus equipajes de la maleta. Noel y sus dos hermanos mayores, Eric y Christopher, saltaron fuera y estiraron sus piernas. Aria siguió, casi resbalando en el asfalto congelado. Hola, ¿no habían oído alguna vez lo mozos de la *sa!*?

Por último, pero no por ellos menos importante, desembarcando del coche como una princesa vestida de pieles, estaba Klaudia. La punta de su nariz era adorablemente rosa por el frío y su trasero era perfectamente redondo en sus leggings oscuros. Todos los mozos se voltearon para mirar boquiabiertos.

—¿Necesitas ayuda?—preguntaron en unísono—. ¿Hay algo que podamos cargar por usted?

—¡Son tan dulces!—Klaudia trinó, dirigiéndoles a cada uno sonrisas ganadores que hicieron a Aria querer vomitar.

Aria se volvió hacia Noel.

—¿Podemos entrar? Es congelante aquí afuera. —La temperatura digital que decía en un banco que habían pasado era de dos grados Fahrenheit.

Noel se rió.

—¡Esto es nada, espera hasta que estés en la cima de la montaña!

—¡No sentirás frío cuando *hiihto!* —dijo Klaudia en una voz emocionada. Ya, Aria sabía que *hiihto* era la palabra en finlandés para *esquiar*. ¿Por qué Klaudia no podía sólo decirlo en español? No era como si fuera difícil. Longitud de siete letras. *Esquiar*. Descúbrela.



Aria le dirigió una tensa sonrisa a Klaudia y se volteó, sintiéndose tan rígida y con los bordes afilados como lo carámbanos que colgaban precariamente del techo. Éste era el último lugar donde quería estar ahora, pero ella estaba preocupada de lo que pudiera pasar si dejaba a Noel fuera de la vista. Klaudia podía poner sus talones en él. ¿Y cómo podría él resistirla? Después de todo, su novia actual no era nada más que un *peikko*.

—¿Aria?

Aria pestañeó y miró hacia arriba. Noel la estaba llamando desde la puerta del hotel. Los hermanos Kahn y Klaudia ya habían entrado.

Ella los siguió en el gran vestíbulo. Cada superficie era con paneles de cedro, haciendo parecer la habitación como un sauna gigante. El aire olía como a canela y chocolate caliente, y personas haciendo un ruido seco con pesadas botas de esquiar, botas de lana y guantes del tamaño de manoplas de cocina. Huéspedes en sofás de cuero de color tabaco y calentándose por un abrasador fuego en la esquina. Una bata amarilla con un pañuelo rojo atado alrededor de su cuello dormido en una cama de perrito junto a la gran ventana que daba hacia las pistas.

—Lindo —murmuró Christopher, caminando hacia la ventana. Christopher era tres años mayor que Aria y Noel y estaba en casa por unas vacaciones de Columbia. Él tenía el mismo corte limpio, rasgos dorados, pero había algo duro en él, menos atractivo.

—Perfectamente nevado —murmuró Eric. Era dos años mayor que Noel y fue a Hollis, pero sólo como formalidad. Su meta real en la vida era convertirse en un vago esquiador en Montana o instructor de buceo en Barbados.

—*Mahtva!* —dijo Klaudia alegremente, mirando por la ventana, también. Lo que sea que *eso* signifique.

Aria miró la vista. La montaña parecía ir en un sitio de noventa grados. Esquiadores expertamente zigzagueaban bajando la superficie. Cuando un chico caía, una nube de nieve se hinchaba en todas las direcciones. Aria se sentía cansada de sólo verlos. Ella ojeó al perro dormido en la esquina de nuevo. *Afortunado*.

Los Kahns se registraron y el conserje repartió cinco llaves de habitación, una para cada uno, gracias a Dios Aria y Klaudia no tenían que compartir. Una vez que Aria estuvo en su habitación, la cual tenía una cama tamaño King con un montón de almohadas, una pequeña cocineta, y otra vista de la desalentadora pista de la montaña de esquiar, se tiró en la cama y cerró sus ojos.



¡Parece que tienes competencia, Aria! ¡Ambas sabemos que Noel tiene algo por las rubias!

El texto de A era como una mala canción atascada en su cabeza. A debería haber visto a Aria leyendo el iPhone de Klaudia. Pero, *¿cómo?* ¿A se había escondido detrás de un estante de abrigos? ¿Espiarla por medio de la cámara de seguridad interna?

Aria sintió una sensación de hundimiento de que la nota era cierta, Noel sí tenía una cosa por las rubias. Él había amado a Ali, y definitivamente notó a Tabitha. Incluso luego de que volvieran de Jamaica, Noel había hecho referencias pasadas de Tabitha, cosa como; *Hey, ¿esa chica rubia no te recordó a alguien? Había algo sobre ella que no pude evitar poner mi dedo.*

Pero incluso aunque él preguntaba muchas cosas, no era sospechoso. *Nadie* lo era.

Hasta ahora.

Un golpe sonó en la puerta. Aria se puso de pie, sus nervios tintineando.

—¿H-hola?

—Soy yo —llamó Noel desde el corredor—. ¿Puedo pasar?

Aria le quitó el pestillo a la puerta. Noel sacó una gran canasta de azucenas de tigre, café y bocadillo en su rostro.

—¡Para ti!

—¡Gracias! —chilló Aria. Incluso había un cerdo de peluche en la canasta, recordándole a Aria su marioneta favorita, Pigtunia. Pero luego ella se fortaleció. ¿Los chicos no le daban flores a sus novias sólo cuando se sentían culpables?—. ¿Cuál es la ocasión? —preguntó.

—Vi esto en la tienda de regalos y pensé en ti. —Noel puso la canasta en la mesita de la televisión y envolvió sus brazos alrededor de ella. Él olía como el limpiador de oleó de árbol de té que Aria había comprado para él de Día de San Valentín—. Mira, sé que esquiar no es realmente lo tuyo, pero estoy muy feliz de que viniera. Este viaje no sería lo mismo sin ti aquí.

Él sonaba tan genuino y serio que la sospecha de Aria se derritió. Klaudia y A la estaban volviendo una persona loca.

—Estoy feliz de haber venido, también —admitió—. Este lugar es hermoso.



—*Tú* eres hermosa. —Noel la tiró contra la cama. Empezaron a besarse, primero tentativamente, luego más y más apasionado. Noel tiró la camisa de Aria por encima de su cabeza, y Aria reciprocó. Presionaron juntos sus pechos desnudos, siento la calidez del otro—. Mmm —murmuró Noel.

Pararon por un momento, y luego Aria tocó la pretina de Noel y desabrochó el botón. Noel respiró, obviamente sorprendido. Luego, Aria deshizo el botón de sus vaqueros y los quitó fuera de él. Ella miró sus músculos de las piernas, sonriendo. Él estaba usando un bóxer con estampado de golden retriever que ella había elegido para él en J. Crew.

Después de un momento, ella alcanzó el botón de sus propios vaqueros. Noel agarró su mano, sus ojos abiertos.

—¿Estás segura?

Aria miró alrededor de la pequeña habitación, de la pantalla plana de televisión al balde de champaña en la esquina a la silla con aspecto genérico junto a la larga ventana. Ahora ellos estaban en una localidad poco familiar, se sentía menos inhibida de lo normal. O tal vez ella se sentía obligada a probarle a Noel lo que significaba exactamente para ella. Eso podría ser la única forma de asegurar que él siguiera siendo de ella.

—Estoy segura —susurró.

Noel retiró los vaqueros de Aria el resto del camino. Se aferran el uno al otro por un rato, casi totalmente desvestidos, sus labios envueltos en un abrazo. El corazón de Aria martilleaba. Ella realmente iba a hacer esto. Era hora. Mientras Noel rodó encima de ella, ella lo besó fuertemente.

Knock, knock, knock.

Ambos se congelaron, mirándose con ojos abiertos. Hubo silencio y luego otro golpe.

—¿Hola? —dijo alegremente Klaudia—. ¿Aria? ¿Noel? ¿Están ahí?

Aria se estremeció.

—Tienes que estar bromeando.

—¿Noel? —La voz de Klaudia era apagada—. ¡Vamos! ¡Tiempo para *hihto!*

—Tal vez si estamos en silencio se irá —susurró Noel, trazando su dedo alrededor de la desnuda clavícula de Aria.



Pero el golpe persistió.

—¡Noel! —dijo Klaudia—. ¡Sé que estás ahí! ¡Debemos *hiihto*!

Finalmente, Noel gruñó, garró sus vaqueros del puso, y los deslizó de vuelta.

—Okay —respondió—. Ya vamos.

—¡Oh, bien! —dijo Klaudia desde el otro lado.

Aria miró a Noel, boquiabierta.

—¿Qué? —preguntó Noel, pausando con medio pantalón en su rodilla.

Por un momento Aria estaba tan enojado que no podía hablar.

—Estamos en medio de algo. ¿En serio vas a dejar todo por ella?

El rostro de Noel se suavizó.

—Tendremos mucho tiempo a solas esta noche, dónde nadie nos molestará. Y Klaudia tiene razón los elevadores cerrarán unas cuantas horas. Tendremos que ir a *hiihto*. ¿No estás lista para tu primera lección de esquiar con ella?

—En verdad, no. —Aria se volteó y abrazó una almohada en su pecho. La furia pulsando dentro de ella como un segundo corazón—. No quiero que Klaudia me enseñe nada.

Los resortes de la cama chirriaron cuando Noel se sentó de nuevo.

—Pensé que ustedes eran amigas. ¡Klaudia te adora!

Una ácida risita escapó de los labios de Aria.

—Dudo mucho eso.

—¿Qué quieres decir?

Noel la estaba mirando con una mirada desconcertada. Aria pensó sobre los mensajes que Klaudia había escrito sobre ambos. ¿Debería decirle a Noel o eso la haría lucir como una psicópata?

—Sólo no confío en ella —dijo Aria—. Veo la forma como te mira.

El rostro de Noel cayó.



—No seas así, Aria. Ya te he dicho un millones de veces que no tienes razón para estar celosa.

—No son celos —Aria discutió—. Es la verdad.

Noel se puso su camisa de ejercicio y se arregló sus botas Timberland.

—Vamos- —Él extendió su mano hacia ella, su tono de voz más distante de lo que había sido hacia unos minutos antes.

A regañadientes, Aria se vistió y lo siguió fuera. ¿Qué otra opción tenía ella? Klaudia los estaba esperando en una silla cruzando el pasillo, ya vestido en pegados pantalones de esquiar, y una hermosa chaqueta blanca de esquiar con líneas blancas, y guantes y sombrero rosa que combinaban. Agarré su mano.

—¿Listos para *hihto*?

—Definitivamente —dijo jovialmente Noel. Codeó a Aria—. Ambos lo estamos.

El rostro de Klaudia miró rápidamente a Aria. Sus irises se transformaron de un oscuro azul a un negro oscuro y venenoso.

—Bien —dijo ella en una chillante voz. Una expresión cruzó su rostro la cual Aria no pudo descifrar inmediatamente. Pero mientras Klaudia se volteaba, caminaba fuera del lobby, y saltaba en una silla del elevador sin invitar a Aria, Aria entiendo el mensaje fuerte y claro.

Klaudia había escuchado todo lo que Aria había dicho en la habitación de hotel. La expresión en su rostro significaba. *Esto es guerra.*



Capítulo 21

Algo de desnudez y algo de bromas³

Traducido por Paovalera
Corregido por Caamille

—Está bien, chicos —dijo el Sr. Pennythistle—. Los botones subirán su equipaje a las habitaciones. Todos nos encontraremos en Smith and Wollensky a las ocho para la cena.

Era viernes por la tarde, y Spencer, su madre, Zach, Amelia y el Sr. Pennythistle justo habían llegado al lobby del Hotel Hudson en la calle cincuenta y ocho de Nueva York, el cual tenía la iluminación similar a la de un club nocturno. El aire olía a valijas de cuero costosas. Modelos delgadas repartían cocteles por las diferentes áreas del bar. Un turista trataba de ver un libro guía con la poca luz. Varios lenguajes flotaban por el amplio espacio.

La única razón por la que se estaban quedando en el Hudson y no en un lugar más elegante como el *Waldorf* o el *Four Seasons* era porque el Sr. Pennythistle tenía un negocio con el hotelero y consiguió todas las habitaciones gratis. El Sr. Donald Trump de Main Line era un bastardo tacaño al parecer.

La Sra. Hastings se despidió de Spencer, Zach y Amelia y se dirigió al exterior, quizás no era fan de ese tipo de hotel como club nocturno, tampoco. El Sr. Pennythistle la siguió. Después de que se fueron, Zach se sacó los audífonos de su iPod.

—¿Entonces, qué quieren hacer?

Spencer se balanceaba hacia los lados sobre sus tacones. Estaba tentada a pedirle a Zach que fueran a Chelsea, la capital gay de la ciudad de Nueva York. O quizás el distrito Meatpacking, habían unas grandiosas tiendas de hombres allí.

Aceptar que a Zach le gustaban los chicos había sido más fácil de lo que había pensado Spencer. Ahora, podían ser mejores amigos y decirse todo, mirar episodios de *The Real Housewives of Beverly Hills* y discutir sobre lo bueno que estaba Robert Pattinson. Y ahora que no había ninguna tensión sexual entre ellos, Spencer se sentía

³ El título original es *Some stripping and some teasing*, es un juego de palabras que sugiere "Striptease".



cómoda durmiendo en el hombro de Zach en el viaje en tren hasta allí, tomar un sorbo de su soda, y darle palmadas a su trasero para decirle que el pantalón le quedaba maravilloso.

Desafortunadamente, estaban varados con Amelia, el Sr. Pennythistle había sido muy específico al decirle que no dejaran sola a Amelia, y Spencer no podía sugerir que fueran a Chelsea frente a ella. Amelia se veía miserable por estar allí, y particularmente desaliñada. Mientras que Spencer había escogido un vestuario a la moda, unos leggings negro ajustados, una chaqueta Juicy de cuero falso, y botas de pico Pour la Victoire, Zach vestía una chaqueta John Varvatos, jeans oscuros y Converse negras, Amelia parecía ser una combinación en una chica de 5to grado con una mujer prudente recién salida de la Iglesia. Tenía una blusa blanca, una falda con plises por debajo de sus rodillas, medias negras y *ugh* zapatos Mary Jane. Sólo estar a su alrededor hacía que el buen estilo de Spencer palidciera.

—Deberíamos ir a Barneys —sugirió Spencer—. Amelia necesita un cambio.

Amelia hizo una mueca.

—¿Dis-cúlpame?

—Oh por Dios. —Los ojos de Zach brillaron—. Ésa es una idea fantástica.

—No necesito un cambio. —Amelia cruzó sus brazos sobre su pecho—. ¡Me gusta mi ropa nueva!

—Lo siento pero tu ropa es terrible —dijo Spencer.

Los ojos de Amelia subieron desde los zapatos altos de Spencer.

—¿Quién te *hizo* una experta?

—Christian Louboutin —dijo Spencer con autoridad.

—Spencer tiene razón. —Zach se salió del camino de una pareja de suecos que llevaban dos bolsas de Vuitton hacia el elevador—. Luces como si estuvieras lista para ir al convento.

—Dos a uno, ganamos por mayoría. —Spencer tomó la mano de Amelia—. Necesitas un nuevo todo, y la quinta avenida está justo al final de la cuadra. Vamos.

Arrastró a Amelia hacia las escaleras. Zach atrapó la mirada de Spencer y sonrió.

En la calle, taxis pasaban y tocaban sus bocinas. Un hombre empujaba ruidosamente un carrito de hot dogs. Las torres de The Time Warner crecían sobre sus cabezas,



plateadas y elegantes. Spencer adoraba Nueva York, a pesar de que su última visita había sido desastrosa. Se había encontrado con su madre de nacimiento sustituta, que había vaciado su cuenta de la Universidad para el encanto de A.

Mientras caminaban por la calle cincuenta y ocho, un poster en una agencia de viajes llamó su atención. “*¡Ven a Jamaica y siéntete bien!*”

La sangre bajó de su cabeza. Allí, en fotografías tamaño tabloide, estaban Los Acantilados: la piscina con la calcomanía de una piña en el fondo. Los acantilados con tonalidades púrpura y el mar color turquesa. El restaurante en la azotea donde conocieron a Tabitha. El nido del cuervo y la larga extensión de playa. Si Spencer entrecerraba los ojos, casi podía sentirse en el sitio donde estaban cuando todo sucedió...

—¿Spencer? ¿Todo está bien?

Zach y Amelia la miraron fijamente, estaban unos pasos más adelantados. Los peatones pasaban a su lado, molestos. Spencer miró el poster de nuevo. Las notas de A llegaron a su cabeza como una bala. Alguien sabía. Alguien lo había visto. Alguien podría decirlo.

—¿Spence?

El fuerte aroma de pretzel recién hecho de un puesto, invadió la nariz de Spencer. Enderezándose, desvió su atención de la ventana de la agencia de viajes.

—Estoy bien —murmuró suavemente, envolviéndose con su abrigo y apresurándose hacia ellos.

Si tan sólo ella pudiera creer eso.

Barneys latía con mujeres ricas comparando sus guantes de cuero, chicas echándose Chanel N° 5 en sus muñecas, hombres calientes en la publicidad de la crema para la piel Kiehl.

—Este lugar es divino —dijo Spencer mientras entraba por las puertas giratorias, inhalando la suave esencia del lujo.

—Sólo es una *tienda* —dijo Amelia gruñonamente.

Prácticamente habían arrastrado a Amelia a la parte de la ropa, que tenía miles de opciones. Amelia miró todo con indiferencia.

—Te probarás algunas cosas —urgió Spencer. Sostenía un vestido Diane von Furstenberg—. El vestido ceñido es un estilo esencial —dijo con su mejor voz de



compradora personal—. Especialmente porque eres plana de arriba y abajo. Esto te dará la ilusión de una cintura.

Amelia se quejó.

—¡No *quiero* una cintura!

—Supongo que nunca quieres tener sexo tampoco —dijo Spencer exasperadamente.

Zach soltó unas risas y le ayudó a sacar muchos vestidos más del contador. Amelia lo miró sospechosamente.

—¿Por qué *estás* ayudando con esto? Pensé que odiabas comprar.

Spencer casi abre su boca para protestar, ¿qué chico gay odiaba comprar? pero se refrenó. Zach se encogió de hombros y le dio un golpe a Spencer con su cadera.

—¿Qué más podría hacer?

Después de elegir muchos pares de jeans, varias faldas y blusas, y toda una cantidad de vestidos, Spencer y Zach llevaron a Amelia al área de probadores y la empujaron dentro de las pequeñas habitaciones.

—Te transformaremos completamente —le dijo Spencer—. Lo prometo.

Amelia gruñó, pero cerró la puerta del probador. Spencer y Zach estaban sentados en el pequeño sofá que había al lado del espejo con tres vistas como padres ansiosos. La puerta se abrió lentamente, y Amelia salió vistiendo un par de jeans ajustados Rag & Bones, un top VPL y un par de botas marrones con tacones de cinco centímetros. Había una mirada asustada en su rostro, y dio unos pasos en los tacones hacia el espejo.

—Amelia —chilló Zach.

Spencer se puso de pie.

—¡Te ves increíble!

Amelia abrió su boca para protestar, pero luego la cerró cuando vio su reflejo. No había manera de que no pudiera decir que se veía bien: sus piernas, eran largas y delgadas, su trasero, ¿quién habría pensado que *tenía* uno?, era redondo y apretado, y la blusa complementaba elegantemente su piel.

—Este conjunto es... lindo —estimó remilgadamente.

—¡Es más que lindo! —dijo Zach.



Amelia miró la etiqueta de precio en sus jeans.

—Es *realmente* costoso.

Spencer arqueó una ceja.

—Creo que tu papá puede manejarlo.

—¡Pruébate más cosas! —chilló Zach, empujándola de vuelta a la pequeña habitación.

Uno por uno, Amelia se probó nuevos conjuntos, su duro, y odioso exterior comenzó a derretirse lentamente. Incluso dio unas vueltas en los vestidos de Diane von Furstenberg. Por el sexto conjunto, ya no estaba tambaleándose en los tacones. Y por el décimo segundo, Spencer se sentía confiada que Amelia no saldría corriendo y gritando si se probaba un vestido Alexander Wang que había escogido para ella misma.

Deslizándolo sobre su cabeza, alcanzo a ponérselo pero no alcanzaba el cierre.

—¿Zach? —Sacó su cabeza del probador—. ¿Puedes ayudarme?

Zach abrió un poco más la puerta y se paró detrás de ella. Toda la espalda de Spencer, incluyendo el borde de su tanga roja, estaba a plena vista. Sus ojos se encontraron en el espejo.

—Gracias por prestarle atención a mi hermana —dijo Zach—. Sé que es un poco terca. Pero en verdad la sacaste de su cáscara.

—Estoy feliz de ayudar —sonrió Spencer—. Las transformaciones siempre hacen maravillas.

Los ojos de Zach se quedaron posados en los de ella en el espejo. Él aún no había cerrado el cierre. Luego, lentamente, tocó la parte baja de su espalda con la parte posterior de su mano. Su cálida y suave mano llevó un hormigueo por toda la espina de Spencer. Se volteó para enfrentarlo. Él levantó sus brazos y los envolvió en su cintura. Sólo estaban a unos pocos centímetros el uno del otro, tan cerca que Spencer podía oler el aliento de menta de Zach. En unos segundos, sus labios se tocarían. Miles de preguntas golpearon la mente de Spencer. *Pero dijiste que eras... ¿eres?... ¿qué es todo esto...?*

—¿Chicos?

Se separaron. Un par de zapatos de piel de serpiente se asomaron por debajo de la cortina.



—¿Qué están *haciendo* allí? —preguntó Amelia.

—Uh, nada. —Spencer se alejó de Zach, golpeándose con un par de ganchos fijados en la pared. Se puso sus pantalones de vuelta bajo su vestido.

Al mismo tiempo, Zach alisó su camisa y salió del probador.

—Sólo estaba ayudando a Spencer con el cierre —murmuró a su hermana.

Los pies cubiertos de piel de serpiente de Amelia voltearon de un lado a otro.

—¿Eso es *todo* lo que estaban haciendo?

Siguió una larga pausa. Zach se salvó por el sonido de su teléfono, y salió de la habitación hacia el pasillo para tomar la llamada. Spencer se dejó caer en un pequeño sillón y miró su rostro frustrado en el espejo. Si tan sólo Zach hubiese respondido a su hermana. A Spencer también le habría gustado saber qué habían estado haciendo.



Capítulo 22

Los puentes de la ciudad de Rosewood

*Traducido por Karla Pierce
Corregido por Caamille*

Unas horas después del mismo viernes, sólo después de que el sol había desaparecido detrás de los árboles, Emily se detuvo en el estacionamiento del puente cubierto de Rosewood. Era cerca de una milla lejos de Rosewood Day, construido a partir de la era revolucionaria de piedra, y abarcaba un pequeño arroyo relleno de peces en el verano, de cualquier forma. Ahora, en el triste febrero, el arroyo congelado estaba todavía silencioso y muerto. Los pinos susurraron con el viento, sonando como cotilleos fantasmales. Cada cierto tiempo, Emily escuchaba un crujido o un chasquido a lo lejos del bosque. No era exactamente donde ahora quisiera estar. La única razón por la que había venido era porque Chloe quería verla aquí para hablar.

Salió y caminó debajo del puente, respirando la esencia de la madera mojada. Justo como todo lo demás en Rosewood, el puente le traía tristes recuerdos. Emily y Ali habían venido una vez a finales de la primavera en séptimo grado, sentándose debajo de su sombra y escuchando el arroyo correr debajo de ellas.

—¿Recuerdas el chico del que te hablé, Em? —Ali canturrió feliz. A menudo molestaba a Emily con el chico mayor del cual estaba enamorada. Después, Emily descubriría que era Ian Thomas.

—Creo que lo traeré aquí esta noche para que podamos hacerlo. —Ali giró la cuerda del brazalete de amistad que había hecho para todas alrededor de su muñeca y le dio a Emily una astuta sonrisa de sé-lo-doloroso-qué-es-que-rompa-tu-corazón.

La memoria de Emily voló hacia el brazalete de amistad que había visto en la muñeca de Tabitha. Tan pronto como lo vio, se había alejado de ella tan rápido como pudo. Algo estaba muy, muy mal.

La multitud en la pista de baile y que el bar estuviera lleno, hacía casi imposible para Emily encontrar a sus amigas. Finalmente había localizado a Spencer sentada arriba de una mesa del patio, viendo aturdida el oscuro y furioso océano.

—Sé que me vas a decir que estoy loca. —Emily soltó—. Pero tienes que creerme.



Spencer se giró y la miró, sus ojos azules eran grandes.

—Ella es Ali —insistió Emily—. Lo *es*, sé que no luce como ella, pero lleva el viejo brazalete de Ali, el que hizo para nosotras después de La Cosa de Jenna. Es exactamente el mismo.

Spencer cerró sus ojos por diez segundos. Luego le dijo a Emily como Tabitha insinuó que ellas parecían hermanas perdidas desde hacía mucho tiempo.

—Es como si me conociera —susurró—. Es como si... fuera Ali.

Emily sintió un chisporroteo caliente de miedo. Sólo escuchar a Spencer decirlo hacía todo esto parecer más real y peligroso. Miró alrededor para asegurarse que nadie estaba oyendo.

—¿Qué es lo que vamos a hacer? ¿Llamar a la policía?

—¿Cómo podríamos probarlo? —Spencer se mordió el labio inferior—. No nos ha *hecho nada*.

—*Aún* —dijo Emily.

—Además, todos piensan que Ali está muerta —continuó Spencer—. Si les decimos que una chica muerta volvió a la vida, creerán que estamos implicadas.

—Tenemos que hacer *algo*. —La idea de Ali caminando por el mismo complejo donde ellas se alojaban enfriaba a Emily hasta los huesos.

Una puerta de un coche se cerró, y pasos resonaron detrás de ella, rompiendo la concentración de Emily. Chloe apareció en el arco del puente.

—Hey —llamó Emily.

—Hey —respondió Chloe. Su voz sonaba húmeda y malhumorada, y el pecho de Emily se apretó. Chloe no explicó por qué había querido verla esta noche, sólo que necesitaban hablar. ¿Y si había visto a su padre besar a Emily? ¿Y si A le había dicho? Las notas de A golpearon su cabeza: *¡Traviesa, traviesa! ¡Te encanta ser mala, Asesina!*

Chloe se acercó a Emily, y ambas caminaron a través del puente cubierto. Por un momento, los únicos sonidos que había eran sus botas crujiendo a través de la fina capa de hielo picado. Chloe sacó una linterna de su bolsillo e iluminó las vigas de madera, las canterías y el grafiti etiquetado. *Brad+Gina. Kennedy es una perra. Vamos tiburones de Rosewood.*



Chloe seguía sin decir una palabra. Su silencio comenzó a poner de nervios a Emily, así que tomó un respiro profundo.

—Chloe lo siento mucho.

—¿Lo sientes? —Se volvió Chloe—. *Yo lo siento.*

Emily entornó sus ojos en ella.

—Pero yo...

—Había bebido mucho anoche. —La interrumpió Chloe—. Un par de tragos antes de que vinieras, un par de tragos mientras estabas ahí... la noche entera es un borrón. Apenas recuerdo llegar a la cama. Dejé la responsabilidad de Grace en ti.

El frío estaba empezando a entumecerle los pies a Emily.

—Oh —farfulló finalmente Emily—. Está bien. Grace se porto bien. —Dio un paso adelante. Había tenido que venir aquí a confesar el asunto del papá de Chloe. Ésta no era la manera de empezar una amistad, y la última cosa que Emily quería era guardarle *otro* secreto a alguien—. Escucha, hay algo que tengo que decirte.

—Espera, déjame terminar. —Chloe levantó las palmas de las manos en un gesto de detenerla—. Estaba ocultándote algo anoche. No debí haber bebido. Tuve un problema con eso cuando regresé a Carolina del Norte... tenía estos amigos que bebían todo el tiempo, me comporté así por los problemas de mis papás, llevé las cosas muy lejos. Una vez, estuve hospitalizada por congestión alcohólica.

—¡Oh, Chloe! —Emily cubrió su boca con sus manos—. ¡Es horrible!

Una gran explosión de vapor salió por las fosas nasales de Chloe.

—Lo sé. Estaba fuera de control. Y ayer fue como una especie de recaída. Mis padres me mataran si llegan a saber, me tuvieron en programas de rehabilitación, pero juré que iba a estar mejor y ya no necesitaba ir a las reuniones. Es por eso que me fui a la cama anoche sin decirte, no quería que me vieran en esa condición. ¿No les mencionaste el champán? ¿Lo hiciste?

—No —chilló Emily. Había corrido fuera de la casa antes de que pudiera decir algo.

Chloe parecía aliviada.

—¿Sabes si vieron la botella en la basura de la cocina? La saqué esta mañana, pero estaba muy asustada.



Tu padre estaba demasiado preocupado como para andar cazando botellas de champán, pensó sombríamente Emily. Y ella no había visto a la Sra. Roland en la planta baja de todos modos.

—No lo creo.

Un montón de nieve se cayó de la azotea con un húmedo golpe, y ambas chicas se giraron. Chloe vagó a lo lejos por el puente, y Emily la siguió.

—Así que, ¿por qué bebiste ayer? —pregunté.

Las botas de Chloe hacían fuertes clonks en el suelo. Se encogió de hombros.

—Es duro cambiarte a un lugar diferente, creo. Es duro empezar de nuevo. Y las cosas se sienten raras aquí, no del todo bien. La única cosa realmente feliz que he encontrado aquí eres tú.

Emily se ruborizó.

—Gracias, y sabes, si necesitas a alguien con quién hablar al respecto, aquí estoy.

—Estoy aquí para ti también. —Chloe se giró—. No me había puesto a pensar acerca de lo que me dijiste anoche, lo del bebé. Nos podemos ayudar la una a la otra.

Se abrazaron, apretándose entre sí. Cuando se separaron, un confortable silencio cayó sobre ellas. Los coches pasaban por la autopista. Más ramas se agrietaban en el bosque. Por una fracción de segundo, Emily estaba segura de haber visto una forma oscura, del tipo humana lanzándose entre los árboles, pero cuando su visión se ajustó, sólo había oscuridad.

—Así que, ¿qué era lo que ibas a decirme? —preguntó Chloe de repente.

Emily se detuvo en seco.

—¿Cuándo?

—Justo ahora, tontita. —La voz de Chloe era juguetona.

Emily encogió los dedos de sus pies dentro de sus botas. Una vez más, el péndulo oscilaba en dirección contraria. No había forma de que pudiera decirle a Chloe lo que su padre había hecho, no en el estado en el que ella estaba. La última cosa que quería era molestar a su amiga y enviarla a una espiral destructiva de bebida.

—Oh, no importa. Creo que estaba preocupada hoy.

—¿Por la natación?



Emily miró inquisitiva y Chloe sonrió.

—Tienes un gran encuentro mañana, ¿cierto? Mi papá mencionó que el reclutador iba estar ahí.

La sola mención del Sr. Roland provocó una sensación de nervios en el intestino de Emily.

—Oh, sí. Claro.

—No deberías preocuparte —dijo Chloe—. Lo vas a hacer bien. Y vas a conseguir esa beca. Lo puedo sentir.

—Gracias. —Emily le dio un codazo con su cadera—. ¿Por qué no vienes también? Me encantaría un apoyo moral.

La cara de Chloe cayó.

—Tengo que hacer de niñera mañana.

Entonces, un fuerte balido rasgó el aire. Chloe sacó su teléfono y miró la pantalla.

—Me tengo que ir. Mi mamá está en la casa y está haciendo la cena para esta noche.

Ambas caminaron de regreso a sus coches. Las luces de Chloe parpadearon al tiempo que desbloqueaba las puertas.

Después de encender el motor, se inclinó fuera de la ventana y miró a Emily.

—¿Quieres venir después de tu competencia? Me encantaría escuchar cómo estuvo.

—Definitivamente —dijo Emily.

Chloe se retiró de su espacio. Emily permaneció allí por un momento, con sus manos metidas profundamente en sus bolsillos. Justo cuando estaba a punto de desbloquear la puerta, se dio cuenta que había algo escondido en su parabrisas. Sus botas se resbalaron en el suelo helado mientras lo buscó atentas y tiró de él para liberarlo.

Era una foto, impresa en papel, probablemente tomada desde la cámara de un celular. Dos chicas bailando juntas, una de ellas alzando su brazo para tomar una foto. Emily entrecerró los ojos, se dio cuenta que veía su propia imagen. Vestía una blusa que decía “MERCİ BEAUCOUP⁴”, y su piel lucía pálida y demacrada. Detrás de ella llameaban antorchas tiki, palmeras y una barra familiar de madera con una pared posterior azul celeste de azulejos.

⁴ Muchas Gracias en francés.



Jamaica.

Entonces, Emily miró hacia la otra chica, la que estaba tomando la foto. El aire dejó su cuerpo. Era Tabitha. Era la foto que había tomado durante su primer y único baile.

Crack. Otra ramita se quebró en el bosque. Emily miró hacia el bosque, su corazón latía con fuerza.

Entonces, volteó la foto al revés. Había unos garabatos en el centro. Que coincidía con la escritura de la postal que había encontrado en el buzón de Ali.

Emily se quedó boquiabierta al leer esas palabras.

¿Esto es una prueba suficiente? —A



Capítulo 23

Cualquier recurso necesario

Traducción SOS por Vannia y flochi
Corregido por kathesweet

—¡Ahí está! —El Sr. Marin abrió sus brazos cuando Hanna dio un paso dentro del atrio en el nivel inferior del edificio de oficinas donde su papá estaba celebrando una campaña de recaudación de fondos—. ¡Mi inspiración! ¡El nuevo ídolo del público!

Varios invitados se dieron la vuelta y sonrieron mientras el Sr. Marin abrazaba fuertemente a Hanna, aplastando su rostro contra su traje de lana.

—Mi hija ha pasado por muchas cosas, pero es un modelo de cómo las personas pueden cambiar. De cómo *Pensilvania* puede cambiar. Y ahora podemos hacer que suceda.

Finalmente la soltó, dándole a Hanna una sonrisa emocionada. La sonrisa de Hanna era tambaleante en el mejor de los casos. En cuarenta y ocho horas, su padre podría saber la verdad sobre ella, en más de una forma.

¿Cómo se suponía que llegaría a los \$10,000? E incluso si encontraba la forma de pagarle a Patrick, ¿cómo podría detener a A?

Hanna sacó su celular y comenzó a escribir un mensaje de texto para Mike. *Tenías razón sobre Patrick. Te extraño. Llámame por favor.*

Mientras presionaba la tecla ENVIAR, se dio cuenta que alguien estaba avanzando por el camino. Hanna entrecerró los ojos en el brillo azul de la Piscina de Rosewood Day. ¿Ésa era Emily?

—Regreso en un segundo —le dijo a su papá, que se había girado para hablar con un hombre de traje a medida negro. Hanna saltó del atrio y salió al frío exterior. El cabello rojizo dorado de Emily estaba salvaje alrededor de su rostro, y sus ojos verde claro se veían enrojecidos.

—Tenía que hablar contigo —dijo Emily, al notar a Hanna—. Y tú sigues colgando el teléfono, así que imaginé que está era la única manera.



—¿Cómo sabías que estaba aquí? —exigió Hanna, con las manos sobre las caderas.

Emily puso los ojos en blanco.

—Lo posteas todo en Facebook. Cualquiera pensaría que con A suelta serías un poco más reservada acerca de tu paradero. ¿O es que sigues sin creer que es verdad?

—¿Así que has recibido las notas, también?

Una pareja de ancianos pasaron junto a ellas empujándolas a través de las puertas del atrio. En medio de la gran habitación, el padre de Hanna estaba estrechando manos y dando palmadas en la espalda. Éste era un lugar demasiado público para hablar de A. Jaló de Emily más allá del camino y bajó la voz.

—Ya te dije que había estado recibiendo notas.

—Alguien sabe, Hanna. —La voz de Emily se quebró—. A me envió una foto de mí y... *ella*.

—¿Qué quieres decir?

Emily sacó la foto y la puso enfrente de Hanna. Efectivamente, era de Jamaica.

—¿Quién pudo haber conseguido esto? ¿Quién sabe?

—Es ella, Hanna. Tabitha. *Ali*.

—¡Pero es imposible! —exclamó Hanna—. Nosotras...

Emily la cortó.

—Todas mis notas hasta ahora han sonado exactamente como algo que Ali podría haber escrito. En una, incluso me llama *Asesina*.

Hanna vio a la distancia. Por supuesto sus notas le recordaban a Ali.

—Eso no es posible.

—Sí lo es —insistió Emily, sonando enojada—. Y lo sabes. Piensa en lo que pasó. En lo que hicimos. Lo que vimos... *o no vimos*.

Hanna abrió la boca, luego la volvió a cerrar. Si se permitía hablar o pensar sobre Jamaica, la espantosa voz de Tabitha invadiría otra vez su cabeza.

Pero ya era demasiado tarde. Las visiones invadieron la mente de Hanna como una invasión de hormigas en un picnic. Aquella horrible noche, después de que Tabitha



insinuó que sabía que Hanna solía ser una gordita y fea perdedora, Spencer y Emily corrieron hacia ella, con preocupación en sus rostros.

—Necesitamos hablar —dijo Spencer—. ¿Esa chica que Emily vio en el descanso? Hay algo raro con ella.

—Lo sé —dijo Hanna.

Encontraron a Aria sola en el bar. También había conocido a Tabitha, dijo ella, pero todavía no creía que era Ali.

—Tiene que ser una coincidencia —dijo ella.

—No lo es —insistió Emily.

Las tres arrastraron a Aria a la habitación que ella y Emily estaban compartiendo y cerraron el triple seguro de la puerta. Luego, una por una, compartió la misteriosa y similar experiencia que habían tenido del parecido de Ali con Tabitha. Con cada relato, el corazón de Hanna golpeteaba más rápido y más rápido.

Ariana frunció el ceño, todavía mostrándose escéptica.

—Tiene que haber una explicación lógica. ¿Cómo pudo ella saber cosas que únicamente Ali sabía, decir cosas que sólo Ali dice?

—Porque es Ali —insistió Emily—. Regresó. Sólo que... diferente. Viste las cicatrices.

Ariana parpadeó.

—¿Así que estás diciendo que *no* murió en el fuego?

—Supongo que no. —Emily cerró los ojos, con culpa en ellos otra vez. Tragó saliva—. Supongo que escapó de la casa.

La habitación estaba en silencio. Hubo un *golpe* fuerte de una de uno de los pisos superiores; sonó como si los niños estuvieran luchando en sus habitaciones. Aria se aclaró la garganta.

—¿Pero qué hay de su familia? ¿Quién la ha estado apoyando? ¿Cómo *llegó* aquí?

—Tal vez no saben que está viva —susurró Emily—. Tal vez se fue sin escrúpulos.

—Pero si ésta *es* Ali, tendría una cirugía reconstructiva —señaló Aria—. Tú misma lo dijiste, Em. ¿Realmente crees que consiguió *todo eso* por su cuenta? ¿Cómo pagó por eso?



—Es Ali de quien estamos hablando. —Hanna abrazó una almohada estrechamente—. No hay nada más allá de ella.

Preguntas sin decir flotaban casi de forma palpable en el aire: ¿Qué si Ali los había seguido deliberadamente a Jamaica? ¿Qué si estaba planeando terminar el trabajo que había comenzado en Poconos? ¿Qué tenían que hacer?

Un ruido sordo, arañando el sonido los hizo darse la vuelta. Ahí, sobre la alfombra junto a la puerta, estaba una hoja doblada de papel. Alguien claramente la había deslizado en la habitación.

Spencer dio un salto y la agarró. Las chicas se reunieron a su alrededor y la leyeron juntos.

¡Hey chicas! Encuéntrame en el nido del cuervo en diez minutos. Quiero mostrarles algo. Tabitha.

Un tren Amtrak en la Ruta 30 sonó al pasar, sacando a Hanna de sus pensamientos. Se apretó el puente de su nariz y miró a Emily.

—¿Crees que Wilden nos creería?

—He escuchado que ya no es policía —Emily frotó sus manos en sus brazos, temblando—. ¿Y podrías verlo a la cara si le decimos dónde estaba siendo torturada una chica muerta? Y de todas formas, si le decimos a alguien, A diría que nosotros lo hicimos. Y no podemos con eso, Hanna. *No* podemos.

—Lo sé —dijo Hanna en voz baja, su corazón golpeteando fuertemente.

La puerta hacia el atrio se abrió de golpe, trayendo consigo una ráfaga del ruido de fiesta. Jeremiah salió, descubrió a Hanna, y se apresuró hacia ella, su rostro se torció en una mueca de enfado.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera? ¿Y quién es ésta? —Miró fijamente a Emily como si fuera una espía.

—Una amiga —espetó Hanna.

—¿La amiga que escribió *esto*? —Jeremiah agitó su iPad en el rostro de Hanna. En la pantalla había un correo electrónico. *¡Hanna se ha metido en toda clase de problemas últimamente! Mejor pregúntale acerca de ello antes que los reporteros lo hagan.* La dirección del remitente era una confusión sin sentido de números y letras.

—Oh Dios mío —susurró Emily, leyendo el mensaje sobre el hombro de Hanna.



Jeremiah la miró.

—¿Sabes de qué se trata esto?

—No. —Emily y Hanna tartamudearon las dos a la vez. Lo que era cierto, al menos para Hanna. No sabía de *cuál* terrible asunto se trataba: si lo que había pasado en Jamaica, o lo que pasó con Patrick.

Las fosas nasales de Jeremiah se ensancharon. Metió el iPad en su bolso. La solapa se abrió, dándole a Hanna un vistazo de un paquete de Marlboro suave y la petaca gris que contenía la minúscula cantidad de dinero de la campaña.

—Basta con eso, Hanna. ¿Tienes algo que decirme?

—Dije que no —respondió Hanna rápidamente.

—¿Estás segura? Es mejor que lo sepa antes que alguien más lo haga.

—Por última vez, *no*.

Un clamor de risa se elevó del atrio. Jeremiah fulminó con la mirada otra vez a Hanna y Emily.

—De lo que sea que se trate, mejor arréglalo antes que la prensa lo averigüe. Sabía que no deberías haber puesto un pie cerca de esta campaña. Si fuera por mí, no habrías estado cerca en absoluto.

Entonces, se alejó airadamente, atravesando el atrio hacia el elevador en el fondo del cuarto. Hanna cubrió su rostro con sus manos.

Emily tocó su hombro.

—Hanna, esto está empeorando. ¡Si no hacemos algo, A va a arruinar la campaña de tu padre! ¡Por no mencionar nuestras *vidas*! ¡Iremos a la cárcel!

—No sabemos si esa nota es de A —murmuró Hanna.

—¿De quién más sería?

Hanna miró a Jeremiah entrar en el ascensor. La pantalla iluminada por encima de la cabina se detuvo en el tercer piso, donde estaba la oficina de campaña del Sr. Marin. La petaca gris dentro de su bolso súbitamente destelló en su mente. Miró su teléfono. Mike no le había respondido. Entonces, apretó la mandíbula fuertemente. Podría no ser capaz de controlar a A, pero podría existir una solución para Patrick.

Se alisó el cabello y miró a Emily.



—Deberías ir a casa. Manejaré esto.

Emily arrugó la nariz.

—¿Cómo?

—Solo vete, ¿sí? —Hanna empujó a Emily hacia el estacionamiento—. Te llamaré mas tarde. Ten cuidado, ¿ya?

—Pero...

Hanna volvió al atrio, no quería escuchar ninguna protesta más de Emily. Agachando su cabeza, se deslizó secretamente por el borde de la habitación. Las personas estaban paradas en la fila del buffet, sirviéndose ellos mismos las hamburguesas de avestruz y las ensaladas capreses. Kate coqueteaba con Joseph, uno de los colaboradores más jóvenes del Sr. Marin. El padre de Hanna e Isabel se estaba divirtiendo con un gran donador que le había prometido volver para su elección. Nadie notó cuando Hanna se deslizó a través de la pesada puerta que conducía a la escalera.

Subió tres tramos de escaleras, sus tacones puntiagudos resonando en los peldaños de concreto. En el piso de su papá, abrió la puerta hacia la sala y reconoció la cabeza calva de Jeremiah justo afuera de la oficina de su padre. Estaba hablando enérgicamente en su Droid. *Vamos, vamos*, urgía Hanna silenciosamente.

Finalmente, Jeremiah colgó, pasó por las puertas dobles, y presionó el botón de BAJAR del ascensor.

Hanna se aplastó contra la pared y contuvo la respiración, orando para que no la viera. Mientras Jeremiah esperaba, rebuscó en los bolsillos del pantalón de su traje, sacando recibos y otros pequeños pedazos de papeles. Un objeto golpeteó en la alfombra, pero no lo notó.

Ding. Las puertas del ascensor se fueron deslizando, y Jeremiah ingresó al interior. Tan pronto como las puertas se cerraron, Hanna se adelantó, mirando el objeto brillante que se le había caído. Era un sujeteta-billetes de plata con las iniciales *JPO*. Todo estaba cayendo en su lugar incluso mejor de lo que se había imaginado. Lo recogió con el puño de su manga sobre sus dedos y se empujó dentro de la oficina de su padre.

El cuarto olía a la asfixiante colonia de Jeremiah. Afiches rojos, blancos, y azules que decían TOM MARTIN, PARA SENADOR, se alineaban en las paredes. Alguien había dejado un sándwich submarino a medio comer en uno de los cubículos, y una copia del *Filadelfia Sentinel* descansaba boca abajo sobre uno de los sillones de cuero negro de la esquina.



Hanna fue de puntillas a las estancias separadas de su padre. La lámpara verde de banquero todavía estaba encendida. Junto al teléfono había un marco Tiffany de la foto de boda del Sr. Marin e Isabel. Kate se encontraba delante de los recién casados, y Hanna se encontraba ligeramente fuera a un costado, como si no hubieran tenido intención de que ella figurara en la foto. Ella ni siquiera estaba mirando la cámara.

Mirando alrededor frenéticamente, encontró una caja fuerte pequeña y gris en la esquina junto a la ventana. Supo lo que había visto la noche de la proyección; tenía que ser donde Jeremiah depositaba los fondos de la caja chica. Lanzó su mirada en esa dirección y se agachó. La caja fuerte era del tipo que se usaba en los cuartos de hotel donde tenías que marcar un código de cuatro dígitos en un teclado. Mirando a su alrededor, agarró un pañuelo de una caja sobre el escritorio de su papá para no dejar huellas. Primero, trató con el 4 de noviembre, la fecha de la elección del próximo año, pero dos grandes luces de rojo intenso parpadearon sobre su rostro. ¿Qué tal 1-2-3-4? Más luces rojas. ¿1-7-7-6, para ser patriótico y parecer un Padre Fundador? Nada.

Cruch. Hanna pegó un saltó, mirando con locura la puerta. ¿Era Jeremiah, volviendo por su sujeta-billetes? Aunque no había sombras a través del vidrio esmerilado. Otro *crujido* sonó de la dirección opuesta. Se dio la vuelta y miró su reflejo en la ventana oscura. Sus ojos estaba grandes y enormes y su rostro estaba pálido.

—¿H-hola? —llamó—. ¿H-hay alguien?

La nieve caía ligeramente en la acera fuera de la ventana. Al otro lado de la calle, un coche aparcado en punto muerto, sus luces resplandeciendo. Una figura sentada en las sombras en el asiento del conductor.

¿Hanna estaba loca, o la cabeza de la persona estaba arqueada hacia arriba en dirección a la oficina de su padre, mirándola directamente?

Respirando profundamente, se agachó y evaluó la caja fuerte una vez más. La combinación tenía que ser algo que ella supiera. La foto de la boda sobre el escritorio de su papá le llamó la atención nuevamente. Con manos temblorosas, marcó el cumpleaños de Isabel. Luces rojas. Tragando fuerte, escribió su propio cumpleaños, 23 de diciembre. Luces rojas. Miró la foto sonriente de Kate una vez más, luego tecleó 0-6-1-9, 19 de junio, el cumpleaños de Kate.

Clic.

Las luces se volvieron verdes. El barril se liberó y la puerta se abrió. Hanna se llenó en un momento de un dolor horrible, *por supuesto* él había fijado la combinación al cumpleaños de Kate, pero se olvidó de eso cuando vio las pilas de billetes en montones altos y prolijos. Sacó un fajo para contarlos.



Tres fajos más habían hecho exactamente diez mil. Había muchos más dinero en la caja fuerte; se preguntó si su padre lo echaría en falta.

Empujó el efectivo en su bolso y cerró la puerta de la caja fuerte. Entonces, el golpe final de gracia, soltó el sujeta-billetes de Jeremiah a unas cuantas pulgadas de distancia.

Su cabeza dio vueltas cuando se puso de pie. El dinero se sentía como si pesara media tonelada en su bolsa. Se asomó por la ventana de nuevo. El coche todavía estaba allí en punto muerto, el conductor inmóvil en el asiento delantero. ¿Esa persona la había visto? ¿Era A?

Un momento después, el motor se aceleró. Y después, silenciosamente, el auto se alejó, las llantas por otra parte crujieron nítidamente en el polvo liso de la nieve.



Capítulo 24

La fantasía de todos los chicos

Traducido por kiki1
Corregido por kathesweet

Una camarera colocó una taza de chocolate caliente en la mesa delante de Aria y chasqueó su lengua.

—Vaya. Pareces *helada*.

—¿Tú crees? —masculló Aria sarcásticamente, presionando sus manos en la taza caliente y deseando que la camarera se fuera. El frío era exactamente el por qué Aria estaba sentada tan cerca del fuego dentro del alojamiento de esquí tanto como pudiera, de hecho, ella subiría por el fuego si pudiera. Afuera, mientras la nieve se arremolinaba más allá de las enormes luces aéreas, toneladas de esquiadores bajaban las laderas, sin parecer que sintieran el frío en lo más mínimo. Los chicos zigzagueaban sin gorros. Las chicas esquiaban en suéteres Fair Isle y vaqueros. No obstante, probablemente ellos no habían pasado horas sentados, con la nieve fría calándose a través de su ropa de esquí supuestamente de alta tecnología directamente a su sensible y no esquiadora piel. Aria estaba bastante segura que incluso sus párpados estaban congelados.

La noche había sido miserable. Después de que Klaudia salió corriendo por el elevador sin Aria, Noel se encogió de hombros.

—Tal vez sea mucho mejor tener una lección con un instructor real, de cualquier manera. —Luego dejó a Aria en la Escuela de Esquí y desapareció por la misma enorme ladera negra.

Honestamente, Aria no estaba segura de por qué no lo llamaba un buen día en ese mismo momento, pero de alguna manera había tenido esta sensación de que el esquí podría ser fácil; tal vez rápidamente podría aprender y reunirse con Noel en la colina. Cierto. La lección de principiantes estaba llena de niñas de siete y ocho años. El instructor, un tipo australiano de buen carácter llamado Connor que seguía asumiendo que Aria era una de las niñeras de los niños, los dirigió a la ladera del conejito y les enseñó cómo deslizarse por la nieve. Sobra decir que, cada uno de los niños la dominó mucho antes que Aria. La única vez que ella bajó la ladera del conejito



fue cuando se había resbalado sobre su trasero. Ocasionalmente, ella veía a Noel y Klaudia bajando en picada, lanzando un montón de nieve cuando se detenían en la base de la colina. Ninguno de ellos veía en dirección a la ladera del conejito. ¿Por qué lo harían? ¿Por qué querrían comprobar cómo lo estaba haciendo la *peikko*?

—¡Allí estás!

Aria levantó la vista justo mientras Noel entraba en el alojamiento, con la nieve y el hielo endurecidos en su chaqueta y su pantalón de esquí. Klaudia le siguió, con sus mejillas rosadas y su cabello rubio todavía perfectamente arreglado. Ambos parecían sin aliento y felizmente exhaustos, como si acabar de tener toneladas de sexo. Aria rápidamente mordió el interior de su mejilla y se alejó.

Los dos hermanos de Noel, Eric y Christopher, se tambaleaban detrás de ellos.

—¡Eres asombrosa allí afuera, Klaudia! —gritó Eric cuando la vio—. ¿Cuánto tiempo has estado esquiando?

—¡Oh, yo *hihto* antes de caminar! —Klaudia abrió la cremallera de su abrigo.

—¿Chicos la vieron en los moguls? —Noel se quitó su gorro y sus gafas—. Atrapó un aire asombroso. Todo el mundo en los elevadores la aplaudía como si estuviéramos en las Olimpiadas.

—Fue buena montaña —admitió Klaudia—. Un poco fácil, tal vez, pero aún así divertida.

Aria dejó escapar un bufido sarcástico, lo cual hizo que todos se detuvieran y la miraran. Noel se acercó y se sentó en la ornamentada silla de cuero al lado de Aria.

—Hola.

—Hola —contestó Aria con monotonía, mirándose las manos cortadas. Probablemente nunca regresarían a la normalidad.

—¿A dónde fuiste? —preguntó Noel—. Continué buscándote en las laderas pero no te vi. Creí que nos encontraríamos en lo alto de la montaña después de la Escuela de Esquí.

Aria quiso lanzarle el chocolate caliente en su cabeza.

—Lo siento, pero la Escuela de Esquí no me enseñó a esquiar moguls. Pero espero que tú y Klaudia la hayan pasado bien. —Odió su tono de voz, pero ya no podía callar sus sentimientos.



Una arruga apareció entre los ojos de Noel.

—Tú fuiste la que no quiso que ella te diera una lección. No te enojés porque se fue e hizo lo suyo.

Aria empuñó sus manos. Por supuesto esto era su culpa. Klaudia era totalmente inocente.

—Hey, ¿chicos saben qué hora es? —interrumpió Christopher—. ¡Bañera caliente!

—¡Dulce! —Eric le dio a su hermano un choque de palmas.

—¡Adoro el *poreammeita!* —Klaudia brincaba como una niñita de jardín infantil.

Noel miró a Aria.

—¿Qué dices? ¿Un remojón en la bañera de agua caliente antes de cenar? Lo amarás. Lo prometo.

Aria miró hacia los malvaviscos derretidos en su chocolate caliente. La contrariada chica enojada dentro de ella sólo quería ir arriba, tomar una larga ducha, y ver una película extranjera en paga-por-ver. Pero tenía mucho frío. Tal vez un remojón en la bañera de agua caliente derretiría su irritación, también.

Quince minutos más tarde, Aria se había puesto su bikini y se había envuelto en una de las batas de baño de telas de rizo del alojamiento. Correteó por la congelante piscina externa hacia la bañera de agua caliente. El vapor se elevaba por el aire. Los chorros burbujaban. Los hermanos Kahn ya estaban empapados y bebiendo botellas de cerveza. Cuando Noel vio a Aria, se movió para hacerle espacio. Ella se quitó su bata, tembló ante el aire de bajo cero, y se metió en la tina junto a él.

Ahhh.

—Esto es hermoso. —Aria inclinó su cabeza hasta el cielo. Toneladas de estrellas brillaban intensamente. La luna resplandecía por encima de la montaña. La brillante nieve que caía sobre la montaña se veía como una escena dentro de un globo de nieve.

—Te dije que te gustaría. —Noel apretó su mano.

Eric Kahn se reclinó y estiró sus brazos fuera de la cubierta.

—No puedo esperar para ir a las laderas mañana por la mañana.

—Le oí decir a Klaudia que está realmente ansiosa por volver a salir, también —le dijo Noel.



—Esa chica realmente podría hacerme pedazos —se quejó Christopher—. Me pregunto en qué más es buena.

Los hermanos mayores Kahn se rieron estúpidamente. Aria se tensó y miró fijamente a Noel, desafiándole a que también se riera. Afortunadamente, no lo hizo.

Entonces, como si fuese el momento justo, la puerta del hotel se abrió. Una mostró su silueta.

—¿Hola? —La aguda voz de Klaudia traspasó el aire nevado.

—¡Eh! —le gritó Eric a Klaudia—. ¡Entra! ¡El agua es impresionante!

Klaudia se pavoneó hacia la tina. Tenía puesta una bata de baño similar a la de Aria, con el cinturón anudado fuertemente alrededor de su cintura. Su cabello rubio caía sobre sus hombros. Sus piernas desnudas aparecían por debajo de la cintura. Los chicos Kahn la miraban, con sus lenguas afuera como si fuesen perros. Luego, lentamente, como si estuviera haciendo un striptease, Klaudia deshizo el cinturón de su bata. Éste cayó al piso. Se quitó la bata y la dejó caer también. Noel se quedó sin aliento. Al igual que Eric. Por un momento, los ojos de Aria no podían enfocarse, todo lo que podía ver era piel, montones de piel, como si Klaudia llevase puesto un bikini color carne.

Pero entonces se percató. Klaudia no llevaba nada puesto. Estaba total y completamente desnuda.

—Mierda —exclamó Christopher enfática y favorablemente.

—Wow —gimió Eric suavemente.

Noel la miraba con la boca abierta también. Klaudia sólo se quedó allí como una estúpida exhibicionista finlandesa, sus senos se mecían para que el mundo entero la viera. Ni uno de los Kahn le dijo que se cubriera. ¿Por qué lo harían?

Esto era demasiado. Dejando escapar un grito reprimido, Aria salió de la tina, agarró una toalla, y corrió hacia la puerta, apenas sintiendo el gélido aire en su piel o el concreto helado bajo sus pies. Una vez dentro, se envolvió en la toalla, se tambaleó hacia los elevadores, y presionó el botón de llamada repetidamente. Por supuesto éste sería el único momento para que el elevador decidiera detenerse en cada piso.

—Ejem.



Aria saltó y se dio la vuelta. Noel estaba de pie en la puerta, con el vapor empañando su cuerpo semidesnudo. Había un rastro de huellas húmedas desde donde había entrado.

—¿A dónde vas?

Aria presionó el botón de llamada otra vez.

—A mi cuarto.

—¿No deberías disculparte primero?

Ella se dio la vuelta.

—¿Con *quién*?

—Klaudia no hizo nada malo, Aria.

Lo miró con la boca abierta.

—¿Estás bromeando?

Noel sólo se encogió de hombros.

Se sentía como si billones de vasos sanguíneos acabaran de explotar en el cerebro de Aria.

—Bien. Bien. Lo que sea. Si quieren tener su pequeño cuarteto con Klaudia, está bien. Pero no delante de mí, ¿está bien? No pensé que realmente tuviera que observar.

Finalmente, el elevador sonó y las puertas se abrieron. Aria entró, pero Noel tiró de ella hacia afuera. Sus ojos verdes estaban llenos de dolor.

—Aria, Klaudia está llorando allí afuera. Ella no se percató de que debía traer puesto un traje de baño en la bañera de agua caliente. ¡En Finlandia, nadie lo hace! Los chicos van desnudos a las bañeras de agua caliente. Las chicas van desnudas a las bañeras de agua caliente. Ellos no son tan puritanos como nosotros. No debiste haberle gritado, pensé que tú, de todas las personas, comprendería el significado de la sensibilidad cultural.

Aria tiró de su brazo.

—¿*Sensibilidad cultural*? Noel, Klaudia apareciendo desnuda en la bañera de agua caliente no es algo cultural, ¡es algo de puta!



La boca de Noel cayó abierta. Él cerró sus ojos y negó con la cabeza como si no lo creyera de ella. Como si pensara que sólo estaba siendo una perra celosa.

Las puertas del elevador comenzaron cerrarse otra vez, pero Aria metió su pie entre ellas y las atrapó.

—Klaudia te desea, Noel —dijo fríamente—. Y si no estuvieras tan mortificado con ella, notarías que está siendo realmente obvia sobre ello también.

Entró a través de las puertas del elevador y presionó fuertemente el botón CERRAR. Una parte esperaba que Noel entrara y subiera con ella, pero él sólo se quedó allí en el vestíbulo, parpadeando, con su cara llena de decepción. Con un silbido, las puertas se cerraron, y en unos momentos el vagón llevó a Aria hasta su piso. A dónde fue Noel después de eso, no lo sabía.

Y trató de engañarse a sí misma en creer que no le importaba.



Capítulo 25

Una gran familia feliz

*Traducido por miakalol
Corregido por luchita_c*

A las 20:00 PM, Spencer, Zach, y Amelia pasaron bajo el toldo de color verde y blanco de Smith and Wollensky, el exclusivo restaurante de carnes en la Tercera Avenida, agitando las puertas dobles de bronce.

La zona del bar era para máximo seis personas, y todo el mundo estaba gritando. Los hombres de negocios estaban sentados en mesas de roble gigante comiendo costillas y hamburguesas jugosas del tamaño de sus cabezas. Espesos trofeo bebían Martinis y guiñaban un ojo coquetamente a los chicos irlandeses con camisa blanca que vertían copas del tamaño de copas de vino detrás de la barra. El aire olía como a testosterona y carne.

—Deja a mi padre llevarnos a algún lugar súper masculino —musitó Zach en el oído de Spencer cuando la anfitriona les guió por todo el comedor lleno donde sus padres estaban esperando—. ¿De verdad crees que tu madre encuentra este lugar romántico?

Spencer lo dudaba, pero le pellizcó el brazo.

—Ahora, ahora. Debemos estar con nuestro mejor comportamiento, ¿recuerdas?

Zach enarcó una ceja.

—En realidad, yo propongo tener nuestro peor comportamiento.

—¿Ah, sí? ¿En qué piensas?

—Juguemos a beber. —Los ojos de Zach brillaron. Metió la mano en su mochila y mostró a Spencer la punta de un frasco de acero inoxidable—. Está lleno de Absolut Kurant.

—Niño travieso —susurró Spencer—. Estoy dentro, ésta es mi regla: cada vez que mi madre mime a tu padre, tomamos un trago.

—De acuerdo. Y cada vez que mi padre se comporte como un pez gordo, bebemos.



Spencer resopló.

—Vamos a caer antes de que la comida llegue.

Zach levantó la ceja.

—¿No es ésa la idea?

El hormigueo se disparó de nuevo en Spencer. Después de su momento de provocación en el vestuario, Zach había sido incluso más sensiblero que nunca, frotando la mano contra la cintura de Spencer y dándole espontáneos apretones en la mano cada vez que Amelia salía con un fabuloso traje especial. Cuando habían pasado Cartier en el paseo hasta Saks, incluso había agarrado la mano de Spencer y le preguntó si quería ir al interior. El quería comprarle algo.

—Sólo si se trata de un anillo de platino amor —bromeó. Que había hecho a Amelia darles un aspecto enfermo y caminar varios pasos por delante de ellos para el resto de la tarde.

La Sra. Hastings saludó a los tres cuando se acercaban a la mesa. El Sr. Pennythistle se sentó a su derecha. Ambos estaban vestidos con galas de ópera, el Sr. Pennythistle en un smoking, y la madre de Spencer con un vestido de cuentas que se adhería perfectamente a su delgada figura. Había una botella abierta de vino tinto en la mesa, junto con un plato de calamares fritos. Cuando se sentaron, la Sra. Hastings hizo un plato para el Sr. Pennythistle.

—Sé que odias los que tienen tentáculos —dijo ella con voz maternal y lo colocó delante de él.

—Gracias, querida —dijo Pennythistle, recogiendo el cuchillo y el tenedor.

Spencer y Zach intercambiaron una mirada, casi riendo a carcajadas con la palabra tentáculos. Zach tomó secretamente su botella y vertió un poco en el vaso de Spencer y en el suyo con agua con gas. Ambos tomaron un sorbo grande.

—Entonces, ¿niños qué hicieron hoy? —La Sra. Hastings sumergió un trozo de calamar en la taza de salsa marinera.

—Oh, sí lo turístico de Nueva York —dijo Spencer—. Saks, Bendel, Barneys. Amelia tiene un montón de ropa genial.

—Oh, esas tiendas son preciosas —suspiró la Sra. Hastings con nostalgia.

El Sr. Pennythistle arrugó la frente.



—¿No fuiste a todos los museos? ¿No visitaste la bolsa de valores?

Amelia apretó la boca cerrada. Zach se hundió en su asiento. El Sr. Pennythistle empujó un calamar en su boca con gusto.

—¿Qué pasa con la gira de Carnegie Hall que dispuse para ti, Amelia? Tuve que tirar de hilos importantes para conseguir eso.

—Voy a ir mañana, papá —contestó Amelia rápidamente. Aspiró.

—Bien. —El Sr. Pennythistle asintió con la cabeza, y luego miró a Zach—. ¿Y me estás diciendo que no te reuniste con Douglas?

Spencer miró a Zach; se había olvidado de su encuentro con el hombre de admisiones de Harvard. Zach se encogió de hombros.

—No me da la gana.

El Sr. Pennythistle parpadeó con fuerza.

—Pero él estaba esperando tu llamada. —Él sacó su BlackBerry—. Voy a ver si puede reunirse contigo mañana por la mañana...

Se veía como si Zach fuera a explotar.

—Sabes, no todos queremos ir a Harvard, papá.

La boca del Sr. Pennythistle cayó ligeramente abierta.

—Pero... te va a encantar la Universidad de Harvard, Zachary. Algunos de mis mejores recuerdos son de mi tiempo allí.

—Es una escuela encantadora. —Intervino la Sra. Hastings y el Sr. Pennythistle le apretó la mano con gratitud.

Pero Zach juntó las manos en la parte superior de la mesa, sin pestañear.

—No soy tú, papá. Tal vez deseo otras cosas.

El Sr. Pennythistle parecía que iba a decir algo más, pero la Sra. Hastings interrumpió rápidamente.

—Ahora, ahora, ¡no vamos a pelear!

Ella empujó el plato de calamares a Zach como si fuera un consuelo.



—Estamos teniendo un buen tiempo en Nueva York. Vamos a mantenerlo de esa manera.

Un sonido corto llegó desde el teléfono del Sr. Pennythistle.

—Ah —dijo, el estudió la pantalla—. Podemos reunirnos con Douglas a las 10 a.m. mañana. Problema resuelto.

Un camarero se acercó para tomar sus pedidos. Spencer se volvió a Zach.

—¿Estás bien?

Zach no movió ni un músculo de la mandíbula. Manchas rojas florecieron en su cuello y mejillas.

—Todo lo que digo le entra por un oído y le sale por el otro.

—Lo siento.

Zach se encogió de hombros y agregó más vodka a su agua.

—La historia de mi vida. Pero escucha, tenemos que ponernos al día. Mi papá está lanzando totalmente su peso alrededor.

—Tenemos que tomar por lo menos cinco bebidas alcohólicas, por mi cuenta —susurró Spencer.

Hubo muchas más oportunidades de beber después de eso, también. Una vez que ordenaron, la conversación giró en torno al Sr. Pennythistle y cómo él era un fiel cliente de Smith y Wollensky que habían puesto su nombre en una placa de bronce en la pared, *“beber, beber, beber”*. Cuando llegó la comida, la Sra. Hastings procuró salsa de carne para el T-Bone del Sr. Pennythistle, mayonesa para sus patatas fritas, y la carta de vinos para poder elegir otra botella de bebida, *“beber, beber”*. Spencer estaba tan mareada con el vodka que apenas probó su lomo, que ni siquiera estaba segura de por qué lo había ordenado. Zach se mantuvo riendo a carcajadas a intervalos aleatorios. Amelia los miró con desconfianza al otro lado de la mesa, pero no dijo una palabra. No había estado así tan perdida desde... desde el verano pasado. Pero ella cerró esa parte de su mente antes de que pudiera pensar muy cuidadosamente acerca de eso.

Conforme avanzaba la cena, el padre de Zach y la madre de Spencer se acercaron más y más cerca el uno al otro hasta que fueron prácticamente ellos dos. El Sr. Pennythistle alimentaba a la Sra. Hastings con un bocado de espinacas a la crema. La Sra. Hastings borraba un poco de jugo de carne de la mejilla de Sr. Pennythistle. Es cierto que



Spencer no había visto a su madre así de feliz en un tiempo largo y que el padre de Spencer no era muy sensibilero. Spencer y Zach se había acercado el uno al otro también, sus pies golpeando en la mesa, sus manos tocando, y drenando el frasco de Zach.

Cuando la camarera trajo trozos gigantes de pastel de queso para el postre, el Sr. Pennythistle tintineó el tenedor contra el vaso.

—Bueno, chicos, tengo un anuncio para hacer. —Miró alrededor de la mesa—. Teníamos la intención de mantenerlo en secreto hasta mañana, pero también podríamos decirlo ahora. —Tomó la mano de la madre de Spencer—. Le he pedido a Verónica que se case conmigo. Y ella dijo que sí.

Spencer se quedó mirando a su madre, que estaba sacando una caja de la joyería Tiffany de su bolso.

La caja crujió al abrirse, revelando un enorme anillo de diamantes.

—Wow. —Sopló Spencer, siempre se sentía un poco intimidada por los diamantes—. Felicidades, mamá.

—¡Gracias! —La Sra. Hastings deslizó el anillo en su dedo—. Nosotros dimos la noticia a Melissa antes de que ustedes llegaran. Ella quiere que tengamos la ceremonia en casa, pero estoy pensando en algo un poco más fabuloso.

—¿Cuándo se casan? —preguntó Zach tentativamente.

—Creemos que la boda será dentro de unos meses —dijo Pennythistle, sus mejillas rosadas, con orgullo.

—Tal vez un destino de bodas, no hemos decidido —agregó la Sra. Hastings—. Pero por ahora, le he pedido a Nicholas mudarse a casa con nosotros, Spencer. Amelia y Zach serán tus hermanastros muy pronto, deberían de acostumbrarse unos a los otros.

Amelia dejó escapar una nota de horror, pero Spencer y Zach se miraron y sonrieron borrachos.

—Oye hermano —bromeó Spencer, golpeando a Zach en el hombro.

—Encantado de conocerte, hermana —dijo Zach de vuelta en una voz totalmente no de hermanos. Escondió su mano debajo de la mesa, entrelazada con la de Spencer, y la apretó con fuerza.



—Esto requiere sin duda un brindis. —La Sra. Hastings le hizo señas a los camareros—. Supongo que los niños pueden tener una copa de champán, ¿no te parece, Nicholas?

—Sólo por esta vez —objetó el Sr. Pennythistle.

—¡Una ronda de champán para la mesa! —ordenó la Sra. Hastings. Las copas llegaron de inmediato.

Spencer y Zach se miraron una vez más, desafiando al otro para no reírse.

—¡Salud! —exclamaron los dos. Tocaron juntos sus copas y bebieron.

La madre de Spencer y el padre de Zach salían después de la cena, por lo que dijeron buenas noches a los niños en las escaleras mecánicas en el Hudson. Amelia se retiró a su habitación inmediatamente, pero Spencer y Zach se tomaron su tiempo, riéndose de la decoración minimalista del hotel y la música Tecno en todas partes.

Sus habitaciones estaban una al lado de la otra, y abrieron sus puertas con tarjetas magnéticas al unísono.

—Mierda —dijo Spencer cuando ella abrió la puerta—. ¡Es como un saco de dormir japonés! —Un portero había llevado sus cosas el día de hoy, así que no había estado dentro de la habitación hasta ahora. La cosa entera era del tamaño de la habitación del polvo de su familia en el primer piso.

—Un hobbit podría vivir aquí —llamó Zach desde la puerta de su habitación—. Papá realmente puso todas las paradas para nosotros.

Spencer se unió a él en su habitación. Era la misma que la de ella, la cama apenas cabía en el pequeño rincón del hotel que llamaban dormitorio.

—¡Y mira en el baño! —gritó ella—. Se acuña en un espacio minúsculo. ¿Cómo cabe alguien en el baño?

—Por lo menos la cama es cómoda —llamó Zach a cinco metros de distancia. Él se quitó los zapatos y comenzó a rebotar—. Salta conmigo, hermana.

Spencer se quitó los tacones de aguja y se subió a la cama. Manhattan parpadeó por la ventana como una imagen enorme.

—Si me llamas hermana una vez más, voy a darte una patada en el culo.

Zach se mantuvo saltando.

—No te ves como que puedas patear cualquier cosa.



—¿Ah, sí? —Spencer saltó en la cama y lo derribó, empujándolo al colchón y envolviendo sus brazos alrededor de su cabeza. Zach la empujó fácilmente, de un tirón estaba encima de ella. Se puso sobre ella por un momento, su pelo largo colgando desordenado en su rostro, la boca torcida en una sonrisa, y luego le hizo cosquillas en el estómago.

—¡No! —Se sacudió Spencer—. ¡Basta! ¡Por favor!

—¡Esto es lo que hacen los hermanos! —coreó Zach—. ¡Hay que acostumbrarse a esto!

—¡Te voy a matar! —gritó Spencer, riéndose sin control.

—¡Te estás riendo! —gritó Zach—. ¡Eso significa que te gusta!

Pero entonces se detuvo, cayendo sobre el colchón y apoyando su cabeza sobre su brazo.

—Estás tan mal —le susurró Spencer, jadeando—. Pero me gustas de todos modos.

—¿Me querrías aunque no fuera a Harvard? —preguntó Zach.

Spencer sopló el aire de sus mejillas.

—Esa escuela es para los perdedores.

—¿Me querrías si soy gay? —Los ojos de largas pestañas de Zach estaban muy amplios.

Spencer parpadeó.

—¿Lo eres?

Los labios de Zach se abrieron. Sus ojos se volvieron hacia la derecha. Se acercó a ella, sin responder. De repente, él la besaba suavemente en los labios. Spencer cerró los ojos, degustando el sabor de vodka y salsa de carne. Pero el beso fue más amable que romántico, más borracho y exagerado que verdaderamente sensual. Spencer pensaba que se sentiría decepcionada, pero se sorprendió al encontrar que no le importaba. Zach tenía un montón de cosas que averiguar. Tal vez Spencer debería ayudarlo, no confundirle aún más.

Se separaron, sonriendo el uno al otro sin tener que decir una palabra.

—¿Quieres acurrucarte? —preguntó Spencer.



—Por supuesto —dijo Zach. Y luego la envolvió con sus brazos alrededor, tirando con fuerzas hacia él. Inmediatamente Spencer se calmó y en un momento cayó en un sueño profundo y dichoso.



Capítulo 26

Las cosas se empañan en la piscina

*Traducido por miakalol
Corregido por luchita_c*

Emily atacó duro, los delfines pateaban con todas sus fuerzas. La borrosa pared de la piscina apareció justo delante, y ella se abalanzó sobre la plataforma de cronometraje electrónico en la pared. Cuando se dio la vuelta, todos los demás estaban aún terminando su carrera. Sí. Había ganado. Y cuando miró su tiempo en el reloj, vio que era cuatro décimas de segundo mejor que el del año pasado.

Increíble.

—Felicidades —dijo uno de los jueces cuando Emily salió. —Casi bates el récord del campo.

Raymond su entrenador, fue como un cañón hacia ella y le dio un gran abrazo, no teniendo en cuenta que ella estaba empapada.

—¡Excelente para tu primer encuentro de vuelta! —gritó—. ¡Sabía que lo tenías en ti!

Emily se quitó las gafas y el gorro, el latido de sus músculos y el corazón seguían siendo fuertes. La multitud aplaudió. Los otros competidores salieron de la piscina y la miraron con envidia. Varios compañeros de equipo le dieron una palmada en la espalda cuando ella regresó con su equipo y toalla.

—¡Increíble! —dijo una chica llamada Tori Barnes, que había sido la mejor amiga de Emily en el verano de segundo grado.

—Se comieron tu estela —añadió Jacob O'Reilly, el novio de Tori, que había aplastado a Emily durante la temporada de baño en el cuarto grado y puso una máquina de chicle con forma de anillo de diamantes en su taquilla.

Emily le devolvió la sonrisa a ellos, dejando caer sus gafas en su bolsa de equipo. Había olvidado lo bien que se sentía ganar una carrera. Pero ella quería compartir el momento especial con alguien... bueno, especial y los chicos en el equipo no acababan de ser suficientes.



Hurgando en su bolso, encontró a su teléfono y escribió un nuevo mensaje de texto a Chloe.

¡Acabo de ganar mi carrera! ¡Estoy emocionada por celebrar esta noche!

Emily no podía esperar para celebrar, no alcohólicamente, por supuesto.

—¿Emily?

Un hombre con la sudadera de la Universidad de Carolina del Norte pasó a través del nudo de los bañistas. Tenía una cara bien afeitada, los ojos azules arrugados, disminuido cabello castaño, y llevaba un portapapeles con tapas de cuero y una cámara de vídeo. El Sr. Roland caminaba a su lado. Una mezcla de sentimientos al instante llenó a Emily. Por mucho que quería ver al reclutador, deseó que el Sr. Roland no hubiera venido con él.

—Emily, se trata de Marc Lowry de la Universidad de Carolina del Norte —dijo Roland.

—Encantada de conocerlo. —Emily estrechó su mano.

—Encantado de conocerla —respondió el Sr. Lowry—. Emocionante carrera. Gran prueba. Pareces una promesa real.

—Gracias.

—El Sr. Lowry tiene algunas buenas noticias para ti —anunció el Sr. Roland—. ¿Puedes hablar con nosotros en privado? —Hizo un gesto hacia la habitación pequeña y vacía de la piscina que el equipo utilizaba para la práctica en tierra seca. Emily los siguió a través de las puertas. Una máquina de Pilates estaba en la esquina, una caja de bolas de medicina y bandas de resistencia en la otra. Un charco derramado de algo de color amarillo neón, Gatorade probablemente, se llenaron por la puerta. Un envoltorio vacío que había contenido un gorro de baño Speedo estaba abandonado en la ventana empañada.

El Sr. Lowry dejó caer su portapapeles a su lado y estudió Emily.

—En base a tus tiempos y tu rendimiento de hoy y los últimos cuatro años, nos gustaría ofrecerte una beca completa para nuestra escuela. —Emily se llevó las manos a la boca.

—¿En serio?

El Sr. Lowry asintió con la cabeza.



—No es un hecho todavía, nosotros debemos realizar esta entrevista, revisar su expediente académico, todo eso. Y Henry dijo que tomó algo de tiempo el año pasado debido al incidente Alison DiLaurentis, ¿correcto?

—Así es —dijo Emily—. Pero estoy plenamente comprometida a nadar ahora. Se lo prometo.

—Estupendo.

Cuando el Sr. Lowry sonrió, Emily podía ver un relleno de oro en la parte posterior de la boca.

—Bueno, mejor nos vamos, tengo otro par de niños en el área para hablar. Nos pondremos en contacto a principios de esta semana. Definitivamente para celebrar. Esto es muy importante.

—Muchas gracias —dijo Emily temblando de felicidad. A continuación, el Sr. Lowry giró sobre sus talones y regresó por la puerta. Emily esperó que el Sr. Roland le siguiera, pero no lo hizo.

Sus ojos estaban en Emily.

—Increíble, ¿no? —dijo.

—Es verdad, en verdad increíble —respondió ella—. No sé cómo darle las gracias.

Una de las cejas del Sr. Roland se arqueó. Una sonrisa maliciosa enroscada en sus labios.

La luz fluorescente estridente hizo que su piel tuviera un aspecto macabro. De repente, Emily se sintió como uno de esos animales en la naturaleza, con la sensación de peligro antes de que ella lo viera.

Se acercó más a ella, su cálido aliento en la mejilla.

—Bueno, tengo algunas ideas... —Sus dedos bailaban suavemente a través de la piel de su brazo ligeramente mojado. Emily se apartó.

—Sr. Roland...

—Está bien —murmuró el Sr. Roland. Su cuerpo se movía más cerca de ella, atrapándola contra la pared. Olía como el champú Head & Shoulders y detergente Tide para la ropa, como los olores inocentes. Sus dedos se deslizaron bajo los tirantes de su traje de baño. Él hizo un horrible gruñido mientras se apretaba contra ella.

—Basta, por favor —dijo Emily, retorciéndose con fuerza.



—¿Qué te pasa? —susurró el Sr. Roland, tapándole la boca con un beso—. Tú estabas en ello el jueves, Emily. Me besaste. Lo sentí.

—Pero...

Ella hizo una pausa para mirar el otro lado de la habitación, pero el Sr. Roland le agarró de la muñeca y tiró de ella hacia atrás. No dejaba de acercarse a ella, besándole el cuello, los labios otra vez, la garganta. El pistoletazo de salida sonó a través de la puerta, seguido por el chapoteo de los nadadores. La multitud rugió, haciendo caso omiso a como Emily luchaba para empujarlo una vez más.

—Oh, Dios mío.

El Sr. Roland se dio la vuelta a la figura que había aparecido en la puerta. Alivio irrumpió a través de Emily por la interrupción de bienvenida. Pero entonces el Sr. Roland se puso blanco.

—¿Ch-Chloe?

El corazón de Emily cayó a sus pies. Efectivamente, Chloe estaba allí de pie, con un gran cartel escrito a mano que decía “¡VAMOS, EMILY!” apretado contra su pecho.

—Chloe —gritó Emily.

El Sr. Roland metió las manos en los bolsillos y caminó hacia el otro lado de la habitación tan lejos de Emily como pudo.

—Yo no sabía que ibas a venir, cariño. Sin embargo, ¿te enteraste de lo de Emily? ¡Obtuvo la beca!

Chloe dejó que el cartel se cayera al suelo de baldosas. Por la mirada en su cara devastada, estaba claro que había visto todo.

—Te iba a sorprender —dijo con voz apagada a Emily—. He visto tu carrera. Vi a mi padre y al reclutador llevándote aquí para hablar contigo. Y yo que pensaba... —Sus ojos se movieron de su padre, luego de vuelta a Emily de nuevo. Una expresión de horror cruzó su rostro. Emily miró hacia abajo. La correa de su traje de baño estaba a la mitad de su hombro. Parecía que quería esto.

—¡Chloe, no! —protestó Emily, rápidamente tirando del tirante—. Esto no es... no lo hice... él...

Pero Chloe se fue de la habitación, moviendo la cabeza en silencio. Miles de emociones en su cara lavada cruzaron a la vez, el asco, la traición, odio. Medio sollozo, medio gruñido salió de la parte posterior de su garganta, y se dio la vuelta y salió corriendo.



—¡Chloe, espera! —exclamó Emily y se disparó a la puerta de la oficina, deslizándose sobre el suelo mojado—. ¡Por favor!

Pero ya era demasiado tarde. Chloe se había ido.



Capítulo 27

Ahh... recuerdos de las vacaciones

*Traducido por alexiia ☪
Corregido por Loo!**

—¡Hey, chicas! —dijo una voz suave—. ¡Creo que recibieron mi nota!

Hanna se quedó inmóvil junto a las escaleras. Los nervios se rompieron y crujieron bajo su piel. Tabitha, la chica del final de la cubierta del techo, de repente se veía diferente.

Más como Ali que de costumbre. De repente, se lo podía creer. Emily estaba en lo cierto.

Era Ali.

—¡Acércate, Hanna! —Ali bromeó, haciendo señas con un dedo curvado—. ¡No voy a morder!

Los ojos de Hanna se abrieron de golpe. El sudor corría por la parte de atrás de su cuello. Su pulgar estaba firmemente entre sus labios. Desde Jamaica, cuando sentía mucho miedo, se chupaba el pulgar en su sueño.

Ella había estado pensando de nuevo. El sueño de nuevo.

—¿Hanna? —Golpeó su madre en la puerta del dormitorio de Hanna—. ¿Hanna? ¡Levántate!

Dot, el Doberman miniatura de Hanna, lamió su rostro con entusiasmo. Hanna miró el reloj digital al lado de su cama. Eran las 10 a.m., normalmente Hanna dormía hasta el mediodía los fines de semana. Se sentó y gimió.

—¡Mamá, no quiero hacer Bikram contigo! —Desde que su madre había regresado de Singapur el año pasado, se había obsesionado con hacer noventa minutos de intenso yoga en una habitación a 100 grados en las mañanas de sábado.

—No se trata de Bikram. —la Sra. Marín sonaba exasperada—. Tu padre está al teléfono. Quiere que te encuentres con él en su oficina. Ahora.



La noche anterior pasó rápidamente por la cabeza de Hanna. El peso de ese dinero robado en su bolso cuando ella saltó una tarde de SEPTA en la ciudad. Comprobando su teléfono una y otra vez, una respuesta de Mike, para una nota de la nada, A y la recepción. Reunión del florista, Pete, quién tenía suciedad bajo las uñas, un tatuaje en su cuello y miraba a Hanna como si quisiera meterla detrás de los ramos de tulipanes elástico y tener lo que quisiera con ella.

La entrega de los sobres del dinero en efectivo. Mirando sobre su hombro por A, pero no viendo un sospechoso.

No se había sentido satisfecha con sólo dar el dinero a Pete, por lo que se había escondido cerca de la estación del tren hasta que Patrick se había presentado, acosándolo y exigiendo que borrara las fotos de su cámara y el disco duro frente a ella.

—Bien —suspiró Patrick dramáticamente, sacando su cámara y un ordenador portátil. Hanna vio como las fotos desaparecieron de la carpeta y de la memoria de la cámara. Antes de irse, Patrick buscó sus senos, y ella le dio un codazo en las costillas.

Esperando, que hubiera hecho lo correcto. No hay imágenes con poca ropa de Hanna apareciendo en Internet durante la noche. Ella no había recibido ninguna llamada telefónica de alerta roja de Jeremiah, diciéndole que había arruinado todo. Con un poco de suerte, Patrick había tomado el primer avión a México y Hanna nunca sabría de él.

La Sra. Marín cambió su peso en la puerta.

—¿Por qué te está molestando en un fin de semana? —preguntó con desconfianza—. ¿Es esto algo acerca de la campaña?

Ella dijo lo de la campaña rodando los ojos. Hanna dudaba de que su madre estuviera siguiendo a Tom Marín el día de la votación. Siempre que había una mención de él en el papel, ella olía desaprobación y rápidamente daba vuelta a la página, diciendo que era mejor participar en el gobierno de la misma manera independiente que participó en su matrimonio.

—No sé —murmuró Hanna. Se levantó de su cama, le dio unas palmaditas al pequeño Dot, en su cabeza en forma de diamante y miró su reflejo en el espejo. Su piel estaba pálida e hinchada. Sus labios estaban agrietados en las esquinas. Su cabello estaba salvaje y anudado alrededor de su cara. Tal vez su padre fue a la convocatoria de su cargo debido a su campaña. Tal vez estaban haciendo una sesión de lluvia de ideas improvisadas. ¿Iban a hacer algo como eso en una mañana de sábado?

Su padre levantó la vista cuando entró.



—¡Hey, Hanna! —Él no se presentó. Él no se apresuró a abrazarla. Se quedó sentado allí, mirando.

—Uh, ¿qué te trae por aquí tan temprano? —Hanna trató de sonar ligera y bromeando—. ¿Había otro grupo de enfoque diciendo que me amaban?

El Sr. Marín no esbozó una sonrisa. Tomó un largo sorbo de café, y luego suspiró.

—Hay dinero que falta en mi fondo de la campaña de la caja chica. Alguien se lo robó de mi oficina durante la fiesta de anoche. Diez mil dólares. Yo mismo lo conté.

Un grito ahogado salió de la boca de Hanna antes de que pudiera controlarse. ¿Él mantenía tan buen recuento de la caja chica?

—Lo sé, lo sé, es terrible. —El Sr. Marín sacudió la cabeza—. Pero tienes que ser honesta conmigo, Hanna. ¿Sabes algo sobre esto?

—¡No! —Hanna escuchó decirse a sí misma—. ¡Por supuesto que no!

El Sr. Marín puso su café en la mesa junto al sofá.

—Alguien te vio entrar en el hueco de la escalera en la noche benéfica anterior. ¿Subiste hasta aquí?

Hanna parpadeó.

—¿Q-quié te dijo eso? —¿Kate? ¿A?

Su padre miró hacia otro lado, mirando por la ventana. Las huellas que el coche espeluznante había hecho en la nieve, ayer por la noche todavía estaban allí.

—No importa. ¿Es cierto?

—Y-yo sí subí aquí —dijo Hanna, pensando en sus pies—. Pero eso fue porque vi a alguien venir aquí primero. Actuaba como una sombra. Quería asegurarme de que nada estaba mal.

El Sr. Marín se inclinó hacia ella como si estuviera viendo la escena de un thriller con drama de suspenso.

—¿A quién viste?

Un nudo en la garganta de Hanna. Aquí fue donde su plan general no se reunió o se estrelló e incendió.

—Jeremiah —susurró.



Su padre se echó hacia atrás. Hanna se lamió los labios y continuó, con la esperanza de que no podía oír su corazón golpeando en su pecho.

—Lo seguí hasta aquí. Él no me vio cuando salí. Luego me fui detrás de él y miró a su alrededor. Pero, papá, nunca me imaginé que en realidad había robado.

—¿Por qué no me lo dijiste esa noche?

—Debido a que... —Hanna se quedó mirando su regazo—. Lo siento. Debería haberlo hecho.

Se cubrió el rostro con las manos.

—Estoy tan, tan apenada. Nunca tomé nada de ti, papá. Soy tan feliz por ser capaz de ayudarte... que nos hemos unido. ¿Por qué debería poner en peligro eso?

Las lágrimas llenaron los ojos de Hanna. No era sólo un trabajo temporario para reunir su simpatía, que era, en muchos sentidos, la verdad. De muchas maneras, ella deseaba poder tener sólo que decirle acerca de Patrick y que fue un error honesto, entonces ellos podrían haber ido a la policía y establecerían de esta manera el derecho. Pero no podía soportar la idea de la decepción en el rostro de su padre si le contaba sobre las fotos, sobre todo ahora que no estaba en su buena voluntad. Lo desharía con todo.

El Sr. Marín suspiró. Cuando Hanna se atrevió a mirar, vio una expresión triste, atormentando en su cara.

—Estoy feliz de que nos hayamos unido, también, Hanna —dijo en voz baja.

—No hemos hecho mucho de eso últimamente.

Luego se levantó y caminó por la habitación.

—Gracias por decírmelo. Te agradezco tu honestidad. La información completa, he encontrado algo de Jeremiah por la caja, algo potencialmente incriminatorio. Él lo niega todo, por supuesto, pero ya no es parte del equipo. Este es un delito grave.

—¿Vas a llamar a la policía? —le preguntó Hanna, aterrorizada. Ella había imaginado que su padre simplemente quemaría a Jeremiah y que sería todo. ¿De verdad tiene que conseguir involucrar a los policías? ¿Y si pudieran rastrear ese dinero a Patrick?

El Sr. Marín dio unas palmaditas en el hombro de Hanna.

—Deja eso para mí, Hanna. Pero hiciste lo correcto. Así que gracias.



Entonces, sonó su teléfono, y le dijo a Hanna que le vería más tarde y se lanzó a su oficina para tomar la llamada. No había nada más que hacer para Hanna excepto dejarlo. El ascensor repiqueteo una vez más, y ella entró y se desplomó contra la pared.

Hanna presionó el botón ABRIR PUERTA una y otra vez. Nada. El botón LOBBY. Zip. Ella presionó todos los botones del teclado, incluyendo uno con el sombrero de bombero en él.

—¿Hola? —gritó, con la esperanza de que su padre pudiera oírla a través del eje—. ¡Ayuda! ¡Estoy atrapada!

Las luces se apagaron.

Hanna gritó. Sólo una pequeña franja de luz en la parte superior de la cabina era visible.

—¡Hey! —gritó, golpeando las puertas—. ¿Hay alguien? ¡Por favor!

Pero era fin de semana, nadie estaba en el edificio. Hanna sacó su teléfono y llamó a su padre al número de la oficina. El teléfono celular trató de marcar, pero debido a que estaba en un ascensor, la llamada no se pudo hacer. Ella trató de llamar a su madre, luego a Spencer, luego a Aria. Marcó el 9-1-1. Nada. Llamada perdida.

Gotas de sudor brotaban en la frente de Hanna. ¿Qué pasaría si el ascensor estuviera atascado por varios días? ¿Qué pasa si el edificio se incendia y quedo atrapada en aquí? Era como estar encerrada en esa habitación en Poconos cuando Ali había prendido fuego a la casa. O ser atrapada por los faros del coche de Mona.

Un tiro hacia adelante y se golpeó.

—¡Ayúdenme! —gritó ella—. ¡Ayuda!

Y después, horriblemente, oyó la voz.

Apuesto a que no fuiste siempre bonita, ¿no?

—¡No! —gritó Hanna, deseando que fuera su cerebro. No podía pensar en ello ahora mismo. No podía permitir que la memoria entrara.

Pero la voz de Tabitha sólo se hizo más fuerte. *¡Siento como si a ustedes, chicas, las hubiera conocido de siempre!*



De repente, Hanna no pudo resistir más. Los recuerdos de Jamaica se deslizaron a un costado, a lo largo, plegados y presionados. Las voces de sus amigos invadiendo sus oídos, y de repente se podía ver claramente la habitación del hotel en Los Acantilados.

—¿Crees que deberíamos ir a ver lo que quiere? —Aria levantó la nota que Tabitha había dejado debajo de la puerta.

—¿Estás loca? —Emily la miró—. ¡Ésa es una sentencia de muerte que Ali nos está haciendo!

—Em, no es Ali —gimió Aria.

Todo el mundo cambió torpemente.

—En realidad, realmente se parece a Ali —le susurró Spencer—. Todos pensamos así, Aria. Eres la única que no lo hace.

Hanna miró la nota.

—Tal vez Aria tiene razón, sin embargo. Si no subimos ahora, nos encontrará de otra manera. Ella no está sola. Por lo menos, de esta manera, todas vamos a estar juntas.

Y así fue. Tabitha estaba esperando, la plataforma más alta encima de la cubierta del techo del restaurante, que era perfecto para el bronceado y las estrellas. Sentada en una de las sillas, bebiendo una piña colada. No había nadie más allí. Toneladas de palmeras se balanceaban en todo el espacio, haciendo al pequeño balcón más privado y que pareciera de una manera aislada también.

Cuando las vio, se levantó de un salto, con una amplia sonrisa.

—¡Eh, chicas! ¡Supongo que recibieron mi nota!

La sonrisa en su rostro se había torcido, diabólica. La mirada de Hanna deriva de la pulsera de la muñeca, al igual que Emily, dijo, fue una coincidencia exacta con la que Ali había hecho para ellas después de la Cosa de Jenna. Esa estaba deshilachada en los bordes, al igual que la de Ali estaba. Y fue tan perfecto, el lago azul que ellas pensaron que era muy bonito.

Era Ali. Tenía que ser. Todos los rastros de Tabitha se habían ido, y Hanna podía ver tan claramente a Ali, esto dolía.

Spencer envolvió sus manos alrededor de la parte superior de un sillón vacío casi como si ella estuviera usándolo como un escudo.

—¿Por qué querías que viniéramos aquí?



—Porque iba a mostrarles algo —dijo inocentemente.

Los ojos de Spencer se estrecharon como si no le creyera a la chica por un minuto.

—¿Quién eres tú?

La niña se puso las manos en las caderas, hacia atrás y adelante en broma.

—¿Estás borracha, Spencer? Mi nombre es Tabitha. Yo te lo dije.

—Tu nombre no es Tabitha —dijo Emily en voz baja, aterrorizada—. Sabes cosas sobre nosotras. Cosas que nadie más podía saber.

—Tal vez soy psíquica —dijo la joven, encogiéndose de hombros—. Y, bueno, hay algo acerca de todas ustedes. ¡Siento como si a ustedes, chicas, las conociera de siempre!, pero eso es imposible, ¿no? —Sus ojos brillaban con picardía. El estómago de Hanna se precipitó.

Entonces, la chica fijó su mirada en Hanna, que aún estaba de pie junto a las escaleras.

—Puedes venir más cerca, Hanna. —Ella le hizo señas curvando el dedo—. No voy a morder. Sólo quiero mostrarte la increíble vista. Es increíble desde aquí arriba.

Hanna apretó su boca cerrada, haciéndola inmóvil. Entonces, la chica dio un paso tambaleante hacia ella, aparentemente en un solo paso. Derramó su bebida. Sus ojos no parpadeaban. En cuestión de segundos, ella había puesto Hanna contra la pared baja que rodeaba a la cubierta. De cerca, olía a jabón de vainilla y a ron. Cuando ella miró a los ojos de Hanna, dejó escapar otra risita cantarina y familiar. El corazón de Hanna golpeó. Pensó en las veces que había oído reír a Ali, incluso después de que Ali hubiera muerto, supuestamente, en el fuego de Poconos. Las mañanas cuando se había despertado con un sudor frío, pensando que Ali estaba tras ellas. Ahora bien, estaba haciéndose realidad.

—¿Qué quieres de nosotras? —exclamó Hanna, cubriéndose el rostro con las manos—. ¿No has tenido suficiente?

La chica sacó el labio inferior.

—¿Por qué me tienes tanto miedo?

—Sabes por qué —le susurró Hanna, mirando a los ojos enloquecidos de la chica—. Eres Alison DiLaurentis.

Un destello de algo, tal vez sorpresa, tal vez diversión cruzó en el rostro de la chica.



—¿La chica muerta? —Ella apretó su mano contra su pecho—. ¿La asesina loca? Ahora, ¿por qué dices algo horrible como eso?

—¡Debido a todo lo que nos has dicho! —dijo Aria detrás de Hanna—. ¡Todo lo que sabes! A, y debido a las quemaduras en tu cuerpo. ¿Son las del fuego?

La chica miró a sus brazos quemados y sonrió alegremente.

—Tal vez. Pero no sobreviví al fuego, ¿verdad?

—Nadie sabe realmente lo que pasó —dijo Emily con voz temblorosa—. Todo el mundo pensaba que moriste, pero...

—¿Pero qué? —La chica interrumpió con una voz bromista, sus ojos brillantes—. ¿Pero me escapé? ¿Alguna idea de cómo pudo haber sucedido eso, Em?

Emily palideció y dio un paso atrás. Hanna, Spencer, Aria y la miraron por un momento, sin saber a lo que la chica quería llegar.

Entonces, la chica avanzó hacia Hanna. Hanna gritó y saltó lejos.

—¿Qué te pasa? —La chica parecía ofendida—. ¿Qué crees que voy a hacer?

—¡Déjame en paz! —gritó Hanna, tambaleándose hacia atrás. Bambú áspero que se alineaban en las paredes raspaban contra su piel. Ella se dio cuenta del aire libre detrás de ella, la pared para dar paso a una caída de diez metros. El mar se estrellaba lejos, muy abajo.

—¡No la toques! —Aria corrió hasta la chica, la agarró del brazo y la hizo girar—. ¿No has oído? ¡Quiere que la dejes en paz!

—Sólo tienes que decirnos quién eres ¿de acuerdo? —dijo Spencer detrás de Aria—. Se honesta.

Una lenta sonrisa se dibujo en el rostro de la niña.

—¿Quieres una respuesta sincera? Bueno. Soy Tabitha. Y soy fabulosa.

Todo el mundo quedó sin aliento. Hanna estaba segura de que gritó. Ali decía eso siempre. Tabitha realmente era Ali.

Ali se alejó de Aria y se volvió a Hanna de nuevo. Hanna trató de presionarse contra la pared, pero el tobillo se volvió y perdió el equilibrio. Ella dio la vuelta, cara a cara con el océano rompiendo abajo. Con una sola pulsación, se caería abajo, abajo, abajo...

—¡Ayuda! —gritó Hanna ahora en el ascensor justo cuando había gritado entonces.



—¡Qué alguien me ayude!

De repente, las luces se encendieron de nuevo. La cabina rebotó una vez, tirando a Hanna en el suelo. El motor comenzó a girar arrastrando la cabina hacia el vestíbulo.

La campana repiqueteó. La puerta se abrió sin problemas en la planta baja, como si nada hubiera estado mal. Hanna salió al vestíbulo vacío, su corazón bombeando rápido con su cuerpo sudando y temblando, y los horribles recuerdos que ella siempre había suprimido ahora estaban volando alrededor de su cabeza como una bandada de gansos atrapados en un centro comercial.

Algo a la izquierda le llamó la atención. Un pequeño armario gris de utilidades estaba ligeramente abierto. ASCENSOR, decía un cartel en la puerta. Palancas, medidores, interruptores y se alineaban en la pared. Sin duda no había sido abierta cuando Hanna llegó hace media hora. De hecho, nunca la había visto abierta antes de hoy.

Se asomó a la habitación y olfateó. Olía un poco como a jabón de vainilla. Alguien había estado en la sala del ascensor, manipulando los controles.

Y Hanna sabía exactamente quién era.

Ali.



Capítulo 28

Cuando el empujoncito se vuelve empujon

*Traducido por alexiia ☪
Corregido por Loo!**

Esa misma mañana, Aria se puso su pantalón de esquí, guardó un par de calcetines extra y un suéter de lana, ató sus botas de esquí y se fue a las pistas. Los chicos Kahn se arremolinaban fuera de la casa de campo, preparándose y examinando la última nevada. Klaudia estaba sentada en un banco verde, atando la correa de sus esquís. Cuando Noel notó a Aria, una leve y arrepentida sonrisa cruzó en el rostro de él.

—Hey.

—Hey —Aria le crujó.

—¿Dormiste bien? —Noel dijo con una voz artificial, demasiado amable.

Aria asintió con la cabeza.

—Muy bien. —Luego se volvió a Klaudia—. Quiero hablar contigo.

Klaudia miró a Aria una fracción de segundo, y luego miró hacia otro lado.

—Yo ocupada.

Aria apretó los dientes. Esto iba a ser más difícil de lo que pensaba. Pero tenía que hablar con Klaudia. Había llegado a una decisión.

Después de haber llegado a su habitación la noche anterior, había tenido terribles pesadillas de los chicos Kahn teniendo su camino con Klaudia en la bañera. Había recogido el teléfono mil veces, desafiándose a componer un mensaje diciendo Esto terminó a Noel, pero siguió dejándolo, algo dentro de ella todavía no estaba exactamente listo.

Entonces, unos cuarenta y cinco minutos más tarde, había oído pasos en el pasillo y salió corriendo a la mirilla y se asomó. Noel sumergía su tarjeta de acceso en la habitación de él. Estaba solo. No había señales de sus hermanos o Klaudia. Y luego cinco minutos después, apareció un texto en el teléfono de Aria:



Buenas Noches.

Nos vemos mañana. XX, Noel.

Nada había sucedido entre Noel y Klaudia. Los celos que habían estado presentes en Aria desde que era amiga de Ali, estaban comiéndola viva. Esto casi había destruido su relación con Noel, una vez, no podía dejar que esto sucediera de nuevo. Klaudia iba a estar viviendo con los Kahn hasta junio. Si Aria quería siempre sentirse cómoda con los Kahn, una vez más, y sobre todo con Noel, tenía que hacer las paces con ella

—¿Por favor? —Aria colocó su mano sobre el hombro de Klaudia—. Tengo que pedirte disculpas.

Klaudia quitó su mano sacudiéndose.

—No tengo nada que decirte. Yo avergonzada y herida. —Luego esquió a la zona de los telesillas y esperó la siguiente góndola.

—¡Espera! —gritó Aria, ajustándose sus propios esquís y deslizándose para alcanzarla. Así como Klaudia se sentó en la góndola, Aria también se sentó.

—¡Idiota! —escupió Klaudia, moviéndose hasta el extremo de un lado de la silla—. ¿Qué estás haciendo?

—Necesito hablar contigo —insistió Aria—. Es importante.

—¿Aria? —exclamó Noel preocupado detrás de ella—. ¡Eh, has olvidado tus palos! —Él sacudía en el aire con la mano dos palos largos y delgados—. ¡Y estos son para levantar un doble diamante negro!

Aria vaciló. Eran ya veinte metros del suelo. Góndolas vacías se balanceaban detrás de ella. Los esquiadores zigzagueando por debajo, de repente viéndose como minúsculas hormigas.

—¡Está bien! —dijo con valentía. Esperando que sólo pudiera estar en la góndola y esperar a que llegara abajo.

Entonces, Aria miró a Klaudia, quién se volteó deliberadamente a la dirección opuesta, mirando a los pinos.

—Te debo una disculpa. No debí avergonzarte la noche anterior. No sabía lo que eran las prácticas Finlandesas. Lo siento. —Aria en realidad no creía que todo el mundo en Finlandia estuviera en las bañeras, calientes y desnudos, pero era más fácil simplemente dejar que Klaudia creyera que lo hacía y seguir adelante.



Klaudia no movió un músculo. Hasta sus esquís se quedaron inmóviles.

Aria suspiró y continuó.

—Tengo un problema de celos. Me encantó Noel cuando estaba en sexto y séptimo grado, cuando no había ninguna posibilidad de que conectáramos. Así que cuando él estuvo interesado en mí el año pasado, no creía que fuera real. A veces dejo que los celos me apoderen, y eso estuvo pasando contigo. Yo... bueno, accidentalmente leí uno de tus mensajes con tu amiga Tanja. Dijiste que era una *Peikko*. Una troll.

Klaudia dio media vuelta. Esto le llamó la atención.

—¿Tú me espiaste?

—No fue mi intención —dijo rápidamente Aria—. Estaba simplemente ahí tirado, y... bueno, lo siento. Durante un tiempo estuve muy enojada contigo, sonaba como si quisieras a Noel, y me dolió que pensaras que era una troll cuando pensaba que nos estábamos convirtiendo en amigas. Pero lo he superado. A veces la gente habla a espaldas de sus amigos. Así es la vida. Pero vamos a estar viéndonos mucho la una a la otra, así que quiero que seamos amigas otra vez. ¿Podemos tener una tregua?

Un remolino de viento hizo que el rubio-helado cabello de Klaudia cayera sobre su cara. En la pendiente, alguien había desaparecido en una nube blanca. La cumbre de la montaña apareció sobre la cima. Un gran cartel en la nieve, decía LEVANTE LA BARRA PARA DESEMBARCAR.

En silencio, Klaudia empujó la barra hacia arriba, agarró fuerte los palos de esquí y miró a Aria. Había una mirada indulgente en su cara, y por un momento Aria pensó que pediría disculpas y todo volvería a la normalidad. Pero entonces, sus labios se curvaron en una sonrisa cómplice.

—En realidad, Aria, voy a joder a tu novio. Esta noche.

Aria la miró fijamente. Se sentía como si Klaudia acabara de darle un puñetazo en la garganta.

—¿Perdón?

Klaudia se acercó más a Aria.

—Voy a joder a tu novio —dijo una vez más en un español-de-libros-de-texto-perfecto—. Esta noche. Y no hay nada que puedas hacer al respecto.

Era como si estuvieran en una película de terror donde un personaje de repente fue poseído por un demonio.



¿Quién era esta chica que hablada con nervios de acero?

La cara de Klaudia se había transformado de gatita sexual e inocente a ladrona despiadada de novios. Y aún más que eso, la mirada de sus ojos era casi peligrosa, como si ella quisiera dañar a Aria. Aria recordó que la última vez donde vio esa mirada fue en la cara de Tabitha, Ali, cuando ella amenazó a Hanna en la terraza del tejado en Jamaica.

La memoria vino rápidamente, como si hubiera estado esperando pacientemente durante casi un año para levantar su fea cabeza.

Aria no creía que Tabitha fuera Ali, hasta que ella empezó a amenazar a Hanna. Entonces, de repente, le pareció tan... real. Cada gesto de Tabitha, cada uno de sus movimientos agresivos eran exactamente los mismos que Ali había hecho la noche que intentó matarlas en Poconos.

De repente, Aria vio lo que los demás ya sabían. Ali estaba aquí. Ella trataba de escabullirse en sus vidas disfrazándose. Y Aria casi la había dejado.

—¡Por favor! —Hanna le gemía a Ali cuando la empujó a la pared que rodeaba la terraza—. ¡Déjame en paz!

Todos los instintos de protección golpeaban dentro del cuerpo de Aria. Ella se interpuso entre las dos.

—¡No la toques!

Ali se dirigió a Aria, mirándola como si estuviera loca.

—¿Qué crees que iba a hacer? Sólo quiero mostrarle la vista.

Pero Aria no caería en eso.

—¡Sé lo que ibas a hacer!

Ali se alejó de Hanna y en su lugar se abalanzó sobre Aria. Ahora era el turno de Aria para perder el equilibrio y tener una visión aterradora de las crestas de las olas rompiendo abajo.

—Aria —gritó alguien detrás de ellas. Vidrios rostros. La rodilla de Aria golpeándose en el suelo, raspando su piel. Ali volviendo a atacar a Aria, sus brazos extendidos hacia ella. Aria miró fijamente esos ojos locos, viendo claramente a Ali en su interior. Ella había ido a matarlas, al igual que había matado a Courtney, Ian y Jenna. Ella iba a lanzarlas por la terraza una por una.



No estaba claro que sucedió después. Lo único que Aria recordaba era la sensación de una explosión de fuerza, agarrando los brazos de Ali, girando a su alrededor, y empujándola con fuerza. Los pies de Ali abandonaron el piso. Un sonido poco natural salió de su boca. Sus brazos se agitaban desesperadamente a su alrededor, pero de repente parecía un hueso y plumas de luz. Antes de que alguien pudiera hacer algo, ya caía en el espacio negro y vacío.

Alguien grito. Alguien se quedó sin aliento. El cuerpo estaba desapareciendo, primero la cabeza y los hombros, luego el torso, luego las nalgas y piernas, y finalmente sus pies. Ella cayó en la oscuridad, no hicieron si quiera un ruido cuando cayó.

Y entonces... un ruido sordo. El choque sólido de un cuerpo golpeando la arena.

La memoria pasó a través del cerebro de Aria en una fracción de segundo. Cuando su visión se centró una vez más, vio el cuerpo de Klaudia presionando el suyo. Sus manos en busca de ella, intentando empujarla fuera de la silla. Ella agarró los hombros de Aria y empezó a temblar con fuerza. Su cara estaba a escasos centímetros de la de Aria.

El mismo impulso de auto-preservación corrió por las venas de Aria, una vez más.

—¡Suéltame! —gritó, señalando hacia arriba. Empujó a Klaudia a la ligera, pero Klaudia sólo dejó escapar una risita desagradable y cubrió la boca de Aria con su mano enguantada. El miedo y la furia corrían en las venas de Aria—. Te dije, ¡suéltame! —gritó, empujando el pecho de Klaudia.

Klaudia rodó hacia atrás, dejando escapar un grito. En ese preciso momento, la góndola se inclinó hacia abajo para la elevación de los esquiadores. El cuerpo de Klaudia se inclinó, también. Sin la barra de protección, se deslizó fuera de la silla.

—¡Oh mi Dios! —Aria intentó agarrar la mano de Klaudia, pero ya era muy tarde. Klaudia se precipitaba hacia el suelo, su sombrero volando fuera de su cabeza, sus brazos girando violentamente, sus esquís dando patadas, su cara con una máscara retorcida de terror y furia. Tres devastadores segundos más tarde, su cuerpo cayó boca abajo en un montón de fresca y polvorienta nieve.

Y al igual que cuando pasó lo de Ali, después de la caída todo quedó en silencio.



Capítulo 29

No preguntes, ni lo cuentes

*Traducido por florenciacampanelli
Corregido por Caamille*

Spencer abrió sus ojos. Estaba recostada sobre una pila de hojas en una enorme habitación en el Hotel Hudson. Un equipo de sonidos, emitía el calmante ruido del océano.

Era curioso, no recordaba tener un equipo de sonidos la noche anterior, pero en ese entonces no había prestado atención antes de quedarse dormida.

Cuando miró otra vez, Zach estaba acostado junto a ella. Parecía diferente esta mañana. Su corto cabello marrón, estaba largo y rubio.

Y tenía cicatrices en el cuello y en los brazos, y una línea de algo rojo que emanaba de su oreja izquierda. ¿Eso era... *sangre*?

Miró a su alrededor, éste no era el Hudson. Ella estaba tumbada en una larga franja de arena blanca.

No había ninguna persona en millas. El olor de la sal y el pescado le hizo cosquillas en la nariz. Las olas chocaban contra la costa. Las gaviotas sobrevolaban la zona. Echó un vistazo hacia atrás, fuera de la playa había estuco rosado con la cubierta de la jerarquía de un cuervo. Era una jerarquía muy familiar.

Spencer susurró.

—No.

Estaba en Jamaica. En las rocas. Vio la figura a su izquierda nuevamente, era una chica. La línea de sangre escarlata goteó de su oído hacia la arena. Una pulsera de cuerda azul rodeaba su muñeca. Su vestido amarillo, se encontraba subido hasta casi su extremo y sus piernas estaban dobladas en un ángulo poco natural.

No era Zachary, era Tabitha. Ali.



—Oh por Dios. —Spencer se levantó de un salto y corrió por todas partes para mirar fijamente en la cara de la muchacha. Sus ojos estaban cerrados fuertemente, su piel estaba descolorida, azul, como si hubiese estado muerta durante horas.

—Ali. —Spencer golpeó la mejilla de Alison con fuerza—. Ali. —La chica no respondió.

Spencer tomó el pulso de su muñeca, y nada. Su cabeza colgaba de su cuello, como las vértebras se rompieron en mil piezas. Debajo de sus ojos había sangre acumulada.

Spencer miró a su alrededor desesperada por encontrar a las demás, pero ellas no estaban. Habían huido después de que Aria la empujó, ¿verdad? Habían estado juntas en esto.

—Ali, por favor despierta —le gritó Spencer. Negó con la cabeza—. Siento lo que hizo Aria, estaba asustada. No sabía que ibas a hacernos, yo hubiese hecho lo mismo. —Y lo habría hecho.

Esta escena le recordaba demasiado a los escalofriantes últimos momentos que había tenido con Mona Vanderwaal cuando confesó que era la primera A.

De repente los ojos de Ali se abrieron. Se inclinó hacia adelante, jalando el cabello de Spencer, se acercó tanto que Spencer podía oler un tono débil de vainilla en su piel.

—Sé lo que hiciste —susurró Ali con voz ronca—. Y todo el mundo, muy pronto también lo sabrá.

Spencer se despertó en medio de gritos. En la televisión había un espectáculo para niños. Esta vez realmente estaba en el Hudson. Zach estaba recostado al lado de ella, no Ali. Sin embargo, aún podía oler la sal y la arena de Jamaica. Su cuero cabelludo le dolía donde Ali le jaló el cabello. Se sentía tan real.

Bang, bang, bang. El ruido provenía de la puerta.

Zach se levantó a su lado y poniendo sus brazos en su cabeza.

—Hey —dijo dando a Spencer una gran sonrisa—. ¿Qué es ese ruido?

—Alguien está tocando la puerta —dijo ella sacando sus piernas por un lado de la cama.

En ese momento la puerta se abrió.

—¿Zach? —Era una voz familiar, de un hombre—. Son las 9:30, Douglas está esperándote para hablar acerca de la Universidad de Harvard. Mueve tu trasero para que estés listo.



Spencer abrió la boca y se congeló. Era el Sr. Pennythistle.

Spencer en el mismo instante en que lo vio, la sangre huyó de sus mejillas. Rápidamente se envolvió en la sábana. En algún momento en medio de la noche, se quitó la falda, las medias y ahora estaba sólo en su blusa y ropa interior.

Zach se apresuró, también, buscando su camiseta, que también se había quitado. Pero ya era demasiado tarde, el Sr. Pennythistle había visto todo.

—¡Jesucristo! —gritó, retorciendo su cara—. ¿Qué demonios?

Zach se puso la camiseta sobre su cabeza.

—Papá, no es lo que...

—Eres un bastardo enfermo. —El Sr. Pennythistle redujo sus ojos mirando a su hijo. Tiró del brazo de Zach empujándolo contra la pared—. ¡Ella va a ser tu hermanastra! ¿Qué diablos te pasa?

—No era lo que parecía —protestó Zach débilmente—. Estábamos simplemente pasando el rato.

Sr. Pennythistle sacudió los hombros de Zach.

—No podías mantenerte los pantalones puestos, ¿verdad?

—¡Estábamos durmiendo! —exclamó Spencer—. ¡En serio!

Sr. Pennythistle no le hizo caso. Sacudió a su hijo una y otra vez, Spencer hizo una mueca de dolor.

—Eres un perverso retorcido, Zachary. Un perverso enfermo, desagradable, no eres digno de cualquiera de las cosas que hago por ti.

—¡Papá, por favor!

El Sr. Pennythistle echó su mano hacia atrás y luego golpeó la cara de Zach. Zach se tambaleó hacia atrás, luchando contra su padre, pero el Sr. Pennythistle lanzó todo su cuerpo encima de él. La peor parte fue que parecía que había hecho esto muchas veces antes.

—¡Basta! —gritó Spencer, retorciéndose en la falda de la noche anterior—. ¡Sólo para! ¡Por favor!

Sr. Pennythistle no parecía escuchar. Zach estaba contra la pared, pero el Sr. Pennythistle sólo le sacudía más fuerte.



—¿Cuándo me vas a escuchar? —gruñó—. ¿Cuándo vas a entender?

Spencer tiró el brazo de Sr. Pennythistle.

—¡Por favor deténgase! ¡No era lo que parecía! ¡Lo juro!

—Spencer... —Zach la miró sobre el hombro de su padre—. Solamente ándate. Tú no tienes por qué ver esto.

—¡No! —Zach pronto sería el hermanastro de Spencer, y tenía que protegerlo. Ella tiró de la camisa de Oxford de Sr. Pennythistle, rasgándola.

—¡Zach no me tocaría! ¡Él es gay!

El Sr. Pennythistle inmediatamente dejó de lado a su hijo y se dio la vuelta para mirarla.

—¿Qué dijiste?

Spencer miró a la cara afectada de Zach. Sacudió la cabeza con desesperación, como si él tampoco pudiera creer lo que había dicho, pero ¿qué se suponía que debía hacer, dejar que su padre lo golpeará aún más?

Zach se cubrió el rostro con las manos. Su padre se volvió hacia él.

—¿Es cierto lo que ha dicho?

Un gorgoteo salió de entre los labios de Zach. Su padre se apartó de él como si fuera tóxico. Entonces, de pronto estiró el brazo y golpeó la pared de imitación de madera junto a la cabeza de Zach. Spencer saltó hacia atrás y lanzó un grito. Sr. Pennythistle golpeó la pared una y otra vez. El yeso voló en todas partes. Cuando terminó, se inclinó por la cintura y puso sus puños con sangre en sus rodillas. El rostro contraído por la angustia. Parecía como si estuviera a punto de llorar.

Un golpe pequeño, tímido sonó en la puerta.

—¿Nicholas? —llamó la madre de Spencer—. ¿Está todo bien?

Nadie dijo una palabra. Después de un momento, el Sr. Pennythistle dio la vuelta y salió de la habitación, cerrando la puerta tan fuerte que estremeció las paredes. Spencer le oía hablar con su mamá en la sala.

Se atrevió a mirar a Zach. Parecía desconcertado, pero estaba bien.

—¿Qué diablos te pasa? ¿Por qué le dijiste eso?



Spencer se acercó a él.

—¡Pensé que te estaba haciendo daño!

Zach deformó sus labios en una mueca y dio un paso atrás de ella. La miró con un odio total, una mirada que ella pensó que nunca vería en él.

—Te pregunté si podías guardar un secreto, pero supongo que era demasiado pedir para una Pretty Little Liars —gruñó—. Púdrete en el infierno, perra.

Antes de que Spencer pudiera protestar, el recogió su abrigo, se puso sus zapatos, y también salió de la habitación. La puerta se cerró una vez más. Y luego, silencio.

Spencer se hundió en el colchón, tirando una de las almohadas de la cama al suelo. Todavía tenía la forma del cráneo de Zach. El colchón estaba todavía caliente por su cuerpo.

Otro pedazo de yeso cayó de la pared hasta el suelo. La sangre del Sr. Pennythistle goteaba del agujero que había creado hasta la alfombra. Le recordó a Spencer el sueño que había tenido esa mañana, la línea de sangre goteando de la oreja de Ali. “Sé lo que hiciste.”

Beep.

Era el BlackBerry de Spencer, lo había puesto en la mesita de noche antes de dormirse la noche anterior. Incluso desde el otro lado de la habitación, se dio cuenta que la pantalla decía: UN NUEVO MENSAJE DE TEXTO.

No, pensó Spencer. *Por favor, ahora no*. Pero no podía ignorarlo. Tuvo que pulsar la tecla *leer*.

Cuidado, Spencer. Eventualmente, todos los secretos llegan a tierra. Creo que sabes exactamente lo que quiero decir. —A



Capítulo 30

Ella es mas inteligente de lo que parece

*Traducido por Josez57
Corregido por BrendaCarpio*

El centro médico Lenape no era más que un edificio bajo, cuadrado, que olía como gotas antisépticas y tos. Un televisor en el rincón en silencio mostraba un comercial informativo de un pelador de papas mágico, la silla en la que Aria estaba sentada estaba haciendo dormir su trasero, y estaba a punto de perder la razón con el zumbido constante del autómata, y la voz del Servicio Nacional de Meteorología en la radio. Al parecer, esta zona tendría dos metros más de nieve mañana. No es que se quedarían a pasar un día extra de esquí. No después de lo que había sucedido con Klaudia.

Aria se esforzaba por escuchar cualquier cosa que viniera de la sala de examinación, gemidos de dolor, gritos de agonía, el sonido de un monitor cardíaco plano de revestimiento. La habitación estaba en mortal silencio. Eric y Christopher Kahn descansaban en los sillones, leyendo viejos ejemplares de Sports Illustrated. Noel se paseaba por el pequeño espacio, al teléfono con su madre.

—Sí, mamá... ella simplemente cayó, no lo sé... la patrulla de esquí la rescató... estamos en el centro médico ahora... espero que esté bien, pero no lo sé.

Sólo escuchar la repetición de lo sucedido por Noel hizo sentir a Aria temblorosa y enferma. Las últimas horas habían sido espantosas y surrealistas. Después de que Klaudia se cayó del elevador y no se movía, los esquiadores se detuvieron a su alrededor. Un guardia de esquí apareció al lado, y luego una moto de nieve con un trineo de rescate. Alguien se arrodilló y tomó el pulso de Klaudia. Gritaban al oído de Klaudia, pero Aria no podía decir si ella respondió o no, ese fue el momento en que el ascensor llegó a la cima de la colina y ella había bajado.

Ahora, todo el mundo estaba esperando a ver qué daños había sufrido. Al parecer, la patrulla de esquí había sido capaz de despertar a Klaudia antes de cargarla en el trineo de rescate y bajar de la montaña, pero había pasado un montón de dolor. Una ambulancia la esperaba en la parte inferior en el momento en que Aria se deslizó colina abajo llegando al lugar, donde todos ya estaban allí. Esto no se parecía un



centro de trauma muy decente, sin embargo. Se parecía más a un Departamento de Vehículos Motorizados.

Noel se dejó caer en la silla de plástico junto a Aria.

—Mi mamá está fuera de sí. Quería venir aquí y cuidar de Klaudia, pero le dije que debía esperar.

—Ella debe estar tan preocupada —murmuró Aria, cerrando la copia de *Ladies' Home Journal* en su regazo. Había estado leyendo la misma línea de un artículo sobre cómo hacer el pastel de queso premiado durante veinte minutos.

Noel se acercó más.

—¿Y qué pasó exactamente? ¿Cómo Klaudia se cayó?

Aria lo miró, sintiendo una mezcla de culpa y arrepentimiento. Noel había llegado a la escena unos minutos después de todo lo ocurrido; él no había visto nunca una cosa así.

Ellos habían estado demasiado nerviosos para hablar en el camino aquí, pero siguió mirando a Aria con desconfianza, como si intuyera que había hecho algo terrible.

—No estoy muy segura. —Era la verdad, no tenía la intención de impulsar a Klaudia del elevador. Empujarla lejos suyo, sí. Pero no hacerle daño.

—¿Ustedes estaban discutiendo o algo así? —Noel buscó el rostro de Aria—. ¿Ella, simplemente, saltó?

Aria negó con la cabeza.

—Simplemente... se salió. Fue realmente extraño.

Noel cruzó los brazos sobre su pecho y le dio una mirada larga y exigente que hizo a Aria cosquillearle la piel. Él no le creyó. Pero, ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Contarle la historia real? Klaudia dijo: me voy a follar a tu novio en perfecto español, sin acento. Klaudia se había abalanzado sobre ella, mirándola enloquecida y vengativa. Noel simplemente iba a acusar a Aria de ser celosa.

Se dio la vuelta, temiendo que si se lo quedaba mirando durante mucho más tiempo ella iba a dejar escapar todo, y no sólo lo que pasó en el elevador, incluso. Las cosas acerca de A, también. Las cosas sobre Jamaica. Las cosas que Aria no podía bloquear en el elevador hoy, la cosa horrible que había hecho. La horrible cosa que A sabía.



Por otra parte, tal vez lo que hizo no fue tan horrible como había pensado todos estos meses. Si A es Ali, ¿y quién más podría ser? El empujón de Aria, no la había matado.

La puerta de la sala de tratamiento se abrió, y salió una doctora con una bata blanca encrespada.

—La Srta. Huusko está descansando —dijo—. La pueden ver ahora.

Todo el mundo se levantó y la siguió hasta la parte posterior. El médico abrió una cortina de color rosa a rayas, y allí estaba Klaudia, acostada en un catre con un yeso grueso blanco en el tobillo. Su cabello rubio desparramado sobre la almohada. Su vestido de algodón liso se abría en el pecho. Sus labios eran de color rosa y brillante como si acababa de aplicar una nueva capa de lápiz labial. Había conseguido parecer estar lista para tener relaciones sexuales, incluso en el hospital.

—Oh, Dios mío, Klaudia —dijo Aria, sintiendo una oleada de remordimiento a pesar de la apariencia alegre de Klaudia—. ¿Estás bien?

—¿Te duele? —Noel y los otros muchachos le preguntaron también, reuniéndose alrededor de su cama.

—Yo bien. —Sonrió tontamente a todos ellos, todos los rastros de su enunciación de español excelente se había ido—. Sólo un poco lastimada.

—Ella tiene un tobillo roto. —Una enfermera entró y envolvió un manguito de presión arterial alrededor del brazo de Klaudia—. Eso es un problema bastante menor, teniendo en cuenta el accidente que tuvo. Por suerte, su caída fue hacia la parte superior de la ladera. Si hubiera sido en el medio, ella hubiera estado en problemas reales.

—¡Sí, es una locura! —Klaudia pretendía limpiarse el sudor de la frente—. ¡Nunca me había caído del elevador antes! ¡Uf!

—¿Y qué pasó? —Noel se sentó en el borde de la cama de Klaudia.

Klaudia humedeció sus labios y miró a Aria. El único sonido en la habitación era la enfermera inflando el brazalete de presión arterial. Todos los músculos en el cuerpo de Aria se tensaron, esperando el golpe. Por supuesto Klaudia iba a delatarla. Por supuesto que quería dormir con Noel, esto podría sacar a Aria del camino.

Finalmente, Klaudia cambió su posición en la cama.

—Todo se vuelve borroso. Yo no recuerdo.



—¿Estás segura? —Noel le preguntó pasando sus manos sobre sus rodillas—. Parece una locura para mí que te hayas resbalado del ascensor. Has estado durante años en el esquí.

Klaudia se encogió de hombros, con la mirada débil.

—No sé —dijo débilmente, con los párpados cerrados revoloteando.

Eric golpeó el brazo de Noel.

—Amigo, no la presiones.

—Tal vez sufre de amnesia o algo así —dijo Christopher.

Aria se agarró de la cama para mantener el equilibrio, su corazón todavía estaba corriendo. ¿Podría ser cierto? ¿Klaudia había perdido la memoria?

El médico abrió la cortina.

—No la agobien demasiado, chicos. Debido a que la Srta. Huusko se golpeó la cabeza, queremos observarla durante un tiempo para asegurarnos de que no muestra signos de una conmoción cerebral. Si lo es, tendremos que transportarla a un establecimiento más grande. Si no es así, es probable que pueda darla de alta mañana por la mañana.

Todo el mundo asintió con la cabeza.

—Voy a reservar las habitaciones para una noche extra —dijo Noel en una voz superficial, sacando su iPhone.

—Oh. —Aria lo miró—. No puedo permanecer una noche extra. Le prometí a mi papá que cuidaría a Lola.

—Está bien. —Noel ni siquiera levantó la vista de la búsqueda en Google—. ¿Te importaría coger el autobús a casa?

Aria abrió la boca y luego la volvió a cerrar. Ella había esperado que Noel la llevara de vuelta a Rosewood. ¿No podían los otros hermanos quedarse aquí con Klaudia? ¿No podría volver mañana para buscarlos?

Pero Noel no se ofreció, por lo que Aria se encogió de hombros en su chaqueta y sacó su teléfono para consultar los horarios de Greyhound.

—¿A qué hora crees que vas a llegar mañana? —preguntó a Noel—. Tal vez podamos pasar el rato en la noche.

La cabeza de Noel se disparó.



—No sé si Klaudia vaya a estar bien todavía. No creo que debamos hacer planes todavía.

—¡Oh! —Aria se volvió lejos de él—. De acuerdo. Lo siento.

—Y de todos modos, probablemente debería salir con Klaudia los próximos días. —Noel echó un vistazo a la forma de dormir de Klaudia—. Es lo menos que puedo hacer. Ella probablemente va a tener mucho dolor. Necesita a alguien para que la ayude a moverse.

—¡Oh, por supuesto! —Aria luchó por contener las lágrimas.

El próximo autobús que salía de Greyhound a Filadelfia era en una hora. Aria podía caminar hasta la estación desde la clínica, y Noel podría tomar el resto de sus cosas del hotel y llevarlo a casa mañana. En el momento en que Aria se retiró atrás de la pequeña cortina, algo la hizo volver. Klaudia había abierto sus ojos, y miró directamente a Aria. Hubo una leve sonrisa victoriosa en su rostro. Poco a poco, a propósito, se llevó la mano pequeña y pálida, y le dio a Aria el dedo.

Aria abrió la boca. La comprensión fue como una ráfaga de aire frío. Klaudia no tenía amnesia, recordaba todo lo que había ocurrido en el ascensor de esquí con perfecta claridad. Y ahora tenía exactamente lo que quería. Ahora tenía algo que celebrar sobre Aria. Ahora, Klaudia tenía a Aria en su poder.

Al igual que A la tenía.



Capítulo 31

Felicidades, ahora pierdete

*Traducido por Momy
Corregido por Caamille*

Por la tarde, Emily se detuvo en su camino de entrada justo cuando un anuncio sonaba en la radio.

—El devastador engaño. Los giros de identidad. La vida en juego. El reportaje completo en el aniversario del incendio en Poconos y su muerte. *Pretty Little Killer*. Presentado por...

—Uf. —Se quejó Emily, apagándolo. No podía esperar a que el día se acabara y los anuncios se fueran. No quería revivir el día de la muerte de Ali, ninguna de ellas. Sobre todo porque ni siquiera estaba segura de si la *verdadera* Ali estaba realmente muerta.

Salió del auto, sacó su bolsa de equipo de natación por encima del hombro, y caminó por el sendero delante que tenía nieve. Antes de abrir la puerta, trató de enviar un mensaje de texto a Chloe, una vez más.

Necesito hablar contigo. No fue mi culpa. No sabía cómo decírtelo.

Había mensajado a Chloe en cinco ocasiones desde natación, pero Chloe no había respondido.

Suspirando, deslizó la llave en la puerta, pero el pomo giró fácilmente. Eso fue extraño, sus padres por lo general mantenían la puerta bien cerrada, por temor a los intrusos.

—¿Hola? —llamó Emily en el vestíbulo. No hubo respuesta. Eso era raro, demasiado, sus padres siempre por lo menos murmuraban alguna señal de presencia, aunque estaban más que enojados con ella. La casa parecía ocupada, sin embargo, había un olor extraño en el aire y una sensación persistente de que alguien acababa de llegar al final del pasillo.

Los pelos de los brazos de Emily se pusieron de punta. Diversos escenarios pasaron por su cabeza. ¿Qué pasa si A estaba aquí? ¿Qué pasa si A había lastimado a su familia? Quizás A, Ali, fue sacando todas las paradas. Tal vez éste era el día en que todo se caería.



Un horrible pensamiento la dejó fría. Hoy era el día de ajustar cuentas, el aniversario de la muerte de Ali, el día en que había tratado de matarlas. Naturalmente, éste era el día en que volvería para acabar con ellas.

—¿H-hola? —llamó Emily de nuevo, arrastrándose por el pasillo hacia la cocina. Un sonido le hizo detenerse y girar. Eso era... ¿una risa? Su corazón golpeaba en su pecho. Venía de la sala, que estaba cerrada por puertas francesas. Esas puertas nunca estaban cerradas.

Ahí estaba la risa de nuevo. Las manos de Emily empezaron a temblar. La boca se volvió como algodón seco. Poco a poco, empujó la puerta. Que cedió con un crujido.

¿Qué había dentro? ¿Cadáveres? ¿La policía, aquí para detenerla por lo que hizo en Jamaica? ¿Ali?

—¡Sorpresa!

Emily gritó y saltó hacia atrás, chocando con fuerza contra el marco de la puerta. Toneladas de globos atados a las sillas, un regalo envuelto sobre el sofá, y su madre había colocado una enorme torta que tenía el logo de la Universidad de Carolina del Norte, sobre la mesa de café. Sus padres corrieron hacia ella, con grandes sonrisas en sus rostros.

—¡Felicitaciones por la beca! —El Sr. y la Sra. Fields la envolvieron en un abrazo, el primero que le habían dado en meses—. ¡Estamos muy, muy orgullosos de ti!

Había más gente detrás de los padres de Emily. Se estiró sobre su cuerpo abultado y vio a la bebé Grace, el Sr. y la Sra. Roland... y Chloe.

—Oh, Dios mío —susurró Emily, dejando que sus brazos se relajaran.

La Sra. Fields se volvió e hizo un gesto a ellos.

—¡Invité a los Rolands para que celebraran con nosotros! ¡Si no fuera por ellos, esto no hubiera pasado!

—Sí, gracias de nuevo —dijo el Sr. Fields, acercándose a la familia y moviendo la mano del Sr. Roland de arriba y hacia abajo.

—No fue un problema —dijo el Sr. Roland en un rígido y falso amigable tono de voz. Evitó la mirada de Emily.

—Estoy muy contento de que funcionara para ti. —La Sra. Roland dio a Emily un gran abrazo. Cuando Emily se apretó contra su pecho delgado, Chloe hizo un pequeño ruido de ahogo. Emily miró. Sus ojos brillaban con odio. Las esquinas de su boca no



mostraban un atisbo de sonrisa. Para Chloe, Emily fue la adúltera. La destructora de hogar.

La Sra. Fields cortó el pastel y sirvió a todos una rebanada. Afortunadamente, los adultos participaban en su propia conversación, dejando a Emily y Chloe a solas. Emily llamó la atención de Chloe.

—Necesito hablar contigo.

Chloe se apartó, fingiendo que no la oía. Pero Emily no podía dejar que Chloe creyera en algo que no era cierto. Agarró el brazo de Chloe y la arrastró hasta la cocina. Chloe fue de buena gana, pero se apoyó en la isla, cruzó los brazos sobre el pecho, y fingió estar fascinada por el tarro de las galletas que estaba sobre el mostrador. No miraba a Emily a los ojos.

—Lo siento —susurró Emily—. Tienes que creerme cuando te digo que no tenía ni idea que iba a pasar con tu padre. Y no quería que ocurriera.

—Sí, claro —susurró Chloe, con la cabeza todavía vuelta hacia el tarro de las galletas—. ¿Fuiste alguna vez realmente mi amiga? ¿O sólo me utilizabas para asegurarte de que conseguirías la beca?

Emily se quedó boquiabierta.

—¡Por supuesto que no! ¡Nunca haría algo así!

Chloe rodó los ojos.

—Escuché a mi papá en esa habitación en la piscina, ya sabes. Él dijo que actuabas como si lo quisieras la noche del jueves. Cuando fui a la cama, borracha, ¿ocurrió algo entre ustedes?

Emily se alejó, mordiéndose fuertemente el labio inferior.

—Él fue quien me dio un beso, te lo juro. No sabía cómo decírtelo.

Chloe hizo una mueca, y finalmente miró a Emily a la cara.

—¿Sabías sobre esto durante tres días y no me dijiste nada?

Emily agachó la cabeza.

—No sabía cómo.

—Se suponía que íbamos a ser amigas. —Chloe puso sus manos en las caderas—. Los amigos les dicen a los amigos cosas como ésas. ¿Y por qué tendría que creer que eres



totalmente inocente, de todos modos? Apenas te conozco. Todo lo que sé, de verdad, es que tuviste un bebé este verano y...

—¡Shhh! —gritó Emily, tapando con una mano la boca de Chloe.

Chloe arrancó, chocando contra una de las sillas de la cocina que estaba decorada con un cojín de pollos.

—Debo decirles a tus padres. Arruinar tu vida como tú has arruinado la mía.

—Por favor, no —suplicó Emily—. Me van a echar. Eso absolutamente los destrozaría.

—¿Y?

Emily le sujetó las manos.

—Te dije ese secreto, porque sentía que podía confiar en ti. Me sentí como si fuéramos a ser realmente amigas. Y... y no he tenido un verdadero amigo hace tanto, tanto tiempo, no desde el año pasado. He estado tan sola. —Ella se limpió una lágrima—. Me odio a mí misma por meter la pata y no contártelo. Sólo quería protegerte. Sólo quería que fueras feliz. Esperaba que no volviera a ocurrir. Que todo fuera un terrible error.

Chloe sobresalía la barbilla hacia la izquierda, sin decir nada. ¿Eso era bueno o malo? Emily no lo podía decir.

—Por favor, por favor no le digas a nadie lo que te dije —le susurró Emily—. Desde luego, no le digas a nadie acerca de tu padre. Voy a borrarlo de mi mente por completo, te lo prometo. Me gustaría que nunca hubiera ocurrido.

La cabeza de Chloe permaneció girada por un largo rato. El reloj con forma de pollo sobre la estufa marcaba en voz alta. Los adultos murmuraban en la otra habitación. Finalmente, miró con ojos fríos y cansados a Emily, y suspiró.

—No voy a contar tu secreto si dejas en paz a mi padre.

—Gracias —dijo Emily—. Y por supuesto que lo haré.

Se acercó a Chloe para abrazarla, pero Chloe apartó a Emily como si fuera un perro olfateando groseramente la comida de la mesa.

—Eso no quiere decir que quiera ser tu amiga.

—¿Qué? —exclamó Emily—. ¿P-por qué?

—No puedo. —Chloe volvió sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta de la cocina—. Dile a mis padres que recibí una llamada de teléfono y que estoy en el auto,



¿de acuerdo? —dijo por encima del hombro—. Sin ánimo de ofender, pero realmente no quiero hacer la cosa de “Yay, Emily” en este momento.

Emily vio como Chloe tiró de la puerta de la cocina y luego lo cerró de golpe otra vez. Se sentía como si alguien hubiera excavado en su corazón y lo pasara por una licuadora. Todo estaba en ruinas. Seguro de que tenía una beca, que su futuro estaba establecido, pero sentía que lo había ganado a un precio demasiado alto.

Squeak.

Emily se dio la vuelta, entrecerrando los ojos bajo el sol cegador que entraba por las ventanas. ¿Qué fue eso? Recorrió los armarios y el suelo, entonces, notó una delgada hoja de papel al pie de la puerta por la que Chloe acababan de pasar. Su corazón dio una patada en su pecho. Corrió hacia la ventana y miró afuera, en busca de quién lo había puesto allí. ¿Fue una forma la que desapareció entre los árboles? ¿Qué era ese movimiento en el campo de maíz?

Abrió la puerta de atrás, dejando entrar el aire frío.

—¿Ali? —gritó—. Ali. —Pero nadie respondió—. ¿Chloe? —llamó después, pensando que Chloe podría haber visto algo. Pero Chloe no respondió tampoco.

Los adultos se rieron de algo en la otra habitación. Grace dejó escapar un grito feliz. Temblando, Emily cogió el pedazo de papel y lo desdobló. Una escritura de punta borrosa estaba ante sus ojos.

Ella quizá no lo cuente, pero yo no puedo hacer la misma promesa, sobre cualquiera de tus secretos. ¡Lo siento! —A



Capítulo 32

Ali, la gata astuta

*Traducido por Karla Pierce
Corregido por Caamille*

—Um, ¿disculpa?

Hanna miró hacia abajo desde la bicicleta elíptica que estaba pedaleando y vio a una niña pequeña con grandes ojos y una talla 23 de cintura, viéndola.

—Hay un límite de 30 minutos en estas máquinas —se quejó la chica—. Y, verás, llevas ahí sesenta y tres.

—Qué mal —espetó Hanna, pedaleando más fuerte. Dejaría a la seguridad del gimnasio que la sacaran.

Más tarde, ese sábado por la tarde, sería el aniversario de la muerte de Alison DiLaurentis, resonaba en todos los canales de noticias, no es como si Hanna lo pudiera olvidar y estaba en el gimnasio de última moda Country Club de Rosewood. El cuarto olía a velas de Ylang-Ylang, MTV estaba en todas las televisiones montadas sobre las máquinas, y una muy hiperactiva instructora de Zumba estaba gritando muy fuerte en el cuarto de gimnasio, tanto que Hanna podía oírla sobre la música hip-hop a todo volumen en su iPod. Esperaba que la elíptica hubiera exorcizado los recuerdos de Tabitha, Jamaica, el incidente del elevador, y especialmente A, pero no estaba funcionando realmente.

Seguía sintiendo las manos de Tabitha, Ali, en sus hombros, lista para empujarla de la azotea. Seguía oyendo los gritos de sus amigas. Y luego Aria había entrado, y todo había pasado tan rápido...

Al principio, Hanna se había sentido aliviada de que Aria hubiera empujado a Ali por la borda. Ella había matado a tanta gente, deshacerse de ella se sentía como una buena obra para toda la humanidad.

Pero después se dio cuenta de lo que habían hecho. Una vida seguía siendo una vida. Eran asesinas.



Hanna y sus amigas corrieron cuesta abajo por la playa, bajando dos escalones a la vez. Golpearon la puerta de atrás hacia afuera en la arena y miraron a su alrededor. La luna mandaba un rayo de luz plateada a la playa. El océano rugía. Hanna miró por debajo de sus pies pálidos, esperando no tropezar con el flácido y retorcido cuerpo de Ali.

Sin duda, había muerto por el impacto, ¿cierto?

—¿La vieron? —La voz de Aria llamó en la distancia.

—Aún no —respondió Spencer—. ¡Sigán buscando!

Corrían de arriba hacia abajo por la costa, chapoteando en el agua caliente, buscando en las dunas, incluso girando alrededor y checando en las salidas de las cuevas y acantilados. Pero no había ninguna puerta en ninguna parte.

—¿Qué demonios? —Aria se detuvo, sin aire—. ¿A dónde fue?

Hanna miró alrededor frenéticamente. No era posible. Ali no podía sólo desaparecer. Aria la había empujado. Se había caído fuertemente. La habían escuchado golpear la arena.

Habían mirado por la borda y, en la borrosa oscuridad, juraron haber visto un cuerpo, ¿o no?

—La marea debe haberla arrastrado —gesticuló Spencer hacia el mar—. Probablemente está siendo arrastrada ahora.

—¿Qué sucede si regresa? —susurró Aria.

—No es como si alguien pudiera probar que lo hicimos. —Spencer miró alrededor, mirando la playa de nuevo. Seguía vacía. Nadie las había visto—. Y Aria, eso... eso fue en defensa propia. Ali pudo habernos matado.

—No lo sabemos a ciencia cierta. —Los ojos de Aria estaban muy abiertos y asustados—. Tal vez malinterpretamos que estuviera arriba. Tal vez no debería de haber...

—Tú tenías que hacerlo —dijo Spencer ferozmente—. Si no la hubieras empujado, puede que no estuviéramos paradas aquí ahora mismo.

Todas estuvieron calladas por un momento. Emily miró a la luna redonda sobre ellas.

—¿Qué si Ali no fue arrastrada? —susurró—. ¿Qué si sobrevivió a la caída y se arrastró para encontrar ayuda?



Hanna saltó fuera de la elíptica y secó su cara. Podía sentir su pulso acelerado incluso en sus labios. A medida que Jeremiah se acercaba, le dio una gran e inocente sonrisa.

—Uh, ¿vienes a este gimnasio?

—En realidad, sí —respondió Jeremiah. Su cara era púrpura por la furia—. O, debería decir lo hacía. Tu padre me consiguió una membresía de cortesía. Pero ha sido revocada.

—Oh —dijo Hanna en voz baja.

—¿Oh? ¿Es todo lo que puedes decir? ¿Oh? —Jeremiah estaba muy enojado, estaba temblando—. Espero que estés feliz, Hanna. Esto es todo por ti.

Un escalofrío recorrió la piel de Hanna, pero se mantuvo firme.

—No hice nada malo. Sólo le dije a mi papá que te había visto ir arriba.

—No viste nada, y lo sabes. —Se inclinó más cerca de ella, su aliento olía amargo y sucio—. Tuviste algo que ver con esto, ¿no es así?

Hanna volteó su cara. La chica que quería la elíptica los estaba observando, tenía el ceño fruncido.

—No sé de lo que estás hablando.

Jeremiah la apuntó con un dedo.

—Arruinaste mi carrera. Y tengo un presentimiento de que vas a encontrar la manera de arruinar la campaña de tu padre. ¿Recuerdas la nota anónima que me llegó, diciendo que escondías algo? Voy a investigarlo, Hanna. Y vas a caer.

Hanna dejó escapar un chillido de terror. Jeremiah miró el rostro de Hanna un momento más, después se dio la vuelta y salió a través del cuarto.

—¿Estás bien? —preguntó la chica de la elíptica, deteniéndose en la cinta—. Él se veía muy... intenso.

Hanna corrió su mano sobre su suave cabello y murmuró una respuesta evasiva. Definitivamente no estaba bien. ¿Qué tan enserio lo decía Jeremiah? ¿En qué se había metido?

Y luego, de la nada, una aguda risa cantarina flotó de las rejillas de ventilación. Miró alrededor del cuarto. ¿Ali?



La risa siguió. Hanna cerró los ojos, pensando en la playa vacía de nuevo. Durante mucho tiempo, Hanna había suprimido la idea de que Ali había sobrevivido, pero ahora sabía que Emily estaba en lo correcto.

Ali estaba aquí. Tal vez no en este gimnasio ahora mismo, pero estaba aquí en Rosewood, siguiéndolas, observándolas, lista para arruinar sus vidas por tercera y última vez. Ali era como una gata con nueve vidas: había sobrevivido al fuego en los bosques de Spencer, luego había sobrevivido al fuego en Poconos, y ahora había sobrevivido esa caída imposible en el nido del cuervo. Se había arrastrado lejos, cuidando sus heridas, reponiéndose de nuevo, y estaba de regreso. Tal vez no moriría hasta obtener exactamente lo que quería: deshacerse de ellas de una vez por todas.

Sólo había una cosa que Hanna podía hacer: ir a la policía. Ali tenía que ser detenida. Si eso significaba admitir lo que había pasado en Jamaica, entonces, así sería. Había sido en defensa propia, después de todo. Lo había hecho para detener el maléfico círculo de asesinatos de Ali, quién sabe a quién más habría matado después de sobrevivir al fuego. Además, no era como si en realidad hubieran matado a Ali, seguía viva. Hanna incluso se culparía por sus amigas, aunque eso significara perder el cariño de su papá.

No había forma de permitir que Ali les hiciera esto de nuevo.

Cuando el teléfono de Hanna zumbó contra su cadera, saltó. Esperaba que fuera Mike, podía quedarse congelada por tanto tiempo. Metió la mano en su bolsillo, sacándolo, y mirando la pantalla.

TEXTO ANÓNIMO. Con un estremecimiento, lo abrió y leyó el mensaje.

Nuevas noticias, cariño. Tengo una sorpresa para ti. ¡Besos! —A



Capítulo 33

La noticia que no habían estado esperando

*Traducido por Mery St. Clair
Corregido por kathesweet*

El moderno tren Acela de regreso a Rosewood se estremeció en la estación Penn, y Spencer, su madre, y los Pennythistle abordaron en silencio. El Sr. Pennythistle se hundió rígidamente en su asiento, pareciendo como si estuviera a punto de estallarle un vaso sanguíneo de su cerebro. La Sra. Hastings estaba a su lado, lanzándole miradas sobreexcitadas, mirando ansiosamente por la ventana, o mirando a Spencer y sacudiendo su cabeza. Spencer se preguntó que le dijo él sobre esta mañana. ¿Había incluido la parte de Zach? ¿Había incluido la parte donde él era un homofóbico?

Amelia seguía removiéndose incómoda y mirando a todo el mundo, con la certeza de que algo estaba pasando pero no sabía que era. Zach se encorvó al lado de la ventana, con los auriculares de su iPod en sus orejas. Él arrojó su abrigo y su bolsa en el asiento de al lado, así que Spencer no podía sentarse allí. Trató de disculparse con él una y otra vez, pero no sirvió de nada, ni siquiera la miraba.

Pasaron Newark, luego Trenton. El teléfono de Spencer sonó: LLAMADA DE HANNA MARIN. Pero no quería hablar con Hanna justo ahora. No quería hablar con nadie.

Spencer presionó su frente contra la fría ventana de cristal y miró fijamente los árboles y las casas al pasar. El cielo era de un azul perfecto hoy y despejado casi de nubes. Eso le recordó, repentinamente, el viaje en avión a casa desde Jamaica un año atrás. Cuando ellas se elevaron del camión y rodearon el aeropuerto, observó la inmensa, vacía playa y el océano azul chocando por debajo. Desde esa altura, estaba segura que había visto el cuerpo de Ali flotando entre las olas, una mota de tela amarilla entre tanto azul, pero no vio nada.

Los días que siguieron a la muerte de Ali habían sido horriblos: Ellas habían mantenido la fachada de estar felices por las vacaciones, especialmente porque Noel y Mike estaban allí. Ellas nadaron y bucearon en el océano y saltaron al mar desde los acantilados una docena de veces más. Hanna tuvo un masaje, y Aria tomó un par de clases de yoga. Pero el secreto pesaba sobre cada una de ellas. Apenas comían. Eran lentas para sonreír. Bebían un montón, pero el alcohol instantáneamente las volvía de



tensas y defensivas a felices y relajadas. Algunas veces, Spencer escuchó a Hanna, con quien compartía la habitación, levantarse de la cama a media noche, cerrar la puerta del baño, y pasar horas allí. ¿Qué hacía? ¿Preguntándole a su reflejo que la ayudaría? ¿Reviviendo toda esa cosa horrible?

Spencer siempre fingía estar durmiendo cuando Hanna salía del baño, nunca quería hablar sobre ello. La distancia entre ellas ya había comenzado a crecer. No querían mirarse la una a la otra por temor de que se echaran a llorar.

Cada mañana, Spencer despertaba, iba a su balcón y miraba hacia la costa; seguramente el cuerpo de Ali podría estar tirado allí, hinchado y azul. Sin embargo, nunca fue verdad. Era como si nunca hubiera ocurrido. Ningún policía de Jamaica tocó sus habitaciones haciendo preguntas. Ningún miembro del personal del hotel en los pequeños pasillos discutía sobre los invitados. Parecía que nadie ni siquiera había notado que estaba desaparecida. Y aparentemente nadie, nadie en absoluto, había visto que Spencer y las otras habían hecho algo terrible aquella noche.

En el avión de regreso a casa, Emily tocó la mano de Spencer. Su piel era bronceada, y su cabello parecía sucio y grasiento.

—No puedo dejar de pensar. ¿Qué pasa si el océano no se la llevó? ¿Qué pasa si ella no murió en el impacto? ¿Y si está sufriendo en alguna parte?

—Esto es una locura —espetó Spencer, sin creer que Emily estaba hablando este tema en público—. Recorrimos cada centímetro de esa playa. No pudo haberse arrastrado a ningún lugar tan rápido.

—Pero... —Emily jugueteó con su vaso de plástico que tomó del carrito de los refrescos—... parece extraño que la marea no la hubiera expulsado.

—Es bueno que la marea se la haya tragado —susurró Spencer, desgarrando una servilleta de papel en pequeños pedazos—. El universo está cuidando de nosotras... y a todos los demás que podría asesinar. Estaba loca, Emily. Hicimos posiblemente lo mejor. La única cosa.

Pero ahora, Spencer dudaba que Ali se hubiera desplazado afuera del mar. Miró fijamente la última nota que A les había enviado: *todos los secretos llegan a tierra... eventualmente*. Emily tenía razón. Ali nunca fue arrastrada por las olas a orilla porque no murió en la caída.

Spencer casi dejó caer su maleta en la lodosa calle.

—¿Qué? —¿No acaban de decir que la familia Pennythistle se mudaría a la casa de los Hastings ayer en la noche?



—Él irá a una escuela militar en Nueva York —dijo el Sr. Pennythistle, su voz superficial como probablemente la usa para despedir a sus empleados—. Todo está listo. Hice la llamada esta mañana.

Amelia jadeó, esto aparentemente, era la primera vez que lo escuchaba decir, también. Spencer miró al Sr. Pennythistle rogándole.

—¿Está seguro de que es necesario?

—Spencer. —La Sra. Hastings la apartó del vehículo—. Esto no nos concierne.

Spencer se deslizó dentro del auto de todos modos. Ella estaba a punto de disculparse una vez más cuando la música de las noticias de último momento sonaba en la radio.

—Esto acaba de ocurrir —dijo un reportero emocionado—. Acabamos de recibir reportes de que los restos de una chica adolescente fueron arrastrados a la orilla en Jamaica.

El vello de la nuca de Spencer se erizó. Ella se apartó de Zach y miró a la radio desde el asiento trasero. ¿Qué acababa de decir el reportero? Pero antes de que pudiera inclinarse adelante y subir el volumen, la Sra. Hastings cambió la estación de radio.

—Vámonos. —Cerró la puerta de golpe y se despidió con la mano del Sr. Pennythistle. Ambos observaron mientras las luces rojas traseras desaparecían por la calle y giraban.

Los restos de una chica adolescente... en Jamaica. Spencer buscó su teléfono justo cuando Hanna estaba llamándola otra vez. Spencer respondió.

—¿Tiene que ver con lo ocurrido en Jamaica?

—He estado llamándote desde hace una hora —susurró Hanna—. Spencer, oh, Dios mío.

—Ven aquí —dijo Spencer, corriendo hacia su casa, su corazón latiendo con fuerza—. Ven aquí, ahora.



Capítulo 34

La chica en la playa

*Traducción por Mery St. Clair
Corregido por luchita_c*

Cuando Aria estacionó frente a Spencer, la luz de la casa estaba encendida. El Prius de Hanna y el Volvo de Emily ya estaban estacionados en la acera. Mientras Aria apagaba el motor de su Subaru, las vio delicadamente caminar por el camino resbaladizo. Se unió a ellas en la puerta.

—¿Que hay con todo esto? —Cuando Spencer la había llamado, Aria estaba justamente bajando del autobús de Nueva York. Todo lo que Spencer había dicho era que ella tenía que venir justo ahora.

Hanna y Emily se giraron hacia ella, con sus ojos muy abiertos. Antes de que pudieran decir algo, Spencer abrió la puerta. Su rostro estaba pálido y sin emociones.

—Vengan conmigo.

Las condujo por el pasillo hasta el despacho de la familia. Aria miró alrededor; no había estado en esta habitación desde el año pasado, pero las mismas fotografías escolares de Melissa y Spencer estaba alineadas en las paredes. La televisión estaba encendida, el volumen alto. Vio el logo de CNN en la esquina derecha. Una larga barra amarilla corría cruzando la pantalla: PESCADOR ENCUENTRA RESTOS DE UNA CHICA PERDIDA EN JAMAICA.

—¿Jamaica? —susurró Aria, tambaleándose hacia atrás. Miró hacia las otras. Emily se cubrió su boca. Hanna tenía la mano sobre su estómago como si estuviera a punto de vomitar. Y Spencer no podía apartar sus ojos de la pantalla, la cual mostraba un océano azul y una playa suave y con arena canela. Un barco pesquero oxidado estaba varado en la orilla, y alrededor un millón de reporteros y oficiales que se reunieron alrededor del barco, tomando fotografías.

Los ojos de Hanna se movieron de un lado a otro.

—Esto no quiere decir nada. Podría ser cualquiera.

—No es cualquiera —dijo Spencer con voz temblorosa—. Sólo mira.



Una periodista rubia que llevaba una camisa polo verde con el logo de CNN apareció en la pantalla.

—Lo que estamos viendo es la investigación policial en curso de los restos descubiertos en la costa esta mañana —explicó, su cabello cruzaba por su rostro—. De acuerdo con el pescador, quien deseó permanecer anónimo, encontró los restos en una cueva a unas seis millas al sur de Negril.

—¿Negril? —Hanna miró fijamente a las otras, su labio inferior temblaba—. Chicas...

—Shh. —Spencer levantó su mano para silenciarla. El locutor estaba hablando de nuevo.

—Juzgando por las condiciones de los restos, los expertos dicen que la chica tenía diecisiete años. Por el nivel de descomposición, creen que murió un año atrás. Los forenses expertos están trabajando muy duro para identificar quién podría ser la víctima.

—Oh, Dios mío. —Aria se desplomó en la silla—. Chicas, ¿Ésta es... Ali?

—¿Cómo es posible? —Hanna sostenía su teléfono—. ¿No es quien nos envió los textos? ¿No es la única que vio lo que nosotras hicimos?

—¿Cuáles son las extrañas probabilidades de que otra chica de diecisiete años muriera cerca de Los Acantilados? —gritó Spencer, su boca abierta ligeramente—. Ésta es ella, chicas. Y cuando los oficiales la identifiquen y noten que nosotras estuvimos allí todo ese tiempo, sumaran dos más dos.

—¡No tienen ninguna prueba de que fuimos nosotras! —dijo Hanna.

—La tendrán. —Spencer apretó el puente de su nariz—. A va a decírselos.

Aria miró la habitación, como si las fotografías de la escuela en la pared pudieran darle un poco de consuelo. Repentinamente sentía que todo daba vueltas en su cabeza. ¿Así que realmente Ali murió con la caída? ¿El océano la había tragado tan rápidamente que ellas no pudieron encontrarla en la playa? ¿Por qué le tomó un año completo aparecer en una cueva a seis millas de distancia?

Y, la gran pregunta de todo esto era: ¿Quién era A, si no era Ali?

—Estoy recibiendo nueva información —gritó el periodista, haciendo que las cabezas de las chicas se levantaran de golpe. La cámara se tambaleó, primero mostrando un grupo de personas en la playa, luego enfocó el pie de la periodista, entonces, mostró su rostro una vez más. La periodista presionó su dedo en su oído, escuchando la voz



de alguien en el auricular—. Han identificado el cuerpo —dijo ella—. Tenemos una coincidencia.

Hanna jadeó. Aria tomó la mano de Emily y la apretó. Alison DiLaurentis, Aria esperó que el reportero lo dijera lentamente. Una mirada de confusión seguramente estaba en su cara. Estaba preocupada porque no fueran a decir el nombre correcto. ¿No estaba Alison DiLaurentis muerta? Pensó ella. ¿O era ésta una chica con el mismo nombre, una cruel coincidencia?

Repentinamente, una fotografía llenó la pantalla, y las chicas gritaron. Allí estaba Ali en su última encarnación, con su cabello rubio, la barbilla ligeramente puntiaguda, sus pómulos altos y sus delgados labios. Era exactamente la chica que ellas conocieron en la cubierta después de la cena esa horrible noche. Exactamente la chica que las había molestado con los misteriosos secretos que sólo Ali sabía, llevándolas hacia la cubierta, y casi empujando a Hanna. Sin embargo, era casi un alivio para Aria verla de nuevo finalmente. Al menos sabían que ella estaba realmente muerta.

—Sus padres acababan de identificar el cuerpo por una cicatriz en su tobillo que ella tenía de un viejo accidente —explicó el periodista, la foto de Ali se minimizó en la esquina de la pantalla—. Ellos han dado a conocer esta fotografía de ella justo antes de su desaparición. Su nombre era Tabitha Clark de Nueva Jersey.

Por un momento, Aria pensó que su cerebro estaba funcionando mal. Ella se giró y miró a Spencer al mismo tiempo en que Spencer se giraba para mirarla. Emily saltó. Hanna dio un paso más cerca a la televisión, como si no pudiera creerlo.

—Esperen un minuto, ¿Qué es lo que ha dicho? —dijo Hanna.

—Su nombre era Tabitha Clark —repitió en tono monótono Spencer, pareciendo atónita—. De Nueva Jersey.

—Pero... ¡no! —La cabeza de Aria comenzó a girar—. ¡Su nombre no es Tabitha! ¡Es nuestra Alison!

Spencer se dio la vuelta y señaló a Emily.

—¡Tú estabas segura de eso! La miraste y dijiste, “¡Ésa es Ali!”

—¡Sabía cosas que sólo Ali sabía! —lloró Emily—. ¡Ustedes lo creyeron, también!

—Todas lo creímos —susurró Aria, mirando aturdida hacia el frente.

El periodista continuó. Las chicas se giraron de regreso a la pantalla.



—De acuerdo con sus padres, Tabitha había huido de casa un año atrás. Siempre fue una niña problemática, primero causó un incendio forestal cuando tenía trece años, luego se sometió a cirugías reconstructivas agonizantes para hacer frente a las quemaduras. Sus padres sabían que estaba en Jamaica, pero no notaron que algo andaba mal hasta hace cinco meses, cuando ella no se comunicó con ellos como era lo usual. Ellos localizaron a sus amigos, quienes dijeron que no habían escuchado de Tabitha desde hacía un año.

El periodista hizo una pausa y movió tristemente su cabeza.

—Estoy justamente recibiendo palabras del Sr. y Sra. Clark, quienes habían estado buscándola durante meses sin ningún resultado. Es desgarrador que la larga búsqueda de su hija tuviera que terminar en una tragedia.

Otra imagen apareció en la pantalla. Era una fotografía de Tabitha en un uniforme de porrista, rodeada de chicas que Aria no había visto antes. Entonces, hubo una foto de Tabitha de pie frente un estadio, usando una camisa de los Nueva Jersey Devil's y con los pulgares hacia arriba. Ali nunca hubiera usado algo tan llamativo como una camisa de los Nueva Jersey Devils.

Hanna golpeó un lado de su cabeza.

—Chicas... ¿qué está pasando?

El corazón de Aria latía tan rápido que estaba segura que estallaría fuera de su pecho. Las peores posibles ideas sonaban en su cabeza. Pero por las caras de sus amigas, estaba segura de que ellas pensaban exactamente la misma cosa.

Tomó una respiración profunda y dijo la cosa más espantosa que nunca imaginó decir en voz alta.

—Chicas, Tabitha no era Ali. Matamos a una chica inocente.



Capítulo 35

No cierres los ojos...

*Traducido por PaolaS
Corregido por Loo!**

Emily cayó al suelo, la terrible verdad pululaba en su cabeza como un enjambre de abejas. Tabitha no era Ali. Tabitha era inocente. Matamos a una chica inocente.

No parecía posible, y sin embargo allí estaba en la pantalla. Tabitha tenía toda una vida que no tenía nada que ver con la de Ali. Ella tenía padres. Su casa. Sus quemaduras habían sido de un incendio en su casa cuando era joven, no de una explosión en Poconos. Todo lo que les había hecho en Jamaica debía haber sido parte de un juego tonto, una apuesta con ella misma, un juego de acobardarse que no quería perder.

—Seguro que había más sitios webs de nosotras de los que sabíamos. —Spencer murmuró débilmente, con sus ojos vidriosos y sin parpadear—. Tal vez estaba, como, obsesionada. Y cuando nos vio...

—...ella pensó que podía jugar con nosotras —terminó Hanna, colocando su cabeza entre sus manos y balanceando su cuerpo de atrás a adelante.

—Chicas, estaba a punto de ir a la policía y contarles acerca de esto. Iba a hablarles de A, y Ali, e incluso lo que hicimos en Jamaica.

—Jesús —susurró Spencer—. Gracias a Dios que no lo hiciste.

Las lágrimas pincharon los ojos de Hanna.

—Oh Dios. Oh Dios. ¿Qué hemos hecho? ¡Ellos van a seguir el asesinato y llegarán hasta nosotras!

—A me envió esa imagen de mí y Tabitha en el baile —susurró Emily—. Es una prueba que la conocía. ¿Qué pasa si A envió la foto a los padres de Tabitha? O tal vez a la policía.

—Espera un minuto. —Aria señaló a la pantalla.



La cámara mostró a un sheriff, un jamaicano alto en un uniforme azul brillante. Estaba de pie sobre una plataforma improvisada detrás del barco de pesca en ruinas que había exhumado los huesos de Tabitha.

—Nuestra hipótesis es que la Sra. Clark decidió ir a nadar en estado de ebriedad — dijo en una serie de micrófonos—. El Resort Los Acantilados ha tenido problemas con el consumo de alcohol, y es hora de poner fin a esto. A partir de hoy, el complejo está cerrado por tiempo indefinido.

Flashes aparecieron. Los periodistas lanzaron preguntas. Emily se sentó en su silla, con una sensación de entumecimiento. Spencer parpadeó. Aria llevó sus rodillas a su pecho. Hanna sacudió la cabeza y se echó a llorar otra vez. Emily sabía que debía sentirse aliviada, pero el sentimiento no llegó. Sabía la verdad. No había sido un accidente.

La sangre de Tabitha estaba en sus manos.

La chimenea se rompió y crujió. El penetrante olor a madera recordó a Emily tantas cosas a la vez, como la fogata que habían hecho en el bosque durante el verano después de la Cosa de Jenna. El morir de la luz al apagarse el fuego, los brazaletes que Ali les había dado a todas, para que guardaran la promesa de nunca decir lo que habían hecho hasta el día de su muerte. La pulsera en la muñeca de Tabitha había sido misteriosamente idéntica a las que Ali había hecho para ellas, tres colores diferentes de cuerda azul tejidas juntas para hacer los colores de un lago cristalino, limpio.

Pero debe haber sido una coincidencia. Y ahora, tenían un nuevo secreto que guardar hasta el día de su muerte. Que era mucho, mucho peor que el anterior.

El olor a humo le recordó a Emily también algo más: los restos carbonizados y ardientes de la casa de Poconos el día que Ali le prendió fuego, con la esperanza de matarlas a todas. Durante un breve momento, Emily se permitió volver al recuerdo de cuando corrió hacia la puerta de la cocina, desesperada por liberarse. Ali había estado allí, también, luchando para salir antes que las demás para poder dejarlas encerradas en el interior. Pero Emily atrapó el brazo de Ali y la giró.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —exigió.

Los ojos de Ali brillaban. Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Ustedes, perras, arruinaron mi vida.

—Pero... te amaba —exclamó Emily.

Ali se rió.



—Eres una perdedora, Emily.

Emily apretó los hombros de Ali fuertemente. Y luego, una explosión llenó el aire. La cosa siguiente que Emily supo, es que estaba tirada en el suelo junto a la puerta. Mientras buscaba un lugar seguro en el suelo algo le llamó la atención.

Se trataba de una borla de color naranja que estaba siempre guindada sobre el pomo de la puerta. Cada vez que Emily entraba en la casa de Poconos, riendo con Ali, lista para un divertido fin de semana, corría sus dedos a través de los hilos de seda de la borla. La hacía sentir como si estuviera en casa.

Sin saber muy bien por qué, Emily se deslizó la borla en el bolsillo. Entonces, miró por encima del hombro una vez más. Ella vio algo que nunca le diría a otra alma, en parte porque no estaba segura de que fuera verdad, o si era algo que ella había alucinado después de inhalar humo en exceso, en parte porque sabía que sus amigas no le creerían y en parte porque era demasiado terrorífico y espantoso para pronunciarlo incluso en voz alta.

Cuando miró hacia atrás por la puerta abierta de la casa a punto de explotar, Ali no estaba en ninguna parte. ¿Habría estado rodeada de mucho humo? ¿O sólo se arrastró más lejos en la cocina y se resignó a morir?

O tal vez, sólo tal vez, ella estaba tratando desesperadamente de salir de la casa, también. Lo que Emily hizo después nunca lo olvidaría. En lugar de cerrar la puerta, incluso empujar una silla en frente de ella para asegurarse de que Ali no se escapara, había dejado la puerta desbloqueada y abierta. Con sólo un empujón débil, Ali estaría fuera. Segura. Libre. Emily no podía dejarla morir allí. Incluso si Ali había dicho todas esas cosas horribles, aunque Ali había roto el corazón de Emily en un millón de maneras diferentes, no podía hacer eso.

Ahora, en lo de Spencer, Emily metió la mano en el bolsillo y tocó la borla de seda de color naranja, una vez más. Esa escena horrible en Jamaica pasó ante ella. Todo el mundo pensaba que había muerto en el incendio, Emily le había dicho a la chica que todos juraron que Ali estaba muerta.

—Pero... pero ¿qué? La chica interrumpió. ¿Pero me escapé? ¿Alguna idea de cómo pudo haber sucedido, Em?

Entonces, miró deliberadamente al bolsillo de Emily como si tuviera visión de rayos X y pudiera ver la borla naranja. Emily la había llevado a todas partes, incluso entonces, la borla que colgaba en la misma puerta que había permitido que Ali escapara.

Tabitha sabía lo que Emily había hecho. Pero... ¿cómo?



Cuando el teléfono de Emily sonó en su bolso, estridente y ruidoso en la sala en silencio, casi saltó de su piel. Momentos más tarde, el teléfono celular de Spencer sonó. El de Aria soltó un bocinazo. El de Hanna hizo el sonido de pájaros. Los ruidos sonaron en un ciclo, una vez más, el sonido y el zumbido de una cacofonía de lamentos. Las chicas se miraron unas a otras, aterrorizadas.

¿Si Tabitha no era Ali, y Tabitha había muerto esa noche, quién les estaba haciendo esto? Ali podría haber sobrevivido al fuego. ¿Era A todavía Ali, atormentándolas con los más jugosos y atroces secretos de sus vidas?

Poco a poco, Spencer llegó a su teléfono. Lo mismo hizo Aria, entonces Hanna. Emily sacó su propio teléfono de su bolso y se quedó mirando la pantalla. UN NUEVO TEXTO. Desde un anónimo. Por supuesto.

¿Creen que eso es todo lo que sé, perras? Es sólo la punta del iceberg... y yo estoy entrando en calor. —A



Epílogo

Que sucede despues...

*Traducido por PaolaS
Corregido por Caamille*

¿De verdad pensaste que todo había terminado? Por favor. Siempre y cuando estas chicas se porten mal, voy a estar mirando. Y chica, han sido malas. Vamos a recapitular: la bubi de Hanna casi termina en la Página Seis. Y, por supuesto, le pagó a Patrick, pero está a punto de descubrir que hay más de una forma de matar la campaña de su papá.

Emily destrozó la familia de Chloe. Que yo sepa, eso no es lo que hacen las amigas. Tal vez Chloe deba devolverle el favor y decirle a la Sra. Fields exactamente cómo pasó sus vacaciones de verano... o tal vez yo lo haré por ella.

Cuando el empujoncito se volvió empujón, Aria se volvió bastante... viciosa. Ahora bien, la pierna de Klaudia no es lo único que se ha roto. ¿Podrá la relación de Aria y Noel sobrevivir con el huracán Klaudia? Como dicen en Finlandia: ¡ja seguro!

Y finalmente llegamos a la traviesa y juguetona Spencer. ¿Piensas que Zach es la única persona cuya vida está arruinada? Piensa otra vez. Sacó algunos trucos muy sucios para entrar en su escuela soñada y alguien salió pisoteado en el proceso.

Pero aquí está la pregunta que está en todas nuestras mentes: ¿qué tan lejos irán Hanna, Emily, Aria y Spencer para mantener en secreto lo que hicieron en Jamaica? O creo que la verdadera pregunta es: ¿cuánto tiempo las dejaré ocultarlo?

Quédense conmigo, niñas. Esto se va a poner bueno...

—A

Fin del Libro.



Ruthless

Pretty Little Liars #10

Sinopsis

*Traducido por florenciacampanelli
Corregido por Caamille*

Durante años, el escándalo ha sacudido a Rosewood, Pennsylvania y el último año de secundaria de Aria, Emily, Hanna, y Spencer han estado siempre en el centro del drama. Han perdido amigos, han sido manejadas por un acosador despiadado llamado A, y escaparon por poco de la muerte. Y no ha terminado todavía.

Para Aria vuelve el amor de su vida Ezra. Emily va a explorar su lado salvaje. Hanna está besando al enemigo. Y un representante de Spencer del pasado, alguien que nunca pensó que vería de nuevo, vuelve a su guarida.

Pero nada de eso se compara con lo que pasó en las vacaciones de primavera pasada. Todavía es su secreto más oscuro y se supone que se enteraron. Ahora alguien está decidido a hacer que paguen por su crimen, y lo único más aterrador que A es el temor de que quizás, sólo quizás, se merecen lo que les sucede.



Acerca de la autora...

Sara Shepard



Cuando Sara Shepard era joven, las cosas que quería ser cuando creciera eran: Estrella de telenovelas, diseñadora de LEGO, directora de cine, artista de plastilina, genetista, editora de revistas de moda y, más que nada, escritora.

Su primera historia, la cual ella escribió e ilustró, era acerca de amigables criaturas amarillas que vivían en el jardín del patio trasero de una niña. Su segunda seguía a un grupo de animales, incluyendo a un camello de cinco piernas llamado Lloyd, que iban en una expedición a través del sistema circulatorio humano.

Sara y su hermana Alison, quien no se parece en nada a la Alison de *Pretty Little Liars*, han estado creando un conjunto artístico y escrito proyectos desde que eran niñas pequeñas, excepto que ellas están bastante seguras que son las únicas que las encuentran gracioso.

Sara recientemente se mudó de nuevo al Main Line de Philadelphia de Arizona, donde su nueva serie de libros, *THE LYING GAME*, está lista.



Traducido,
corregido y
diseñado en
el Foro

Purple Rose.

[HTTP://WWW.PURPLEROSE1.NET](http://www.purplerose1.net)

¡Visítanos!



Pretty Little Liars

Twisted

Sara Shepard

